

# Kepler

JOHN BANVILLE



Lectulandia

En esta extraordinaria novela, John Banville evoca el brillante, magnífico y cruel mundo que le tocó vivir a uno de los matemáticos y astrónomos más celebres de todos los tiempos. Una época marcada por los avances científicos, pero también por el poder tiránico de los emperadores. En una acertada combinación de análisis psicológico de los personajes y agudo retrato de un momento histórico, Banville nos ofrece una novela histórica arrebatadora, una verdadera obra de arte.

**Lectulandia**

John Banville

**Kepler**

ePub r1.0

Titivillus 25.12.2018

Título original: *Kepler*  
John Banville, 1981  
Traducción: Horacio González Trejo

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.0

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

*Preise dem Engel die Welt...*

R. M. RILKE, *Elegías del Duino*

I  
*Misterium Cosmographicum*

Dormido con la gola puesta, Johannes Kepler ha soñado con la solución del misterio cósmico. La cobija en su mente como sostendría en las manos un objeto precioso, de fragilidad y esplendor sobrenaturales. ¡Oh, no despiertes! Pero despertará. Con una pizca de torva satisfacción, doña Barbara le sacudió el pie mal calzado y de inmediato el huevo fabuloso reventó, dejando tan sólo un trozo de clara y unas pocas coordenadas de cáscara rota.

Y 0,00429.

Estaba acalambrado, aterido y en la boca tenía el bolo repugnante del sueño. Abrió un ojo, vio que su esposa se acercaba una vez más a su pie colgante y le asestó un delicado puntapié en los nudillos. Barbara lo miró y Johannes reuló y simuló estar ocupado con el ala de sombrero prestado bajo esa mirada rechoncha y rubicunda. Regina la niña, su hijastra, primorosamente sentada junto a su madre, asimiló la breve escaramuza con su apacible mirada de costumbre. En ese momento se asomó desde lo alto del carruaje el joven Tyge Brahe y miró a través de la ventanilla. Era un europeo de pelo oscuro, de piel clara y brillante, magro de pies y manos, y de mirada maliciosa.

—Hemos llegado, señor —dijo con sonrisa presuntuosa.

Esa manera de decir *señor*. Kepler se limpió discretamente la boca en la manga y se bajó del carruaje con las piernas temblorosas.

—Ah.

El castillo de Benatek apareció antes sus ojos, grandioso e impasible en medio del aire soleado de febrero, más vasto que la negra masa de infortunios que lo había agobiado durante el viaje desde Graz. Una burbuja de pesimismo ascendió y estalló en el lodo de su inteligencia ofuscada. Maestlin, hasta Maestlin le había fallado: ¿por qué esperar algo mejor de Tycho el Danés? Se le obnubiló la visión a medida que las lágrimas acudían a sus ojos. Aún no había cumplido los treinta y se sentía mucho más viejo. Se restregó los ojos y se volvió justo a tiempo de ver que el junker Tengnagel, bestia rubia y engalanada, era arrojado de culo por su encabritado corcel en el camino embarrado y lleno de baches, y se maravilló una vez más de la inagotable generosidad del mundo, que siempre ofrece algún consuelo.

También fue un consuelo que la imperturbable serenidad de Benatek sólo correspondiera a su exterior de piedra: el quinteto de viajeros llegó al corazón mismo de la algarabía una vez franqueadas las puertas que daban al patio empedrado. Los tabloncillos chocaban con estrépito, los ladrillos se estrellaban, los albañiles silbaban. Una acémila demasiado cargada, con las orejas echadas hacia atrás y mostrando los dientes, rebuznaba y volvía a rebuznar.

—¡El nuevo Uranienburg! —exclamó Tyge con un ademán, y rió.

Al pasar bajo un combado dintel de granito, en la garganta de Kepler estalló una oleada de entusiasmo, cual una comilona caliente, teñida con el regusto de su sueño. ¿Era posible que, después de todo, hubiera hecho bien trasladándose a Bohemia?

Aquí, en el castillo de Brahe, arropado por los pliegues de una personalidad mucho más grande y delirante que la propia, podría acometer grandes obras.

Entraron en otro patio de dimensiones más reducidas, donde no vio a nadie trabajando. Manchones de nieve con toques de color óxido se adherían a las grietas y a los alféizares. Un rayo de sol reposaba en la pared rojiza. Todo estaba en calma o lo estuvo hasta que, como una piedra arrojada a un estanque inmóvil, de debajo de la sombra de un arco asomó una figura, un enano de manos y cabeza enormes, piernas cortas y joroba. Sonrió e hizo una reverencia cuando pasaron a su lado. *Frau* Barbara tomó a Regia de la mano.

—Que Dios os proteja, caballeros —canturreó el enano con su voz aflautada, y nadie le hizo caso.

Franquearon una puerta tachonada y entraron en un salón con chimenea abierta. En la penumbra llameante varias figuras se movían de un lado a otro. Kepler se rezagó y, por detrás, su esposa jadeó débilmente en su oído. Se quedaron atónitos. ¿Era posible que los hubiesen conducido al alojamiento de los criados? En una mesa próxima al fuego se encontraba un hombre moreno que comía como un heliogábalo. A Kepler le dio un vuelco el corazón. Había oído hablar de las excentricidades de Tycho Brahe y sin duda entre ellas figuraba comer ahí abajo, y sin duda ese hombre era él, por fin el gran hombre. Pero no era Tycho Brahe. El hombre alzó la vista y comentó con el hijo de Tycho:

—¡Vaya, has vuelto! —Era italiano—. ¿Cómo están las cosas en Praga?

—Más mal que bien —replicó el joven Tyge y se encogió de hombros—. Yo diría que mal.

El italiano frunció el ceño y añadió:

—Ah, te he atrapado, te he atrapado. Ja, ja.

Kepler se impacientó. Seguramente tendrían que haberlo recibido mejor. ¿Lo menospreciaban deliberadamente o sólo era uno de esos caprichos de los aristócratas? ¿Debía hacer valer su presencia? Tal vez fuese una burda falta de tacto. En cuestión de segundos Barbara comenzaría a regañarlo. Algo lo rozó y retrocedió asustado. El enano había entrado sin hacerse notar; se plantó delante del astrónomo y lo escudriñó con serena atención: el rostro blanco y perturbado, la mirada miope, el pantalón raído, la gola aplastada y las manos que aferraban el sombrero empenachado.

—Supongo que usted es el señor Mathematicus. —Hizo una reverencia—. Sea usted bienvenido, ciertamente sea bienvenido —añadió cual si del dueño de casa se tratara.

—Éste es Jeppe, el bufón de mi padre —aclaró el joven Brahe—. Le advierto que es una especie de bestia sagrada que adivina el porvenir.

El enano sonrió y meneó su gran cabeza calva.

—Vamos, amo, no soy más que un pobre tullido, un don nadie. Ha llegado tarde. Durante la interminable semana pasada hemos aguardado su persona y su... su

equipaje. —Dirigió una mirada de soslayo a la esposa de Kepler—. Su padre está preocupado.

Tyge frunció el ceño.

—Sapo comemierda, no olvides que un día te heredaré.

Jeppe contempló a Tengenagel que, con la mirada enardecida, se había acercado al fuego.

—¿Qué aflige a nuestro pensativo amigo? —preguntó el enano.

—Una mala caída —respondió Tyge y rió.

—¿Es verdad? ¿Estaban tan alborotadas las meretrices de la ciudad?

La señora Barbara se sintió ofendida. ¡Semejante lenguaje en presencia de la niña! Hacía rato que sumaba mudamente contra Benatek una serie de detalles que ahora totalizaron una afrenta intolerable.

—Johannes... —comenzó a decir con tres semitonos de agorero acento.

En ese instante el italiano se puso en pie y posó ligeramente un dedo en el pecho del joven Tyge.

—Dile a tu padre que lo lamento. Aún está enfadado y no quiere verme, pero no puedo seguir esperando. No fue culpa mía. ¡El animal estaba borracho! ¿Se lo dirás? Bueno, hasta pronto.

El italiano salió deprisa, se cruzó sobre el hombro el extremo de la gruesa capa y se encasquetó el sombrero. Kepler lo miró.

—Johannes...

Tyge se había escabullido. Tengenagel seguía meditabundo y enfurruñado.

—Vamos —propuso el enano y, como algo que se muestra deprisa antes de escamotearlo, volvió a exhibir su sonrisa maliciosa.

Los guió por húmedos tramos de escalera, a lo largo de interminables pasillos de piedra. En el castillo resonaban gritos, fragmentos de canciones procaces, portazos. Las habitaciones de los huéspedes eran cavernosas y estaban escuetamente amuebladas. Barbara frunció la nariz a causa del olor a humedad. No habían subido el equipaje. Jeppe se recostó en la puerta, con los brazos cruzados, y se quedó mirando. Kepler se encaminó a la ventana con parteluces y, de puntillas, contempló el patio, los albañiles y el jinete encapotado que avanzaba a medio galope hacia las puertas. Pese a los celos que abrigaba, en el fondo de su alma esperaba algo espléndido y generoso de Benatek, habitaciones doradas y aplausos espontáneos, la atención de personas serias y magníficas, luz, espacio y tranquilidad: no contaba con ese gris, esas deformidades, el estrépito y la confusión de otras vidas, ese desorden familiar... ¡oh, tan familiar!

¿Acaso Tycho Brahe no era espléndido ni generoso? A mediodía Kepler fue convocado. Se había vuelto a dormir y deambuló por el castillo hasta dar con un hombre grueso y calvo que, aunque parezca increíble, divagaba sobre su alce domesticado. Entraron en un salón de techo alto y se sentaron. De pronto el danés guardó silencio y observó a su huésped. En lugar de elevar lo suficiente su espíritu

para entrevistarse con su eminencia, Kepler se dedicó a hacer una exposición de sus penurias. Le molestó hasta la nota quejumbrosa que percibió en su voz, pero no pudo reprimirla. Al fin y al cabo, tenía motivos de queja. Supuso sombríamente que, por supuesto, el danés nada sabía de preocupaciones económicas y esas cosas, esas sórdidas cuestiones. Su enorme seguridad estaba avalada por siglos de educación patricia. Incluso esa estancia, alta y ligera, de fino techo antiguo, demostraba una grandeza imperturbable. Seguramente el desorden no osaría asomar su rostro impúdico. Con su silencio y su mirada, la cúpula resplandeciente del cráneo y la nariz metálica, Tycho parecía sobrehumano, una máquina enorme y pesada cuyo imperceptible funcionamiento mantenía firmemente en su rumbo los diversos actos del castillo y sus innumerables vidas.

—Y a pesar de que en Graz tuve de mi parte a muchas personas influyentes —decía Kepler—, sí, incluso a los jesuitas, de nada sirvió, las autoridades siguieron acosándome sin piedad y querían que renunciara a mi fe. Señor, tal vez no me crea, pero tuve que pagar una multa de diez florines por el privilegio, escúcheme bien, por el *privilegio* de enterrar a mis pobres hijos de acuerdo con el rito luterano.

Tycho se revolvió en la silla y se tironeó y acomodó el bigote con el índice y el pulgar. Con mirada afligida, Kepler se hundió un poco más en el asiento, como si el yugo de esos dedos se hubiera posado sobre su delgado cuello.

—Señor, ¿cuál es su filosofía? —inquirió el danés.

Sobre la mesa que los separaba, las naranjas italianas centelleaban en un cuenco de peltre. Era la primera vez que Kepler veía naranjas. Blasonadas y en perfecta madurez, resultaban misteriosas por su tensa e inexorable presencia.

—Sostengo que el mundo es una manifestación de la posibilidad del orden —replicó. ¿Se trataba de otro fragmento del sueño matinal? Tycho Brahe lo observaba fríamente. Kepler se apresuró a añadir—: O sea que abrazo la filosofía natural.

¡Si al menos se hubiese vestido de otra forma! Lamentaba, sobre todo, la gola. Había pretendido causar una buena impresión, pero le estaba demasiado ceñida. El sombrero prestado languidecía en el suelo, a sus pies: otro gesto valeroso pero desmañado, ya que un pisotón inoportuno había hundido la copa. Con la mirada fija en un extremo del techo, Tycho dijo:

—Cuando llegué a Bohemia, el emperador nos alojó en Praga, en la casa del difunto vicescanciller Curtius, donde el infernal tañido de las campanas del cercano monasterio capuchino fue un tormento noche y día. —Se encogió de hombros—. Siempre se soportan molestias.

Kepler asintió. Campanas, claro: sin duda las campanas afectarían gravemente la concentración, aunque no tanto, imaginó, como los lloros de los propios hijos sufriendo atrocemente antes de morir. Ese danés y él tenían mucho que aprender el uno del otro. Miró a su alrededor con una sonrisa que expresaba admiración y envidia.

—Claro que *aquí*...

La pared junto a la cual estaban sentados era casi una inmensa ventana de arco con muchos cristales emplomados y daba a una panorámica de viñas y tierras de pastoreo que se perdían en la lejanía azul y translúcida. El sol invernal llameaba sobre el Isar.

—El emperador considera que Benatek es un castillo, pero no lo es —dijo Tycho Brahe—. Estoy haciendo grandes modificaciones y ampliaciones pues pretendo convertirlo en mi Uranienburg bohemio. Sin embargo, uno se frustra a cada instante. Aunque su majestad es comprensiva, no puede ocuparse personalmente de todos los detalles. El administrador de las propiedades de la corona en los alrededores, la persona con que trato habitualmente, no está tan bien dispuesto hacia mí como sería de mi agrado. Se llama Mühlstein, Kaspar von Mühlstein... —Miró sombríamente el nombre como calcularía el verdugo la longitud de un cuello—. Creo que es judío.

A mediodía sonó una campana y el danés pidió el desayuno. Un criado les sirvió pan caliente envuelto en servilletas y llenó las tazas con un líquido negruzco y humeante que sirvió de una jarra. Kepler observó la bebida y Tycho preguntó:

—¿No conoce este brebaje? Viene de Arabia. En mi opinión, agudiza maravillosamente el cerebro. —Aunque Tycho se expresó a la ligera, Kepler supo que quería impresionarlo. Bebió, chasqueó los labios apreciativo y Tycho sonrió por primera vez—. *Herr Kepler*, debe perdonar que a su llegada a Bohemia no acudiera a recibirlo personalmente. Como le expuse en mi carta, casi nunca voy a Praga, a menos que tenga que visitar al emperador. Además, como comprenderá, la posición de Marte y Júpiter en esta época me llevaron a proseguir el trabajo. Sin embargo, confío en que comprenderá que ahora lo recibo, no tanto como huésped, sino como amigo y colega.

Pese a su aparente calidez, el breve discurso los dejó oscuramente insatisfechos. En lugar de continuar, Tycho desvió la mirada hacia la ventana y el día invernal. El criado arrodillado ante la estufa azulejada avivaba el fuego con los leños de pino. Llevaba el pelo muy corto y tenía las manos carnosas y los pies despellejados y enrojecidos encajados en zuecos de madera. Kepler suspiró. Se dio cuenta de que irremediamente pertenecía a esa clase que repara en el estado de los pies de los siervos. Bebió otro sorbo del brebaje árabe. Despejaba la mente y comprobó alarmado que también parecía provocarle temblores. Temió sufrir una recaída en sus fiebres. Hacía más de seis meses que lo acosaban y, en las grises horas del alba, había llegado a pensar que estaba tísico. A pesar de todo tenía la sensación de que estaba engordando: la maldita gola lo asfixiaba.

Tycho Brahe se volvió y, con mirada atenta, preguntó:

—¿Trabaja los metales?

—¿Los metales...? —preguntó débilmente.

El danés había sacado una cajita laqueada para bálsamo y se ponía un toque de ungüento aromático en la piel que rodeaba el falso caballete —fabricado con una aleación de oro y plata— de su nariz lesionada, desfigurada en un duelo que libró en

sus mocedades. Kepler lo miró asombrado. ¿Acaso le pedirían que fabricara un órgano nuevo y más fino con el que adornar la carota del danés? Sintió un profundo alivio cuando Tycho añadió con un deje de irritación:

—Me refiero al alambique. Me ha dicho que es filósofo natural, ¿verdad?

Tycho tenía la inquietante costumbre de oscilar en la conversación, como si los temas figuraran en los contadores de un juego que jugaba ociosamente en su cerebro.

—No, no, la alquimia no es... no soy...

—Pero hace horóscopos.

—Sí, siempre que...

—¿De pago?

—Bueno, sí.

Kepler empezaba a tartamudear. Sintió que lo obligaban a reconocer una esencial mezquindad de espíritu. Molesto, se preparó para el contraataque, pero Tycho volvió a cambiar bruscamente la dirección del juego.

—Sus escritos son muy interesantes. He leído con gran interés *Misterium cosmographicum*. Aunque no coincidí con el método, las conclusiones a las que arribó me parecieron... significativas.

Kepler tragó saliva.

—Es muy amable.

—Diría que el fallo está en que basó sus teorías en el sistema copernicano.

Y no en el tuyo, eso es lo que quieres decir. Por fin habían llegado al meollo del asunto. Con los puños cerrados sobre las piernas para evitar que le temblaran las manos, Kepler buscó febrilmente el mejor modo de abordar de inmediato la cuestión esencial. Notó con enfado que titubeaba. No confiaba en Tycho Brahe. Era un hombre demasiado sosegado y circunspecto, como una especie de enorme y perezoso depredador que caza inmóvil desde la trampa con muelles de su guarida. (También era, a su manera, un gran astrónomo, lo que resultaba tranquilizador. Kepler creía en la hermandad de la ciencia). Además, ¿cuál era la cuestión esencial? Buscaba en Benatek algo más que alojamiento para él y los suyos. Para Kepler la vida era una especie de entidad milagrosa, casi un organismo viviente de maravillosa complejidad y gracia, atormentada por una fiebre crónica y devastadora. De Benatek y su señor esperaba la concesión de un orden perfecto y una paz que le permitieran aprender a refrenar el ímpetu de la vida, a apaciguar sus febriles conmociones y a esquivar las acechanzas de la muerte. Mientras reflexionaba con serena consternación supo que había pasado el momento de plantear sus aspiraciones. Tycho apartó los huesos roídos del desayuno y se puso en pie.

—Herr Kepler, ¿lo veremos durante la cena?

—¡Pero...! —Kepler buscaba a tientas el sombrero bajo la mesa.

—Así conocerá a algunos de mis ayudantes y podremos analizar la redistribución de las tareas ahora que somos uno más. Pensaba encomendarle la órbita lunar. Antes

debemos consultar a Christian Longberg, mi ayudante principal, que como comprenderá tiene voz y voto en estos asuntos.

Abandonaron lentamente la estancia. Más que andar, Tycho navegaba como un buque majestuoso. Presa de una gran palidez, Kepler retorció el ala del sombrero entre los dedos temblorosos. Era una locura. ¡Vaya amigo y colega! Lo trataban como un vulgar aprendiz. Distraído, Tycho Brahe lo despidió en el pasillo y se alejó parsimoniosamente.

*Frau* Barbara lo aguardaba en sus habitaciones. Tenía aspecto de estar siempre cruelmente abandonada, tanto por su presencia como en su ausencia. Preguntó atribulada aunque ilusionada:

—¿Qué nuevas traes?

Kepler adoptó una expresión de amable perplejidad.

—Hmmm.

—Habla —insistió su esposa—. ¿Qué ocurrió?

—En fin, desayunamos. Mira, te he traído algo. —Con la habilidad de un prestidigitador, sacó una naranja de la copa del sombrero, que le había servido de escondite—. ¡Ah, bebí café!

Regina, que hasta ese momento había permanecido asomada a la ventana, se volvió y se acercó sonriente a su padrastro. La franca mirada de la niña siempre acentuaba la timidez del astrónomo.

—En el patio hay un ciervo muerto —dijo Regina—. Si te asomas, lo verás en el interior de la carreta. Es muy grande.

—Es un alce —la corrigió Kepler afablemente—. Se trata de un alce. Se emborrachó y rodó escaleras abajo cuando...

Habían subido el equipaje. Barbara había deshecho las maletas y ahora, con la naranja brillante en las manos, súbitamente se sentó en medio de los restos dispersos de sus pertenencias y se echó a llorar. Kepler y la niña la miraron sobresaltados.

—¡No has acordado nada! —gimió—. Ni siquiera *lo intentaste*.

\* \* \*

Oh, cuán familiar era: el desorden había sido la sempiterna condición de su vida. Si fugazmente lograba algo de calma interior, ya podía esperar que el mundo externo cayera sobre él. Al final, también había ocurrido lo mismo en Graz. A pesar de todo el último año —antes de que lo obligaran a huir a Bohemia y a apelar a Tycho Brahe— había comenzado maravillosamente bien. De momento, el archiduque se había hartado de perseguir a los luteranos, Barbara volvía a estar preñada y, cerrada la *Stiftsschule*, tenía tiempo de sobra para proseguir sus propios estudios. Incluso había atemperado su actitud hacia la casa de la *Stepfergasse*, que al principio le produjo una profunda aversión cuyo origen ni se molestó en indagar. Corría el último año del siglo e imperaba la sensación de alivio porque, después de haber causado mucho daño, por fin agonizaba algo viejo y maligno.

Con el corazón henchido de esperanzas, en primavera emprendió una vez más la gran tarea de formular las leyes de la armonía del mundo. Su taller se encontraba en el fondo de la casa y era un chiribitil situado a un lado del pasillo húmedo y embaldosado que conducía a la cocina. En tiempos del difunto marido de Barbara había servido de trastero. Kepler había dedicado un día a desprenderse de los trastos, papeles, cajas viejas y muebles desvencijados que arrojó sin miramientos por la ventana, hacia el arriate cubierto de hierbajos. Ahí seguían: un humeante montón de abono que cada primavera engendraba ramilletes de gencianas silvestres, quizás en memoria del antiguo dueño de casa, el pobre Marx Müller, pagador y sisador cuyo tétrico espectro aún merodeaba por su dominio perdido.

Como la casa era grande, podría haber elegido otras habitaciones más suntuosas, pero Kepler prefería ese cuchitril. Era un sitio aislado. Por entonces Barbara aún tenía pretensiones sociales y casi todas las tardes la casa se llenaba con las esposas cara de caballo de concejales y burgueses. Los únicos sonidos que perturbaban el silencio de su refugio con el cerrojo echado eran el cloqueo quejumbroso de las gallinas en el patio y los canturreos de la criada en la cocina. La luz tenue y verdosa que se colaba desde el jardín aliviaba sus ojos enfermos. A veces Regina se presentaba y se sentaba a su lado. El trabajo avanzaba.

Por fin había logrado llamar la atención. El italiano Galileo había respondido al envío de un ejemplar del *Misterium cosmographicum*. Es verdad que su misiva había sido decepcionantemente breve y apenas cortés. Pero Tycho Brahe le había escrito cálidamente y no había escatimado elogios sobre el libro. Además, a pesar de la agitación religiosa, seguía carteándose con el canciller bávaro Herwart von Hohenburg. Llegó a creer que se estaba convirtiendo en una persona importante porque, ¿cuántos hombres de veintiocho años podían decir que entre sus colegas figuraban semejantes lumbreras? (Kepler no la consideraba una palabra demasiado fuerte).

Es posible que esas migajas lo impresionaran, pero fue más difícil convencer a otros. Recordaba la disputa con Jobst Müller, su suegro. Aunque no sabía bien por qué, en su recuerdo suponía el principio de aquel período crítico que concluyó nueve meses después con su expulsión de Graz.

La primavera de aquel año fue mala y abril estuvo plagado de aguaceros y vendavales. A principios de mayo se produjo una calma inquietante. Durante días el cielo se convirtió en una cúpula de extrañas nubes claras y por la noche caía la bruma. Nada se movía. Daba la sensación de que el aire se había congelado. Las calles apestabán. Kepler le temía a ese clima devorador que alteraba el delicado equilibrio de su constitución, le atenazaba el cerebro y lograba que sus venas se hincharan de una manera alarmante. Corrió la voz de que en Hungría aparecieron manchas de sangre en todas partes, en las puertas, las paredes y hasta en los campos. En Graz una mañana descubrieron a una vieja meando detrás de la iglesia de los jesuitas, no lejos de la Stempfergasse, y la apedrearon porque la tomaron por bruja.

Barbara, preñada de siete meses, empezó a irritarse. La ocasión era propicia para que la peste campara por sus respetos. Y para Kepler fue una especie de pestilencia el hecho de que Jobst Müller decidiera viajar desde Gössendorf y pasar tres días con ellos.

Müller era un hombre triste, orgulloso de su molino, de su dinero y de su propiedad en Mühleck. Al igual que Barbara, también tenía pretensiones sociales, se reivindicaba de noble ascendencia y firmaba *zu Gössendorf*. Y también como Barbara, aunque no tan espectacularmente, era un consumidor de cónyuges: su segunda esposa estaba enferma. Acumulaba riquezas con una pasión ausente en las demás facetas de su vida. Parecía considerar a su hija como una posesión material, hurtada por el advenedizo Kepler.

La visita sirvió, al menos, para levantar un poco el decaído ánimo de Barbara, que se alegró de contar con un aliado. Jamás se quejaba abiertamente de Kepler en su presencia. Su táctica consistía en el sufrimiento mudo. Kepler pasó la mayor parte de los tres días de la visita encerrado en su taller. Regina le hizo compañía. La niña tampoco sentía un gran afecto por el abuelo Müller. Entonces tenía nueve años y era menuda para su edad, pálida y con el pelo rubio ceniza, que siempre parecía húmedo, aplastado sobre su estrecha cabeza. No era agraciada, se la veía demasiado demacrada, pero tenía carácter. Tenía un aura de algo consumado, de bastarse a sí misma; Barbara le tenía cierto temor. Regina se sentaba en un taburete del taller, con un juguete olvidado sobre el regazo, y miraba el entorno: gráficos, sillas, el descuidado jardín, a Kepler cuando tosía, restregaba los pies o dejaba escapar un gemido involuntario. Era un extraño modo de compartir y Kepler no sabía a ciencia cierta qué compartían. Era el tercer padre que Regina conocía en tan pocos años y Kepler suponía que la niña quería comprobar si resultaba más perdurable que los anteriores. ¿Era eso lo que compartían, algo reservado para el futuro?

En aquellos días Regina tuvo más motivos que de costumbre para cuidarlo. Kepler estaba muy agitado. Fue incapaz de trabajar sabiendo que su esposa y su suegro —ese par— rondaban por la casa, bebían su aguardiente del desayuno y se ensañaban con sus defectos. Por eso permaneció sentado ante el escritorio revuelto, gimió, masculló y anotó cálculos disparatados que, más que matemáticas, eran una especie de código que en su airada irracionalidad expresaban su ira y su frustración reprimidas.

Las cosas no podían seguir de esa manera.

—Johannes, tenemos que hablar.

Jobst Müller extendió sobre su cara, como si se tratara de pegajosas natillas, una de sus excepcionales sonrisas. Rara vez llamaba a su yerno por el nombre de pila. Kepler intentó escapar.

—Estoy... estoy muy ocupado.

Esa respuesta fue un error. No era posible que estuviera ocupado porque la escuela estaba cerrada. Para ellos la astronomía era puro juego, señal de su profunda

irresponsabilidad. La sonrisa de Jobst Müller se agrió. Ese día no llevaba el sombrero cónico de ala ancha que casi siempre lucía tanto al aire libre como en interiores y daba la sensación de que le faltaba un trozo de cabeza. Tenía el pelo cano y lacio y la barbilla azulada. Pese a su edad, era un hombre elegante que gastaba chalecos de terciopelo, cuellos de encaje y lazos azules a la altura de las rodillas. Kepler no quiso mirarlo. Estaban en la galería, encima del vestíbulo. La tenue luz de la mañana se colocaba por la ventana con barrotes que tenía detrás.

—¿Serías tan amable de dedicarme una hora?

Bajaron la escalera y los zapatos con hebillas de Jobst Müller produjeron una sorda escala descendente de desaprobación en las tablas enceradas. El astrónomo recordó sus tiempos de colegial: Kepler, te la has buscado. Barbara los esperaba en el comedor. Johannes reparó con desagrado que tenía la mirada encendida. Barbara conocía al viejo y lo había abordado: navegaban por las mismas aguas. La noche anterior Barbara había hecho pruebas con su cabello (se le había caído a mechones después del nacimiento del primer hijo de ambos) y cuando los hombres entraron se quitó la reddecilla protectora y un montón de rizos se desplegaron sobre su frente. Johannes tuvo la impresión de que los oía crujir.

—Buenos días, querida —la saludó y, más que sonreír, le mostró los dientes.

Barbara se acarició nerviosa los rizos.

—Papá quiere hablar contigo.

Johannes se sentó a la mesa, frente a Barbara.

—Lo sé.

Esas sillas, viejos muebles italianos que formaban parte de la dote de Barbara, eran demasiado altas para Kepler, que debía estirarse para tocar el suelo con las puntas de los pies. De todos modos, le gustaban tanto como el resto del mobiliario y la estancia. Le agradaban la madera tallada, los ladrillos viejos y las vigas negras del techo, en su totalidad cosas sólidas que, aunque en un sentido estricto no le pertenecían, contribuían a mantener unido su mundo.

—Johannes se ha dignado consagrarme una hora de su valioso tiempo —dijo Jobst Müller y se sirvió un pichel de cerveza.

Barbara se mordisqueó el labio.

—Hmmm —masculló Kepler.

El astrónomo sabía perfectamente de qué hablarían. Ulrike, la criada, entró chapoteando, con el desayuno en una enorme bandeja. El huésped de Mühleck comió un huevo duro. Johannes estaba inapetente. Esa mañana sus tripas eran un torbellino. Sus entrañas eran un mecanismo delicado y el clima más Jobst Müller lo afectaban.

—¡El maldito pan está seco! —se quejó Kepler.

Ulrike lo miró desde la puerta.

—Dime, ¿hay indicios de que la Stiftsschule vuelva a abrir sus puertas? —preguntó el suegro.

Johannes se encogió de hombros y escapó por la tangente:

—Ya sabe, el archiduque...

Barbara ofreció a su marido una fuente humeante y dijo:

—Johannes, come un poco de *bratwurst*. Ulrike ha preparado tu salsa de crema favorita.

Kepler la miró y la mujer retiró rápidamente la bandeja. Barbara estaba tan barrigona que tenía que inclinarse desde los hombros para coger algo de la mesa. Durante unos segundos su estado lamentable y desgarrado conmovió a Kepler. La había considerado hermosa cuando llevaba en su seno el primer hijo. Taciturno, Kepler añadió:

—No creo que vuelvan a abrir las puertas de la escuela mientras gobierne el archiduque. —El astrónomo empezó a animarse—. Se dice que tiene la sífilis. Si ese mal acaba con él, habrá esperanzas.

—¡Johannes!

Regina entró en el comedor y ejerció un cambio ligero pero perceptible en el ambiente. Cerró con suma delicadeza la pesada puerta de roble, como si estuviera montando un fragmento de la pared. El mundo estaba construido en una escala desmesurada con relación a Regina. Johannes la comprendía.

—¿Esperanzas de qué? —preguntó modestamente Jobst Müller y tomó el último bocado de clara de huevo. Esa mañana era pura zalamería y esperaba el momento oportuno. La cerveza dejó un ligero bigote de espuma en su labio superior. Moriría dos años después.

—¿Cómo? —preguntó Kepler, decidido a crear dificultades.

Jobst Müller suspiró.

—Has dicho que habría esperanzas si el archiduque mue... pasa a mejor vida. ¿Podremos preguntar qué tipo de esperanzas?

—Esperanzas de tolerancia y un mínimo de libertad para que el pueblo pueda practicar la religión según los dictados de su conciencia.

¡Ja, ja! Eso sí que estaba bien. Durante el último estallido de fervor religioso de Fernando, Jobst Müller se había pasado a los papistas mientras Johannes resistía y padecía un exilio transitorio. La afabilidad del viejo creó una onda que recorrió su mandíbula apretada y tensó sus labios exangües.

—La conciencia, sí, la conciencia está bien para algunos, para los que están tan engreídos que no se ocupan de asuntos triviales y dejan que otros los alimenten y alberguen tanto a ellos como a sus familias.

Johannes depositó la taza con un ligero estrépito. La taza estaba franqueada con el sello de los Müller. Regina lo observaba.

—Aún me pagan el salario. —Su rostro, ceroso por la cólera reprimida, enrojeció. Barbara hizo un gesto de súplica, pero Kepler la ignoró—. Por si no lo sabe, en esta ciudad me aprecian. Los concejales... ay, hasta el propio archiduque reconocen mi valía aunque otros no estén enterados.

Jobst Müller se encogió de hombros. Se había agazapado y parecía una rata a punto de entrar en combate. Pese a su porte elegante, exhalaba un lejano olor a carne sucia.

—Vaya manera de mostrar su aprecio, si tenemos en cuenta que te expulsaron como a un vulgar delincuente.

Johannes arrancó con los dientes una corteza de pan.

—Ve bervediedon... —tragó con gran esfuerzo—, me permitieron regresar un mes después. De los nuestros, fui el único seleccionado.

Jobst Müller se dio el lujo de esbozar otra débil sonrisa.

—¿Es posible que los jesuitas no salieran en defensa de los demás? —inquirió con ligero énfasis—. ¿Es posible que sus *conciencias* les impidieran buscar el auxilio de esa congregación católica?

El rostro de Kepler se inflamó. Guardó silencio, se mantuvo expectante y miró al viejo con encono. Reinó la calma. Barbara se sorbió los mocos.

—Regina, come la salchicha —la reprendió Barbara suave y pesarosa, como si la quisquillosa forma de comer de la niña fuera el motivo soterrado del malestar imperante.

Regina apartó el plato cuidadosamente.

—Dime —insistió Jobst Müller, todavía agazapado y sonriente—, ¿a cuánto *asciende* el salario que los concejales siguen pagándote a cambio de nada?

¡Cómo si no lo supiera!

—No entiendo...

—Papá, lo han reducido —intervino Barbara impaciente—. ¡Ascendía a doscientos florines y han restado veinticinco!

Cuando hablaba a contracorriente de la cólera de su marido, Barbara tenía la costumbre de cerrar los ojos y agitar los párpados para no ver sus tics ni su mirada feroz. Jobst Müller asintió y dictaminó:

—No es mucho, claro que no.

—Así es, papá.

—De todos modos, doscientos florines por mes...

Barbara abrió desmesuradamente los ojos.

—¿Por mes? —chilló—. ¡Papá, es *por año*!

—¿Cómo?

Estaban montando una comedia.

—Sí, papá, es así. Si no fuera por mis modestas rentas y por lo que tú nos envías de Mühleck, bueno...

—¡Cállate! —ordenó Johannes.

Barbara dio un brinco.

—¡Ay! —Una lágrima furtiva rodó por su mejilla regordeta y sonrosada.

Jobst Müller observó con interés a su yerno.

—Creo que tengo derecho a saber cuál es la situación —declaró—. Al fin y al cabo se trata de mi hija.

Con los dientes apretados, Johannes emitió un sonido agudo y penetrante que era a medias aullido y a medias gemido.

—¡Me niego! —protestó—. ¡No lo *permitiré* en mi propia casa!

—¿En tu propia casa? —se regodeó Jobst Müller.

—Basta, papá, ya está bien —dijo Barbara.

Kepler les apuntó con dedo temblón.

—Me mataréis —dijo con el tono tenso de quien acaba de descubrir algo inesperado y terrible—. Pues sí, es lo que haréis, me mataréis entre los dos. Es lo que os habéis propuesto. Os gustaría verme con la salud quebrantada. Seríais felices. Entonces usted y este engendro que juega a ser mi esposa... emprenderéis el regreso a Mühleck, *lo sé*... —Te has excedido, has ido demasiado lejos.

—Cálmate —pidió Jobst Müller—. Nadie te desea ningún mal ¡Te agradeceré que no te burles de Mühleck ni de los beneficios que produce, ya que pueden convertirse en tu salvación cuando el duque decida desterrarte nuevamente, quizá para siempre!

Johannes dio un ligero tirón a las riendas de su ira galopante. ¿Había percibido un atisbo de arreglo en esas palabras? ¿El viejo macho cabrío se armaba de valor para ofrecerse a comprar a su hija? La idea lo enfureció aún más. Rió como un orate.

—Mujer, escucha a tu padre —gritó Kepler—. ¡Tiene más celo por sus propiedades que por ti! Puedo decir lo que quiera *de ti*, pero no debo siquiera pronunciar el nombre de Mühleck, pues lo mancillaría.

—Jovencito, no defenderé a mi hija con palabras sino con actos.

—¡Su hija! Permítame que le diga que *su hija* de usted no necesita defensores. Es mayor, ya ha enterrado dos maridos... y está en camino de meter bajo tierra al tercero. ¡Oh, has ido demasiado lejos!

—¡Señor!

Se incorporaron a punto de llegar a las manos y se dirigieron funestas miradas entrelazadas como cornamentas. Barbara soltó una risilla en medio del asfixiante silencio. Se cubrió la boca con la mano. Regina observó a su madre con interés. Los hombres se serenaron y respiraron dificultosamente, sorprendidos de la actitud que habían adoptado.

—Papá, está convencido de que sus días están contados —dijo Barbara y lanzó otra risilla maníaca—. Dice... dice que tiene la señal de la cruz en el pie, en el mismo sitio donde le clavaron los clavos al Salvador, señal que aparece y desaparece y que cambia de color según la hora del día... ¿No es verdad, Johannes? —Se restregó las manos y ya no hubo nada que la refrenara—. Pero yo no puedo verla, supongo que porque no soy uno de los elegidos o porque no soy lo bastante inteligente como tú... como tú siempre... —Bárbara guardó silencio.

Johannes la contempló. Jobst Müller se mantuvo expectante. Se volvió hacia Barbara, que apartó la mirada. Se dirigió a su yerno:

—¿Cuál es la enfermedad que, según supone, te afecta? —Johannes mascullo algo con tono imperceptible—. Disculpa, pero no te he entendido...

—He dicho *la peste*.

El viejo se sobresaltó.

—¿La peste? Barbara, ¿hay peste en la ciudad?

—Claro que no, papá. Se la ha imaginado.

—Pero...

Johannes alzó el rostro con una mueca mortecina.

—Por alguien tiene que empezar, ¿no cree?

Jobst Müller experimentó un gran alivio.

—Seamos serios, todo esta charla sobre... ¡y en presencia de la niña!

Johannes volvió a la carga con su suegro.

—¿Cómo pretende que no me preocupe si tomé mi propia vida en mis manos casándome con este ángel de la muerte que usted me impuso?

Barbara lanzó un quejido y se cubrió el rostro con las manos. Johannes se estremeció, su cólera se disipó y súbitamente se sintió desfallecer. Se acercó a Barbara. Por fin dolor auténtico. Barbara no le permitió tocarla e, impotente, paseó las manos por encima de sus hombros agitados, como si masajeara la proyección invisible de su aflicción.

—¡Barbara, soy un perro, un perro rabioso, perdóname! —se disculpó y se mordió los nudillos.

Jobst Müller contempló al hombrecillo que se cernía sobre su esposa corpulenta y sollozante y, disgustado, frunció los labios. Regina abandonó el comedor en silencio.

—¡Ay, *Cristo!* —gimió Kepler y pateó el suelo.

\* \* \*

Iba en pos de las leyes eternas que rigen la armonía del mundo. Acechaba a su presa fabulosa a través de terribles bosquecillos y en lo más oscuro de la noche. Sólo al cazador más sigiloso se le había concedido un disparo y él, burdamente armado con el trabuco de sus defectuosas matemáticas, apenas tenía oportunidades rodeado de payasos saltarines que gritaban, chillaban y tocaban las campanillas, que respondían a los nombres de Paternidad, Responsabilidad y maldita Domesticidad. Pues sí, en una ocasión había visto fugazmente a un pájaro mítico, un punto, nada más que un punto encumbrado a alturas inefables. Aquella visión fugaz fue inolvidable.

El momento aconteció el 19 de julio de 1595, exactamente a las 11 y 27 minutos de la mañana. Si sus cálculos eran exactos, a la sazón contaba 23 años, 6 meses, 3 semanas, 1 día, 20 horas y 57 minutos, segundo más o menos.

Luego dedicó mucho tiempo a analizar esos números, a la búsqueda de significados ocultos. La suma de fecha y hora daba un producto de 1.6 5 2. En esa cifra no descubrió nada. Combinó las cifras de ese total y obtuvo 14, que equivalía a 7 —el número místico— multiplicado por 2. O tal vez se debía, simplemente, a que

1652 sería el año de su muerte. Para entonces tendría ochenta y un años. (Soltó la carcajada: ¿con su salud?). Se ocupó de la segunda cifra: su edad en aquel trascendental día de julio. El resultado también era poco prometedor. Combinadas sin incluir el año, daban una cantidad cuyo único significado parecía consistir en que era divisible por 5 y le dejaba el resultado de 22, edad en la que había salido de Tubinga. No era mucho. Pero si dividía 22 por 2 y restaba 3 (¡de nuevo el 5!), le quedaban 6 y fue a los seis años cuando su madre lo llevó a la cima de la Colina de la Horca para ver el planeta de 1577. Y el 3, ¿qué significaba ese 3 insistente? ¡Vaya, era el número de los intervalos entre los planetas, el número de notas del arpeggio de las esferas, la escala de cinco tonos de la música del mundo... siempre y cuando sus cálculos fueran exactos!

Hacía seis meses que trabajaba en la que se convertiría en su primera obra: *Misterium cosmographicum*. Entonces su situación era más desahogada. Aún era soltero, no había oído hablar de Barbara y vivía en la Stiftsschule, en un cuarto atestado y frío pero que le pertenecía. Al principio la astronomía sólo había sido un pasatiempo, una ampliación de los juegos matemáticos que como estudiante había gustado de practicar en Tubinga. A medida que pasaba el tiempo y que se frustraban sus ilusiones de una nueva vida en Graz, ese juego exaltado lo obsesionaba cada vez más. Era algo en sí mismo, un ámbito de orden que podía contraponer al mundo real y desvencijado del que era prisionero. Graz era una especie de prisión. Y en esta ciudad a la que gustaban llamar urbe, la capital de Estiria, regida por mercaderes de miras estrechas y por un príncipe papista, el espíritu de Johannes Kepler estaba encadenado, esposados sus talentos, sus grandes aptitudes especulativas sujetas al potro de tormento de la enseñanza... ¡exacto, sí, eso es! Reía, gruñía y se burlaba de sí mismo... ¡por Dios, estaba encerrado en una mazmorra! Tenía veintitrés años.

La ciudad era bastante bonita. Quedó impresionado cuando vio por primera vez el río, las agujas de las iglesias y la colina coronada por el castillo, desdibujados y brillantes bajo el aguacero de abril. Parecía existir cierta amplitud y generosidad que incluso creyó percibir en la extensión y el equilibrio de los edificios, tan distintos a la arquitectura sobresaliente de las ciudades de su Wurtemberg natal. También la gente le pareció diferente. Los paseantes eran muy propensos a los discursos y las disputas públicas y Johannes recordó que había recorrido un largo camino desde su tierra, que casi estaba en Italia. Pero era pura ilusión. Cuando más tarde observó atentamente las calles hormigueantes, se dio cuenta de que la inmundicia y el hedor, los tullidos, los pordioseros y los locos eran los mismos de todas partes. Es verdad que se trataba de orates protestantes, de inmundicia protestantes y de que las agujas apuntaban a un cielo protestante, por eso el ambiente de por aquí parecía menos estrecho. Pero el archiduque era un católico recalcitrante y la ciudad estaba plagada de jesuitas e incluso entonces en la Stiftsschule se hablaba de la clausura y de la separación entre la Iglesia y el Estado.

A pesar de que había sido un estudiante genial, Johannes aborrecía la enseñanza. En las clases experimentaba una extraña frustración. Las lecciones que debía explicar siempre estaban un poquitín al margen de lo que realmente le interesaba, por lo que se veía obligado a contenerse del mismo modo que el botero retiene el esquife en medio de la corriente del río. El esfuerzo lo agotaba, lo dejaba sudoroso y embotado. A menudo el timón se le escapaba de las manos e, impotente, se dejaba arrastrar por la marea de su entusiasmo, mientras sus pobres y cortos alumnos quedaban abandonados en la orilla en lontananza y desde allí saludaban desganadamente con la mano.

La *Stiftsschule* era administrada como una academia militar. Consideraban negligente a todo profesor que no castigaba a sus alumnos hasta hacerlos sangrar. (Johannes hizo lo imposible y la única vez que no pudo evitar una azotaina, la víctima fue un chico fornido y sonriente, casi de su misma edad, y una cabeza más alto). El nivel de enseñanza era elevado y se encargaban de sostenerlo el comité de supervisores y sus falanges de inspectores. Johannes tenía pánico a los inspectores. Se presentaban en las aulas sin avisar, a menudo de a dos, y escuchaban en silencio desde el fondo, mientras sus escasos alumnos permanecían con los brazos cruzados, se congratulaban de la situación y lo miraban jubilosamente atentos, a la espera de que hiciera el ridículo. En la mayoría de los casos les daba el gusto pues se crispaba y tartamudeaba mientras luchaba con los hilos enmarañados de su discurso.

—Procure mantener la calma —le aconsejó el rector Papius—. Tengo la impresión de que se apresura y tal vez olvida que sus alumnos carecen de su agudeza mental. No lo siguen, se confunden y luego vienen a mí a quejarse o... —sonrió—, o sus padres vienen a quejarse.

—Lo sé, lo sé —reconoció Johannes y se miró las manos. Estaban sentados en el rectorado, que daba al patio central de la escuela. Llovía. El viento se acumulaba en el cañón de la chimenea, de la que escapaban bolas de humo que pendían de la atmósfera y le escocían los ojos—. Hablo demasiado deprisa y digo cosas cuyo modo de expresión no he tenido tiempo de pensar. A veces, en medio de una clase, cambio de idea y me pongo a hablar de otro tema o me doy cuenta de que mis palabras eran imprecisas y empiezo de nuevo para explicar detalladamente la cuestión. —Cerró la boca y se retorció; cada vez que hablaba empeoraba un poco más la situación. El doctor Papius contemplaba el fuego cejijunto—. Verá, *Herr Rector*, mi *cupiditas speculandi* me lleva por mal camino.

—Así es —confirmó moderadamente el hombre mayor y se rascó el mentón—, en usted parece haber demasiada... pasión. De todas maneras, no quisiera que un joven reprimiera su entusiasmo natural. Maestro Kepler, ¿es posible que no estuviera destinado a la enseñanza?

Aunque Johannes alzó la vista alarmado, el rector sólo lo miraba preocupado y con cierto regocijo. Era un hombre afable y algo disperso, erudito y médico; sin duda sabía lo que significaba pasar todo el día en un aula soñando con estar en otra parte.

Siempre se había mostrado amable con el extraño hombrecillo de Tubinga, que al principio horrorizó a los miembros más imponentes del claustro con sus pésimos modales y su mezcla desconcertante de amistad, irascibilidad y arrogancia. En más de una ocasión Papius lo había defendido ante los supervisores.

—Sé que no soy un buen profesor —masculló Johannes—. Mis inclinaciones van por otros derroteros.

—Ah, sí —dijo el rector y tosió—, la astronomía. —Hojeó el informe de los inspectores que tenía sobre el escritorio—. Parece que enseña bien astronomía.

—¡Pero no tengo alumnos!

—No es su culpa... hasta el pastor Zimmermann dice que la astronomía no es materia para todos. Recomienda que le demos las clases de aritmética y de retórica latina de la escuela superior hasta que encontremos más alumnos dispuestos a convertirse en astrónomos.

Johannes se dio cuenta de que se estaban burlando de él, aunque fuera afablemente.

—¡Sólo son bárbaros ignorantes! —exclamó de súbito y del fuego cayó un leño—. Lo único que les interesa es cazar, guerrear y buscar dotes elevadas para sus herederos. Odian y desprecian la filosofía y a los filósofos. Ellos ellos ellos... *no se merecen...* —Se interrumpió blanco de ira y preocupación. No podía permitirse más arrebatos.

El rector Papius sonrió como un fantasma.

—¿Los inspectores?

—¿Los...?

—Suponía que se refería a nuestro buen pastor Zimmermann y a sus compañeros de inspección. ¿No hablábamos de ellos?

Johannes se llevó la mano a la frente.

—Me... me refería, por supuesto, a los que no envían a sus hijos para que reciban una enseñanza digna.

—Ah. Le diré una cosa, creo que entre nuestras familias nobles y también entre los mercaderes son muchos los que consideran que la astronomía *no* es un tema de estudio adecuado para sus hijos. Quemar en la hoguera a pobres desgraciados que han tenido con la luna menos tratos que usted en sus clases. Comprenderá que no defiendo esa actitud ignorante ante su ciencia y que sólo pretendo llamarle la atención sobre este hecho, como es mi...

—Pero...

—... como es mi *deber*.

Se miraron, Johannes hosco y el rector firme pero disculpándose. La lluvia gris golpeteaba la ventana y el humo formaba ondas.

Johannes suspiró.

—Compréndalo, *Herr* Rector, no puedo...

—Pues inténtelo, maestro Kepler. ¿Hará el esfuerzo?

Aunque lo intentó y volvió a intentarlo, ¿cómo podía mantener la calma? Su cerebro era un torbellino. El caos de ideas e imágenes bullía en su interior. En clase guardó silencio cada vez con más frecuencia y se mantuvo totalmente inmóvil, sordo a las risillas de sus alumnos, cual un hierofante enloquecido. Deambuló atontado por las calles y en más de una ocasión estuvo a punto de ser atropellado por los caballos. Pensó que estaba enfermo aunque más bien tenía la sensación de estar... ¡enamorado! Enamorado en un sentido general, no de un objeto definido. La idea, cuando por fin dio con ella, le causó gracia.

A principio de 1595 recibió una señal que, si no procedía del mismo Dios, seguramente provenía de una deidad menor, una de aquéllas cuyo destino consiste en alentar a los elegidos. Su puesto en la Stiftsschule incluía el título de redactor del calendario de la provincia de Estiria. El otoño anterior, previo pago de veinte florines procedentes de los fondos públicos, había trazado el calendario astrológico del año siguiente, prediciendo mucho frío y la invasión turca. En enero la helada fue tan fuerte que los pastores de las granjas alpinas murieron congelados en las laderas y el primer día del nuevo año los turcos emprendieron una ofensiva que, según se dijo, devastó todo el territorio de Neustadt a Viena. Johannes quedó encantado con la presta reivindicación de sus dotes (e íntimamente sorprendido). Oh, sí, por supuesto, una señal. Se puso a trabajar a fondo en el misterio cósmico.

Aún no había alcanzado la solución: todavía estaba planteando las preguntas. La primera decía: ¿por qué en el sistema solar hay seis planetas? ¿Por qué no cinco, siete o, ya que en ello estamos, mil? Por lo que sabía, a nadie se le había ocurrido plantearlo. Para Johannes se convirtió en el misterio fundamental. Hasta la formulación de semejante pregunta le parecía un logro extraordinario.

Era copernicano. En Tubinga, su maestro Michael Maestlin le había hecho conocer el sistema del mundo del maestro polaco. Para Kepler había algo sagrado, casi redentor, en esa visión de un mecanismo ordenado de esferas centradas alrededor del sol. Sin embargo, desde el primer momento vio un defecto, un fallo básico que obligó a Copérnico a practicar todo tipo de truquillos y evasiones. Tal como estaba bosquejada en la primera parte de *De revolutionibus*, la idea del sistema era evidentemente una verdad eterna, pero la elaboración de la teoría contenía una acumulación cada vez mayor de digresiones —los epiciclos, el ecuante, cosas de esta guisa— exigidas, sin duda, por algún espantoso traspié original. Era como si de las manos vacilantes del maestro hubiese caído su maravilloso modelo del funcionamiento del mundo y, una vez en el suelo, se hubiese adherido a sus radios y al alambre fino de su armazón trocitos de barro, hojas secas y las cáscaras reseca de conceptos agotados.

Aunque Copérnico llevaba muerto cincuenta años, en ese momento para Johannes se levantó de la tumba: un ángel plañidero con el que debía combatir antes de seguir adelante y fundar su sistema. Ya podía burlarse de los epiciclos y el ecuante, pero no era fácil descartarlos. Sospechaba que el canónigo polaco había sido mejor

matemático de lo que jamás llegaría a serlo el redactor del calendario de Estiria. Johannes se encolerizó con sus propias insuficiencias. Ya podía saber que había un defecto, tal vez grave, en el sistema copernicano, pero encontrarlo era harina de otro costal. Pasaba las noches en vela, convencido de que había oído al viejo, su adversario, riéndose de él, aguijoneándolo.

Entonces hizo un descubrimiento. Se dio cuenta de que Copérnico no había errado en lo que *hizo*: había cometido un pecado de omisión. Johannes comprendió que el gran hombre no se había preocupado por explicar la naturaleza de las cosas, simplemente se había limitado a demostrarla. Descontento con la concepción tolemaica del mundo, Copérnico había inventado un sistema mejor y más elegante que, pese a su aparente radicalismo, sólo pretendía —según las palabras del escolástico— salvar los fenómenos, crear un modelo que no tenía por qué ser empíricamente verdadero, bastaba que fuese plausible de acuerdo con las observaciones.

¿Copérnico había supuesto que su sistema era una imagen de la realidad o le había bastado con pensar que coincidía, más o menos, con las apariencias? ¿Se planteó la pregunta? En el mundo de ese viejo no existía una música sostenida, sólo aires y fragmentos azarosos, armonías quebradas, cadencias escritas deprisa y sin cuidado. La tarea de Kepler consistiría en dar cuerpo y ritmo a esa música. Porque la verdad era la música ausente. Dirigió la mirada hacia la fría luz del invierno que se colaba por la ventana y se abrazó a sí mismo. ¿No era maravillosa la lógica de las cosas? Preocupado por la falta de elegancia del sistema tolemaico, Copérnico había erigido su gran monumento al sol, en el que estaba encajada la imperfección, la perla que Johannes Kepler debía encontrar.

El mundo no se había creado con el propósito de que tuviera cuerpo y ritmo. Dios no era frívolo. Se aferró desde el principio a esa idea: la canción del mundo era secundaria y nacía naturalmente de la relación armoniosa de las cosas. En cierto sentido, hasta la verdad era secundaria. Todo estaba en la armonía. (¡Algo falla, algo falla!, pensó pero no le hizo caso). Como Pitágoras había demostrado, la armonía era producto de las matemáticas. Por consiguiente, la armonía de las esferas debía ajustarse a un modelo matemático. A Johannes no le cabía la menor duda de que ese modelo existía. Según su axioma principal, en el mundo Dios no creó nada sin designio y su base se encuentra en las cantidades geométricas. El hombre es divino precisa y exclusivamente porque puede pensar en términos que reflejan el modelo de Dios. Había escrito: la mente capta la materia mucho más correctamente cuanto más se aproxima ésta a las cantidades puras como fuente. En consecuencia, su método para identificar el modelo cósmico debía basarse, como el modelo mismo, en la geometría.

La primavera llegó a Graz y, como de costumbre, lo sorprendió. Un día se asomó a la ventana y la percibió en la atmósfera arrebolada, fue un apresuramiento, una sensación de vasta y súbita arremetida, como si la tierra se hubiese lanzado por una

curva del espacio cada vez más estrecha. La ciudad centelleaba, despedía luz de los temblorosos cristales de las ventanas y de las piedras pulidas, de los charcos de lluvia azules y dorados que cubrían las calles enlodadas. Johannes pasaba la mayor parte del tiempo de puertas adentro. Lo perturbó el punto hasta el cual la estación hacía juego con su ánimo de desasosiego y oscuro anhelo. Las Carnestolendas pasaron bajo su ventana sin que se apercibiera, salvo cuando una ráfaga de un cómico bugle o el ebrio canto de los juerguistas interrumpían su concentración, momento en que mostraba los dientes con un sordo gruñido.

¿Y si se equivocaba? ¿Y si el mundo no era una estructura ordenada y regida por leyes inmutables? Después de todo, cabía la posibilidad de que Dios —lo mismo que los seres de su creación— prefiriera lo temporal a lo eterno, lo improvisado a lo perfeccionado, los bugles de juguete y los vítores del desgobierno a la música de las esferas. Pero no, no, a pesar de las dudas, no: su Dios era, por encima de todas las cosas, un dios del orden. El mundo funciona por la geometría porque ésta es el paradigma terrenal del pensamiento divino.

Trabajaba hasta altas horas de la noche y recorría los días a trompicones, en trance. Llegó el verano. Había trabajado ininterrumpidamente durante seis meses y todo cuanto logró —si es que podía considerarse un logro— fue el convencimiento de que no debía ocuparse de los planetas, sus posiciones y velocidades, sino de los intervalos entre sus órbitas. Copérnico fijó los valores de esas distancias y, a pesar de que no eran mucho más confiables que los de Tolomeo, en bien de su cordura Johannes tuvo que suponer que eran lo bastante válidos para sus fines. Los combinó y recombino una y otra vez en pos de la relación que ocultaban. ¿Por qué sólo hay seis planetas? Era una buena pregunta. Pero resultaba aún más profundo plantearse por qué existen, precisamente, esas distancias entre ellos. Aguardó, atento al zumbido de las alas. Y aquella vulgar mañana de julio se le apareció el ángel que resolvió el enigma. Estaba en clase. El día era cálido y despejado. Una mosca zumbaba en la alta ventana y a sus pies yacía un rombo de luz. Atontados de aburrimiento, los alumnos miraban por encima de su cabeza con los ojos vidriosos. Estaba demostrando un teorema de Euclides —más adelante, por mucho que lo intentó, no logró recordar cuál— y había dibujado un triángulo equilátero en la pizarra. Levantó el enorme compás de madera y en el acto, como siempre, la cosa monstruosa lo pellizcó. Se llevó el pulgar herido a la boca, giró hacia el caballete y se puso a trazar dos círculos, uno dentro del triángulo y tocando los tres lados, y el segundo circunscrito y cortando los vértices. Retrocedió hacia el rombo de luz polvoriento, parpadeó y de pronto algo, acaso su corazón, cayó y rebotó, como el atleta que ejecuta una hazaña milagrosa en la cama elástica. Pensó con desbordante carencia de lógica: viviré eternamente. La relación del círculo exterior con el interior era idéntica a la de las órbitas de Saturno y Júpiter, los planetas más lejanos, y allí, dentro de los círculos y determinando la relación, se inscribía el triángulo equilátero, la figura geométrica fundamental. Por consiguiente, sitúa un cuadrado entre las órbitas de Júpiter y Marte,

entre Marte y la Tierra un pentágono, entre la Tierra y Venus un... Sí, claro que sí. El diagrama, el caballete, hasta las paredes del aula se convirtieron en un líquido trémulo y los afortunados alumnos del joven maestro Kepler tuvieron el privilegio extraordinario y gratificante de ver que un profesor se enjugaba las lágrimas y se sonaba ruidosamente la nariz con un pañuelo sucio.

\* \* \*

Al atardecer cabalgó por el bosque de Schönbuch. El soleado día de marzo se había vuelto ventoso y una luz rojiza teñía el valle. El Neckar rutilaba azul pizarra y frío. Se detuvo en la cima de una colina y se irguió sobre los estribos para respirar a fondo ese aire bravío y tempestuoso. No recordaba que Suabia fuera tan extraña e impetuosa: ¿se debía, quizás, a que él había cambiado? Llevaba guantes nuevos, veinte florines en el monedero, el permiso para ausentarse de la Stiftsschule, la yegua torda y moteada que le había prestado su amigo Stefan Speidel —ministro de la región de Estiria— y, a salvo en la cartera que llevaba pegada al cuerpo y envuelta en hule, su posesión más preciada: el manuscrito. El libro estaba terminado y se trasladaba a Tubinga para publicarlo. Cuando entró en las callejas de la ciudad, caía una lluvia negra y las antorchas parpadeaban sobre su cabeza, en los muros del bastión de Hohentübingen. Después de las anunciaciones de julio, había necesitado otros siete meses de trabajo y la incorporación de una tercera dimensión a sus cálculos para rematar la teoría y concluir el *Misterium*. La noche, la tormenta, el viajero solitario y la muda magnificencia del mundo; una gota de lluvia se le coló por el cuello y sus omoplatos temblaron cual alas nacientes.

Un rato más tarde estaba sentado en la cama, en un cuarto marrón y de techo bajo de El Verraco, tapado hasta el mentón con una manta mugrienta, comiendo tortas de harina de avena y bebiendo vino caliente con especias. La lluvia tamborileaba en el tejado. De la parte baja de la taberna llegaban cantos estridentes... los suabos eran cordiales, campechanos e insaciables bebedores. En su época de estudiante, Johannes había vomitado sobre muchos renanos que estaban como una cuba en el local abarrotado. Se sorprendió de lo feliz que se sentía por haber retomado a su tierra natal. Estaba bebiendo el poso de la jarra en un último brindis a la salud de doña Fama, esa diosa corpulenta y garbosa, cuando el mozo de la taberna llamó a la puerta y le pidió que bajara. Sonriente y con los ojos nublados, borracho a medias y envuelto aún en la manta, Kepler descendió con dificultad la desvencijada escalera. La taberna parecía un camarote, los bebedores se bamboleaban, la luz de las velas se movía de un lado a otro y, más allá de las ventanas cubiertas de vapor goteante, se percibía el oleaje de la noche oceánica. Michael Maestlin, su amigo y antiguo maestro, se levantó de la mesa para ir a su encuentro. Se estrecharon las manos y fueron al grano con inesperada timidez. Johannes informó sin preámbulos:

—He escrito el libro.

Miró con el ceño fruncido la mesa sucia y los vasos de cuero: ¿por qué nada se estremecía ante la noticia?

El profesor Maestlin contemplaba la manta.

—¿Está enfermo?

—¿Cómo? No, tenía frío y estaba mojado. Acababa de llegar. ¿Recibió mi mensaje? Claro, puesto que está aquí. Ja, ja. Disculpe que lo diga, pero las almorranas me producen un terrible dolor después del viaje.

—Supongo que no se alojará aquí... no, no, vendrá a mi casa. Vamos, apóyese en mí, iremos a buscar su equipaje.

—No estoy...

—He dicho que nos vamos. Hombre, está ardiendo, mire cómo le tiemblan las manos.

—No estoy, le aseguro que no estoy *enfermo*.

La fiebre duró tres días. Johannes temió por su vida. Deliró y oró tendido boca arriba en un sofá de las habitaciones de Maestlin, acosado por visiones de pavorosa devastación y tormentos. Su carne rezumaba un sudor pernicioso: ¿de dónde salía tanto veneno? Maestlin lo cuidó con la desmañada ternura de los solterones y la cuarta mañana Johannes despertó, frágil vasija bordeada de cristal, vio a través de un ángulo de la ventana nubecillas que recorrían el manchón del cielo azul y se sintió recuperado.

La fiebre lo había depurado como el fuego purificador. Volvió a ocuparse de su libro con una nueva mirada. ¿Cómo osó imaginar que estaba terminado? Arrodillado en la maraña de sábanas, atacó el manuscrito y lo marcó, lo cortó, lo empalmó, desmontó la teoría y la volvió a acomodar plano tras plano hasta que le pareció milagrosa dadas su elegancia y su fuerza renovadas. La ventana tronó encima de su cabeza, sacudida por la ventolera, y al incorporarse sobre el codo divisó los árboles que temblaban en el patio del colegio. Tuvo la sensación de que ráfagas de ese aire eminente y tónico también recorrían su persona. Maestlin le llevó comida —pescados hervidos, sopas y bofes estofados— pero, por lo demás, lo dejó solo; le ponía nervioso ese fenómeno excitable y veinte años más joven, instalado en el sofá con la camisa de dormir manchada y tomando notas día tras día como un muñeco animado. Le advirtió que tal vez la enfermedad no estaba superada y que la sensación de lucidez de la que se jactaba podía ser nada más que otra fase del mal. Johannes estuvo de acuerdo porque, ¿qué era ese frenesí de trabajo, ese embeleso con un pensamiento renovado, si no una indisposición?

También se recuperó del frenesí y una semana después habían retomado las viejas dudas y temores. Hojeó la nueva versión del manuscrito. ¿Era tan superior al anterior? ¿No se había limitado a reemplazar los viejos desatinos por otros? Buscó confirmación en Maestlin. Asustado por la intensidad de esa necesidad, el profesor frunció el ceño a media distancia, como si buscara subrepticamente un agujero por el que emprender la retirada.

—Sí —dijo y tosió—, sí, la idea es, sin duda, eh... ingeniosa.

—¿Le parece *auténtica*?

Maestlin se puso serio. Era domingo por la mañana. Caminaban por el terreno comunal situado detrás de la sala principal de la universidad. Los olmos se estremecían bajo el cielo tempestuoso. El profesor tenía la barba cana y nariz de bebedor. Sopesaba las cosas minuciosamente antes de expresarse. Europa lo consideraba un gran astrónomo. Anunció:

—Soy de la opinión según la cual el matemático ha cumplido su propósito cuando postula hipótesis con las cuales los fenómenos se corresponden lo más estrechamente posible. Estoy convencido de que usted mismo se desdiría si alguien planteara principios aún mejores que los suyos. Y en modo alguno significa que la realidad se ajusta inmediatamente a las hipótesis pormenorizadas de cada maestro.

Debilitado y de mal humor, Johannes puso cara de pocos amigos. Era la primera vez que se atrevía a salir desde que se le había pasado la fiebre. Se sentía transparente. En el aire se oyó un zumbido y de inmediato, súbitamente, un tañido de campanas que sacudió sus nervios.

—¿Para qué desperdiciar palabras? —preguntó, gritó, las campanas, *maldita sea*. La geometría existía antes de la Creación, es coeterna con la mente de Dios, *es el propio Dios...*

Repique de campanas.

—¡Oh! —Maestlin lo miró fijo.

—... ¿acaso existe en Dios algo que no sea el propio Dios? —inquirió mesuradamente. Un viento gris arremolinó la hierba y fue a su encuentro. Kepler se estremeció—. Sólo estamos repitiendo citas. Me gustaría conocer su sincera opinión.

—He dicho lo que pienso —espetó Maestlin.

—Perdóneme, maestro, pero no son más que titubeos escolásticos.

—¡Pues yo soy escolástico!

—¿Usted, el que enseña a sus alumnos, el mismo que me enseñó *a mí* la doctrina heliocéntrica de Copérnico... *usted* es escolástico? —De todas maneras, Johannes dirigió al profesor una meditabunda mirada de soslayo.

Maestlin dio un respingo.

—¡Ajá, también él fue escolástico y salvador de los fenómenos!

—Sólo...

—¡Señor, fue un escolástico! Copérnico respetaba a los ancianos.

—Ya lo sé. ¿Cree que yo no?

—¡Me parece, jovencito, que usted no siente un gran respeto por nada ni por nadie!

—Respeto el pasado —afirmó Johannes con moderación—. Me gustaría saber si es tarea de los filósofos seguir servilmente las enseñanzas de los viejos maestros.

Se preguntó realmente si ésa era tarea de los filósofos. Cual monedas de prestidigitador, las gotas de lluvia salpicaron los adoquines. Se resguardaron en el

porche del aula magna. Aunque las puertas estaban cerradas y con el cerrojo echado, había lugar suficiente bajo el sello platónico de piedra. Guardaron silencio, mirando hacia afuera. Maestlin respiraba ruidosamente porque el malestar lo ponía como un fuelle. Ignorante de la cólera del otro, Johannes contempló distraído un rebaño de ovejas que paseaba por el terreno comunal, con sus cabezas lúgubrementemente nobles y sus ojos apacibles, la forma en que mascaban la hierba con suma delicadeza como si, además de alimentarse, estuvieran cumpliendo una tarea ímproba y onerosa: esos seres divinos, mudos e insignificantes, tantos y tan variados. En ocasiones como ésta, súbitamente el mundo lo dominaba: todo lo que carece de modelo o forma evidente y simplemente *existe*. El viento espantó de los grandes árboles una bandada de grajos. De lejos llegó el murmullo de un cántico y por la ladera del terreno comunal marchaba una desgarrada hilera de jóvenes que avanzaban viento en contra. El canto —un trepidante himno de Lutero— se difundió en el aire tumultuoso. Con remordimientos Kepler reconoció la túnica amorfa de los seminaristas: así había sido él en otros tiempos. El espectro multiplicado por diez pasó delante de ellos y, cuando la lluvia arreció, rompió filas y correteó los últimos metros, chillando hasta protegerse en la capilla de Santa Ana, bajo los olmos. Maestlin decía:

—... a Stuttgart, pues tengo cosas que hacer en la corte del duque Federico. — Hizo una pausa y esperó respuesta. Había hablado con tono conciliador—. Por orden del duque he preparado un calendario y debo entregarlo... —Volvió a intentarlo—: Claro que usted ha hecho cosas parecidas.

—¿Cómo? Ah, sí, calendarios. No son más que travesuras de nigromantes.

Maestlin lo miró fijo.

—¿Nada más que...?

—Sortilegios, magia estelar, esas cosas. De todos modos —tomó aliento—, estoy convencido de que las estrellas influyen en nuestros asuntos...

Kepler se interrumpió y frunció el ceño. El pasado desfilaba en su mente hacia un futuro sin límites. A sus espaldas las puertas se entreabrieron con un repiqueteo y se asomó una figura esquelética, que se apartó inmediatamente. Maestlin suspiró.

—¿Irás o no conmigo a Stuttgart?

A primera hora del día siguiente partieron hacia la capital de Württemberg. El humor de Kepler había mejorado notablemente y cuando arribaron a la primera escala, Maestlin se había desplomado mudo en un rincón del carruaje postal, agotado luego de tres horas de disquisiciones sobre los planetas, la periodicidad y las formas perfectas. Pretendían pasar, como máximo, una semana en Stuttgart, pero Johannes se quedaría seis meses.

Elaboró un plan magistral para promover su teoría de la geometría celeste.

—Veréis —confió a los demás comensales en la *trippeltisch* del palacio del duque—, he diseñado un vaso de aproximadamente este tamaño que será el modelo del mundo según mi sistema, vaciado en plata y con los signos de los planetas trabajados en piedras preciosas: Saturno el diamante, la Luna la perla y así sucesivamente... y,

fijaos bien, ¡con un mecanismo de vertido a través de siete espitas pequeñas, correspondientes a los siete planetas, para servir siete bebidas distintas!

Los presentes lo miraron. Johannes sonrió y disfrutó de la silente sorpresa de sus contertulios. Un hombre grueso y de peluca, cuyas facciones coloradas y su porte erguido expresaban un jupiteriano poder absoluto, se quitó de la boca un trozo de cartílago y preguntó:

—Por favor, ¿le molestaría decirme quién costeará su maravilloso proyecto?

—Pues sí, señor, su excelencia el duque. Para eso estoy aquí. Sé que los príncipes gustan de entretenerse con juguetes inteligentes.

—¿De verdad?

Una mujer desmelenada con el cuello cubierto de encaje bueno y antiguo y algo que se parecía mucho a un herpes venéreo asomando en su labio superior, se inclinó para observar atentamente a ese joven estrafalario.

—En ese caso, debería cultivar la amistad de mi marido —dijo, asintió desconcertada bajo el peso del rebuscado capotillo y lanzó una enervante carcajada—. Por si no lo sabe, es el segundo secretario del embajador de Bohemia.

Johannes ladeó la cabeza con un ademán que, en medio de compañía tan elevada, supuso que serviría como reverencia.

—Me sentiría muy honrado de conocer a su esposo, *madame* —añadió como gesto final.

La señora sonrió y extendió la mano con la palma hacia arriba por encima de la mesa presentándole, cual si se tratara de una fuente con manjares, al rubicundo personaje de la peluca. Éste lo miró y de pronto, como si se tratase del sello de su cargo, mostró una boca llena de dientes de oro.

—Jovencito, le aseguro que el duque Federico es meticuloso con su dinero —declaró.

Todos rieron como si se tratara de un chiste conocido y volvieron a concentrarse en la comida. Un joven soldado de bigote lo contempló pensativo al tiempo que deshuesaba un trozo de pollo.

—¿Ha dicho siete tipos de bebida?

Johannes ignoró la actitud marcial y replicó:

—Sí, siete. *Agua vitae* por el Sol, coñac por Mercurio, hidromiel para Venus y agua para la Luna —contó ajetreadamente los planetas con los dedos—. Por Marte vermut, vino blanco por Júpiter y de la espita de Saturno... —rió con disimulo—, de Saturno sólo saldrá vino agrio o cerveza rancia para que los que ignoran la astronomía sean expuestos al ridículo.

—¿Qué...?

La pata de pollo se separó con un golpe seco. Kepler respondió con una sonrisa presuntuosa. Tellus, el jardinero mayor del duque —un hombre alegre y grueso, de cráneo liso y lampiño, cuya presencia en esa mesa de viajeros se debía al reciente trastocamiento del protocolo—, rió y exclamó:

—¡Atrapado, atrapado!

Los colores treparon al rostro del soldado. Lucía rizos castaños y grasos que llegaban hasta el cuello de su sobreveste de terciopelo.

Un hombre parecido a un ave asomó la cabeza por detrás del hombro del vecino de Kepler y cacareó:

—Bueno, quiere decir, si no lo he entendido mal, que, por así decirlo, no podremos conocer su maravillosa... su maravillosa teoría, ¿no? —Rió y rió, mercurial y enloquecido, agitando sus manos menudas.

—Tengo intención de pedir discreción al duque —reconoció Johannes—. Cada parte del vaso será fabricada por un platero y montada más adelante, a fin de garantizar que mi *inventum* no sea conocido antes del momento oportuno.

—¿Su qué...? —gruñó su vecino y se volvió bruscamente.

Era un individuo atezado y saturnino, con cabeza de campesino —posteriormente Johannes se enteró de que era barón—, que hasta ese momento había dado la impresión de que era sordo, consumiendo vorazmente un plato tras otro.

—Es latín —informó secamente Peluca—. Quiere decir su invento. —Dedicó a Kepler una severa mirada de reproche.

—Sí, quise decir invento... —reconoció Johannes con humildad.

De pronto se sintió acosado por las dudas. Esa mesa y esas personas, la sala situada a sus espaldas con las jerarquías mezcladas en otras mesas, los criados que corrían de un lado a otro y el griterío de los comensales, súbitamente todo se convirtió en expresión de un desorden irremediable. Se descorazonó. Su alegre petición de una audiencia con el duque, escrita de prisa el día que llegó a la corte, aún no había obtenido respuesta; cumplida una semana, la gélida ráfaga de ese silencio lo golpeó de lleno por primera vez. ¿Por qué había sido tan ingenuo y abrigado esperanzas tan excelsas?

Guardó los dibujos del vaso cósmico y se dispuso a poner inmediatamente rumbo a Graz. Maestlin apeló a una última reserva de paciencia, lo retuvo y lo convenció de que redactara una petición más elaborada. Johannes se dejó persuadir, hinchado como un pavo real. La respuesta a la segunda carta llegó con asombrosa presteza esa misma noche y en el margen, con letra infantil, le invitaban a fabricar una muestra del vaso y *cuando nos lo veamos y llegemos a la conclusión de que merece la pena su vaciado en plata, medios no faltarán*. Maestlin le pellizcó el brazo y Kepler, fuera de sí, sonrió jubiloso y suspiró:

—¡Nos...!

Armado de tijera, engrudo y tiras de papeles de color, tardó una semana en montar la muestra sentado en el frío suelo de su habitación, en lo alto de un torreón ventoso. El modelo le gustó, con los planetas en rojo sobre órbitas de color azul cielo. Lo entregó amorosamente a los complicados vericuetos que lo llevarían a manos del duque y se dispuso a esperar. Pasaron varias semanas, un mes, otro y un tercero. Hacía mucho que Maestlin había regresado a Tubinga para supervisar la impresión

del *Misterium*. Johannes se convirtió en una figura familiar de la aburrida vida cortesana, otro de esos pobres suplicantes dementes que, cual un cinturón de satélites, rondaban la presencia invisible del duque. Recibió una carta de Maestlin: Federico había solicitado su opinión experta en la cuestión. Le habían concedido audiencia. Kepler estaba indignado: ¡una opinión experta...!

Lo recibieron en un salón inmenso y espléndido. La chimenea de mármol italiano era más alta que él. De las enormes ventanas escapaba una gasa de pálida luz. En el techo, como un milagro colgante de guirnaldas de yeso y cabezas molduradas, un dibujo oval representaba la vertiginosa escena de un grupo de ángeles que ascendía en torno a un dios colérico y barbudo, entronizado en la sombría atmósfera. El salón estaba atestado y los cortesanos se movían a la vez sin rumbo y decididos, como si interpretaran una compleja danza cuyos pasos solo se percibían desde arriba. Un lacayo tomó a Kepler del brazo, por lo que se volvió. Un hombrecillo delicado se le acercó y preguntó:

—¿Es usted Repleus?

—No, sí, yo...

—Me lo imaginaba. Nos hemos estudiado su modelo del mundo —sonrió dulcemente—. No tiene sentido.

El duque Federico estaba regiamente disfrazado con una túnica de tisú de oro y pantalón de terciopelo. Las joyas resplandecían en sus manos diminutas. Lucía rizos canos muy cortos, como una multitud de muelles, y en el mentón gastaba un pequeño cuerno veloso. Era suave y blando y Johannes pensó en la carne dulce y cerosa de una castaña cobijada en el cráneo lustroso de su cáscara. Percibió la medida de la zarabanda de los cortesanos pues estaba en su mismo centro. Intentó barbotar una explicación acerca de la geometría de su sistema del mundo, pero el duque alzó la mano.

—Sin duda todo eso es muy correcto e interesante pero ¿en dónde radica el significado *general*?

El modelo de papel reposaba sobre una mesa pintada a la laca. Dos órbitas se habían despegado. Kepler sospechó que un dedo ducal había toqueteado las entrañas del modelo.

—Señor, sólo existen cinco sólidos perfectos y regulares, llamados también formas platónicas. Se los denomina perfectos porque sus lados son idénticos. —El rector Papius quedaría impresionado al ver la paciencia que estaba mostrando—. De las infinitas formas que existen en el mundo de las tres dimensiones, sólo estas cinco figuras son perfectas: el tetraedro o pirámides, limitado por cuatro triángulos equiláteros; el cubo, con sus seis cuadrados; el octaedro, con ocho equiláteros; el dodecaedro, limitado por doce pentágonos, y el icosaedro, que presenta veinte triángulos equiláteros.

—Veinte —repitió el duque y asintió con la cabeza.

—Sí. Como puede ver aquí ilustrado, sostengo que en los cinco intervalos entre los seis planetas del mundo pueden inscribirse estos cinco sólidos regulares... —Se sobresaltó. El orate mercurial de la *trippeltisch* intentaba pasar por encima de él hacia el duque, seguía riendo y apretaba los labios a modo de silente disculpa. Johannes dio un codazo en las costillas de la criatura e insistió—: Pueden inscribirse... —y volvió a insistir—, para satisfacer exactamente —prosiguió jadeante— las cantidades entre los intervalos, tal como las midieron y las establecieron los antiguos. —Sonrió: lo había planteado claramente.

El loco volvió a soltarle zarpazos y vio que todos estaban presentes: la señora de la venérea, Meister Tellus, el soldado Kaspar, Peluca por descontado y, desde las lindes del baile, el barón melancólico. ¿Y qué? Estaba poniéndolos en su sitio. De pronto fue consciente de sí mismo: joven, genial y, por alguna razón, maravillosamente frágil.

—Como puede verse —añadió a la ligera—, he situado el cubo entre las órbitas de Saturno y Júpiter, el tetraedro entre las de Júpiter y Marte, el dodecaedro entre Marte y la Tierra, entre la Tierra y Venus el icosaedro y... mire, se lo enseñaré —abrió el modelo cual si fuera una fruta para revelar su interior secreto—, entre Venus y Mercurio he situado el octaedro. ¡Ya está!

El duque frunció el ceño.

—Pues sí, lo que ha hecho y cómo lo ha hecho es evidente —opinó el duque—, pero, si me permite, ¿podemos preguntar *por qué?*

—¿Por qué? —preguntó Kepler paseando la mirada del modelo desmembrado al hombrecillo que tenía delante—. Bueno... bien, porque...

Un espumajo de risa enloquecida resonó junto a su oreja.

\* \* \*

El proyecto quedó en agua de borrajas. Aunque el duque estuvo de acuerdo en que se fabricara el vaso, pronto perdió el interés. El platero de la corte se mostró escéptico y del tesoro llegaron gritos de consternación. Johannes retomó atribulado a Graz. Había dilapidado medio año soñando con los favores principescos. Fue una lección que, según se dijo, debía recordar siempre. De todos modos, poco después una preocupación mucho más importante apartó de sus pensamientos esa humillante historia.

Uno de los inspectores de la escuela, el médico Oberdorfer fue el primero que lo abordó con sonrisa furtiva y —¿era posible?— un guiño de ojos y lo invitó a presentarse cierto día en la casa de *Herr Georg Hartmann von Stubenberg*, uno de los mercaderes de la ciudad. Acudió pensando que le pedirían que preparara un horóscopo o cualquiera de sus famosos calendarios. Pero no hubo encargo. Ni siquiera conoció a *Herr burgomaestre Hartmann* y ese apellido resonaría siempre en su memoria como el retumbo de una catástrofe del pasado. Perdió una hora en la escalera, agarrado a una copa de vino aguado e intentando pensar en lo que le diría al

doctor Oberdorfer. En el gran salón de la planta baja iban y venían grupos de personas: mujeres exageradamente atildadas y obesos hombres de negocios, un obispo y los clérigos asistentes, un rebaño de jinetes de la caballería del archiduque, calzados con botas altas y torpes como centauros. Se casaba uno de los hijos de Hartmann. En una habitación alejada una orquesta de cuerdas tocaba y la música se dispersaba por la casa como el vuelo sin rumbo fijo de flechas delgadas y brillantes. Johannes se inquietó. No lo habían invitado oficialmente y lo perturbaban imágenes de desafío y expulsión. ¿Para qué lo quería Oberdorfer? El médico, hombre corpulento y pálido de mandíbula colgante y ojos húmedos demasiado pequeños, vibraba nerviosamente expectante, escudriñaba el gentío que pasaba por debajo y tarareaba a *sotto voce*, trazando un inarmónico contrapunto a los deslizamientos argentinos y embelesados de los músicos. Por fin hundió un dedo en la manga de Kepler. Una joven rolliza vestida de azul se aproximaba al pie de la escalera. El doctor Oberdorfer la miró de soslayo y maliciosamente.

—¿No le parece guapa?

—Sí, sí —murmuró Johannes, esforzándose por mirar la nada, temeroso de que la dama los oyera—, sí, claro, es muy guapa.

Para susurrar de lado como un mal ventrílocuo, Oberdorfer inclinó su cabezota temblorosa casi hasta apoyarla en el oído de Kepler.

—Por lo que me han dicho, también es rica. —La joven se detuvo, se agachó para hablar con un chiquillo pálido y con los labios apretados, vestido de pana, que volvió su rostro pétreo y tironeó enérgicamente de la mano de su aya. Kepler recordaría toda su vida a ese arisco Cupido. El doctor siseó—: Su padre... su padre tiene propiedades en el sur. Por lo que dicen, ha puesto una considerable fortuna a nombre de la joven. —Bajó aún más la voz—: Por cierto, la mujer también ha sido bien atendida por su... —titubeó—, por sus... bueno, por sus difuntos maridos.

—¿Sus...?

—Sí, sus maridos. —El doctor Oberdorfer cerró fugazmente sus ojillos—. Es tan trágico, tan trágico: ha enviudado dos veces. ¡Y es tan joven!

Johannes se dio cuenta de lo que el doctor tramaba. Se ruborizó y, asustado, subió un peldaño. La viuda le dirigió una mirada afligida. El doctor apostilló:

—Se llama Barbara Müller... de soltera, ja, ja, Müller. —Johannes lo miró y Oberdorfer tosió—. No es más que una broma, discúlpeme. Se apellida Müller, Müller zu Gössendorf, y por casualidad también es el apellido de su ultimísimo, de su último, mejor dicho, de su *difunto* marido... —Sus palabras se perdieron en un zumbido hosco.

—¿De verdad? —preguntó Johannes con desgana, se apartó de la mirada acuosa de su compañero y acabó por añadir—: De todas maneras, la encuentro algo gorda.

El doctor Oberdorfer reuló y replicó, sonriendo valientemente con torpe picardía:

—Más bien rolliza, maestro Kepler, rolliza. Y los inviernos son muy largos, ¿no? Ja, ja, ja.

Sujetó firmemente al joven del codo y lo guió escaleras arriba hasta un hueco donde aguardaba un hombre elegante, impecable y ceñudo que, sin entusiasmo, miró a Johannes de arriba abajo y murmuró:

—Mi querido señor —como si él, Jobst Müller, lo hubiera ensayado.

Así comenzó el asunto largo, complicado y sórdido de su casorio. Desde el primer momento le temió a la viuda joven y rolliza. Las mujeres eran un territorio extranjero cuya lengua ignoraba. Una noche de hacía cuatro años, durante una visita a Weilderstadt, embotado de cerveza y deseoso de afirmarse después de haber perdido a las cartas, se lió con una chica flaca y, según le aseguraron, virgen. Ésa era toda su experiencia del amor. Después la marrana había reído y probado con sus dientecillos amarillentos la calidad de la moneda que le entregó. Más allá del acto mismo, ese frenético ejercicio natatorio de ranas hasta el borde mismo de la catarata, había encontrado algo conmovedor en los costados delgados y en el pecho frágil de la muchacha, una rosa exuberante bajo la cofia vellosa. La muchacha era *más pequeña* que él, pero no podía decir lo mismo de *Frau Müller*. No, no, la perspectiva no le parecía halagüeña. ¿Acaso no era feliz tal como estaba? Suponía que así era más feliz de lo que lo sería con una esposa. Más adelante, cuando el matrimonio fracasó, responsabilizó de buena parte del desastre al trueque indecoroso por el cual llegó a celebrarse.

Descubrió que Graz era un pueblo muy pequeño: al parecer, todos sus conocidos participaron en los turbulentos preparativos de los esponsales. A veces creía ver una nota lasciva en el rostro mismo de la ciudad. El doctor Oberdorfer fue el negociador principal y contó con la asistencia de Heinrich Osius, antiguo profesor de la Stiftsschule. En septiembre los dos próceres viajaron a Mühleck para conocer las exigencias de Jobst Müller. El molinero abrió tímidamente la licitación y declaró que no estaba impaciente por ver casada una vez más a su hija. El tal Kepler no era un buen partido, ya que estaba escaso de medios y no tenía un futuro demasiado prometedor. ¿Cuál era su origen? ¿Acaso no era el vástago de un soldado disoluto? Oberdorfer replicó con un discurso que alababa la laboriosidad y el prodigioso saber del joven. Su mecenas era ni más ni menos que el duque Federico de Württemberg. Osius, al que había llevado por su franqueza, se refirió a la situación de doña Barbara: ¡tan joven y dos veces viuda! Jobst Müller frunció el ceño y se le crispó la mandíbula. Estaba harto de esa cantinela.

Los negociadores regresaron a Graz rebosantes de confianza. Surgió un obstáculo grave e inesperado cuando Stefan Speidel, secretario regional y amigo de Kepler, se mostró contrario a la boda. Conocía a la dama y opinaba que debía ser mejor atendida. Además, reconoció confidencialmente ante Kepler, prefería que contrajera matrimonio con un cortesano al que conocía, un hombre de influencia creciente. Le

pidió disculpas y agitó la mano. Supongo que lo comprendes, Johannes, ¿no? A Johannes le costó trabajo disimular lo aliviado que se sentía.

—Sí, claro, Stefan, por supuesto que lo comprendo, se trata de una cuestión de conciencia y de asuntos de la corte. ¡Lo entiendo perfectamente, perfectamente!

La impresión del *Misterium* seguía su curso. Maestlin había conseguido para la obra el beneplácito del consejo universitario de Tubinga y supervisaba la composición realizada por los impresores Gruppenbach. Informó fielmente de la conclusión de cada capítulo y se quejó de los gastos de dinero y energía. Kepler le respondió con una animada nota en la que afirmaba que, después de todo, la asistencia a ese parto garantizaría fama inmortal al comadrón.

Kepler también estaba ocupado. Encolerizadas por su estancia de seis meses en la corte de Württemberg, las autoridades escolares habían seguido el consejo de los inspectores y le habían asignado clases de aritmética y de retórica en la escuela superior. Esas clases eran un verdadero tormento. Pese a sus tibias amenazas, el rector Papius se había abstenido de incrementar las obligaciones del joven maestro... pero a Papius lo habían llamado para ocupar la cátedra de medicina de Tubinga. Su sucesor, Johannes Regius, era un calvinista severo y enjuto. Kepler y él fueron enemigos desde el primer momento. Regius consideraba al joven irrespetuoso, mal educado y falto de domesticación: el mocoso debía casarse. Jobst Müller aceptó con el súbito chasquido de quien se juega un triunfo porque la propuesta de Speidel no había cuajado en nada real y el molinero de Mühleck aún tenía una hija que mantener. A Kepler se le cayó el alma a los pies. En febrero de 1597 se firmaron los desposorios y un día ventoso de finales de abril, *sub calamitoso caelo*, doña Barbara Müller se quitó los lutos de viuda y casóse por tercera y última vez en su corta vida. A la sazón Kepler contaba veinticinco años, siete meses y... dada la calamitosa disposición de los astros, no tuvo ánimos ni valor para calcularlo.

Después de la breve ceremonia en la colegiata, el banquete de bodas se celebró en la casa de la Stempfergasse que Barbara había heredado. Una vez firmado el acuerdo, en cuanto pudo volver a permitirse el lujo del desdén, Jobst Müller declaró que no había querido celebrar en su propio hogar, ante sus arrendatarios y sus criados, esa afrenta al apellido familiar. Asignó a Kepler una cantidad en efectivo, así como el rendimiento de un viñedo, y un subsidio para Regina, la niña. ¿No era suficiente? Pasó toda la mañana en silencio, con el entrecejo fruncido bajo el ala del sombrero, taciturnamente ebrio de su vino de Mühleck. Al verlo enfurruñado, Kepler extrajo una gota de amarga satisfacción llamándolo repetidas veces para un brindis, para pronunciar un discurso, pasándole un brazo por los hombros y apremiándolo para que cantara, cante, señor, un caluroso coro de buenas y viejas coplas de Gössendorf.

Hostigar al suegro fue el modo de eludir a la desposada. Apenas habían hablado o se habían visto durante los largos meses de la negociación y el día de los esponsales, cuando por casualidad se encontraban frente a frente, el desconcierto los paralizaba. Johannes notó meditabundo que Barbara parecía radiante, ésa era la palabra correcta.

Era bonita de una forma vacua. Se agitaba nerviosa. Cuando en medio del tintineo de las copas en alto Johannes posó torpemente las manos en la espalda húmeda y temblorosa de Barbara y la besó en beneficio de los presentes, abrazó algo inesperadamente vivido y exótico, un ser de otra especie. Aspiró su aroma cálido y picante y se excitó. Se puso a beber sin freno y al rato estaba delirantemente borracho. Pero ni siquiera eso bastó para apaciguar sus temores.

A lo largo de las semanas y meses siguientes casi se sintió feliz. En mayo llegaron de Tubinga los primeros ejemplares del *Misterium*. El delgado volumen le produjo una enorme satisfacción. Y su satisfacción quedó algo mancillada por una pequeña y oscura vergüenza, como si hubiese cometido una indiscreción cuya atrocidad el público distraído aún no había notado. Fue el primer vistazo de su actitud protectora hacia el libro, que en años posteriores haría que pareciera la producción de un niño despreocupado pero genial que sólo vagamente recordaba haber sido. Repartió ejemplares entre una selección de astrónomos eruditos y unos pocos estirios influyentes a los que conocía; para indignación y consternación de su parte, ninguno fue generoso en sus manifestaciones de sorpresa y alabanza.

La cantidad de libros que se había comprometido a comprar, según las condiciones del impresor, costaba treinta y tres florines. Antes de casarse no habría podido pagarla, pero ahora tenía la impresión de ser rico. Además de la cifra que le había asignado Jobst Müller, le aumentaron el salario en cincuenta florines anuales. Todo eso era una miseria en comparación con la fortuna de su esposa. A lo largo de la vida de Barbara no logró averiguar cuánto había heredado exactamente, pero la cifra era superior a lo que pudo imaginar el más impaciente de los casamenteros. Regina contaba con una cifra de diez mil que le había dejado su difunto padre, el ebanista Wolf Lorenz, la primera víctima de Barbara. Y si la niña tenía esa cantidad, ¿cuánto más debía de haber heredado la madre? Kepler se frotó las manos regocijado y algo escandalizado de su actitud.

Hubo otro tipo de riqueza, más palpable que el dinero y que dilapidó con la misma rapidez: una especie de fortuna creciente de los sentidos. Pese a su nerviosa estupidez, Barbara era carne, un mundo corpóreo que Johannes tocó y encontró sorprendentemente real, algo que era totalmente otro y, al mismo tiempo, reconocible. Se encendió con su luz, su olor, el sabor apenas salobre de su piel. Llevó tiempo. Los primeros encuentros fueron un fracaso. La noche de bodas, en el enorme tálamo con dosel del dormitorio que daba a la Stempfergasse, chocaron con un crujido en la oscuridad. Johannes tuvo la sensación de que luchaba cuerpo a cuerpo con un cadáver pesado y ardiente. Barbara cayó jadeante sobre él, le hundió un codo en las costillas y lo dejó sin aliento mientras la cama crujía y gemía como si se lamentara con la voz espectral de su antiguo inquilino, el pobre y difunto Marx Müller. Cuando por fin se consumó la unión, Barbara se dio la vuelta y se quedó instantáneamente dormida. Sus ronquidos eran una protesta estridente y monótonamente repetida. Sólo muchos

meses después, cuando acabó el verano y de los Alpes llegaron vientos fríos, se encontraron fugazmente.

Kepler recordaba aquella noche. Corría septiembre y los árboles empezaban a perder las hojas. Había concluido un buen día de trabajo y entrado en el dormitorio. Barbara estaba metida en la bañera, ante un fuego de brasas marinas, y se enjabonaba extasiada una pierna extendida y sonrosada a causa del calor. Johannes le dio rápidamente la espalda, pero ella lo miró y le sonrió atolondrada. Un estrecho haz de luz solar tardía, del color del bronce viejo, cruzaba oblicuamente el lecho. ¡Uf!, exclamó Barbara y se incorporó en medio de una cascada de jabonaduras y agua resbaladiza. Fue la primera vez que Kepler la vio completamente desnuda. La cabeza de Barbara se veía extraña sobre ese cuerpo descubierto y desconocido: se mostraba radiante envuelta en humos, con su trasero grande, sus piernas robustas preparadas como si fuera a saltar y una barba de forzudo del circo y en forma de pala brillante en el corazón del regazo. Desviados hacia fuera y sorprendidos, sus pechos lo contemplaron, fruncidas las puntas oscuras. Johannes avanzó hacia Barbara y sus ropas cayeron como láminas de carey. La mujer se puso de puntillas para espiar la calle por encima del hombro de Kepler, se mordió el labio y rió tiernamente.

—Johannes, alguien nos *verá*.

Los omoplatos de Barbara dejaron una húmeda huella de alas sobre la sábana. La espada bronceada del sol los golpeó intensamente.

Fue, a la vez, mucho y demasiado poco. Habían entregado sus texturas más íntimas a una pura conspiración de la carne. Kepler tardó mucho tiempo en comprenderlo y Barbara jamás se apercibió. Era muy poco lo que tenían en común. Barbara podría haber tratado de entender su trabajo pero, como la superaba, lo detestó. Él también podría haberlo intentado, podría haberle preguntado por su pasado, por Wolf Lorenz el comerciante acaudalado, por los rumores según los cuales Marx Müller —el pagador del distrito— había malversado fondos del Estado, pero desde el principio fueron tema prohibido y celosamente guardado por los centinelas de los muertos. Así, como si fuera lo más natural del mundo, comenzaron a odiarse esos dos extraños íntimos que no habían estrechado lazos de su propia creación. Vacilante y tímidamente, Kepler se volcó en Regina y le ofreció todos los excedentes de su matrimonio porque, congelada en el arquetipo, ella representaba ese estado del conocimiento y la consideración que Johannes no había encontrado en su madre. Barbara, que lo veía todo y no entendía nada, se volvió caprichosa, empezó a quejarse y ocasionalmente pegó a la niña. Reclamó cada vez más tiempo a Kepler, lo requirió para conversaciones frenéticas e incoherentes, fue presa de súbitos ataques de llanto. Una noche Johannes la encontró agazapada en la cocina, dándose un atracón de pescado en escabeche. A la mañana siguiente se desmayó en brazos de su marido y a punto estuvo de derribarlo. Barbara estaba preñada.

Cumplió los plazos profusamente, como todo lo que hacía, con muchos sobresaltos y abundantes lágrimas. Pese a su volumen, se volvió extrañamente bella.

Parecía destinada a ese estado antiguo y elemental: conquistó una especie de armonía ideal con la barriga y los pechos bamboleantes. Kepler se dedicó a eludirla: en ese momento lo aterraba más que nunca. Pasaba los días encerrado en el estudio, enredado con el trabajo, escribía cartas, revisaba sus cuentas desesperadamente desequilibradas y de vez en cuando alzaba la cabeza para tratar de oír los pesados pasos de la diosa.

Se puso de parto antes de tiempo, se lo encontró una mañana y soltó agudos gritos. Ola tras ola, su marejada de dolor recorrió la casa. El doctor Oberdorfer llegó jadeante y mascullando y subió dificultosamente la escalera con la ayuda de su negro bastón, como un remero cansado que lleva una embarcación que se hunde. Kepler se sorprendió de ver que el hombre estaba incómodo, como si hubiera pescado en una vil travesura a esa pareja cuyos turbulentos destinos había contribuido a enmarañar. El parto duró dos días. Cayó la lluvia de febrero, ensombreciendo el mundo exterior, de modo que sólo existía esa casa palpitante en tomo a su centro de dolor. En un estado febril de entusiasmo y consternación, Kepler caminó arriba y abajo sin dejar de restregarse las manos. El niño nació a mediodía y era varón. En el corazón de Kepler se abrió una gran flor de inusitada felicidad. Sostuvo en sus manos al crío tembloroso y comprendió que se había multiplicado.

—Lo llamaremos Heinrich, como mi hermano —dijo—. Pero tú serás un Heinrich mejor y más sutil, ¿no? Claro que sí.

Pálida en medio de la cama ensangrentada, Barbara lo miró inexpresivamente a través de una nube de sufrimiento.

Johannes preparó el horóscopo. Auguraba todas las bondades posibles después de unas pocas adaptaciones. El niño sería ágil e inteligente, capaz para las matemáticas y las habilidades mecánicas, imaginativo, diligente y encantador. ¡Oh, sí, encantador! La felicidad de Kepler duró sesenta días. La casa fue nuevamente penetrada por los gritos, minúsculos ecos de los gozosos gemidos de Barbara, y Oberdorfer volvió a impulsarse con el remo escaleras arriba. Kepler tomó al pequeño en brazos y le ordenó que no, ¡que no muriera! ¡Miró a Barbara, ella lo sabía, tanto dolor le había indicado que todo estaba mal, pero no había dicho nada, ni una sola palabra de advertencia, zorra rencorosa! El médico chasqueó la lengua de vergüenza, señor, de vergüenza. Kepler se abalanzó sobre él. ¡Y usted... y usted...! Con los ojos llenos de lágrimas, obnubilada la visión, Kepler se alejó sin apartar al niño de su abrazo y notó cómo se contorsionaba, tosía y de pronto, como si se sobresaltara de asombro, moría: su hijo. La cabeza húmeda y caliente se le escapó de la mano. ¿Qué jugador impío le había lanzado esa tierna bola de aflicción? Conocería otras pérdidas, pero ninguna como ésta, como si una parte de su ser reptara a ciegas y lloriqueara rumbo a la muerte.

\* \* \*

Sus días se ensombrecieron. La muerte del niño agujereó la trama de la vida y la negrura se coló por ese minúsculo rasgón. Barbara no tenía consuelo. Le dio por esconderse en habitaciones con los postigos cerrados, en cubículos, incluso bajo la ropa de cama, mordisqueando a solas su bocado de angustia, sin emitir sonido alguno salvo un débil y ocasional gemido seco, semejante a un arañazo, que ponía a Kepler los pelos de punta. La dejó estar y se apostó en su refugio, atento a lo que sobrevendría. El juego —y ellos no se habían percatado de que se trataba de un juego— había concluido; de pronto la vida se los tomaba en serio. Recordó la primera paliza que le dieron de pequeño, a su madre convertida en una extraña gigante roja de ira, sus puños, la asombrosa intensidad del dolor, el mundo pasando bruscamente a una nueva versión de la realidad. Sí, pero esto era peor: ahora era adulto y el juego había terminado.

Empezó un nuevo año y acabó el invierno. Este año la primavera no lo engañaría con sus esperanzas vanas. Algo se estaba organizando subrepticamente, lo notaba, la tormenta reunía sus ingredientes a partir de brisas, nubecillas y el canto de los zorzales. En abril el joven archiduque Fernando, gobernante de toda Austria, peregrinó a Italia y, presa de un arrebato piadoso, en el santuario de Loreto juró suprimir de su reino la herejía del protestantismo. Y la provincia luterana de Estiria tembló. Las amenazas y las alarmas duraron todo el verano. Hubo movilización de tropas. A fines de septiembre clausuraron iglesias y escuelas. Por fin se publicó el edicto largamente esperado: los clérigos y los educadores luteranos debían abandonar Austria en una semana so pena de afrontar la Inquisición y la muerte.

Jobst Müller viajó de prisa desde Mühleck. Se había convertido al catolicismo y abrigaba la esperanza de que su yerno lo imitara sin dilaciones. Kepler bufó. Señor, no haré nada por el estilo, mi Iglesia es la reformada y no reconozco ninguna otra. Se abstuvo de añadir: *¡Aquí me planto!*, porque habría sido exagerado. Además, no era tan valiente como esas osadas palabras habrían sugerido. La posibilidad del exilio lo atormentaba. ¿Adónde iría? ¿A Tubinga? ¿A casa de su madre en Weilderstadt? Con insólita vehemencia Barbara declaró que no abandonaría Graz. En ese caso, también perdería a Regina: lo perdería todo. No, no, era impensable, pero lo estaba pensando: había preparado la maleta y pedido prestada la yegua a Speidel. Bienvenido o no, iría a ver a Maestlin a Tubinga. ¡Adiós! El beso de Barbara, húmedo de pesar, le estalló en el oído. La mujer depositó en sus manos temblorosas pequeños paquetes de florines, alimentos y ropa interior limpia. Regina se acercó indecisa y, hundiendo el rostro en su capa, susurró algo que Kepler no entendió, algo que ella no quiso repetir, que se convirtió para siempre, para siempre, en un pequeño eslabón de oro ausente de la cadena de su vida. Anegado en lágrimas, Johannes titubeó entre la casa y la yegua, sin saber, finalmente, cómo partir, revolviendo los bolsillos a la búsqueda de un pañuelo con el que restañar su nariz chorreante y soltando gemidos afligidos y moquientos. Tirado como un saco húmedo sobre la silla de montar, abandonó la ciudad una tarde de octubre injustamente gloriosa, dorada y azul.

Cabalgó hacia el norte por el valle del Mur y observó con aprensión los relucientes despeñaderos cubiertos de nieve de los Alpes, que parecían tomarse más altos cuanto más se aproximaba. Los caminos estaban transitados. Trabajó relación con un viajero llamado Wincklemann. Era judío, de oficio pulidor de lentes, y ciudadano de Linz: el rostro una cuña cetrina, una pizca de barba y ojos oscuros e irónicos. Cuando entraron en Linz diluviaba, el Danubio parecía acero picado de viruela y Kepler estaba enfermo. El judío se compadeció de la tos, los temblores y las uñas azules del atribulado viajero y propuso a Kepler que fuera a su casa y descansara uno a dos días antes de poner rumbo al oeste, hacia Tubinga.

La casa del judío se encontraba en una callejuela próxima al río. Wincklemann mostró el taller a su huésped: una estancia larga y de techo bajo con el homo en el fondo, homo atendido por un chiquillo gordo. El suelo y las mesas de trabajo eran un caos de moldes rotos, arena derramada y manojos de trapos aceitados, todo lo cual quedaba desdibujado bajo una película azulada de harina molida. En la penumbra, entre sus pies, destellaban gotas de cristal caídas. La ventana baja, que daba al empedrado húmedo, los aguilones de madera y a un atisbo de muelle, dejaba entrar una luz blanquecina y granulosa que parecía formar parte del trabajo que se cumplía en el taller. Kepler bizqueó para mirar la librería: Nostradamus, Paracelso, la *Magia naturalis*. Wincklemann lo miró y, sonriente, alzó una copa de cristal empañado con su mano del color de una hoja seca.

—Aquí tiene la transmutación, una magia comprensible.

Tras ellos el chiquillo accionó el fuelle y la boca roja del homo rugió. Con la cabeza embotada por la fiebre, Kepler tuvo la sensación de que algo se posaba suavemente sobre él, una sombra inmensa y alada.

Subieron a la planta alta, una colmena de cuartos pequeños y oscuros donde vivían el judío y su familia. La tímida y joven esposa de Wincklemann, pálida y regordeta como una paloma y con la mitad de los años de su esposo, les sirvió la cena compuesta de salchichas, pan negro y cerveza. Un olor extraño y dulzón impregnaba la atmósfera. Los hijos de la casa, chicos pálidos con trenzas aceitadas, se presentaron solemnemente para saludar al padre y a su huésped. Kepler tuvo la impresión de encontrarse en medio de una ceremonia antigua, aunque atenuada. Después de la cena Wincklemann sacó el tabaco de pipa. Fue la primera vez que Kepler fumó: por sus venas se difundió una sensación verde, no del todo desagradable. Le convidaron a vino con unas gotas de destilado de adormidera y mandrágora.

Esa noche el sueño fue un corcel brioso que lo lanzó de cabeza por la oscuridad tumultuosa y cuando por la mañana despertó, cual jinete caído, la fiebre había desaparecido. Se mostró desconcertado pero sereno, como si a su alrededor se desplegara un potencial benigno aunque enigmático.

Wincklemann le mostró los instrumentos de su oficio, las piedras perfectamente afiladas de las ruedas de pulir y las amoladeras de acero azulado. Sacó muestras de todo tipo de cristal, de arena a prisma pulido. A modo de agradecimiento, Kepler le

describió su sistema del mundo: la teoría de los cinco sólidos perfectos. Se sentaron en el largo banco situado debajo de la ventana cubierta de telarañas, mientras el homo jadeaba a sus espaldas, y Kepler volvió a experimentar aquel entusiasmo y placer ligeramente incómodo que no había vivido desde sus días de estudiante en Tubinga y de las primeras e interminables discusiones con Michael Maestlin.

El judío había leído la *Narratio prima* de von Lauchen acerca de la cosmología copernicana. Las nuevas teorías lo asombraban y divertían.

—¿Cree que son *verdaderas*? —inquirió Kepler, asumiendo la eterna pregunta.

Wincklemann se encogió de hombros.

—¿Verdaderas? Siempre tengo problemas con esta palabra. —Cuando sonreía era más judío que nunca—. Puede que sí, que el sol sea el centro, el dios visible, como dice Trismegistus. Pero cuando el doctor Copérnico lo demuestra en su célebre sistema, yo me pregunto: ¿lo que ahora sabemos es más prodigioso de lo que sabíamos?

Kepler no entendió y dijo enfurruñado:

—Pues la ciencia... la ciencia es un método de conocimiento.

—Por supuesto, de conocimiento. ¿Pero lo es de la comprensión? Le diré cuál es la diferencia entre cristianos y judíos. Ustedes creen que nada es real si no ha sido verbalizado. Para ustedes las palabras lo son todo. ¡Si hasta Jesucristo es el verbo hecho carne!

Kepler sonrió. ¿Le estaba tomando el pelo?

—¿Y los judíos? —se interesó.

—Según uno de nuestros viejos chistes, en el principio Jehová le habló de todo, absolutamente de todo al pueblo elegido, razón por la cual ahora conocemos todo... y no comprendemos nada. Pues a mí no me parece un chiste. En nuestra religión hay cosas de las que no puede hablarse porque verbalizar las cosas definitivas equivale a... a dañarlas. ¿Cabe la posibilidad de que ocurra lo mismo con su ciencia?

—¿A qué daño se refiere?

—No lo sé. —El judío se encogió de hombros—. Sólo soy un fabricante de lentes. No entiendo esas teorías y sistemas y soy demasiado viejo para estudiarlas. Pero usted, amigo mío —volvió a sonreír y Kepler supo a ciencia cierta que le estaba tomando el pelo—, usted hará grandes cosas, es evidente.

Fue en Linz, bajo la divertida mirada de Wincklemann, donde oyó por primera vez, casi imperceptiblemente, el zumbido del gran acorde de cinco notas de que se compone la música del mundo. Por todas partes empezó a ver relaciones que formaban el mundo: en los cánones de la arquitectura y la pintura, en el metro poético, en las complejidades rítmicas, hasta en los colores, los olores y los sabores, en las proporciones de la figura humana. Una fina y plateada cadena de entusiasmo se ciñó sin cesar a su alrededor.

Por las noches se sentaba con su amigo en las habitaciones de arriba del taller, bebían, fumaban y hablaban sin tregua. Aunque se había recuperado lo suficiente

para seguir viaje a Tubinga, no dio señales de partir a pesar de que aún estaba en Austria y los hombres del archiduque podían capturarlo. El judío lo observaba con una calma y una intensidad peculiares y en ocasiones Kepler, atontado por el tabaco y el alcohol, imaginaba que con esa mirada, esa espera reconcentrada y paciente, algo le era extraído lenta y amorosamente, un fluido precioso e impalpable. Pensó en los volúmenes de Nostradamus y de Alberto Magno que el judío tenía en su librería, en ciertos silencios, en los murmullos tras las puertas cerradas, en las formas grises y difusas de los potes lacrados que apenas había entrevisto en un armario del taller. ¿Lo estaba encantando por arte de birlibirloque? La idea despertó en su interior una ternura confusa y culpable, una especie de incomodidad semejante a la que lo llevaba a dar la espalda a la sonrisa locamente enamorada que a veces el judío mostraba en presencia de su joven esposa. Sí, esto... esto era el exilio.

Tocó a su fin. Un amanecer tormentoso un mensajero de Stefan Speidel se presentó al galope en la puerta de la casa de Wincklemann. Descalzo, con tiritona y embotado por el sueño, Kepler soportó la húmeda ráfaga de viento de la puerta y con mano temblorosa rompió el conocido sello de la secretaría. En sus cejas se posó una mancha de espuma que escapó de la quijada enfrenada del rocín. El archiduque se había dignado hacer una excepción a la orden de destierro general: podía volver a Graz.

Posteriormente tuvo tiempo de evaluar la enmarañada red de influencias que lo salvó. Por razones propias y de dudosa índole, los jesuitas eran afectos a su obra. Gracias al sacerdote jesuita Grienberger de Graz, el canciller bávaro Herwart von Hohenburg —católico y aprendiz de sabio— le había consultado cuestiones de cosmología de algunos textos antiguos. Intercambiaron correspondencia a través del embajador bávaro en Praga y del secretario del archiduque Fernando, el capuchino Pedro Casal. Además, Herwart era empleado del duque Maximiliano, primo de Fernando, y los dos nobles habían estudiado juntos en Ingolstadt con el maestro Johann Fickler, gran amigo de los jesuitas y oriundo, como Kepler, de Weilderstadt. Eran extensos los hilos de la red. ¡Si pensaba en ello, tenía defensores acá y acullá! Por alguna oscura razón, se inquietó.

Retornó íntimamente desilusionado. Con un poco de tiempo, podría haber aprovechado el exilio. La Stiftsschule seguía clausurada y era libre: al menos contaba con eso. Pero su etapa en Graz estaba cumplida, consumida. La situación ya no estaba tan mal y otros exiliados habían regresado lentamente y sin armar alharaca, pero le pareció más prudente permanecer de puertas adentro. En noviembre Barbara anunció su embarazo y Johannes se retiró al sanctasanctorum de su taller.

Se dedicó a estudiar en profundidad y devoró por igual a antiguos y modernos, a Platón y Aristóteles, a Nicolás de Cusa y a los académicos florentinos. Wincklemann le había regalado un libro del cabalista Cornelius Agripa, cuyo pensamiento era tan extraño y, a la vez, tan afín al suyo. Volvió a las matemáticas y afiló sutilmente el instrumento que hasta entonces había esgrimido como un mazo. Se volcó en la

música con renovado ímpetu y se obsesionó con las leyes de la armonía de Pitágoras. Del mismo modo que se había preguntado por qué sólo existían seis planetas en el sistema solar, entonces analizó el misterio de las relaciones musicales: por ejemplo, ¿por qué la razón 3:5 produce armonía y no ocurre lo mismo con la 5:7? Hasta la astrología, durante tanto tiempo denigrada, adquirió nueva relevancia en su teoría de los aspectos. El mundo era una abundancia de armaduras y formas. Meditó consternado sobre las complejidades del panal, la estructura de las flores, la extraña perfección de los copos de nieve. Lo que en Linz comenzó como un juego intelectual acabó por convertirse en su interés más profundo.

El nuevo año comenzó bien. Se sentía en paz en el seno mismo de ese súbito arrebato de especulaciones. Gradualmente adquirió un impulso temible. Las convulsiones religiosas renacieron con más encono. Promulgaron un edicto tras otro, cada uno más severo que el precedente. Proscribieron todo tipo de culto luterano. Sólo se podía bautizar a los niños según el rito católico y sólo podían asistir a escuelas de los jesuitas. Después se ensañaron con los libros. Recogieron y quemaron textos luteranos. Un manto de humo cubrió la ciudad. Las amenazas agitaron el aire y Kepler tembló. Después de la quema de libros, ¿qué les quedaría salvo quemar a sus autores? La situación se desmandó. Se sintió atado, con la cabeza y los hombros pegados a la tabla y los ojos fijos presa de un terror mortal, atado a una máquina ingobernable que rodaba cada vez más deprisa hacia el precipicio. El nuevo hijo, una niña, nació en junio. La llamaron Susanna. Johannes soñó con la mar océano. Jamás la había visto despierto. Le pareció una calma inmensa y lechosa, muda, inmutable y aterradora, el horizonte cual una línea de belleza sobrecogedora, una grieta finísima en la corteza del mundo. No había sonido, movimiento ni ser vivo a la vista, a menos que el océano mismo estuviera vivo. El terror de esa visión contaminó su mente durante semanas. Una tarde de julio, con el aire claro e inmóvil como esa mar ilusoria, regresó a la Stempfergasse luego de una de sus insólitas salidas por la ciudad atemorizada y se detuvo ante la casa. En la calle un niño jugaba con un aro, del otro lado una anciana cargada con una cesta se alejaba cojeando y un perro roía un jarrete en la cuneta. Hubo algo en esa escena que lo aleló, la pulcra inocencia con que se organizó bajo esa luz ilimitada, como si quisiera darle un suave codazo. El doctor Oberdorfer lo aguardaba en el vestíbulo y lo contemplaba con expresión tétrica y compungida. La niña había fallecido. Tuvo fiebre del cerebro, el mismo mal que se llevó al pequeño Heinrich. Kepler permaneció en pie junto a la ventana del dormitorio y vio extinguirse el día, oyó como en lontananza los gritos desesperados de Barbara y, con profundo respeto, hizo caso a su mente, que por decisión propia pensó: tendré que interrumpir mi trabajo. Trasladó personalmente el minúsculo féretro hasta la fosa, acosado por visiones de conflicto y desolación. Del sur llegaron informes según los cuales los turcos habían acantonado seiscientos mil hombres al sur de Viena. El consejo católico le puso una multa de diez florines por haber realizado el funeral según el rito luterano. Escribió a Maestlin: *No hay día que pueda*

*aliviar las congojas de mi esposa y la palabra está próxima a mi corazón: oh, vanidad...*

Jobst Müller volvió a presentarse en Graz y exigió la conversión de Kepler: conviértase o váyase, y esta vez no vuelva. Jobst Müller se llevaría a su hija y a Regina a Mühleck. Kepler ni se molestó en responder. También lo visitó Stefan Speidel, un hombre de negro, delgado, frío y de labios apretados. Sus noticias de la corte eran espantosas: esta vez no habría excepciones. Kepler estaba fuera de sí.

—¿Qué haré, Stefan, qué *haré*? ¿Qué será de mi familia? —Tocó la mano helada de su amigo—. Estabas en lo cierto cuando te oponías al matrimonio, no te lo echo en cara, tenías razón...

—Ya lo sé.

—No, Stefan, te repito... —Calló, dejando que la idea calara y oyó claramente el débil *chasquido* de otra cuerda que se parte. El día que se conocieron en las habitaciones del rector Papius, Speidel le había prestado el *Timeo* de Platón. Debía acordarse de devolverlo. Añadió cansinamente—: Sí, claro... Oh, Dios, ¿qué voy a hacer?

—¿Puedes contar con Tycho Brahe? —preguntó Stefan Speidel, se quitó una pelusa de la capa y partió, desapareciendo para siempre de la vida de Kepler.

Sí, podía contar con Tycho. Estaba en Praga desde junio, era matemático imperial de la corte de Rodolfo y recibía un salario de tres mil florines. Kepler había recibido cartas del danés apremiándolo para que fuera a Praga y compartiera la beneficencia real. ¡Pero Praga estaba a un mundo de distancia! ¿Tenía otra opción? Maestlin le había escrito para comunicarle que no había posibilidades de que obtuviera un puesto en Tubinga. El siglo tocaba a su fin. En su visita a Graz, el barón Johann Friedrich Hoffmann —consejero del emperador y antiguo mecenas de Kepler— invitó al joven astrónomo a sumarse a su séquito durante su regreso a Praga. Kepler metió las maletas, su esposa y su hija en un carro destartado y el primer día del nuevo siglo, algo sorprendido por la fecha, partió hacia su nuevo mundo.

La travesía fue aterradora. Pernoctaron en fortalezas con goteras y en puestos militares infestados de ratas. La fiebre volvió y soportó kilómetros y kilómetros en un semisueño embotado del que, presa del pánico, Barbara lo arrancaba cerniéndose como una figura surgida de los sueños y lo sacudía, temerosa de que hubiera muerto. Johannes apretaba los dientes.

—Señora, si sigues molestándome de esta guisa, por Dios que te tiraré de las orejas.

Entonces ella lloraba y Johannes gemía y se maldecía, llamándose perro sarnoso.

Corría febrero cuando llegaron a Praga. El barón Hoffman los alojó en su casa, los alimentó, les dejó dinero e incluso prestó a Kepler un sombrero y una capa decentes para su reunión con Tycho Brahe. Pero de Tycho no había ni noticias. Kepler detestaba Praga. Los edificios estaban torcidos y abandonados, apresuradamente contruidos con barro, paja y tablas. Las calles estaban anegadas y

el aire era pútrido. Hacia el final de la semana apareció el hijo de Tycho en compañía de Frans Gransneb Tengnagel, borrachos y resentidos los dos. Portaban una carta del danés, a la vez formal y obsequiosa, en la que manifestaba untuosos sentimientos de pesar por no haber acudido personalmente a recibir al visitante. Tyge y el junker lo conducirían a Benatek, pero postergaron una semana más la partida pues querían divertirse. Nevaba cuando por fin emprendieron la marcha. El castillo se encontraba a treinta kilómetros al norte de la ciudad, en el corazón de un paisaje rural llano e inundado. Kepler aguardó en las habitaciones de huéspedes durante toda la agitada mañana y estaba dormido cuando a mediodía lo llamaron. Descendió por la pétrea fortaleza del castillo envuelto en un estupor de fiebre y temor. Tycho Brahe se mostró autoritario. Miró con el ceño fruncido al caballero de figura temblorosa que tenía delante y declaró:

—Mi alce, señor, mi alce domesticado, aquél por el que sentía tanto amor, fue aniquilado por los desatinos de un patán italiano. —Con un ademán del brazo cubierto de brocado hizo pasar a su huésped a la sala de paredes altas en la que desayunarían. Tomaron asiento—. Rodó por las escaleras del castillo de Wandsbeck, donde hicieron alto para pasar la noche. Según dice el italiano el animal bebió un cubo de cerveza, se quebró la pata y murió. ¡Mi pobre alce!

La enorme ventana, el sol sobre el río, los campos anegados y, más lejos, la distancia azul. Kepler sonrió y asintió como un juguete de cuerda, pensando en su pasado desaliñado y en su futuro incierto y en 0,00 algo algo 9.

II  
*Astronomia Nova*

Estaba hasta la coronilla. Bajó como una tromba la empinada escalera, se detuvo y, dominado por una colérica confusión, miró en derredor. Un mozo cojo que empujaba una carretilla carraspeó y escupió; dos fregonas volcaron una tina con jabonaduras. ¡Por todos los santos, lo nombrarían dependiente, ayudante de un ayudante!

—*Herr Kepler, Herr Kepler*, le ruego que espere un momento... —El barón Hoffmann jadeó pesaroso y corrió a su lado.

Tycho Brahe continuó en lo alto de la escalera, profundamente indiferente, evaluando una remota posibilidad.

—¿Qué quiere? —preguntó Kepler.

El barón, hombrecillo gris y legañoso, le mostró las manos vacías.

—Concédale un poco de tiempo, dele un respiro para que analice sus peticiones.

—*Él ya ha tenido más de un mes* —alzó la voz ante el súbito clamor de los cascos—. He expuesto mis condiciones y sólo pretendo un mínimo de consideración. Él nunca hace nada. —Elevó aún más el tono de voz y la arrojó escaleras arriba con ánimo estentóreo—: ¡Nada!

Con la mirada perdida, Tycho Brahe enarcó ligeramente las cejas y suspiró. Con un aullido ululante, la jauría atravesó la puerta baja de las perreras y corrió por el patio: bestias ávidas, de patas canijas, sonrisa de orate y diminutos y apretados escrotos de color pardo rojizo. Kepler se lanzó atemorizado hacia la escalera pero se arredró a mitad de camino, paralizado por Tycho el Terrible. El danés lo contempló con maliciosa satisfacción y se calzó los guantes. El barón Hoffmann dirigió una última mirada inquisitiva al amo de Schloss Benatek y por último, encogiéndose de hombros, preguntó a Kepler:

—Señor, ¿no se queda?

—No me quedo. —Su voz sonó insegura.

Aparecieron Tengenagel y el joven Tyge, que entrecerraron los ojos a causa del resplandor, embotados por la resaca de la cogorza de la noche anterior. Se alegraron de ver tan nervioso a Kepler. Los mozos acercaron los caballos. Calmados, los perros se pasaban la lengua por las partes o se apoyaban meditabundos en las paredes, pero volvieron a entrar en frenesí al oír la ronca llamada de un cuerno. La bruma de polvo plateado desplegó sus velas al viento y se movió perezosamente hacia la puerta. Una mujer se asomó sonriente al balcón y en el cielo se abrió un panel que derramó sobre Benatek el generoso sol de abril, dorando el polvo arremolinado.

El barón fue en busca de su carruaje. Kepler se puso a pensar. ¿Qué le quedaba si renunciaba al mecenazgo a regañadientes de Tycho? El pasado había desaparecido... Tubinga, Graz, todo se había esfumado. Con los pulgares encajados en el cinturón y tamborileando los dedos sobre la tensa ladera de la tripa, el danés se lanzó escaleras abajo. El barón Hoffmann descendió del carruaje y Kepler le tironeó de la manga al tiempo que mascullaba:

—Quisiera... quisiera...

El barón aguzó el oído.

—Hay tanto ruido que no...

—Quisiera... —chilló—, quisiera *disculparme*. —Cerró los ojos un instante—. Perdóneme, yo...

—Vamos, le aseguro que no es necesario.

—¿Cómo?

El viejo sonrió de oreja a oreja.

—*Herr* profesor, me encanta ayudarlo.

—No, no, me refiero a *él*, a *él*.

¡Por todos los santos, estaba en Bohemia, depósito de sus más grandes esperanzas! Tycho montaba dificultosamente con la ayuda de dos esforzados lacayos. El barón Hoffmann y el astrónomo lo miraron asombrados cuando con un gruñido se inclinó sobre el lomo tenso del equino y esgrimió ante sus caras un culo grande cubierto de cuero. El barón suspiró y se acercó a hablar con él. Sentado y jadeante, Tycho lo escuchó con impaciencia. Mientras bebían la del estribo, Tengnagel y el joven danés miraban la escena muy divertidos. La disputa entre Tycho y su último colaborador había sido la principal distracción del castillo desde la llegada de Kepler, hacía un mes. Sonó el bugle y, cual una enorme máquina ruidosa, Tycho avanzó rodeado de cazadores, dejando tras de sí el moreno regusto de la polvareda. El barón Hoffmann fue incapaz de afrontar la desesperada mirada de Kepler.

—Lo llevaré a Praga —murmuró y se metió de prisa en el santuario del carruaje.

Kepler asintió atontado y un pálido horror se abrió a su alrededor, en el aire arremolinado. ¿Qué he hecho?

Traquetearon por el estrecho sendero de la colina. El cielo sobre Benatek lucía una lívida mancha nublada y los cazadores, que se dispersaron por los campos, seguían iluminados por la luz del sol. Kepler les deseó para sus adentros una mala jornada y que, con un poco de suerte, el danés se partiera la crisma. Encajada a su lado en el estrecho asiento, Barbara temblaba con muda cólera y acusación (*¿Qué has hecho?*). Aunque no quería mirarla, tampoco podía contemplar demasiado rato el espectáculo traqueteante que se divisaba desde la ventanilla del carruaje. Ese rodeo campestre de lagunas infinitas y marismas eternamente anegadas (*¡al que en sus cartas Tycho había bautizado como la Venecia de Bohemia!*) afectaba su mala vista con esas perspectivas fracturadas de brillo azogado y las tremolosas distancias gris azulado.

—... desde luego —decía el barón— aceptará las disculpas pero... bueno, sugiere que las presente por escrito.

Kepler lo miró fijamente.

—¿Quiere...? —Su ojo y su codo organizaron una demoníaca danza de contorsiones—. ¿Quiere que le presente *una disculpa por escrito?*

—Ni más ni menos, sí, es lo que dijo. —El barón tragó saliva y desvió la mirada con sonrisa enfermiza.

Regina, que viajaba a su lado, lo observaba atentamente, como miraba siempre a los adultos, como si de repente el barón pudiera hacer algo maravilloso e inexplicable: echarse a llorar o inclinar la cabeza hacia atrás y aullar como un mono. Kepler también lo contemplaba y pensaba apenado que ese hombre era un vínculo directo con Copérnico: en sus años mozos el barón había contratado a Valentine Otho, discípulo de Von Lauchen, para que le diera clase de matemáticas.

—También exige una declaración de discreción, es decir, que se comprometa bajo juramento a no revelar a... a otros los datos astronómicos que pueda proporcionarle en el transcurso del trabajo. Por lo que tengo entendido, cuida celosamente sus observaciones sobre Marte. A cambio garantiza alojamiento para usted y su familia y se ocupará de presionar al emperador para que confirme la continuación de su salario estirio o, de lo contrario, le concederá personalmente una subvención. *Herr Kepler*, éstas son las condiciones. Yo le aconsejo...

—¿Que acepte? Sí, sí, acepto, por supuesto.

¿Y por qué no? Estaba harto de conceder tanta importancia a su dignidad. El barón lo miró fijo y Kepler parpadeó: ¿percibió desdén en esos ojos acuosos? Maldita sea, Hoffmann nada sabía de lo que significaba ser pobre y proscrito, tenía tierras, título y un lugar en la corte. En ocasiones esos patricios reblandecidos lo asqueaban.

—¿Y qué pasa con *nuestras* condiciones, *nuestras* demandas? —preguntó Barbara, a punto de atragantarse.

Nadie respondió. Con cierta culpa, Kepler se preguntó por qué casi siempre los estallidos más apasionados de su mujer obtenían como respuesta el mismo silencio carraspeante y de ojos vidriosos. El carruaje se sacudió a causa de un bache y oyeron que el cochero lanzaba una sarta de improperios al caballo. Kepler suspiró. Su mundo se componía de las ruinas de una morada inmemorial e infinitamente más sutil; las piezas eran preciosas y bellas, tanto como para partirle el corazón, pero no encajaban.

La casa del barón se alzaba en la colina de Hradschin, junto al palacio imperial y, por encima de Kleinseit, daba al río, al barrio judío y, algo más distante, a los suburbios de la ciudad vieja. Había un jardín con álamos, veredas a la sombra y un estanque pletórico de carpas. Hacia el norte, el lado del palacio, las ventanas miraban ajardines iridiscentes y un muro de color gamuza, cielos repentinos atravesados por una aguja y pendones morados que ondulaban en la intimidada inmensidad. Desde esas ventanas, en una ocasión a Kepler se le concedió el vistazo inolvidable de un caballo encabritado y un podenco rampante, armiño y esmeralda, barbinegro, mano pálida y ojos oscuros y desconsolados. Fue lo más cerca que estuvo del emperador durante muchísimo tiempo.

La baronesa estaba sentada ante el escritorio de la biblioteca y, con ayuda de un cuerno de marfil, espolvoreaba tiza sobre un trozo de pergamino. Se incorporó cuando entraron, lanzó un suspiro sobre el papel y los observó con un gesto lejanamente parecido a una sonrisa.

—Vaya, doctor... y *Frau Kepler*... han vuelto a nuestro seno.

Era un águila descolorida, alta como su marido y tan demacrada como él, con un vestido de raso de color azul metálico, dividida la atención entre los visitantes y la carta que esgrimía en la mano.

—Querida —murmuró el barón e hizo una ahíta reverencia.

Hubo un breve silencio y la baronesa volvió a sonreír.

—¿El doctor Brahe no los acompaña?

—Señora, he sido cruelmente utilizado por ese hombre —estalló Kepler—. Me apremió, *me suplicó* que viniera a Bohemia. ¡Pues aquí estoy y me ha tratado como si fuera un vulgar aprendiz!

—¿Ha tenido un desacuerdo con nuestro buen danés? —preguntó la baronesa y súbitamente concentró toda su atención en los Kepler.

Regina captó el susurro de ese tono sedosamente agorero y asomó por detrás de su madre para echar un buen vistazo a la impresionante y alta dama vestida de azul.

—Le presenté —dijo Kepler—, le presenté una lista con las pocas condiciones que debe satisfacer si quiere que me quede y trabaje con él. Por ejemplo, exi... mejor dicho, le pedí alojamiento separado para mi familia y para mí. Le aseguro que esa morada es una casa de locos. También solicité determinada cantidad de alimentos...

—¡Y leña! —espetó Barbara.

—Y leña, expresamente apartada...

—Para nuestro uso, eso es.

—Sí... para nuestro uso. —Kepler bufó furioso. Imaginó que le pegaba, sintió en las raíces de los dientes los dulces golpes de la palma de su mano en el antebrazo regordete—. También le pedí, déjeme pensar, sí, también le pedí que me procurara un salario imperial...

—Su majestad... su majestad es... difícil —se apresuró a intercalar el barón.

—Fíjese, mi señora —barbotó Barbara—, mire a lo que nos vemos obligados, a mendigar alimentos. Y ustedes fueron tan amables cuando llegamos, nos proporcionaron cobijo...

—Así es —comentó pensativa la baronesa.

—Señor, señora, yo me pregunto si nuestras demandas son excesivas —chilló Kepler.

El barón Hoffmann se sentó lentamente.

—Ayer el doctor Brahe, el doctor Kepler y yo abordamos la cuestión —dijo el barón con la mirada fija en el dobladillo del vestido de su esposa.

—¿De verdad? —preguntó la baronesa, que a cada instante que pasaba se semejaba más a un águila.

—¿Y qué pasó?

—¡Esto! —gritó Barbara, como si graznara—. ¡Fíjese, nos han arrojado a la vera del camino!

El barón apretó los labios.

—No es así, *gnädige Frau*, no es así. Sin embargo, es verdad que el danés está enfadado.

—Ah —suspiró la baronesa—. ¿Por qué?

Las gotas de lluvia tamborilearon en la ventana tocada por el sol. Kepler se encogió de hombros.

—Yo no lo sé. —Barbara lo miró—. ¡Aunque me acusa de ello, jamás dije que el sistema tiónico partiera de un concepto erróneo! Me... me limité a observar uno o dos puntos débiles debido, según mi modesto entender, a una aceptación apresurada de premisas dudosas, del mismo modo que una perra con prisas produce cachorros ciegos. —La baronesa se llevó rápidamente la mano a la boca para toser, además que, de no haber sabido Kepler que se trataba de una dama noble plenamente consciente de la gravedad del momento, podría haber confundido con una risilla—. Además, *está* mal concebido, es algo monstruoso engendrado por Tolomeo a partir del egipcio Herakleides. ¡Verá, señora, sitúa la tierra en el centro del mundo y hace que los cinco planetas restantes giren alrededor del sol! Funciona, desde luego, en lo que a las apariencias se refiere... pero daría lo mismo poner cualquier planeta en el centro y el fenómeno seguiría a salvo.

—¿A salvo? —La mujer se volvió hacia el barón para que se lo aclarara.

Hoffmann desvió la mirada y se rascó la barbilla.

—Sí, el fenómeno —insistió Kepler—. Pero sólo es un truco de nuestro danés, con el que pretende satisfacer a los escolásticos sin negar del todo a Copérnico... ¡lo sabe tan bien como yo y prefiero que me cuelguen a pedir disculpas por decir la verdad! —Se puso en pie y se atragantó con una súbita burbuja de cólera—. Discúlpenme, la cuestión es sencilla: está celoso de mí, de mi comprensión de nuestra ciencia... sí, sí... —Caminó atropelladamente alrededor de Barbara, pese a que no había hecho además de protestar—. Pues sí, está celoso. Y está envejeciendo, tiene más de cincuenta años... —La baronesa alzó la ceja izquierda trazando un arco de sorpresa—. Le preocupa su reputación futura y prefiere que ratifique su teoría sin valor obligándome a convertirla en la base de mi trabajo. Pero...

Kepler calló, se volvió y aguzó el oído. La música llegaba de lejos y la melodía se tomaba suave y extrañamente alegre por la distancia. Se acercó a la ventana sin prisa, como si acechara una pieza excepcional. El chubasco había pasado y el jardín resplandecía. Cruzó las manos a la espalda, se balanceó delicadamente y contempló los álamos y el estanque deslumbrante, las empapadas nubes de flores, el jardín que cual un rompecabezas intentaba colarse entre las barandillas de piedra de un balcón. ¡Cuán inocente, qué inanemente bella era la superficie del mundo! El misterio de las cosas simples lo sobrecogió. Una golondrina festiva trazó un rizo en medio de una borrasca de humo color lavanda. Volvería a llover. Tarará, tarará. Sonrió y prestó atención: ¿era la música de las esferas? Al darse la vuelta, se sorprendió de ver que los presentes seguían como antes y lo observaban con ligera expectación. Consternada, Barbara soltó una exhalación. Barbara conocía, ay, conocía esa mirada,

esa máscara hueca y afablemente sonriente desde la que un demente concentrado vigilaba con ojos llameantes. Se apresuró a explicar al barón y a su quisquillosa consorte que nuestra principal preocupación, como pueden ver, nuestra principal preocupación es... Kepler suspiró, lamentándose de los balbuceos de Barbara que movía su boca minúscula como una lela. Se frotó las manos y se apartó de la ventana, decidido a ir al grano. Ahogó implacablemente los barboteos de Barbara, que siguieron sonando como una confusión de burbujas que escapan de la boca de un pez sorprendido.

—Escribiré... escribiré la carta, pediré disculpas, haré las paces. —Sonrió a todos, como si esperara sus aplausos. La música volvió a sonar, ahora más próxima: era un conjunto de instrumentos de viento que tocaba en los jardines de palacio—. Sí, creo que me llamará, lo comprenderá. —Después de todo, ¿qué importancia tenía esa disputa?—. ¡Un nuevo comienzo! Señora, ¿me permite la pluma?

Al anochecer estaba otra vez en Benatek. Se disculpó, hizo el juramento de discreción y Tycho ofreció un banquete, música, juerga delirante y un ternero engordado chisporroteando en el espetón. El estrépito del comedor era un rugido constante atravesado por la rotura de algún plato o los chillidos de una criada a la que una mano audaz había pellizcado. La tormenta de primavera que había amenazado todo el día chocó súbitamente contra las ventanas, haciendo temblar los reflejos de las velas encendidas. Tycho estaba en un gran momento, gritaba, bebía y daba golpes con el bock, con la nariz roja y chorreantes las puntas de su mostacho pajizo. A su izquierda se encontraba Tengnagel que, con brazo de propietario, rodeaba la cintura de Elizabeth —la hija del danés—, una chiquilla conejil de pelo ceniza corto y nariz sonrosada. Su madre, doña Christine, era una mujer gorda y melindrosa cuyos veinte años de concubinato con el danés ya no sorprendían a nadie, salvo a ella misma. También estaban presentes el joven Tyge, siempre burlón, y Christian Longberg, el ayudante principal del danés, un mocetón sacerdotal, granujiento, ojeroso, ávido y consagrado a Onán. Kepler volvía a sentirse irritado. Esa jarana despreocupada no le interesaba y deseaba poner sus manos —ahora mismo, esa misma noche— en el tesoro de observaciones planetarias de Tycho.

—Usted me encarga la órbita de Marte... espere un momento, déjeme hablar, me encomienda esa órbita, uno de los problemas más difíciles que existen, pero no me da indicaciones sobre el planeta. Por favor, déjeme hablar, ¿cómo quiere que lo resuelva?, ¿cómo supone que puedo resolverlo?

Tycho se encogió de hombros y se dirigió a los reunidos alrededor de la mesa:

—De Tydske Karle ere allesammen halv gale.

El enano Jeppe, sentado a los pies de su amo, bajo la mesa, rió con disimulo.

—Mi padre —intervino intempestivamente doña Christine—, mi padre se quedó ciego por beber toda su vida como un energúmeno. Querido Brahe, bebe otra copa de vino.

Christian Longberg cruzó las manos como si estuviera a punto de rezar.

—Herr Kepler, ¿se propone resolver el problema de Marte? —La idea le provocaba una ligera sonrisa.

Kepler se dio cuenta de que el joven le recordaba a Stefan Speidel, otro pedante traidor.

—Señor, ¿acaso no me cree capaz? ¿Quiere que hagamos una apuesta... por ejemplo, de cien florines?

—¡Magnífico! —exclamó el joven Tyge—. ¡Por Laertes, cien florines!

—Prepárese, Longberg —gruñó Tengnagel—. Será mejor que fije fecha o tendrá que esperar a la eternidad para cobrar sus ganancias.

—¡Siete días! —se apresuró a decir Kepler, puro pavoneo y sonrisa al tiempo que se le retorcían las entrañas. ¡Dios mío, siete días!—. Sí, concédame siete días libre de cualquier otra tarea y lo haré... un momento, siempre que —se humedeció los labios nervioso—, siempre que se me garantice acceso total y sin obstáculos a las observaciones, a todas, a todo.

Tycho puso cara de pocos amigos porque se apercibió de la añagaza. Se había excedido, los comensales lo observaban y, para colmo, estaba borracho. Titubeó. Esas observaciones le concederían la inmortalidad. Acumularlas le había llevado veinte años de laborioso esfuerzo. La posteridad podía olvidar sus libros, ridiculizar su sistema del mundo y reírse de su vida extravagante, pero ni siquiera el futuro más despiadado que quepa imaginar dejaría de honrarlo como genio de la exactitud. ¿Y ahora tenía que entregar todo a ese joven advenedizo? Asintió, volvió a encogerse de hombros y reclamó más vino, aprovechando al máximo la situación. Durante unos segundos Kepler se compadeció de su mecenas.

—En este caso, señor, la apuesta está hecha —dijo Longberg, con una mirada que cortaba el aire.

Un grupo de acróbatas itinerantes se presentó en el comedor, resollando, dando tumbos y palmas. ¡Siete días! ¡Cien florines! ¡Hurra!

\* \* \*

Siete días se convirtieron en siete semanas y la empresa le estalló en la cara. Había parecido una tarea nimia, meramente una cuestión de elegir tres posiciones para Marte y, a partir de éstas, definir mediante geometría simple el círculo de la órbita del planeta. Hurgó en los tesoros de Tycho, se revolcó entre ellos, lanzando ladridos de gozo perruno. Escogió tres observaciones realizadas por el danés en la isla Hveg en un período de diez años y puso manos a la obra. Antes de saber qué ocurría, retrocedió envuelto en una nube de humo sulfuroso, tosiendo, zumbándole los oídos, con fragmentos de cálculos rotos clavados en el cerebro.

Todo Benatek estaba encantado. El castillo se regodeó con el espectáculo del irascible hombrecillo golpeado en pleno rostro por sus propios alardes. Ni siquiera Barbara pudo disimular su satisfacción y le preguntó dónde podían conseguir los cien florines que Christian Longberg reclamaba a grito pelado. Sólo Tycho Brahe guardó

silencio. Kepler se retorció, pidió una semana más a Longberg, alegó pobreza y salud quebrantada y negó haber hecho una apuesta. En el fondo, los insultos y las risas le importaban un bledo: estaba ocupado.

Desde luego, se había mentido a sí mismo con tal de hacer la apuesta y embaucar a Tycho: Marte no era nada sencillo. Había guardado su secreto durante milenios, desafiando mentes más sutiles que la suya. ¿Cómo podía interpretarse un planeta, el plano de cuya órbita, según Copérnico, oscila en el espacio y el valor de la oscilación no depende del sol, sino de la posición de la tierra? ¿Cómo podía interpretarse un planeta que, trazando un círculo perfecto a velocidad uniforme, tarda distintos períodos de tiempo en cubrir porciones idénticas de su recorrido? Había supuesto que éstas y otras rarezas no eran más que bordes irregulares que había de recortar antes de abordar el problema de definir la órbita. Ahora supo que, por el contrario, era un ciego que tenía que reconstruir un diseño uniforme e infinitamente complejo a partir de unas pocas prominencias dispersas que, con engañosa inocencia, cedían al contacto con las yemas de sus dedos. Así, siete semanas se convirtieron en siete meses.

A principios de 1601, cuando estaban a punto de cumplir su primer y turbulento año en Bohemia, llegó de Graz el mensaje de que Jobst Müller estaba agonizando y reclamaba a su hija. Kepler aprovechó la excusa para interrumpir el trabajo. Apartó cuidadosamente de su muñeca los colmillos del trabajo —espera, no aúlles— y se alejó sereno, con la ilusión de que esa bestia esbelta y tensa lo aguardaba agazapada, dispuesta a saltar, con el giro de una llave, con la solución del enigma de Marte sujeta entre las garras. Cuando llegaron a Graz, Jobst Müller ya había muerto.

La muerte del padre desencadenó en Barbara una extraña lasitud melancólica. Se ensimismó, se enroscó en alguna cámara interior y secreta de la que de vez en cuando dejaba escapar un barboteo quejumbroso, hasta el extremo de que Kepler temió por su cordura. La cuestión de la herencia la obsesionaba. Machacó sobre el tema con macabra perseverancia, como si estuviera metiendo las narices en el cadáver propiamente dicho. Tampoco había motivos que fomentaran sus temores más sombríos. Seguían en vigor los interdictos del archiduque contra los luteranos y cuando Kepler quiso convertir en dinero contante y sonante las propiedades de su esposa, las autoridades católicas lo amenazaron y lo timaron. Sin embargo, esas mismas autoridades lo aclamaron al son de trompetas en su condición de matemático y cosmólogo. En mayo, mes en que tuvieron la sospecha de que confiscarían toda la herencia, invitaron a Kepler a montar en la plaza del mercado de la ciudad un aparato de su propia factura con el que observar el eclipse de sol que había pronosticado. Se reunió un gentío numeroso y respetuoso que miró boquiabierto al mago y su máquina. La ocasión se convirtió en un gran éxito. Los burgueses de Graz apartaron un ojo desconcertado y lagrimeante de la imagen rutilante de su cámara oscura, lo golpearon indulgentemente con sus barrigas y declararon que era genial. Después Kepler se dio cuenta de que un carterista, aprovechando la penumbra del eclipse a

mediodía, lo había despojado de treinta florines. Fue una pérdida ínfima comparada con lo que le robaron en impuestos estirios, pero pareció sintetizar lo mejor del lamentable asunto de despedirse del terruño de Barbara.

El día de la partida su esposa estaba hecha un mar de lágrimas. No hubo modo de consolarla, le prohibió que la tocara, se quedó inmóvil y dejó escapar por su boca temblorosa una larga y oscura cinta de angustia. Johannes revoloteó a su alrededor, hendido de compasión rodeando impotentemente el aire con sus brazos de simio. Al final, Graz había significado muy poco para él y Jobst Müller aún menos, pero reconoció perfectamente la pena que, bajo el cielo plomizo de la Stempfergasse, ennobleció durante unos instantes a su pobre, gorda y estúpida esposa.

Al retornar a Bohemia, encontraron a Tycho y a su circo provisionalmente alojados en la Posada del Grifo Dorado, a punto de trasladarse a la casa de Curtius en el Hradschin, morada que el emperador había comprado a la viuda del vicedecano para cedérsela a Tycho. Kepler no podía creerlo. ¿Qué pasaba con las famosas campanas de los capuchinos? ¿Y con Benatek, con los esfuerzos y los gastos consagrados a su reconstrucción? Tycho se encogió de hombros: prosperaba con el derroche, con el majestuoso despilfarro de fortunas. El carruaje lo aguardaba bajo el letrero de la posada. Había espacio para Barbara y la niña. A Kepler le tocaba caminar. Subió jadeante la empinada colina de Hradschin, hablando para sus adentros y meneando su perturbada cabeza. Una compañía de la caballería imperial estuvo a punto de atropellarlo. Al llegar a la cumbre se dio cuenta de que había olvidado dónde se encontraba la casa y al preguntar, le dieron indicaciones incorrectas. Los centinelas de la puerta de palacio lo miraron recelosos cuando pasó por tercera vez. Hacía calor y el sol era un ojo gordo clavado en él con malicioso regocijo; miraba constantemente por encima del hombro con la esperanza de entrever una calle conocida a punto de apoderarse rápidamente del complicado paisaje que había montado con el propósito de desconcertarlo. Podría haber pedido ayuda en casa del barón Hoffmann, pero no era acogedora la idea de la mirada inflexible de la baronesa. Giró en una esquina y se dio cuenta de que había llegado. Ante la puerta había un carro y figuras heroicamente cargadas, con las piernas separadas, subían a duras penas la escalera. Doña Christine se asomó por una ventana del primer piso y gritó algo en danés; todos hicieron un alto y la contemplaron con una especie de sorpresa estupefacta y sin expectativas. La casa despedía una atmósfera desconsolada y desconcertada. Kepler deambuló por las espaciosas habitaciones vacías. Lo llevaron de regreso al vestíbulo, como si amablemente intentaran decirle algo. La tarde estival vacilaba en el umbral y en un gran espejo un paralelogramo de pared iluminado por el sol mantenía una inclinación jadeante, con una mancha más clara en el lugar del que habían quitado un cuadro. El ocaso fue una rúbrica de oro y en los jardines de palacio gorjeaba un mirlo extasiado. La niña Regina se encontraba al otro lado del umbral con la mirada perdida, cual la dorada figura de un friso. Kepler se mantuvo en las sombras, atento a los latidos de su corazón. ¿Qué veía Regina que tanto la absorbía?

Podría haber sido una minúscula novia asomada a la ventana la mañana de su boda. En la escalera, a sus espaldas, resonaron pisadas y doña Christine bajó corriendo, sujetándose las faldas con una mano y esgrimiendo un atizador en la otra.

—¡No quiero a ese hombre en mi casa!

Kepler miró atentamente a doña Christine. Cabizbaja, Regina pasó deprisa junto a su padrastro y entró en la casa. Johannes se volvió y al pie de la escalera vio que se detenía una figura a lomos de una mula extenuada. El hombre vestía andrajos y apretaba contra el cuerpo un brazo vendado, como si fuera el sucio hatillo de pertenencias de un mendigo. Desmontó y subió la escalera a duras penas. Doña Christine se plantó en la puerta, pero el hombre la rodeó, mirando distraídamente a su alrededor.

—Estuve en Benatek, en el castillo —masculló—. ¡Ya no queda nadie!

La idea le causó gracia. Se sentó en una silla, junto al espejo, y sin prisa quitó el vendaje del brazo herido, arrojando al suelo espiral tras espiral de venda con una mancha de sangre regularmente repetida y cada vez más notoria, mancha que tenía la forma de un cangrejo cobrizo con un rubí rojo y húmedo en el centro. La herida, una rajadura de espada, estaba profundamente infectada. El hombre la observó con asco y presionó con cuidado el lívido cerco.

—*Porco Dio* —murmuró y escupió en el suelo.

Doña Christine alzó los brazos en señal de desesperación y se alejó, hablando para sus adentros.

—Mi esposa puede vendarle la herida —dijo Kepler.

De un bolsillo del jubón de cuero el italiano sacó un trozo de trapos sucios, lo rasgó con los dientes y envolvió la herida. Alzó las puntas para que alguien las atara. Al agacharse Kepler percibió el calor de la carne supurante y su picante hedor.

—Por lo que parece, aún no lo han ahorcado —comentó el italiano.

Kepler lo contempló y al levantar lentamente la mirada hacia el espejo, vio a Jeppe a sus espaldas.

—Todavía no, amo, todavía no —intervino el enano sonriente—. ¿Y qué hay de usted?

Kepler volvió a mirar al italiano.

—Fíjese, está herido, su brazo...

El italiano rió, se recostó sobre el espejo y se fundió con su propia imagen.

Lo llamaban Félix. De él se contaban diversas historias. Había luchado contra los turcos, embarcado con la flota napolitana. Por lo que decía, había sido alcahuete de todos los cardenales de Roma. Se había cruzado por primera vez con el danés en Leipzig, dos años atrás, cuando Tycho deambulaba hacia el sur, rumbo a Praga. El italiano se había fugado, hubo una pelea por una puta y murió un guardia vaticano. Estaba hambriento y Tycho lo contrató para que escoltara a Bohemia sus animales domésticos, con lo que mostró un insólito sentido del humor. De todos modos, la broma salió mal. Tycho jamás le perdonó la pérdida del alce. Alertado por doña

Christine, salió rugiendo al vestíbulo para echarlo con cajas destempladas. Pero Kepler y el enano ya lo habían hecho desaparecer en el primer piso.

Daba la impresión de que moriría. Pasó días enteros tendido en un jergón en una de las enormes estancias vacías del ático, delirando y blasfemando, enloquecido por la fiebre y la pérdida de sangre. Temeroso de que estallara el escándalo si el renegado moría en su casa, Tycho mandó llamar a Michael Maier, el médico imperial, un hombre discreto y meticuloso. Le aplicó sanguijuelas, le administró un purgante y jugó ansioso con la idea de amputarle el brazo envenenado. El tiempo era cálido y no había brisa, la habitación parecía un horno; Maier ordenó que cerraran la ventana y corrieran las cortinas para evitar la influencia malsana del aire puro. Kepler pasó muchas horas junto al lecho del enfermo, secando la frente empapada del italiano o sujetándolo de los hombros mientras vomitaba los restos verdosos de su vida en una palangana de cobre que cada noche era enviada a palacio, al arúspice Maier. En ocasiones, por la noche, sentado ante su escritorio, repentinamente alzaba la cabeza y aguzaba el oído, creyendo haber percibido un gemido, ni siquiera eso: una flexión de dolor que rasgaba como una grieta la delicada cúpula de la luz de las velas, dentro de la cual permanecía sentado. En esas circunstancias, ascendía por la casa en silencio y permanecía un rato junto a la inquieta figura tendida en el jergón. En esa penumbra fétida experimentó una vivida y sobrecogedora sensación de su propia presencia, como si durante unos segundos le devolvieran una dimensión de sí mismo que la luz del sol y otras vidas no le concedían. Con frecuencia el enano se le anticipaba y se acuclillaba en el suelo sin emitir más sonido que el rápido e inequívoco latido de su respiración. No hablaban, se limitaban a esperar juntos como asistentes al santuario de una oráculo demente.

Una mañana el joven Tyge subió al ático, rodeó la puerta con su repugnante sonrisa y asomó la punta de su lengua sonrosada.

—Pues aquí está el alegre trío. —Se paseó hasta la cama y estudió al italiano enredado en la sábana—. ¿Todavía está vivo?

—Está durmiendo, joven amo —respondió Jeppe.

Tyge tosió.

—Por Dios que apesta. —Se acercó a la ventana, abrió las cortinas de par en par y contempló el magnífico cielo azul. Los pájaros gorjeaban en los jardines imperiales. Tyge se dio la vuelta y rió—. Dígame, doctor, ¿cuál es *su* pronóstico?

—La ponzoña se ha extendido desde el brazo —replicó Kepler y se encogió de hombros. Esperaba que el joven se largara de una vez—. Es posible que no sobreviva.

—Ya conoce el refrán: quien a hierro mata... —La segunda parte se confundió con una carcajada—. Ay, por Dios, qué cruel es la vida. —Se llevó la mano al corazón—. ¡Miradlo, agoniza como un perro en tierra extraña! —Se dirigió al enano—: Dime, monstruo, ¿no es suficiente para hacerte llorar?

Jeppe sonrió.

—Amo, es usted muy ingenioso.

Tyge lo miró.

—Ya lo creo. —Se alejó malcarado y volvió a contemplar al enfermo—. En una ocasión nos encontramos en Roma, donde él era un gran chulo. Aunque dicen que, personalmente, prefiere a los donceles. Los italianos son así. —Miró a Kepler por el rabillo del ojo—. Creo que usted le resultaría demasiado maduro. Pero es posible que esta rana se adapte a sus debilidades. —Se detuvo antes de salir—. A propósito, mi padre quiere que se reponga para tener el gusto de echarlo a patadas Hradschin abajo. Formáis una extraordinaria pareja de cuidadores. Miradlo.

El italiano se recuperó. Un día Kepler lo encontró asomado a la ventana, vestido con una camisa sucia. No quiso hablar, ni siquiera se volvió, como si fuera incapaz de romper esa absorta contemplación del mundo que había estado a punto de perder: la lejanía brumosa, las nubes, la luz del verano acariciando su rostro vuelto hacia el cielo. Kepler se marchó sigilosamente y por la noche el italiano lo miró como si fuera la primera vez que se encontraban y lo apartó cuando pretendió cambiarle la venda encostrada que le cubría el brazo. Quería comida y bebida.

—¿Dónde está el *nano*? Dígale que venga, ¿eh?

Para Kepler los días siguientes supusieron el ceniciento despertar de un sueño. El italiano seguía mirándolo con profundo desconocimiento. ¿Qué esperaba? Afecto no y menos aún amistad, nada tan insípido como semejantes sentimientos. Tal vez soñara con una especie de temible camaradería, a través de la cual podría acceder a ese mundo de acción e intensidad, a la Italia del espíritu, de la que ese renegado era mensajero. ¡Vida, vida, eso era lo que esperaba! En el italiano creyó reconocer por fin, aunque vicariamente, la espléndida y estimulante sordidez de la vida real.

Con esa hipocresía azarosa que Kepler tan bien conocía, los Brahe celebraron la recuperación de Félix como si fuera su niño mimado. Lo bajaron de la vacía habitación, le regalaron un traje nuevo y, sonrientes, lo llevaron al jardín, donde la familia comía a la sombra de los álamos. El danés lo sentó a su diestra. Aunque la celebración comenzó con brindis y palmadas en la espalda, muy pronto se convirtió en un ebrio rencor. Enfermo y medio borracho, Tycho mencionó una vez más el doloroso tema del alce perdido, pero en medio de estentóreos vituperios cayó dormido sobre el plato. El italiano comió como un perro, con celo y prisa circunspecta: también conocía al dedillo a esos daneses caprichosos. Su brazo reposaba en un cabestrillo de seda negra que había preparado Elizabeth, la hija de Tycho. Tegnagel amenazó con arrojar al italiano a los espadachines si no dejaba en paz a Elizabeth, se puso de pie, arrojó la silla y abandonó la mesa. Félix rió; el junker ignoraba lo que todos sabían: mucho antes, en Benatek, el italiano ya había pulido el cuerpo de esa mozuela. Y no había regresado por ella. Por lo que le contaron, la corte praguense era rica y estaba presidida por un imbécil. ¿Era posible que Rodolfo pudiera aprovechar los servicios de un hombre de su talento? El enano consultó a Kepler y éste respondió con irónica gracia:

—Vaya, tuve que esperar un año para que su amo concertara una audiencia en mi nombre y desde entonces sólo he estado dos veces en palacio. ¿Cree que tengo alguna influencia?

—Pronto la tendrá —susurró Jeppe—, antes de lo que imagina.

Kepler guardó silencio y desvió la mirada. Las dotes proféticas del enano lo perturbaban. Tycho Brahe despertó súbitamente.

—Señor, lo requieren —dijo Jeppe con tono sereno.

—Y yo te requiero a ti —gruñó Tycho y se frotó los ojos legañosos.

—Pues aquí estoy.

Tycho lo observó cansino con una especie de infortunado resentimiento.

—Bah.

Indudablemente era un hombre enfermo. Kepler tuvo conciencia de que el enano sonreía a sus espaldas. ¿Qué veía esa criatura en el futuro de todos? Del cielo llegó un viento cálido y el sol de la tarde adquirió un matiz ocre oscuro, como si la ventolera lo hubiese magullado. Los álamos se estremecieron. De repente le pareció que todo temblaba al borde de la revelación, como si esas contingencias de luz, clima y actividad humana hubieran tropezado casi con un modo de expresión. Félix hablaba en voz queda con Elizabeth Brahe y se las ingeniaba para que los lóbulos de sus orejas translúcidas brillaran de agitación. El italiano partiría antes de que acabara el año, esta vez para siempre, perdido el interés por el mecenazgo imperial, aunque para entonces la profecía de Jeppe se cumpliría y el astrónomo se convertiría, por cierto, en un hombre influyente.

\* \* \*

Kepler volvió a consagrarse a su trabajo sobre Marte. A su alrededor la situación mejoró. Harto de disputas, Christian Longberg regresó a Dinamarca y no se habló más de la apuesta. Casi nunca veía a Tycho Brahe. Corrían rumores de peste y de avanzadas turcas y necesitaban consultar frecuentemente las estrellas. Cada vez más nervioso, el emperador Rodolfo había sacado a su matemático imperial de Benatek, pero la casa de Curtius no estaba lo bastante cerca y el danés acudía constantemente a palacio. Hacía buen tiempo: días de color vino del Mosela y noches espectaculares y cristalinas. En ocasiones Kepler se sentaba junto a Barbara en el jardín o recorría apaciblemente el Hradschin en compañía de Regina, admirando las casas de los ricos y contemplando el paso de la caballería imperial. En agosto los rumores sobre la peste obligaron a clausurar las grandes casas durante la temporada y hasta la caballería encontró excusas para trasladarse. El emperador levantó el campamento en dirección a su residencia campestre de Belvedere y llevó consigo a Tycho Brahe. La apacible melancolía del verano se aposentó en la colina desierta y Kepler recordó que de niño, al final de cualquiera de sus enfermedades frecuentes, deambulaba sobre las piernas temblorosas por una ciudad que se volvía mágica en virtud de la mera ausencia de sus compañeros de estudio por las calles.

Inopinadamente Marte le ofreció un regalo cuando, con sorprendente facilidad, Johannes refutó la oscilación copernicana y demostró, gracias a los datos acumulados por Tycho, que la órbita del planeta cruza el sol en un ángulo fijo con respecto a la órbita de la tierra. También obtuvo victorias menores. Sin embargo, a cada paso que daba, invariablemente afrontaba el enigma de la variación evidente de la velocidad orbital. Se remontó al pasado en busca de consejo. Tolomeo había salvado el principio de la velocidad uniforme a través del *punctum equans*, un punto del diámetro de la órbita desde el cual la velocidad parece invariable para un observador imaginario (a Kepler le divertía figurarse a ese hombre viejo y brusco, con el triquetum de bronce, los ojos llorosos y una certidumbre presuntuosa e ilusoria). Escandalizado por el juego de manos de Tolomeo, Copérnico había rechazado el ecuante por considerarlo descaradamente chabacano, pero no había encontrado nada que lo sustituyera salvo la tosca combinación de cinco movimientos uniformes epicíclicos y superpuestos. También fueron maniobras inteligentes y sofisticadas y salvaron los fenómenos de una manera admirable. Kepler se preguntó si los grandes predecesores habían considerado que representaban el verdadero estado de cosas. La cuestión lo perturbaba. ¿Acaso existía una nobleza innata, ausente en él, que le situaba por encima de lo puramente empírico? ¿Era irredimiblemente vulgar su búsqueda de las formas de la realidad física?

Un sábado por la noche se encontró con Jeppe y el italiano en una taberna del Kleinseit. Estaban con un par de ayudantes de cocina de palacio, un serbio tuerto y gigante y un sujeto huraño y bajito, de Württemberg, que afirmó haber servido en las campañas húngaras codo a codo con el hermano de Kepler. Se llamaba Krump. El serbio se llevó la mano al bolsillo y sacó un florín para invitar a una ronda de schnapps. Alguien atacó con el violín y un trío de colipoterras entonó una canción picaresca y danzó. Krump las miró con los ojos entrecerrados y escupió.

—Están infestadas, las conozco —aseguró Krump.

El serbio estaba encantado y con su único ojo semejante a una ostra devoraba a las marranas que se contorsionaban y seguía el ritmo de la giga golpeando la mesa con la mano. Kepler pidió otra ronda.

—Ah —dijo Jeppe—. Esta noche el señor Matemático está exultante. ¿Acaso mi amo se ha equivocado y le ha pagado su salario?

—Algo por el estilo —replicó Kepler y se sintió como un perro dichoso.

Jugaron a los naipes y siguieron bebiendo. El italiano vestía traje de terciopelo y sombrero flexible. Kepler lo vio escamoteando una jota. Ganó, sonrió a Kepler, pidió que tocaran otra giga, se puso de pie, hizo una profunda reverencia e invitó a bailar a las putas. Las velas de la barra de la taberna temblaron con las pisadas.

—Es un hombre muy animado —afirmó Jeppe.

Kepler asintió y sonrió sin saber a qué carta quedarse. El baile se convirtió en un tumulto generalizado y súbitamente se encontraron en el callejón. Una de las putas cayó y permaneció tendida, riendo y agitando en el aire sus fornidas piernas. Kepler

se apoyó en la pared y contempló a los danzantes que, como cabras, trazaban círculos en el charco de luz que escapaba de la ventana de la taberna. De repente, de la nada y de todas partes, de la música del violín, la luz parpadeante y las pisadas, de la danza en círculo y la ebria mirada del italiano, le llegó el fragmento irregular de un pensamiento: falso. ¿Qué era falso? Ese principio era falso. Una de las putas le metió mano. Sí, por fin lo había comprendido. *El principio de la velocidad uniforme es falso*. Le causó mucha gracia, sonrió, se volvió de lado y vomitó distraídamente en la cuneta. Krump le posó una mano en el hombro.

—Oiga, amigo, si vomita en un aro pequeño, procure que nada se derrame... ¡porque será el agujero de su culo!

A sus espaldas, el italiano celebró la ocurrencia. ¡Por Cristo, claro que era falso!

Visitaron otra taberna y luego una tercera. El serbio se perdió por el camino y Félix y el enano se alejaron del bracete en la oscuridad, acompañados por las tres meretrices. Krump y el astrónomo regresaron tambaleantes al Hradshin, se cayeron, gritaron y entonaron canciones lloriqueantes de Württemberg, su patria chica. Entre gallos y medianoche, cuando por fin encontró su esquiya morada, Kepler —con la imaginación al rojo vivo y fija en la imagen de una zorra retozona— intentó, con muchos susurros y risillas, colocar en una postura exótica el cuerpo rígido de Barbara. Al despertar esa mañana reseca y angustiada, ya no recordaba los propósitos de la noche anterior, si bien algo quedaba del experimento abandonado en el perfil de la gruesa cadera de Barbara y en el aroma picante de su pis en el orinal de barro que estaba bajo la cama. Durante una semana Barbara no le dirigió la palabra.

Más tarde, cuando se despejaron de su cabeza los vapores del osario, cual un coleccionista sin blanca al que le han robado su tesoro, Kepler analizó el entendimiento que le fue concedido, según el cual el principio de la velocidad orbital uniforme era un dogma falso. Era la única respuesta, la más evidente, al problema de Marte, probablemente al de todos los planetas, pero durante más de dos mil años había eludido a los más grandes inquisidores de la astronomía. ¿Y por qué le fue concedida esa anunciación? ¿Qué ángel llegado de los cielos se la susurró al oído? El proceso lo maravilló, le fascinaba que una parte de su mente hubiese trabajado en secreto y en silencio mientras el resto de su persona se emborrachaba, hacía el loco y deseaba a aquellas putas sifilíticas. Se sintió abrumado por una insólita humildad. Debía ser mejor persona, portarse bien, hablar con Barbara y oír sus quejas, tener paciencia con el danés y rezar... por lo menos hasta el advenimiento de nuevos problemas.

Los problemas no tardaron en presentarse. Su rechazo de la velocidad uniforme lo puso todo patas arriba y se vio obligado a empezar de nuevo. No se desalentó. Al fin y al cabo, era un trabajo real, profundamente digno de su persona. Donde antaño habían existido especulaciones abstractas, en el *Misterium*, hogaño estaba la realidad propiamente dicha. Se trataba de observaciones precisas de un planeta visible, coordenadas fijas en el tiempo y en el espacio. Eran acontecimientos. No por

casualidad le habían encomendado el estudio de Marte. Christian Longberg, el idiota celoso, había insistido en quedarse la órbita lunar. Kepler rió e imaginó las puntas temblorosas de las alas angelicales, el dedo alzado. En ese momento supo que Marte era la clave del secreto del funcionamiento del mundo. Sintió que estaba suspendido en el aire tenso y brillante, convertido en un nadador celestial. Y siete meses se convirtieron en diecisiete.

Tycho le dijo que estaba loco: el principio de la velocidad uniforme era incuestionable. ¡Al cabo de pocos días afirmaría que los planetas no trazan círculos perfectos! Kepler le restó importancia. Fueron las observaciones del danés las que mostraron la falsedad del principio. No, no, *no*. Tycho meneó su cabezota calva y sostuvo que debía existir otra explicación. Kepler estaba sorprendido. ¿Por qué buscar otra respuesta cuando había dado con la correcta? En la escotilla de su mente había un facturador con la pizarra, la pluma y el hígado enfermo, un facturador que no daba pie a pensar lo mejor. Tycho Brahe desesperó: se habían ido al traste las pocas posibilidades de que ese orate suabo resolviera los problemas que planteaba Marte. Kepler lo animó: espere, mire... ¿dónde está mi brújula?, ¡la he perdido!, ¡la cuestión está prácticamente resuelta! Aún suponiendo una tasa de velocidad variable, para definir la órbita le bastaba con determinar el radio del círculo, la dirección con respecto a las estrellas fijas del eje que conectan afelio y perihelio y la posición de dicho eje en relación con el sol, el centro orbital y el *punctum equans*, que de momento mantendría como instrumento de cálculo. Claro que sólo podía realizarse mediante un proceso de tanteo, pero... ¡espere un momento! Tycho se largó mascullando entre dientes.

Hizo setenta intentos. Al final, de las novecientas páginas de cálculos escritas con letra pequeña extrajo un conjunto de valores que, con un error de sólo dos minutos de arco, daban la posición correcta de Marte según las observaciones de Tycho. Abandonó las temibles profundidades y comunicó su éxito a cuantos estuvieron dispuestos a escucharlo. Escribió a Longberg a Dinamarca y reclamó el pago de la apuesta. En ese momento lo dominó, como si fuera un enamorado demente, la fiebre que había logrado mantener a raya con promesas y plegarias. Cuando ésta se agotó, retomó a los cálculos e hizo una prueba definitiva. En realidad, no era más que un juego, un regodeo en su propio triunfo. Escogió otro grupo de observaciones y las aplicó a su modelo. No encajaron. Hiciera lo que hiciese, siempre aparecía un error de ocho minutos de arco. Se apartó del escritorio pensando en puñales, en la copa de veneno, en arrojarse por los aires desde la alta muralla del Hradschin. En un escondrijo secreto de su corazón, crecía una felicidad disparatada ante la posibilidad de arrojar por la borda todo lo que hasta entonces había hecho y empezar de cero. Era el gozo del fanático en su celda: en la mano el látigo de la flagelación. Y diecisiete meses se convirtieron en siete años para cumplir la tarea.

Su cerebro sobrecargado lanzó chispas de energía excedente y se figuró todo tipo de empresas originales e ingeniosas. Desarrolló el método para medir el volumen de

toneles de vino mediante secciones cónicas: el conservador de las bodegas imperiales quedó cautivado. Johannes sometió a prueba su vista y se fabricó unas complicadas gafas con lentes esmeriladas en Linz por su viejo amigo Wincklemann. El prosaico milagro del agua siempre lo había fascinado: inventó relojes de agua y diseñó un nuevo tipo de bomba que impresionó a los ingenieros imperiales. Algunos de sus proyectos provocaron la risa de los Brahe. Diseñó una barredora automática, que funcionaba por succión a partir de un fuelle de doble válvula adosado a las ruedas de trinquete del utensilio. Consultó a las fregonas para su proyecto de una máquina de lavar: una tina enorme con paletas impulsadas a pedal. Las fregonas escaparon riendo solapadamente. Fueron pasatiempos divertidos y al final de la jornada lo aguardaba el sempiterno problema de Marte.

Le gustaba trabajar de noche y gozaba del silencio, el brillo de las velas y la despierta oscuridad; el alba siempre lo sorprendía con la sensación de entrever el otro extremo de las cosas, todavía nuevo e inmaculado. En casa de Curtius se había refugiado en un cuartucho del ático, donde podía aislarse. Pasó el verano. A primera hora de una mañana de octubre oyó pisadas al otro lado de la puerta, se asomó y vio a Tycho Brahe en el pasillo, con los brazos cruzados y mirando pensativo sus enormes pies desnudos. Vestía camisa de dormir y una capa apenas echada sobre los hombros. Tras él, junto a la pared de enfrente, se agazapaba el enano Jeppe. Semejaban buscadores agotados y desalentados en pos de una nadería definitivamente perdida. Tycho miró a Kepler sin inmutarse.

—El sueño —dijo el danés—, no consigo conciliar el sueño.

Como si se tratara de una señal, afuera estalló un sonido vehemente. Kepler aguzó el oído y sonrió.

—Campanas —dijo.

Tycho frunció el ceño.

El cuarto de Kepler era una caja marrón y repleta, provista de jergón, taburete y una mesa destartada y plagada de papeles. Tycho se sentó pesadamente y se acomodó la capa. Jeppe se deslizó bajo la mesa. Súbitamente la lluvia azotó la ventana: el cielo se rajaba y caía sobre la ciudad en vendas ondulantes. Kepler se rascó la cabeza y, casi sin darse cuenta, se miró las uñas: de nuevo tenía piojos.

—¿Ha hecho progresos? —preguntó Tycho y señaló los papeles enmarañados.

—Sí, algunos.

—¿Sigue aferrado al sistema copernicano?

—Como base de cálculo no está mal... —Con eso no era suficiente—. Sí, sigo a Copérnico —añadió con gravedad.

Daba la sensación de que el danés no lo había oído. Tenía la mirada perdida en dirección a la puerta, de cuyo gancho colgaba un uniforme cortesano enmohecido, incluidos el sombrero emplumado y la faja, flácido espectro del anterior dueño de casa, el difunto vicecanciller. Jeppe se movió bajo la mesa y masculló.

—He venido a hablar con usted —añadió Tycho.

Kepler se dispuso a escucharlo, pero el danés guardó silencio. Miró los enormes pies amarillos de Brahe, aferrados a las tablas del suelo como un par de animales cortos de entendederas. En su época Tycho Brahe había establecido la posición de mil estrellas y creado un sistema del mundo más elegante que el de Tolomeo. Su libro sobre la nueva estrella de 1572 le había procurado fama a lo largo y ancho de Europa.

—He hecho... —explicó Kepler, alzando la pluma y observándola con el ceño fruncido—, he hecho un modesto descubrimiento relativo al movimiento orbital.

—¿Es posible que, después de todo, sea invariable? —Tycho rió inopinadamente.

—No —respondió Kepler—. Sin embargo, parece que el radiovector de cualquier planeta barre superficies iguales en el mismo tiempo. —Miró a Tycho—. Lo tengo por una ley.

—Moisés Matemático —dijo Jeppe y rió.

Aunque seguía lloviendo, hacia el este las nubes mostraban una hendedura luminosa. Se oyó un súbito aleteo junto a la ventana. La pluma de acero de Kepler, que no estaba dispuesta a ser derrotada por el diluvio exterior, depositó sobre sus papeles, con un crujido parturiento, un manchón de tinta.

—Campanas —musitó Tycho con voz queda.

Esa noche lo trasladaron borracho a su morada después de cenar en la ciudad, en casa del barón Rosenberg, y orinó en la chimenea del salón principal, despertando a todos con sus alaridos y con el hedor de su meada farfullante. Pateó al enano y se tambaleó escaleras arriba hasta su cama, de la que doña Christine, protestando rabiosa, ya había escapado. La casa entera acababa de conciliar el sueño cuando el amo volvió a despertarla reclamando lumbre, a su bufón y una comida compuesta de huevos de codorniz y coñac. Al mediodía siguiente exigió la presencia de Kepler junto a su lecho.

—Estoy enfermo.

Tycho tenía una jarra de cerveza en la mano y el lecho estaba cubierto de migas de pasteles.

—Tal vez no debería beber tanto —osó decir Kepler.

—¡Tonterías! Algo ha reventado en mi tripa: ¡mire! —Con profundo orgullo señaló la palangana de orina ensangrentada que reposaba en el suelo, a los pies de Kepler—. Anoche, en casa de Rosenberg, aguanté la vejiga llena tres horas, no me levanté de la mesa por temor a ser descortés. Ya sabe cómo son esos festines.

—No, no lo sé —replicó Kepler.

Tycho frunció el entrecejo y bebió un sorbo de cerveza. Miró atentamente a Kepler unos segundos.

—Cuídese de mi familia, intentará entorpecer su labor. Póngase en guardia con Tengel, que es tonto pero ambicioso. Y proteja a mi pobre enano. —Hizo una pausa—. Acuérdesse de mí y de todo lo que he hecho por usted. Que no parezca que he vivido en vano.

Kepler subió sonriente a su habitación. ¡Todo lo que ha hecho por mí! Barbara se le había adelantado y estaba revolviendo sus cosas. La rodeó hasta llegar a la mesa y, sin dejar de protestar, se lanzó sobre sus papeles.

—¿Cómo está? —preguntó Barbara.

—¿Qué? ¿Quién?

—¡Vaya preguntas!

—Ah, no es nada. Se excedió con el vino.

La mujer guardó silencio unos instantes, permaneció detrás de Johannes cruzada de brazos y acumuló resentimientos. Finalmente añadió:

—¿Cómo puedes... cómo puedes ser tan... ser tan...?

Kepler se volvió para mirarla.

—¿De qué estás hablando?

—¿Se te ha ocurrido pensar qué será de nosotros cuando muera?

—¡Mujer, por Dios! Estuvo cenando con sus amigos elegantes, bebió más de la cuenta, como de costumbre, tuvo pereza de ir a mear y se fastidió la vejiga. Mañana lo habrá superado. Permíteme que te diga que sé lo suficiente de asistencia a enfermos como para reconocer una enfermedad mortal de necesidad cuando...

—¡Tú no reconoces nada! —Al chillar Barbara, un fino rocío de saliva humedeció la cara de Kepler—. Crees que estás vivo con tus estrellas, tus queridas teorías y tus leyes de esto, aquello y lo de más allá... —Los lagrimones escaparon de sus ojos, se le quebró la voz y escapó corriendo del cuarto.

Tycho empeoró vertiginosamente. Una semana más tarde Kepler volvió a visitarlo en sus aposentos. Estaba rodeado de familiares, discípulos y emisarios de la corte, suspendidos y mudos como los reunidos en la penumbra de las aristas del sueño. Tycho estaba entronizado en su alto lecho, rodeado por la luz de una antorcha. La piel le colgaba en bolsas alrededor del rostro encogido y tenía la mirada perdida. Aferró la mano de Kepler.

—Acuérdese de mí y que no parezca que he vivido en vano.

A Kepler no se le ocurrió respuesta alguna y sonrió sin poderse controlar, asintiendo y volviendo a asentir. Doña Christine tironeó del paño de su vestido y miró atontada a su alrededor, como si intentara recordar algo. Cubierto de lágrimas, el enano intentó saltar sobre la cama, pero alguien se lo impidió. Kepler reparó en que Elizabeth Brahe estaba encinta. Tegnagel se ocultaba detrás de ella. Se oyó una baraúnda al otro lado de la puerta y Félix entró hecho una tromba, hablando en italiano por encima del hombro con alguien que permanecía fuera. Se acercó a la cama y, apartando a Kepler, tomó la mano del danés. Pero Tycho Brahe ya había muerto.

Después del oficio utraquista, lo enterraron en la Teynkirche de Praga. La casa del Hradschin estaba rodeada por un halo de dolida sorpresa, como si un ala se hubiese derrumbado brusca y silenciosamente. Una mañana descubrieron que el italiano había partido y se había llevado a Jeppe. Nadie supo dónde fueron. Kepler también pensó

en largarse pero ¿adónde podía ir? Después llegó un mensaje de palacio, en el que le informaban que lo habían nombrado sucesor del danés como matemático imperial.

\* \* \*

Todos decían que el emperador Rodolfo era inofensivo, a pesar de que estaba un poco loco. Cuando por fin llegó el momento de que Kepler lo viera por primera vez, un espasmo de temor atenazó el corazón del astrónomo en su puño ígneo. Aún faltaban diez meses para la muerte del danés. Para entonces Kepler llevaba casi un año en Bohemia, pero los modales grandilocuentes de Tycho no hacían casi de indirectas. Se encogía de hombros y empezaba a tararear cada vez que Kepler osaba decirle que había postergado demasiado su presentación.

—Su majestad es... difícil.

Subieron penosamente por el Hradschin y giraron entre las altas murallas que conducían a la puerta. A su alrededor se extendía la economía de la nieve: una blancura infinita y sólo los surcos negros del camino, la pared sin color. El cielo había adquirido el matiz del pellejo de una liebre. El caballo tropezó sobre el hielo acumulado y un mendigo rastrero se acercó corriendo y los miró boquiabierto a través de la ventanilla del carruaje, como en una muda imprecación. Resbalaron pesadamente hasta detenerse sobre el puente de madera que llevaba a la puerta. El caballo piafó y bufó, arrojando conos de vapor por los ollares ensanchados. Kepler asomó la cabeza por la ventanilla. El aire era cortante. El portero, un individuo gordo y envuelto en pieles salió de la caseta, habló con el cochero y les franqueó el paso. Tycho le arrojó una moneda.

—Ah —suspiró el danés—, ah, cuánto detesto este país. —Acomodó la piel de oveja con que se cubría las rodillas. Se habían internado por los jardines palaciegos. Los árboles negros se deslizaban despacio, alzadas las ramas desnudas como asombradas del frío—. ¿Por qué me fui de Dinamarca?

—Porque...

—¿Por qué? —Tycho lo miró funestamente y lo desafió a que siguiera hablando. Kepler suspiró.

—No lo sé. Cuéntemelo.

Tycho dirigió su mirada a la brumosa atmósfera exterior.

—Nosotros, los Brahe, hemos sido maltratados por la familia real. Mi tío Jorgen Brahe evitó que el rey Federico se ahogara en el Sund, en Copenhague, y murió en el intento, ¿no lo sabía? —Kepler lo sabía. Se trataba de una anécdota narrada a menudo. Poco a poco el danés montaba un buen raptó de ira—. Y el jovencito Cristian tuvo el descaro de desterrarme de mi santuario isleño, de mi fabuloso Uranienburg, que me fue concedido por cédula real cuando él aún era un mocoso lloriqueante en el regazo de su ama de cría... ¿sabía esto? —Oh, lo sabía, sabía esto y mucho más. Tycho había gobernado en Hveg como un turco despótico, hasta que se volvió intolerable incluso para una persona tan moderada como el rey Cristian—.

¡Ay, Kepler, la perfidia de los príncipes! —Miró furibundo el palacio que se aproximaba a su encuentro en medio de la luz gélida de la tarde.

Los hicieron esperar a las puertas de la sala de audiencias. Otros habían llegado antes, figuras difusas, deprimidas y propensas a suspirar y a cruzar y descruzar las piernas. Hacía un frío impío y Kepler tenía entumecidos los pies. Su aprensión dominó el peso gris del tedio cuando el ayuda de cámara —un hombrecillo fofo e inmaculadamente vestido— se acercó deprisa y habló en voz baja con el danés. El pecho de Kepler ya estaba dominado por un ardiente estrangulamiento, como si sus pulmones, asustados una fracción de segundo antes de la llegada del momento tan anhelado y temido, hubiesen aspirado una rápida bocanada de aire para amortiguar la sorpresa. Necesitaba hacer pis. Creo que debo irme y... ¿me disculpáis...?

—¿Sabe... sabe qué nos ha dicho uno de nuestros cuatro matemáticos? —preguntó el emperador—. Nos dijo que si se trasponen los dígitos de cualquier número doble y el resultado de la trasposición se resta del original, o a la inversa, según cuál tenga mayor valor, en todos los casos el resultado es divisible por nueve. ¿No le parece una operación maravillosa? Siempre por nueve. —Era un hombre bajo, rollizo y maduro, de mirada melancólica. La barbilla voluminosa nidificaba como una paloma en una especie de barba rala. Su actitud era una mezcla de impaciencia y de cansina indiferencia—. Señor, sin duda usted, en su condición de matemático, considera que no hay nada extraordinario en el hecho de que los números se comporten de una manera que para nosotros resulta extraña y maravillosa.

Kepler estaba ocupado, trasponiendo y restando mentalmente. ¿Acaso se trataba de una prueba a la que sometía a todos los que visitaban la corte por primera vez? De mandíbula fofa y jadeando suavemente el emperador lo contempló con desconcertante avidez. Kepler tuvo la impresión de que lo devoraban lenta y meditabundamente.

—Matemático, pues sí, su majestad, eso soy. —Sonrió inseguro—. De todas maneras, reconozco que no puedo explicar ese fenómeno... —¿Hablabas de matemáticas con la cabeza visible del Sacro Imperio Romano, el ungido de Dios y el portador de la corona de Carlomagno!—. ¿Podría su majestad ofrecernos la solución?

Rodolfo negó con la cabeza. Durante unos instantes meditó en silencio, palpándose el labio inferior con el índice. Finalmente suspiró.

—Los números contienen una magia que está fuera de toda explicación racional. Sin duda, es consciente de ello cuando realiza su trabajo. ¿Es posible que en ocasiones utilice esta magia?

—Jamás pretendería —replicó Kepler con un ímpetu y una brusquedad que lo sorprendieron—, jamás pretendería demostrar algo a través del misticismo de los números, ni me parece posible hacerlo.

En medio del silencio que se instauró, Tycho Brahe tosió a su espalda.

Rodolfo llevó a su visitante de paseo por el palacio y sus prodigiosas estancias. Mostraron a Kepler todo tipo de aparatos mecánicos, figuras de cera que parecían

vivas, muñecos de cuerda, monedas y estampas raras, tallas exóticas, manuscritos pornográficos, un par de macacos y una enorme bestia larguirucha procedente de Arabia, con joroba, pelaje pardo y una imborrable expresión de melancolía; inmensos y oscuros laboratorios y cavernas alquímicas, un hermafrodita y una estatua de piedra que cantaba si se la exponía al calor del sol. A Kepler le dio vueltas la cabeza de sorpresa y de alarma supersticiosa. Al pasar de una maravilla a la siguiente, a su paso acumulaban un séquito de cortesanos murmurantes, hombres delicados y mujeres emperifolladas a los que el emperador ignoraba, pero que dependían de él como los hilos de las marionetas; aunque se mostraban exquisitamente cómodos, pese a su fina languidez Kepler tuvo la sensación de que estaba muy estirada una cuerda de dolor sordo, a través de la cual cada uno producía, lo mismo que el cristal golpeado, una suave nota que armonizaba con el tono de los gritos ahogados de los macacos y la mirada muda del andrógino. Prestó suma atención y creyó oír, procedente de todos los recovecos del palacio, los débiles cantos lastimeros de todos esos prisioneros encantados por el hechicero real.

Llegaron a una amplia estancia con colgaduras, muchos cuadros y un extraordinario techo abovedado. El suelo era un dibujo a cuadros de baldosas de mármol blanco y negro. Las ventanas daban a la ciudad bloqueada por la nieve, de la que el suelo embaldosado era un eco curioso, salvo que afuera, bajo la brumosa luz invernal, parecía existir una maraña de ruinas. Había unas pocas personas, inmóviles como figurillas, maravillosamente ataviadas en amarillo, azul cielo, tonos de color carne y encaje: era la sala del trono. Sirvieron copas de un licor marrón pegajoso y bandejas con dulces. El emperador no probó bocado ni bebió. Parecía incómodo y miraba el trono de soslayo, haciéndole fintas, como si se tratara de algo vivo y agazapado que debía pescar con la guardia baja y someter antes de tomar asiento.

—¿Está de acuerdo en que, más que por las instituciones y las costumbres, los hombres se diferencian por la influencia de los cuerpos celestes? Señor, ¿está de acuerdo con esta opinión? —preguntó el emperador.

Había algo conmovedor en ese hombrecillo regordete, de boca floja y mirada atormentada, en esa ávida atención. ¡Y era el emperador! ¿Era tal vez un poco sordo?

—Sí, sí, estoy de acuerdo —contestó Kepler—. Pero le aseguro, su majestad, que preparar horóscopos y esas cosas es un trabajo desagradable y sucio. —Calló. ¿Qué estaba diciendo? ¿Quién había hablado de horóscopos? Según el danés, Rodolfo ya había accedido a la petición de Kepler de contar con remuneración imperial. Pero el emperador debía comprender que un puñado de florines anuales no comprarían otro genio que sumar a su colección. Retomó la palabra—: Sí, claro que creo que los astros nos influyen y es permisible que, ocasionalmente, se permita al gobernante aprovechar dicha influencia. Sin embargo, señor, si me lo permite, existen algunos peligros... —El emperador aguardó, sonriendo apenas y asintiendo, pero ingeniándose para transmitir un débil e inequívoco escalofrío de advertencia—. Su majestad, quiero decir que existe... —hizo gran hincapié en sus palabras, mientras

Tycho Brahe mezclaba los ingredientes de otra tosecilla admonitoria—, existe el peligro de que el gobernante se deje dominar por quienes lo rodean y que hacen de la magia de los astros su oficio. Estoy pensando en los ingleses, Kelley y el conjurador de ángeles Dee que, por lo que me han dicho, últimamente engañaron a su... a su corte... con sus supercherías.

Rodolfo había girado lentamente, sin abandonar la sonrisa hueca y dolorida, sin dejar de asentir. Tycho Brahe intervino deprisa y se puso a hablar estentóreamente de otro tema. ¿Qué esperaban de él? ¿No era un cortesano rastrero, de los que se dedican a besar manos y a hacer reverencias!

Se desplomó la tarde, encendieron las teas y sonó la música. Por fin Rodolfo ocupó el trono. Era el único asiento de la sala. A Kepler le dolían las piernas. Se había hecho tantas ilusiones y todo salía mal. Hizo todo cuanto pudo por mostrarse honrado y honesto. Aunque tal vez no fuera eso lo que querían. Johannes Kepler no encajaba en ese imperio de ceremonias imposibles y espectáculos sin fin. Cual un crujido discreto, los instrumentos de cuerda suspiraban.

—Fue la predictibilidad de los acontecimientos astronómicos lo que me atrajo de esta ciencia porque, como es lógico, vi que esas predicciones serían muy útiles para navegantes y creadores de calendarios, así como para reyes y príncipes... —decía el danés, pero sus esfuerzos eran vanos porque Rodolfo hundía la barbilla en el pecho y no prestaba atención.

El emperador se incorporó, tomó a Kepler del brazo y lo llevó hasta el ventanal. A sus pies la ciudad se fundía con los últimos fulgores del crepúsculo. Guardaron silencio unos instantes, contemplando las lucecillas que palpitaban acá y acullá. Súbitamente Kepler sintió una ráfaga de ternura por ese hombre débil y tristón, el deseo de protegerlo de las perversidades del mundo.

—Nos han dicho que ha realizado obras maravillosas —murmuró el emperador—. Esas cuestiones son de nuestra incumbencia. Si hubiera tiempo... —suspiró—. El mundo me desagrada. Siento cada vez más el ansia de trascender estas... éstas... —abarcó con ademán displicente la sala que se extendía a sus espaldas—. En ocasiones pienso que podría vestir harapos y mezclarme con el pueblo. Como comprenderá, nunca lo veo. Y ahora dígame, ¿qué puedo hacer para encontrar harapos aquí? —miró a Kepler con una ligera sonrisa culpable—. Hágase cargo de nuestras dificultades.

—Por supuesto, lo comprendo.

Rodolfo frunció el ceño, molesto consigo mismo más que con su invitado.

—¿Qué decía? Ah, sí. ¿Considera una empresa digna de atención las tablas que *Herr Brahe* se propone redactar?

Kepler se sintió como un malabarista chapucero que hacía denodados esfuerzos para impedir que las pelotas se le escaparan de las manos.

—Su majestad, abarcarán todo cuanto nuestra ciencia conoce.

—¿Se refiere a hechos, a cifras?

—A todo lo que se sabe.

—¿De verdad?

—Las tablas ticónicas serán la base de la nueva ciencia celeste. *Herr Brahe* es un observador sutil y diligente. El material que ha reunido es un tesoro inapreciable. Las tablas deben redactarse, se redactarán y los que nos sucedan bendecirán el nombre de todo aquel que haya participado en su elaboración.

—Comprendo, claro, comprendo —tosió—. *Herr Kepler*, ¿es usted austríaco?

—Vi la luz en Suabia, pero pasé varios años en Graz antes de...

—Ah, en Graz.

—Me expulsaron. El archiduque Fernando...

—Graz —repitió Rodolfo—. Sí, nuestro primo Fernando es tenaz.

Kepler cerró los ojos: su primo, naturalmente.

Cesó la música y ofrecieron una última copa. Tycho tomó a Kepler del brazo, como si pretendiera rompérselo. Hicieron una reverencia y retrocedieron hacia las puertas que se abrían lentamente tras ellos. Kepler hizo un alto, frunció el ceño y, mascullando entre dientes, se adelantó antes de que el danés pudiera impedirselo.

—¡Los nueves, por supuesto, los nueves! Su majestad, aguarde un momento. Verá, señor, tiene que ver con los nueves, mejor dicho con los dieces, porque contamos de a decenas y, por consiguiente, el resultado siempre es divisible por nueve. Si contáramos por nueves, sería por ocho, quiero decir, divisible por ocho y así sucesivamente. ¿Se da cuenta?

Dibujó triunfal un ocho en el aire, pero el emperador Rodolfo se limitó a mirarlo con cierta tristeza y permaneció callado. Cuando volvieron a encaminarse hacia la salida, Tycho Brahe apretó los dientes y atacó airadamente a Kepler.

—¡Ha dicho algo erróneo, siempre dice algo erróneo!

Al llegar a la puerta vieron caer unos pocos y desganados copos de nieve. Los cascos del caballo rebotaron en el empedrado helado y la guardia preguntó quién vive. El danés bufaba y temblaba junto a Kepler, intentando dominar el voluminoso fardo de su cólera.

—¿No tiene el menor sentido de de de de de... —jadeó—, no entiende... absolutamente nada? Hoy hubo momentos en los que pensé que intentaba... *intentaba* encolerizarlo.

Kepler guardó silencio. No era necesario que Tycho le contara lo mal que había actuado. Pero no podía enfadarse consigo mismo pues ni era él quien infligió los daños, sino ese otro Kepler que se arrastraba a sus pies, el demente, cuyas improntas en su vida eran las negras heridas que aparecían inevitablemente en los puntos donde Johannes el Moderado apenas había dejado una huella de protesta.

—En última instancia, no tiene importancia —concluyó Tycho cansino—. A pesar de su torpeza, le convencí de que usted debe trabajar conmigo en la compilación de las tablas. Las llamaré *Tabulae Rudolphinae*. ¡Está convencido de que los que nos sucedan bendecirán su nombre!

—¿En serio?

—Le ha concedido doscientos florines anuales, aunque sólo Dios sabe si alguna vez los verá, ya que no es famoso por su generosidad ni su prontitud.

El carruaje se detuvo en el puente y durante largo rato Kepler paseó la mirada por el ilusorio vacío exterior. ¿Cuál sería su futuro atado a un protector que estaba necesitado de protección? Pensó en ese monarca inconsolable, emparedado bajo una eterna vigilancia en su gélido palacio. Furioso, Tycho le asestó un codazo en las costillas.

—¿No tiene nada que decir?

—Oh... gracias. —El carruaje avanzó en la oscuridad—. El mundo no le gusta.

—¿Cómo?

—El emperador me dijo que el mundo no le gusta. Ésas fueron sus palabras. Me parecieron extrañas.

—¿Extrañas? ¿*Extrañas*? Señor, está usted tan loco como él.

—Es verdad, en algunos sentidos nos parecemos...

Aquella noche enfermó. Una fiebre insidiosa se originó en su vesícula biliar, rodeó las entrañas y llegó a la cabeza. Barbara lo obligó a darse un baño caliente, pese a que Johannes opinaba que la inmersión total era una práctica antinatural y temeraria. Para gran sorpresa suya, esa medida le produjo un alivio momentáneo. Sin embargo, el calor le oprimió las entrañas, por lo que tomó un potente purgante y se practicó una sangría. Después de un minucioso examen de sus excrementos, llegó a la conclusión de que era uno de esos casos en los que la vesícula biliar desemboca directamente en el estómago. Aunque fue un descubrimiento interesante, sabía que, por regla general, las personas de esas características viven poco. En ese período el cielo era catastrófico. ¡Y aún le quedaba tanto por hacer! El emperador hizo votos por su recuperación. Ese hecho lo llevó a tomar una decisión: no moriría. Finalmente la fiebre cedió. Se sintió como una de esas moscas perfectamente cortadas que adornan las telarañas. La parca lo reservaba para un festín futuro.

¿Acaso esa última enfermedad le había dado una lección? Sabía que no vivía como debía. Su yo racional insistía en que aprendiera a contenerse de pensamiento y de palabra: a ser servil. Se puso a trabajar diligentemente en las *Tablas rudolfinas*, organizando y transcribiendo infinitas columnas de observaciones extraídas de los papeles de Tycho. En el fondo, para él la predictibilidad de los fenómenos astronómicos no tenía el menor significado. ¿Qué le importaban navegantes o fabricantes de calendarios, príncipes y reyes? El iluso demente que había en él se rebeló. Recordó la visión que tuvo en el jardín del barón Hoffmann y otra vez lo dominó el misterio de los tópicos. ¡*Dad al ángel las loas de este mundo!* Apenas tenía de lo que eso significaba. También recordó la disputa que estalló cuando conoció a Tycho, la farsa de la partida de Benatek y el retomo ignominioso. ¿Ocurriría lo mismo con Rodolfo? Escribió a Maestlin: *No hablo como escribo, no escribo como pienso, no pienso como debería pensar y por eso todo transcurre en la*

*más negra oscuridad.* ¿De dónde procedían esas voces, esos extraños decires? Era como si el futuro hubiese encontrado expresión a través de él.

### III

## *Dioptrice*

Se detuvo en medio de las conocidas calles de Weilderstadt y miró a su alrededor ligeramente sorprendido. Allí seguían las casas estrechas, el estuco, las agujas y los techos de tablillas, aquella veleta. Por alguna razón, todo seguía intacto, ignorante de que mucho tiempo atrás su memoria lo había reducido a un modeló en cera. El aire matinal era una mezcla de olor a pan, a estiércol y a humo —¡ese olor!— y por doquier un clamor turbio intentaba pregonar, sin éxito, una noticia trascendental. Los tilos de la calle Klingelbrunner desviaron su tímida mirada de los charcos de capullos pegajosos que por la noche habían dejado caer. Lo desconcertaron los rostros que vio por las calles, conocidos y al tiempo demasiado jóvenes, hasta que finalmente se apercibió de que no eran sus antiguos compañeros de estudio sino sus hijos. Ahí está la iglesia, más allá la plaza del mercado. Y aquí la casa.

Cuando el carruaje se detuvo estalló el pandemónium: los niños reñían y el bebé chillaba en el regazo de Barbara. Kepler pensó que era una manifestación más del mundo retumbo que agitaba su corazón. La puerta de calle estaba cerrada, lo mismo que los postigos del primer piso. ¿Acaso la magia de su prolongada ausencia había actuado por fin en este lugar, liado el petate y desaparecido? La puerta ya se abría y apareció su hermano Heinrich, con su torpe sonrisa, inclinándose y balanceándose en un paroxismo de timidez. Se abrazaron y hablaron al unísono. Kepler retrocedió y echó un rápido vistazo a las puntas almidonadas de su cuello de pajarita de encaje. Regina, ahora una joven mujer, llevaba en brazos al bebé protestón mientras Barbara intentaba atrapar a Susanna para darle un azote y ésta, que escapaba ágilmente, derribaba al pequeño Friedrich, que se hirió las rodillas con el escalón y luego de un instante de azorado silencio se puso a aullar. Un perro negro que trotaba por la calle se acercó y les ladró a modo de frenético estímulo. Heinrich rió, dejó al descubierto sus restos dentales amarillentos y les hizo señas para que pasaran. La vieja inclinada junto a las ascuas miró por encima del hombro y acto seguido se dirigió a la cocina mascullando. Kepler fingió que no la había visto.

—¡Qué bien...! —exclamó, sonrió a los que lo rodeaban y se palmeó los bolsillos distraído, como si buscara en su persona la llave capaz de abrir esa maraña de emociones. Era una casuca oscura y baja, escasamente amueblada. Predominaba el olor temeroso del gato, que poco después se concentró en el enorme felino macho rojizo que se frotó con truculento ardor en la pierna de Kepler. Sobre el fuego de espino de la chimenea abierta reposaba una perola negra—. ¡Qué bien!

Con la lengua trabada y sonriendo de oreja a oreja, Heinrich cerró la puerta y se apoyó en ella. Súbitamente los niños adoptaron un aire solemne. Barbara miró el entorno con sorpresa y desagrado. Con el corazón en un puño, Kepler recordó las anécdotas que tiempo atrás le había contado acerca de Kaspar von Kepler, su famoso antepasado, y el escudo de armas familiar. Sólo Regina estaba cómoda y acunaba al bebé. Heinrich intentaba observarla sin llegar a la osadía de mirarla a la cara. ¡Pobre Heinrich, triste e inofensivo! Kepler notó que una máquina interior se ponía lentamente en marcha: oh, Dios mío, no debía llorar. Frunció el ceño y se dirigió

decidido a la cocina. La vieja, su madre, manipulaba un capón sujeto con brocheta que estaba sobre la mesa.

—Como puedes ver, hemos llegado —dijo Johannes.

—Lo sé. —No desvió la vista de su faena—. Aún no soy ciega ni sorda.

Su madre no había cambiado. A Kepler le pareció que era así desde que tenía memoria: menuda, encorvada y vieja, con cofia y mandil marrón. Sus ojos eran de un azul muy pálido. En su barbilla asomaban tres pelos grises. ¡Y sus manos!

\* \* \*

Irrisorio, irrisorio: bastó que ella lo mirara para que su terciopelo, su fino encaje y sus botas puntiagudas se convirtieran en un disfraz de bufón. Simplemente vestía como correspondía al matemático imperial y, salvo para impresionarla, ¿por qué otro motivo se había cuidado minuciosamente durante el largo trayecto hasta allí, cual si fuera un maravilloso huevo enjoyado? Y ahora se sintió ridículo. El sol se colaba por la pequeña ventana que se abría tras ella y Johannes vio el huerto, los frutales, el gallinero y el destartelado banco de madera. El pasado volvió a darle un suave golpe de soslayo. Ahí afuera había estado su refugio de las interminables discusiones y palizas, ahí afuera había holgazaneado, soñado y deseado el futuro. Su madre se secó las manos en el mandil.

—¡Entonces entrad, entrad! —exclamó como si fuera él quien se había demorado.

Miró a Barbara al tiempo que soltaba un bufido y luego se concentró en los niños.

—Ésta es Susanna —dijo Kepler— y aquí tienes a Friedrich. Vamos, desead a vuestra abuela que Dios la bendiga. —*Frau* Kepler los examinó como si estuvieran en venta. Kepler sudaba a raudales—. Susanna ya ha cumplido los siete y Friedrich tiene tres o cuatro, sí, cuatro, es un niño grande... —Como un pregonero de feria, exclamó—: ¡Aquí está el último, Ludwig, el benjamín! Como sabes, su padrino es Johann Georg Gödelmann, el embajador de Sajonia en la corte de Praga.

Regina dio un paso al frente y mostró al pequeño.

—Se lo ve muy pálido —opinó la vieja—. ¿Está enfermo?

—Claro que no, claro que no. ¿Te acuerdas de Regina? Es mi... nuestra...

—Sí, la hija del ebanista.

Todos, incluidos los niños, contemplaron unos segundos en silencio a la joven mujer, que sonrió.

—Estamos de regreso de Heidelberg —añadió Kepler—. Allí imprimirán mi libro. Y antes estuvimos en la feria de Fráncfort, me refiero a la feria del libro, quiero decir, en... en Fráncfort.

—¡Ay, los libros! —masculló *Frau* Kepler y se sorbió los mocos.

La vieja se agachó para revolver la burbujeante perola y en el incómodo silencio que se instauró todos cambiaron repentinamente de sitio, haciendo ligeras arremetidas y frenazos bruscos hasta el extremo de provocar dentera a Kepler. Se maravilló de lo bien que aún se movía la vieja. ¡Qué teatro de marionetas! Heinrich avanzó

sigilosamente y se detuvo junto a su madre. Al incorporarse, la vieja se aferró al brazo de Heinrich y, con un respingo de sorpresa, Kepler notó la embarazosa sonrisa orgullosa y protectora de su hermano. *Frau* Kepler miró bizqueante el fuego.

—Me sorprende que, con lo ocupado que estás, hayas venido a visitarnos.

Heinrich soltó una carcajada.

—¡Ya está bien, mamá! —Se frotó enérgicamente la coronilla casi calva y sonrió como excusándose—. Sabes que ahora Johannes es un gran hombre. —Repitió como si Kepler estuviera sordo—: Digo que ahora, con los libros y todo lo demás, te has convertido en un gran hombre, ¿eh? ¡Y además trabajas para el emperador!

—Sí, claro —musitó Kepler y dio la espalda a la madre y al hijo que tenía delante, juntos. Experimentó una súbita y débil oleada de disgusto ante el espectáculo del parecido familiar: las piernas flacas, los pechos hundidos y las caras pálidas y consumidas, chapuceros prototipos de los propios que, aunque no eran bonitos, al menos estaban completos—. Sí, claro —repitió e intentó sonreír, pero sólo logró retroceder—. ¡Soy un gran hombre!

\* \* \*

Todos estaban famélicos y en cuanto despacharon el capón atacaron el guiso de alubias de la perola de tres patas. Mandaron a Heinrich a la panadería y regresó con un saco de hogazas, bollos para los niños y una botella de vino. Se había entretenido en la bodega y su sonrisa era más tortuosa que antes de salir. Intentó persuadir a Barbara de que bebiera una copa, pero ésta negó con la cabeza y apartó el rostro. No había pronunciado palabra desde que llegaron. El bebé dormía despatarrado en su regazo. La vieja se sentó en un taburete junto al fuego, aferró su cuenco de alubias, musitó para sus adentros y en ocasiones sonrió furtivamente. Los niños se habían sentado en torno a la mesa de la cocina bajo la supervisión de Regina. De pronto Kepler recordó un soleado Domingo de Resurrección de hacía mucho, su abuelo aún vivía, uno de aquellos días que no se alojó en su memoria por algo determinado, sino por todos los fragmentos dispersos, la luz brillante, el tacto picante del abrigo nuevo, el tañido agudo y demencial de las campanas, todo lo cual había compuesto una figura casi palpable, un enorme signo aéreo como la nube, el viento o el aguacero, situado más allá de toda interpretación y al tiempo impregnado de significación y promesas. ¿Era eso... la felicidad? Perturbado y desconcertado, se ensimismó, viendo cómo se desplazaban las sombras por el tenso menisco de su copa de vino.

Por aquel entonces estaba en Maulbronn, la última de las numerosas escuelas a las que asistió. El azar, que adquirió la forma del patrocinio impersonal de los duques de Wurtemberg, le dio acceso a una buena educación. A los quince años sabía latín y griego y tenía conocimientos de matemáticas. Sorprendida por el niño cambiado e introducido en su seno, la familia declaró que tanta sabiduría no era buena, que echaría a perder su salud, como si su salud hubiese sido la única preocupación que tenían. La verdad es que consideraban su erudición como una traición a la ilusoria

imagen que entonces los Kepler tenían de sí mismos en tanto personas de robusta cepa burguesa. Fue la época más próspera de la familia. El abuelo Sebaldus era alcalde de Weilderstadt y su hijo Harry —padre de Kepler— había vuelto de sus vagabundeos disolutos y llevaba una posada en Ellmendingen. El auge familiar duró poco. La posada fracasó y Harry Kepler y familia retornaron a Weil, donde el alcalde ya había entrado en litigios poco claros que, a la larga, le acarrearían la mina. Poco después Harry volvió a partir, en esta ocasión a los Países Bajos, para sumarse a los mercenarios del duque de Alba. Johannes no volvió a verlo. El abuelo Sebaldus se convirtió en su tutor. Viejo réprobo, gordo y rubicundo, consideraba a Johannes un mocoso caprichoso.

Por aquel entonces la casa estaba llena hasta las vigas. Allí estaba su hermano Heinrich, un niño torpe y retraído; su hermana Margarete y Christoph, el bebé que nadie esperaba que sobreviviera; y los cuatro o cinco hijos e hijas adultos de Sebaldus: el jesuita renegado Sebald el Joven, encerrado en un cuarto del primer piso y delirando a causa de la sífilis; tía Kunigund, cuyo loco marido incluso entonces la envenenaba en secreto, y la pobre y condenada Katharine, amante de las cosas bellas, convertida ahora en una pordiosera errabunda. Todos estaban infectados de la misma vena delirante. ¡Y el mido que hacían apiñados en esa casa pequeña y apestosa! Toda la vida Kepler había padecido intermitentemente zumbidos en los oídos, estaba convencido de que era el eco de aquellos años que aún retumbaba en su cerebro. La mala vista era otro recuerdo semejante que le habían dejado los frecuentes puñetazos que le propinaban todos los habitantes de la casa, incluso los más jóvenes, cuando no tenían nada más interesante a mano. ¿Felicidad? ¿La felicidad había encontrado un hueco en medio de todo ese caos?

\* \* \*

Algo mareado, con una jarra de vino en la mano y húmeda sonrisa de conspirador, Heinrich se agachó junto a la silla de su hermano.

—Vaya fiesta, ¿no? —preguntó sonriente—. Deberías visitarnos con más frecuencia.

De los hermanos sobrevivientes, Kepler sólo quería a Heinrich. Margarete era una pelma, lo mismo que el sacerdote con que se casó, y Christoph, maestro estañero en Leonberg, fue un pedante insufrible incluso de pequeño. De todos modos, eran almas inocentes: ¿podía decir lo mismo de Heinrich? Aunque parecía una bestia feliz e inofensiva, el enano de la camada a quien la indulgente mujer del campesino salva de una muerte segura, había participado en varias guerras. ¿Qué espectáculos inimaginables de pillaje y desolación habían presenciado en su época esos ojos pardos y tiernos? Kepler apartó su mente de esas disquisiciones. Necesitaba, sobre todo, a *éste* Heinrich: un crío de cuarenta años, impaciente, poco querido y siempre divertido ante un mundo que nunca aprendió a dominar.

—De modo que has publicado un libro... ¿Se trata de un libro de cuentos?

—No, no —respondió Kepler y miró su copa de vino—. No sirvo para narrar cuentos. He inventado una nueva ciencia de los cielos. —Parecía absurdo. Heinrich asintió solemne y cuadró los hombros al tiempo que se disponía a arrojarse al mar embravecido de la genialidad de su hermano. Kepler añadió—: Y en latín.

—¡En latín! Ja, ja, aquí me tienes, ni siquiera sé leer en nuestro alemán.

Kepler lo miró y buscó en vano un deje de ironía en la sonrisa contrita de su hermano. Heinrich se mostró aliviado, como si el latín lo exonerara de toda responsabilidad.

—Estoy escribiendo otro libro sobre lentes y catalejos, sobre la forma en que pueden utilizarse para contemplar las estrellas... —Preguntó en voz baja—: Dime, Heinrich, ¿cómo va tu salud?

Heinrich fingió no haberlo oído.

—Esos libros que estás escribiendo son para el emperador, te paga para que los escribas, ¿no es así? En una ocasión vi al viejo Rodolfo...

—El emperador no cuenta, es como una vieja incapaz de gobernar —espetó Kepler. Heinrich era epiléptico—. ¡No me hables de ese hombre!

Heinrich desvió la mirada y asintió con la cabeza. De todos los males con que lo habían maldecido, la epilepsia era el que más lo hacía sufrir. El padre había intentado curarlo a golpes. Esas escenas eran las más tempranas que Kepler recordaba: el niño tendido en el suelo, los talones tamborileantes y la boca cubierta de espumarajos y al militar borracho arrodillado sobre el pequeño, asestándole golpes y ordenando al demonio que diera la cara. En una ocasión intentó vender el pequeño a un turco errante. Heinrich huyó a Austria y Hungría y, de allí, a los Países Bajos; fue cantante callejero, alabardero y mendigo. Por fin, a los treinta y cinco años, él y su demonio retornaron a casa de su madre en Weilderstadt.

—Heinrich, ¿cómo va tu enfermedad?

—Bueno, no está mal, no está mal, ya sabes. Los viejos ataques... —Sonrió con humildad y volvió a frotarse el pelón de la coronilla.

Kepler le pasó la copa vacía.

—Heinrich, tomemos otra copa de vino.

\* \* \*

Los niños salieron al huerto. Los contempló desde la ventana de la cocina mientras se paseaban caprichosamente entre los groselleros y los tocones de las berzas del año anterior. Friedrich tropezó y cayó de bruces sobre la hierba. Segundos después se incorporó paulatina y trabajosamente: una mano diminuta y regordeta, un mechón de pelo en el que se había enredado una hoja marrón, la boca fruncida. ¿Cómo soportan esa salida imposible a un mundo de gigantes? Susanna se detuvo y lo observó con una mueca complacida. La niña tenía una vena de crueldad. Había salido a Barbara: esa galanura abotargada, la boca pequeña y brillante, los ojos descontentos. El crió se limpió los mocos en la manga y siguió tenazmente a su hermana. Una tara del cristal

lo convirtió súbitamente en nadador y en el ocular del corazón de Kepler algo se extendió y onduló fugazmente. En el preciso momento en que había renunciado a la esperanza de tener hijos, Barbara floreció con una abundancia casi indecorosa. Johannes ya no confiaba para nada y estaba convencido de que morirían como los anteriores; la realidad de su supervivencia lo dejaba patidifuso. A pesar de todo, se sentía impotente y torpe con ellos, como si el nacimiento no hubiera puesto fin al proceso del parto y, simplemente, se lo hubiera traspasado: estaba preñado de amor.

Evocó a su padre. No había mucho en que pensar: la mano callosa que le pegaba, cuatro estrofas de una canción de borrachos, una espada rota y oxidada que, por lo que decían, contenía la sangre de un turco. ¿Qué *lo* había impulsado, qué anhelos imposibles habían tensado y golpeado *sus* entrañas? ¿Había *amado*? ¿Y entonces qué? ¿Las pisadas durante la marcha, el hedor metálico del miedo y la expectación en el campo de batalla, al alba, el calor de las bestias y el delirio de la posada a la vera del camino? ¿Qué? ¿Era posible amar la pura acción, la exaltación producida por un acto tras otro? El cristal de la ventana se reacomodó ante sus ojos melancólicos. Eso era el mundo: el huerto, sus hijos, las amapolas. Soy un ser pequeño y mis horizontes están próximos. A continuación, como el súbito vaciado de un cubo de agua fría, lo asedió la idea de la muerte, en su puño el roce de una espada herrumbrada.

—Bueno... ¿qué hacemos?

Kepler pegó un brinco.

—¿Qué has dicho?

—¡Ah! Nunca escuchas. —El bebé que sostenía en sus brazos lanzó un chillido amortiguado y de tanteo—. ¿Nos alojamos en... en esta casa? ¿Hay espacio suficiente?

—En cierta ocasión aquí vivió toda una familia, varias generaciones...

Barbara lo miró atentamente. Había echado una cabezada mientras estaba sentada a la mesa. Tenía los ojos hinchados y una señal lívida marcaba su barbilla.

—¿Piensas alguna vez en...?

—Sí.

—¿... en estas cosas, te preocupas por ellas?

—Sí. ¿Acaso no dedico cada hora que estoy despierto a preocuparme, a organizar y a...? ¿No lo hago? —Un nudo de pena de sí mismo le atenazó la garganta—. ¿Qué más quieres?

A la mujer se le llenaron los ojos de lágrimas y, como quien sigue una pista, el bebé se puso a berrear. La puerta de la sala parecía una oreja ávidamente inclinada sobre ellos. Kepler se pasó la mano por la frente.

—No peleemos.

Los niños regresaron del huerto e hicieron un alto al percibir ciertos latidos en el aire. El bebé chillaba y Barbara lo acunaba espasmódicamente, con un mecánico simulacro de ternura. Kepler le volvió la espalda y aterró a los niños con su mueca de orate.

—Susan, Friedrich, ¿os gusta la casa de vuestra abuela?

—Hay una rata muerta en el jardín —comentó Susanna.

Barbara sollozó y Kepler pensó que todo eso ya había ocurrido antes, en alguna parte.

\* \* \*

Sí, todo, absolutamente todo había ocurrido antes. ¿Por qué cada vez que regresaba al hogar esperaba encontrar todo transformado? ¿Acaso su amor propio era tan grande como para suponer que los acontecimientos de la nueva vida debían ejercer un efecto mágico y redentor en la vieja vida, la que había dejado atrás en Weil? Bastaba mirarlo. Se había disfrazado con galas imperiales y descendido con enfado sobre su pasado, convencido de que el mero ascenso de categoría bastaría para que en el estercolero floreciera una exuberancia de rosas. Apenas franqueó la puerta, se dio cuenta de que el truco no había servido de nada. Y ahora sólo podía soportar y sudar, sacando conejos y flores de papel de debajo de su capa salpicada de lentejuelas, número cómico que perturbaba tanto a su público de ojos vidriosos como para impedirle reír.

Sin embargo, Heinrich estaba impresionado y, por lo que le había dicho, también su madre.

—Habla permanentemente de ti... ¡cómo lo oyes! Se lamenta de que no sea como tú. ¡Justamente yo! Le dije: «Mamá, deberías saberlo, Johannes es... ¡Johannes!». —Palmeó el hombro de su hermano y resolló con los ojos llenos de lágrimas, como si acabara de hacer una broma rara e ingeniosa.

Kepler sonrió apesadumbrado y comprendió que, más allá de todo, ésa era la cuestión, lo que lo carcomía: para los suyos sus logros no eran más que algo que le había ocurrido por casualidad, un genial y ridículo golpe de suerte que a su Johannes le había caído del cielo.

Bostezando, subió la estrecha escalera. ¿Habría vertido la vieja en el vino... o tal vez en las alubias, una de sus extrañas pociones? Sin dejar de reír entre dientes, bostezar y secarse los ojos, pasó al pequeño dormitorio del fondo. Esa casa fue expresamente construida para los Kepler, sin duda, pues todo era en miniatura: los techos bajos, los taburetes, la pequeña cama. El suelo estaba cubierto de juncos verdes y alguien había dispuesto una jofaina con agua y toallas. ¡Toallas! En consecuencia, la vieja no había sido totalmente indiferente a su visita. El sol de la tarde se deslizaba sigilosamente siguiendo el alféizar de la ventana mugrienta. Barbara dormía, tendida boca arriba en el centro de la cama, como una efigie influyente, con actitud de ligero desconcierto en su rostro vuelto hacia el techo. El bebé, repantigado a su lado, parecía un diminuto puño rosado envuelto en pañales. Susanna y Friedrich se acomodaron como mejor pudieron en la cama baja con ruedas. Friedrich dormía con los ojos ligeramente entreabiertos, las pupilas dirigidas hacia la cabeza y entre los párpados se divisaban extrañas lunas azuladas. Kepler se inclinó

hacia el niño y, con resignados presentimientos, pensó que seguramente llegaría el día en que le harían pagar la felicidad que ese mocoso le daba. Friedrich era su predilecto.

Estuvo un buen rato entre el sueño y la vigilia, con las manos cruzadas sobre el pecho. Una mosca atrapada bailaba contra el cristal de la ventana cual una minúscula máquina que realiza una tarea monstruosamente compleja y a lo lejos mugía quejumbrosa una vaca que reclamaba a su ternero, tal vez el mismo que el vaquero le había quitado. Pese a lo reconfortantes y hogareños que eran esos sonidos, transmitían pánico y dolor. ¡Es tan poco lo que sentimos! Suspiró. A su lado, el bebé se agitó y barbotó en sueños. Los años caían como lazadas en un pozo. Por debajo de él se extendía la oscuridad, la insinuación de las aguas. En ese momento podría haber sido un bebé. De pronto, como una estatua que se asoma por la ventanilla de un carruaje en movimiento, el abuelo Sebaldu se alzó ante él, más joven y vigoroso de lo que Johannes lo recordaba. Hubo otros seres, una galería de figuras inmóviles y rígidas que lo contemplaron. Se hundió a una profundidad cada vez mayor. El agua estaba tibia. En medio de la oscuridad encamada, empezó a latir un pulso lento y resonante.

\* \* \*

Confuso y en guardia, sin saber dónde estaba, luchó por aferrarse al sueño. De pequeño, cuando despertaba presa de un pavor sin nombre, yacía inmóvil, le temblaban los párpados, intentaba convencer al observador imaginario del cuarto que no estaba realmente despierto y en ocasiones, gracias a esta especie de magia compasiva, lograba internarse imperceptiblemente en el mundo más benigno del sueño. Esta vez el truco no funcionó.

Había soñado con su infancia. Y con agua. ¿Por qué soñaba tan a menudo con agua? Barbara ya no reposaba a su lado y la cama baja con ruedas estaba vacía. El sol seguía colándose por la ventana. Se levantó, protestó y se salpicó la cara con agua de la jofaina. Hizo un alto, inclinado, sin mirar nada concreto. ¿Qué hacía en casa de su madre? De todas maneras, hallarse en otra parte sería igualmente inútil. Era un saco de carne fofa en un mundo carente de esencia. Endilgó la culpa al vino y al descanso agitado que habían perturbado su sentido de las proporciones, pero la explicación no le satisfizo. ¿Cuál era la realidad más real: las certidumbres necesarias de la vida de cada día o esa desahuciable indefensión?

De pequeño, a primera hora de un día estival había visto desde la cocina un caracol que trepaba por el lado externo de la ventana. Recordó aquel instante con sorprendente claridad: el huerto bañado por el sol, el rocío, los pimpollos de rosa en el ruinoso excusado, el caracol. ¿Qué se apoderó del bicho y lo llevó a trepar tan alto, qué imposible y triste visión del vuelo reflejada en el cristal? El niño había pisado caracoles para saborear el crujido y el suave susurro, los había coleccionado, les había hecho correr carreras y los había cambiado con sus amigos, pero hasta entonces

jamás los había observado con atención. Aplastado contra el cristal en un abrazo exuberante, el ser expuso a la mirada del niño sus calzones verdigrises con volantes, mientras la cabeza se apartaba del cristal, moviéndose ciegamente de un lado a otro, y agitaba los cuernos como si tanteara formas enormes en el aire. Lo que embelesó a Johannes fue su modo de reptar. Esperaba algún tipo de torpe convulsión y se encontró con una serie de ondulaciones uniformes, cortas y rítmicas que fluían incesantemente hacia arriba, como un pulso visible. La economía y la despreocupada belleza del caracol lo pasmaron.

A partir de aquel momento se dedicó a mirarlo todo con atención: moscas y pulgas, hormigas, escarabajos, los segadores que al atardecer caminaban por el alféizar, con sus extremidades imposibles y semejantes a hilos, las alas diáfanas en las que se dibujaban mapas fabulosos... *¿para qué servían esos insectos cuyas vidas no parecían más que una forma de torpe agonía?* El mundo se demudaba y fluía: en cuanto el niño lograba fijar algún fragmento, éste ya se había convertido en otra cosa. Súbitamente una ramita sacaba alas pegajosas y malévolas y emprendía el vuelo con un empujón y un salto embotado; una hoja pobre y carmesí caída sobre un sendero moteado se demudaba en una mariposa borracha y algo loca, con dos ojos fijos sobre las alas y el cuerpo del color de la sangre seca. Su visión deficiente acrecentaba la confusión. Los contornos de las cosas se difuminaban y ya no sabía en qué punto la vida sensible daba paso a un puro ser vegetal. *¿Estaban vivos los girasoles, con los rostros vueltos hacia la luz? Sólo sabía con certeza que las estrellas estaban muertas pero eran los astros, con su orden luminoso, los que les proporcionaban el sentido más vivido de la vida.*

Se sacudió como un perro mojado. Un sonoro bostezo lo obligó a detenerse y a abrir las mandíbulas hasta que los goznes crujieron. Cuando Regina asomó la cabeza en la habitación, encontró a Johannes balanceándose boquiabierto y con los ojos cerrados, como si estuviera a punto de romper a cantar a pleno pulmón.

\* \* \*

La miró a través de los ojos surcados de lágrimas y sonrió.

—Mamá me pidió que te despertara —explicó Regina.

—Ah.

Kepler se preguntó por qué la cándida mirada de la muchacha siempre le resultaba agradable. *¿Cómo se las ingeniaba para que pareciese un gesto de solidaridad y comprensión?* Regina era como una obra de arte maravillosa y enigmática que a él le bastaba contemplar con sonrisa soñadora, sin tomar en consideración las intenciones del artista. Intentar explicarle lo que sentía sería tan superfluo como hablar con un cuadro. Su espiritualidad —que de pequeña tanto había intrigado a Kepler— se había convertido en una especie de equilibrio serenamente espléndido. No se parecía en nada a su madre. Era alta, muy rubia, con la cara fuerte y estrecha. Aunque parezca extraño, a través de Regina ocasionalmente Kepler

imaginaba con admiración y pesar al padre muerto que nunca conoció. Regina habría sido guapa si ser guapa le hubiese parecido un esfuerzo que valía la pena. A los diecinueve años era una aventajada alumna de latín y hasta sabía los rudimentos de las matemáticas, el propio Kepler le había instruido. Había leído sus obras y jamás exteriorizó su opinión ni Kepler la presionó a que la diera.

—Además, quiero hablar contigo —añadió, entró y cerró la puerta.

—¿De verdad? —preguntó Johannes ligeramente inquieto.

Entre ambos se instauró una pasajera incomodidad. No había dónde sentarse, salvo la cama. Se acercaron a la ventana. A sus pies se extendía el huerto y, más lejos, el pequeño ejido con el olmo y el estanque de los patos. El sol y las nubes en movimiento iluminaban la tarde. Un hombre que llevaba a dos crios de la mano cruzó el ejido. Kepler, que aún estaba soñoliento, intentó aferrarse al fragmento de otro recuerdo. Una vez había botado un barco de papel en ese estanque, lo acompañaron su padre y Heinrich, era una tarde de verano como la de hoy, hacía mucho tiempo... En ese instante, como si todo estuviera astutamente organizado, las tres figuras se detuvieron en la orilla barrosa y, como si una lente se colocara por fin en su sitio, reconoció a Heinrich, a Susanna y al niño. Rió.

—Mira a esos tres, acabo de recor...

—Voy a casarme —lo interrumpió Regina y lo miró con sonrisa atenta y extraña.

—A casarte —repitió Kepler.

—Sí. Se llama Philip Ehem, pertenece a una distinguida familia de Augsburgo y es representante del elector palatino en la corte de Federico... —Hizo un alto y enarcó las cejas muy divertida al oír la mención del gran pedigrí del novio—. Quería *decírtelo* antes de...

Kepler asintió.

—Sí.

Sintió que lo manipulaban como a una marioneta. Oyó débilmente las voces de los niños que se elevaban como vencejos desde el ejido. Barbara montaría una escena si se mojaban los pies. Los pies húmedos eran una más de sus objeciones cada vez más numerosas. Detrás de la cabeza de Regina, de un ángulo del techo colgaba una espiga color negro haya.

—Has dicho que se apellida Ehem.

—Sí. Y es luterano, por supuesto.

—Comprendo.

Kepler apartó la cara: estaba celoso.

\* \* \*

Oh, qué extraño, qué extraño: se escandalizaba de sí mismo, estaba horrorizado pero no sorprendido. Donde antes sólo hubo ternura —si acaso sospechosamente significativa— y en ocasiones un ansia vaga y sin objeto, en su corazón ahora se irguió súbitamente una criatura adulta, completa hasta el último detalle y poseedora

de un pasado, parpadeando a causa de la luz y tironeando vacilante del todavía intacto cordón umbilical. Había estado en su interior a lo largo de todos esos años y crecido sin que se diera cuenta hasta alcanzar esa repentina encamación. ¿Y ahora qué podía hacer con esa diosa espontánea que había ascendido por su caparazón festoneando para emerger de un mar de inocencia? ¿Y qué otra cosa podía hacer salvo sonreír a duras penas, rascarse la cabeza, mirar bizqueante la ventana, simular que era Heinrich?

—Sí, claro, te vas a casar, sí, eso es... eso es —balbuceó.

Los rubores surcaron el rostro de Regina.

—Reconozco que parece que se nos ha ocurrido de repente y tal vez sea así. Pero yo... nosotros... lo hemos decidido y ya no hay motivos para postergarlo. —El color de su frente adquirió un tono aún más intenso. Añadió en un rápido murmullo—: No existe... no existe la menor *necesidad* de darse prisa, como sin duda *ella* pensará y dirá.

—¿Ella?

—Sí, ella, la que montará un gran alboroto.

La ceremonia ya había tenido lugar en la mente de Kepler, la vio ante sí como un cuadro vivo en tonos heráldicos: la novia solemne y el novio alto y serio, un banderín al vuelo y el cielo arrojando sus rayos gruesos y benignos tras el pergamino que decía *factum est*; más abajo, en un infierno ventoso exclusivamente suyo, Kepler inconsolable y agazapado, con la pezuña de un demonio jorobado sobre su cuello. Se apartó de la ventana desalentado. Regina lo había observado con suma atención, pero en ese momento bajó la mirada y se contempló las manos cruzadas. Sonreía, satisfecha de sí misma, algo incómoda y al mismo tiempo orgullosa, como si hubiese ejecutado una hazaña fabulosa y, a la vez, ligeramente ridícula.

—Me gustaría pedirte que... —titubeó.

—¿Sí? —Antes de que Kepler pudiera captarlo, algo salió volando hacia Regina en las alas vibrantes de esa palabrita.

La joven frunció el ceño y lo estudió con más atención. Oh, Dios mío, ¿acaso había sentido en la mejilla el febril aleteo?

—¿No estás... de acuerdo? —inquirió.

—Yo, yo, yo...

—Pensé que podrías, me hice la ilusión de que hablarías con ella en mi favor, en nuestro favor.

—¿Con tu madre? Sí, por supuesto, hablaré con ella. —Pasó volando junto a Regina, sin dejar de hablar, e hizo un alto en la escalera—. Claro que hablaré con ella, sí, y le diré... ¿qué le digo?

Regina lo miró perpleja desde la puerta.

—Bueno, que quiero casarme.

—Ah, sí, que quieres casarte. Claro.

—Me parece que no estás de acuerdo.

—Por supuesto que sí... por supuesto...

Kepler bajó la escalera de espaldas, sosteniendo entre sus brazos extendidos una enorme y lustrosa bola negra de pérdida y culpa.

\* \* \*

Barbara estaba arrodillada junto a la chimenea y cambiaba las gasas del bebé, frunciendo la nariz para defenderse del olor arcilloso. Ludwig agitaba sus piernas delgadas y balbuceaba. Miró a Kepler por encima del hombro y se limitó a comentar:

—Lo sospechaba.

—¿Lo sabías? ¿De quién se trata?

Barbara suspiró y se sentó sobre los talones.

—Lo conoces —respondió apática—. Y, como de costumbre, no lo recuerdas. Estuvo en Praga y lo conoces.

—Claro que lo recuerdo. —Kepler no tenía la menor idea—. Por supuesto que lo recuerdo. —Cuánto tacto había mostrado Regina sabiendo que lo había olvidado—. ¡Ella es tan joven!

—Yo tenía dieciséis años cuando me casé por primera vez. ¿Qué quieres decir? —Kepler guardó silencio—. Me sorprende que te preocupe.

Kepler se apartó enfadado de su mujer y al abrir la puerta de la cocina se encontró con una bruja de cofia negra. Se miraron y la arpía retrocedió confundida. Había otra junto a la mesa de la cocina, una bruja rechoncha, bigotuda, que tenía delante una jarra de cerveza. Su madre trabajaba ante el fogón de hierro.

—Katharina —gorjeó la primera bruja.

La rechoncha lo observó unos instantes sin inmutarse y bebió un sorbo de cerveza. El gato, sentado alerta en una mesa próxima, agitó la cola y parpadeó. *Frau* Kepler ni siquiera hizo el esfuerzo de mirarlo. Kepler se retiró en silencio y cerró la puerta lenta y sigilosamente.

—¡Heinrich...!

—Johannes, sólo son unas viejas comadres que vienen a visitarla. —Sonrió pesaroso y metió las manos en los bolsillos del pantalón—. Le hacen compañía.

—Heinrich, dime la verdad. ¿Ha vuelto...? —Barbara había hecho un alto en las tareas y estaba inclinada sobre el bebé con un imperdible en la boca. Kepler asió el brazo de su hermano y lo llevó hasta la ventana—. ¿Aún se dedica a ese viejo asunto?

—No, no. De vez en cuando asiste a un enfermo, pero nada más.

—¡Dios mío!

—Johannes, no lo hace por encargo. —Volvió a sonreír, guiñó un ojo y dejó que el párpado cayera como un postigo flojo—. Aunque el otro día apareció un individuo...

—No quiero...

—... era herrero, grande como un buey, se trasladó desde Leonberg, al verlo no se te ocurría pensar que tenía algún problema...

—¡Heinrich, no quiero saberlo! —Miró por la ventana y se mordió el pulgar. Volvió a exclamar—: ¡Dios mío!

—Venga, no pasa nada —insistió Heinrich—. Te aseguro que mamá es más útil que tus estrafalarios médicos. —El resentimiento lo volvía áspero, notó Kepler decepcionado, y se preguntó por qué le fue negada esa lealtad simple—. Preparó para mi pierna una pasta mucho más útil que todo lo que hizo el médico militar.

—¿Tu pierna?

—Sí, en Hungría sufrí una herida supurante, nada del otro mundo.

—Dejarás que le eche un vistazo a tu pierna.

Heinrich lo miró bruscamente.

—No es necesario, ya se cuida mamá.

La madre salió de la cocina arrastrando los pies.

—Me gustaría saber dónde, dónde lo he dejado —masculló. Señaló a Barbara con su delgada nariz—. ¿Lo has visto?

Barbara la ignoró.

—Madre, ¿qué buscas? —quiso saber Kepler.

La vieja sonrió inocentemente.

—Lo tenía hasta hace un momento y de repente lo he perdido. Estoy buscando mi saquito con alas de murciélago.

En la cocina estalló un carcajeo. Se veía a las dos brujas desternillándose de risa y empujándose divertidísimas. Hasta el gato podría haber reído.

\* \* \*

Regina bajó la escalera profundamente preocupada.

—¿Estáis discutiendo por mí?

Todos la miraron sin comprender. Sonriente, *Frau* Kepler volvió a meterse en la cocina.

—¿A qué se refiere cuando habla de alas de murciélago? —preguntó Barbara.

—Es una broma —replicó Kepler—. ¡Por Dios, sólo es una broma!

—Alas de murciélago, ni más ni menos. Y después, ¿qué?

—Nadie le toma el pelo —intervino Heinrich resueltamente, e hizo esfuerzos por no reír.

Kepler se dejó caer sobre la silla contigua a la ventana y tamborileó los dedos sobre la mesa.

—Esta noche dormiremos en la posada —murmuró—. Queda en el camino de Ellmendingen. Mañana emprenderemos el regreso a casa.

Barbara sonrió triunfal y tuvo la sensatez de no hacer el menor comentario. Kepler la observó con el ceño fruncido. Las viejas abandonaron la cocina. Había un semicírculo de espuma en el bigote de la gorda. La delgada intentó dirigirse al gran hombre que mascullaba sus penas junto a la ventana, pero *Frau* Kepler la empujó.

—¡Oh! ¡Ja, ja! ¡Señor, creo que su madre quiere librarse de nosotras!

—¡Bah! —exclamó *Frau* Kepler y le dio un empujón aún más enérgico. Las arpias se fueron. La vieja se volvió hacia su hijo y comentó—: Muy bien, has logrado echarlas. ¿Estás satisfecho?

Kepler la miró fijamente.

—No les dije esta boca es mía.

—Por eso mismo.

—Estarías mucho mejor si personas de esa índole no aparecieran por aquí.

—¿Y tú qué sabes?

—Las conozco, conozco a la gente de su calaña. Deberías...

—Cierra el pico. Tú no sabes nada y te presentas aquí a dártelas de gran hombre. Lo que pasa es que no somos lo bastante valiosos para ti.

Heinrich tosió.

—Ya está bien, mamá. Johannes sólo se preocupa por tu propio bien.

Kepler estudió el techo.

—Madre, corren malos tiempos. Deberías tener cuidado.

—¡Y tú!

Kepler se encogió de hombros. De pequeño había abrigado la feliz idea de que una noche todos morían limpia y rápidamente, por ejemplo a causa de un terremoto, y se quedaba libre y aliviado. Barbara lo observaba, lo mismo que Regina.

—El día de San Miguel quemaron viva a una mujer —dijo Heinrich con la intención de cambiar de tema. Se palmeó la rodilla—. Por Dios, cuando avivaron el fuego la anciana dama casi se puso a bailar. ¿No es verdad, mamá?

—¿Quién era? —se interesó Kepler.

—Una tonta de tomo y lomo —se apresuró a responder *Frau* Kepler y miró enfadada a Heinrich—. No se le ocurrió mejor idea que dar un bebedizo a la hija del pastor. Se ganó la hoguera.

Kepler se cubrió los ojos con la mano.

—Quemarán a más gente.

La madre se lanzó sobre él.

—¡Ay, claro que sí! Y no sólo aquí. ¿Qué me dices del sitio dónde vives, Bohemia, que está plagado de papistas? He oído que por esos lares mandan a montones de gente a la hoguera. ¡Tú deberías tener cuidado! —se dirigió a la cocina cojeando. Kepler la siguió—. Viene a casa y me suelta un sermón —protestó—. ¿Y tú qué sabes? Yo ya curaba a los enfermos cuando eras más pequeño que tu hijo y te cagabas encima. Mírate ahora, vives del bolsillo del emperador y le dibujas cuadrados mágicos. Yo me meto con el mundo, pero tú vuelves los morros al cielo y crees que estás a salvo. ¡Puaj! Hijo, me das asco.

—Mamá...

—¿Qué quieres?

—Solamente me preocupo por ti.

La vieja lo miró.

Todo lo exterior era inmanente con una suerte de sigilosa deliberación. Estuvo un rato junto a la fuente de la plaza del mercado. Las gárgolas de piedra tenían un aire de regocijo contenido y arrojaban gruesos chorros de agua por los labios verdes y apretados, como si se tratara de una rebuscada sandez que interrumpirían en cuanto les diera la espalda. El abuelo Sebaldu siempre decía que una de las tres caras de piedra fue tallada a su imagen y semejanza. Kepler siempre lo creyó. La familiaridad se alzaba a su alrededor como un espectro que ríe disimuladamente. ¿Qué sabía? ¿Era posible que la vida, su propia vida continuara sin su participación activa, del mismo modo que sigue funcionando la máquina del cuerpo mientras la mente duerme? Al caminar intentó verse tal cual era, observó receloso sus propias dimensiones, buscó el bulto revelador donde quizá se almacenara toda esa vida secreta. Las oscuras emociones desatadas por los desposorios de Regina sólo eran una parte. ¿Qué otras extravagancias existían y a qué precio? Se sintió traicionado pero no descontento, como un viejo banquero ingeniosamente desfalcado por su amado hijo. Una ráfaga de olor a pan caliente lo invadió al pasar delante de la tahona; el panadero aporreaba en solitario una descomunal montaña de masa. Desde una ventana del primer piso, una criada arrojó un suspiro de agua sucia del que Kepler escapó por los pelos. Alzó la vista furioso y la moza lo miró unos segundos, se tapó la boca con la mano y, riendo, se dirigió a alguien oculto tras ella, el hijo de la casa, Harry Völiger, joven de diecisiete años prodigiosamente granujiento que se aproximaba a la muchacha con mano temblorosa... Kepler siguió su camino y meditó sobre todos esos años de cuentas engañosamente llevadas.

Llegó al ejido. Allí reposaba la tarde, bronceada y de lenta respiración, gozando del sol como un acróbata extenuado después de realizar maravillosas proezas de luz y aire. El olmo se erguía decidido sobre su propio reflejo en el estanque y escuchaba majestuoso. La chiquillería seguía en el ejido. Lo saludaron con miradas hoscas, lamentándose de conocerlo: se habían divertido. Susanna se alejó despacio, con las manos cruzadas a la espalda, sonriendo con bienaventurada estupidez a la fila de patitos confundidos y cómicamente preocupados que le pisaban los talones. Friedrich se tambaleó hasta la orilla acarreado una piedra voluminosa. Tenía los zapatos y los calcetines empapados y se las había ingeniado para llenarse de barro hasta las cejas. La piedra golpeó el agua con un chasquido sordo.

—¡Papá, mira la corona! ¡Mira, mira...! ¿La has visto?

—Ahí está el rey, sin duda —proclamó Heinrich, que había ido a buscar a los niños—. Cuando arrojas algo al agua, pega un salto y puedes ver su corona tachonada de diamantes. ¿No es así, Johannes? Yo se lo he dicho.

—No quiero volver a casa —dijo el niño, hundió amorosamente un pie en el barro y lo extrajo con un delicioso sonido de succión—. Quiero quedarme con tío Heinrich y con mi abuela. —Entrecerró los ojos pensativo—. Tienen un cerdo.

La superficie del estanque alisó sus sedas rizadas. Diminutas moscas transparentes formaban una red invisible en el reflejo de las ramas del olmo y los tejedores salían de los bajíos con patas tan delicadas que apenas mellaban el agua. ¡Cuánta vida innumerable y profusa! Kepler se sentó en la hierba. El día había sido largo y pictórico de pequeños descubrimientos. ¿Qué hacer con Regina? ¿Y con su madre, que aún se metía en artes peligrosas? ¿Qué podía hacer? Como si el recuerdo significara algo, se acordó de Félix el Italiano danzando con las ramerías ebrias en un callejón de Kleinseit. La enorme y ruidosa carga de las cosas lo codeaba, la vida misma se inclinaba sobre su brazo. Sonrió y alzó la mirada hacia las ramas. ¿Era posible, acaso era esto, era *esto* la felicidad?

IV  
*Harmonice mundi*

Loretoplatz  
Colina del Hradschin  
Praga  
Miércoles de Ceniza de 1605

*David Fabricius: en Friesland*

¡Honrado amigo! Ya puede abandonar la búsqueda de una nueva teoría de Marte: está determinada. Sí, mi libro está acabado... o casi. Le he dedicado tantos desvelos que podría haber muerto diez veces. Con la ayuda de Dios he resistido y he llegado al punto en que me doy por satisfecho y tengo la seguridad de que la *nueva astronomía* ha nacido realmente. El hecho de que no me alegre positivamente, no se debe tanto a las dudas en cuanto a la verdad de mis descubrimientos, sino a la visión de que de repente se han aclarado ante mí las profundas consecuencias de lo que he forjado. Amigo mío, nuestras ideas sobre el mundo y su funcionamiento no volverán a ser las mismas. Se trata de un pensamiento fulminante que provoca en mí un estado de ánimo sombrío y reflexivo, concordante con las generales del momento. Como prometí, incluyo la receta del pastel de Pascua de mi esposa.

Camarada de armas, usted sabe perfectamente cuál es mi situación. Seis años he permanecido bajo el ardor y el fragor de la batalla, cabizbajo, desesperándome por lo particular. Por fin ahora puedo dar un paso atrás y tener una panorámica general. Como ya he dicho, no dudo de que he ganado. Lo que me preocupa es qué tipo de victoria he conseguido y qué precio yo y nuestra ciencia, quizá todos los hombres tendremos que pagar. Copérnico postergó treinta años la publicación de su obra majestuosa, en mi opinión porque temía el efecto que ejercería sobre las mentes humanas el hecho de que quitara la Tierra del centro del mundo y la convirtiera sólo en un planeta más entre planetas. Estoy convencido de que lo que he hecho es aún más radical pues he transformado la forma misma de las cosas: me refiero a que he demostrado que el concepto de la forma y el movimiento celestiales, concepto que hemos defendido desde Pitágoras, está profundamente equivocado. El anuncio de esta novedad también se demorará, no por una timidez copernicana de mi parte, sino en virtud de la tacañería de mi señor, el emperador, que me impide pagar a un impresor digno.

Mi propósito en la *Astronomia nova* consiste en demostrar que la máquina celeste no es un ser vivo y divino, sino una especie de reloj (y quien cree que el reloj tiene alma atribuye la gloria del hacedor a la obra), en la medida en que prácticamente todos los movimientos múltiples responden a una simple fuerza magnética y material, del mismo modo que los movimientos del reloj se deben a una simple pesa. Empero, y aún más importante, lo que más me preocupa no es la forma o la apariencia de ese reloj celeste, sino *su realidad*. Insatisfecho con la representación matemática del movimiento planetario, como creo que durante milenios ha estado la astronomía, me propuse explicar dichos movimientos *a partir de sus causas físicas*. Antes de mí,

nadie había intentado semejante cosa, nadie había concebido sus pensamientos de esta manera.

¡Vaya, señor, tiene un hijo! Para mí ha sido una gran sorpresa. Interrumpo brevemente esta epístola porque tengo asuntos acuciantes que atender —mi esposa vuelve a estar enferma— y en el ínterin desde Wittenberg me escribe un tal Johannes Fabricius para referirse a ciertos fenómenos solares y se recomienda a sí mismo a través de mi amistad, con usted, su padre. ¡Confieso mi sorpresa y cierta inquietud porque en las cartas siempre me he dirigido a usted como si fuera un hombre más joven! ¡Me pregunto si en ocasiones no he adoptado el tono de un maestro que se dirige a su discípulo! Le pido mil disculpas. Tendríamos que habernos conocido. Temo que soy corto de vista no sólo en el sentido físico. Siempre me llevo este tipo de sorpresas cuando lo que tengo ante las narices se convierte súbitamente en algo distinto a lo que yo creía. Lo mismo aconteció con la órbita de Marte. Volveré a escribirle y le resumiré la historia de mi lucha con el planeta, pues podría divertirle.

*Vale*  
Johannes Kepler

Casa Wenzel  
Praga  
Noviembre de 1607

*Hans Geo. Herwart von Hohenburg: en Múnich*

*Entschuldigen Sie*, mi queridísimo señor, por la larga demora en responder a su última carta, calurosamente recibida. Como de costumbre, los asuntos de la corte devoran mi tiempo y mis energías. Cada día que pasa, Su Majestad se muestra más caprichosa. Por momentos olvida mi nombre y me mira con enojo, gesto tan conocido por cuantos lo conocen, como si no me reconociera. De pronto llega una convocatoria urgente y debo precipitarme a palacio con mis gráficos astrales y mis cartas astrológicas. Concede mucha fe inocente a la interpretación de los astros que, como usted bien sabe, yo considero un asunto sórdido. Reclama informes escritos sobre diversas cuestiones, por ejemplo, el horóscopo del emperador Augusto y el de Mahoma, el sino que puede esperarse del imperio turco y, desde luego, aquello que hoy todos practican en la corte, la cuestión húngara: su hermano Matías se muestra cada vez más osado en su afán de poder. También está el agotador asunto del llamado Trígono Ardiente, la traslación de la Gran Conjunción de Júpiter y Saturno, que supuestamente señaló el nacimiento de Cristo, el de Carlomagno y por la cual ahora, transcurridos 800 años, todo el mundo pregunta qué gran acontecimiento se avecina. Osé decir que el *gran acontecimiento* ya había tenido lugar con la llegada de Kepler a Praga: no creo que Su Majestad haya celebrado la ocurrencia.

Dado el ambiente, la Nueva Estrella de hace tres años provocó una profunda conmoción que aún perdura. Como cabía esperar, se habla de una conflagración universal y del día del juicio final. Al parecer, lo mínimo que se aceptará es la llegada de un grande y nuevo monarca: *nova stella, novus rex* (¡opinión que, sin duda, Matías alienta!). También debo producir muchas palabras sobre esta cuestión. Es una tarea agobiante y desagradable. Acostumbrada a las demostraciones matemáticas, la mente se resiste tanto como puede a contemplar las imperfecciones de los fundamentos de la astrología, mente como una pertinaz bestia de carga, pero al final, compelida por los golpes y las invectivas, también mete el pie en el barro.

Mi posición es inestable. Rodolfo ha caído muy pronto en manos de hechiceros y de toda índole de charlatanes. Más que instrumento profético, considero que la astrología es un arma política de la que debemos cuidarnos y no sólo debe ser desterrada del senado, sino de las mentes de quienes asesoran al emperador en pro de sus más legítimos intereses. ¿Y yo qué puedo hacer si Su Majestad insiste? En el presente es prácticamente un ermitaño en palacio y pasa los días a solas, entre sus juguetes y sus bonitos monstruos, ocultándose de la humanidad de la que teme y desconfía, nada dispuesto a tomar siquiera la más nimia de las decisiones. Por las mañanas, mientras el mozo de cuadra pasea a sus corceles españoles e italianos por el patio, el emperador mira taciturno desde la ventana de sus aposentos, cual un pagano

impotente que se come al harén con los ojos, y luego llama a esto *su ejercicio*. Reconozco que, pese a todo, no es nada ineficaz. Parece actuar regido por una especie de movimiento de Arquímedes, tan delicado que apenas se nota pero que, con el paso del tiempo, produce el movimiento de toda la masa. Hasta cierto punto, la corte funciona. Es posible que la energía nerviosa, común a todos los organismos, mantenga en marcha los asuntos, del mismo modo que la gallina sigue correteando después de que le han cortado el gañote. (Este comentario se considera una felonía).

Huelga decir que mi salario está dolorosamente atrasado. Calculo que me deben alrededor de dos mil florines. No tengo la más mínima esperanza de que la deuda sea saldada. Las arcas reales están casi vacías por la manía imperial del coleccionismo, así como por la guerra con los turcos y sus intentos de proteger los territorios de sus turbulentos parientes. Me duele depender de las rentas de la modesta fortuna de mi esposa. Mi estómago hambriento mira como un perrillo hacia el amo que antaño le dio de comer. Como siempre, no me desanimo y deposito mi confianza en Dios y en mi ciencia. Por estos pagos el clima es atroz.

Su sirviente, señor,  
Joh: Kepler

*Aedes Cramerianis*  
*Praga*  
*Abril de 1608*

*Dr. Michael Maestlin: en Tubinga*

Salud. El canalla de Tegnagel. Estoy tan furioso que apenas puedo sostener la pluma. La perfidia de este hombre no tiene límites. Claro que no es peor que los demás miembros de la maldita pandilla ticónica... sólo un poco más escandaloso. Es un asno rebuznón, vanidoso, presumido e irredimiblemente estúpido. Que Dios me perdone, pero *lo mataría*. El único punto de luz en la horrorosa oscuridad de este asunto consiste en que aún no le han pagado, ni es probable que cobre jamás, los 20 000 florines (¡o 30 piezas de plata!) por los que vendió al emperador los inestimables instrumentos de Tycho Brahe cuando el cadáver del danés todavía no se había enfriado en la tumba. (Recibe mil florines por año como intereses de la deuda, el doble de la suma a que asciende mi salario de matemático imperial). Confieso que a la muerte de Tycho aproveché rápidamente la falta de circunspección de sus herederos para poner bajo mi amparo sus observaciones o, podríamos decir (y sin duda *ellos lo dicen*), las hurté. ¿Quién puede culparme? Los instrumentos, antaño una de las maravillas del mundo, hoy están dispersos por media Europa, oxidados y a punto de romperse. El emperador los ha olvidado y a Tegnagel le basta con su cinco por ciento anual. ¿Debo permitir que sufra el mismo sino la masa de observaciones maravillosamente exactas e inestimables que Tycho recogió a lo largo de toda su vida?

Motiva esta disputa la naturaleza recelosa y la falta de modales de la familia Brahe y, por otro lado, mi carácter apasionado y burlón. Debemos reconocer que en todo momento Tegnagel tuvo sobrados motivos para recelar de mí: las observaciones estaban en mi poder y me negué a entregarlas a los herederos. Sin embargo, no tiene motivos para perseguirme como lo hace. ¿Sabía que se hizo católico para que el emperador le concediera un puesto en la corte? Este hecho muestra con toda claridad el carácter del hombre. (Su señora, Elizabeth, lo agujonea... pero no, no hablaré de ella). Lo han nombrado consejero de apelación y, en consecuencia, puede imponerme sus condiciones con fuerza imperial. Me prohibió imprimir cualquier obra basada en las observaciones de su suegro antes de acabar las tablas rudolfinas. A continuación me dio libertad de imprimir, siempre y cuando incluyera su nombre con el mío en la portada, para llevarse la mitad de los honores sin haber hecho el menor esfuerzo. Accedí a cambio de que me otorgara la cuarta parte de los 1000 florines que recibe del emperador. Fue una jugada astuta por mi parte porque, fiel a su naturaleza, Tegnagel consideró que 250 florines anuales era un precio demasiado elevado a cambio de la inmortalidad. Acto seguido, en su cuadrada cabeza se metió la idea de que emprendería personalmente la extraordinaria tarea de acabar las tablas. Maestro, ría conmigo pues se trata de una tontería, dado

que el junker no tiene la capacidad ni la tenacidad que la tarea requiere. Ya había notado que muchos creen que podrían hacerlo tan bien, no, mejor que yo, si tuvieran tiempo y ganas de ocuparse de los insignificantes problemas de la astronomía. Me río cuando se desfogan: pura fanfarronería y bufidos. ¡Que lo intenten!

Por fortuna, Tegnagel fue lo bastante presuntuoso para prometer al emperador que acabaría la tarea en cuatro años: durante ese período, se apoderó del material como el perro del hortelano, incapaz de utilizar el tesoro al tiempo que impedía que otros lo hicieran. Los cuatro años han transcurrido y no ha movido un dedo. En consecuencia, avanzo con la *Astronomia nova*, cuya impresión por fin ha comenzado en la casa Vogelin de Heidelberg. No está mal. ¡Y ahora el idiota quiere que el libro lleve el prefacio escrito y firmado por él! Soy incapaz de pensar en las tonterías que dirá. Dice temer que haya utilizado las observaciones de Tycho para refutar su teoría del mundo, pero sé que lo único que le interesa es el tintineo de las monedas. Ay, se trata de un imbécil despreciable y nefasto.

K

Gutenbergplatz  
Heidelberg  
Víspera de San Juan de 1609

*Helisaeus Röslin, médico de Hanau-Lichtenberg: en Buchweiler, Alsacia*

Ave. Tengo tu interesante e instructivo *Discurs von heutiger Zeit Beschaffenheit* que, además de muchas especulaciones, despierta en mí múltiples recuerdos agradables y nostálgicos de aquellos debates fraternales que sosteníamos en nuestra época de estudiantes en Tubinga. Pretendo responder con un *Antwort* público a mis opiniones sobre la Nova de 1604 que pones en cuestión con tanta vehemencia y arte, pero antes me gustaría hacerte algunos comentarios privados, no sólo en honor de nuestra prolongada amistad, sino con el propósito de clarificar algunas cuestiones que prefiero no poner en letra de molde. Cada día que pasa se vuelve más precaria mi posición en Praga. El personaje real ya no confía en nadie y, en concreto, está muy atento a todo lo que se refiere a la ciencia que tú defiendes con tanto ímpetu, a la que asigna un gran valor. Yo preferiría llamarla *pseudociencia*. Por favor, destruye esta carta inmediatamente después de leerla.

Reconozco en ti, mi querido Röslin, la presencia del *instinctus divinus*, una claridad especial para la interpretación de los fenómenos celestes que, de todas maneras, nada tiene que ver con las reglas astrológicas. Al fin y al cabo, es verdad que en ocasiones Dios da lugar a que simplones puros anuncien cosas extrañas y prodigiosas. Nadie puede negar que cosas inteligentes e incluso sagradas pueden salir de la tontería y el ateísmo, del mismo modo que de sustancias sucias y viscosas surgen el bonito caracol o la ostra, o el gusano de seda a partir de la mugre de la oruga. La gallina laboriosa puede extraer un grano de oro incluso del estercolero apestoso. Opino que la mayoría de las reglas astrológicas son estiércol y que es más difícil decidir cuáles son los granos dignos de recuperar.

Expresaré con sencillez la esencia de mi posición. Se ve claramente que los cielos ejercen alguna influencia en la gente, pero sigue en pie el misterio de qué es, concretamente, lo que hacen. Estoy convencido de que los *aspectos* —es decir, las configuraciones que los planetas configuran entre sí— tienen un gran significado en la vida de los hombres. Empero, sostengo que es disparatado hablar de aspectos buenos y malos. En el firmamento no se plantea la cuestión del bien ni del mal: sólo son válidas las categorías de armónico, rítmico, bello, fuerte, débil y desordenado. Los astros no obligan, no anulan el libre albedrío ni deciden el destino particular de cada individuo, aunque impriman determinado carácter en el alma. En el primer encendido de su vida, la persona recibe el carácter y el modelo de todas las constelaciones celestiales o de la forma de los rayos que caen sobre la tierra, modelo que perdura hasta su muerte. Este carácter crea rasgos perceptibles en las formas de las carnes, así como en los modales y los gestos, las propensiones y simpatías. Así, alguien se convierte en un ser agudo, bueno y alegre, y otro en una persona

soñolienta, indolente y oscurantista. Estas cualidades pueden parangonarse con las configuraciones bellas y exactas o extensas y desagradables de los planetas, así como con sus colores y movimientos.

¿En qué se basan esas categorías de bello y feo, fuerte y débil, etcétera? Ni más ni menos que en la división de los círculos hecha mediante los polígonos regulares cognoscibles, es decir, que pueden construirse, como me propuse demostrar en *Misterium cosmographicum*, o sea, en las relaciones armónicas y primordiales prefiguradas por el ser divino. Así, todas las cosas animadas, humanas y de otro tipo, además del mundo vegetal, quedan influidas desde el cielo por el instinto geométrico adecuado que les compete. Todas sus actividades están afectadas, individualmente conformadas y guiadas por los rayos de luz presentes aquí abajo y percibidos por todos esos objetos, amén de por la geometría y armonía que tiene lugar entre ellos en virtud de sus movimientos, de la misma manera que el rebaño es influido por la voz del pastor, los caballos de un carruaje por los gritos del cochero y la danza de los campesinos por el sonido de las gaitas. *Esto* es lo que creo y ninguna de tus diabluras me persuadirá de lo contrario.

Mi querido Röslin, confío en que esta sincera charla germánica no te ofenda. Siempre estás vivo en mi afecto, aunque por momentos muerda y gruña, como es costumbre en

tu amigo y colega,  
Johannes Kepler

*Edificios Cramer  
Praga  
Septiembre de 1609*

*Frau Katharina y Heinrich Kepler: en Weilderstadt*

(Para ser leída en su presencia por el notario G. Raspe. Se incluyen emolumentos).

Queridos míos: Escribo para avisaros que hemos llegado a casa sanos y salvos. Friedrich tiene tos pero, por lo demás, sigue fuerte. Están muy avanzados los preparativos para la boda de nuestra querida Regina: es extraordinariamente hábil para atender este tipo de cosas. Su futuro marido es un hombre admirable, honorable y bien situado. Esta semana vino a presentarnos sus respetos. Había estado antes en casa, pero no como prometido. Lo encuentro algo formal y me pregunto si no resultará inflexible. Todo fue de lo más amable. No me caben dudas de que Regina será bien tratada por él y hasta es posible que sea feliz. Después de los desposorios se trasladarán a Pfaffenhofen, en el Alto Palatinado. Dicen que en esa región hay peste.

Seguimos en nuestras habitaciones de los viejos Edificios Cramer y creo que, de momento, no nos mudaremos. Es un alojamiento satisfactorio porque estamos sobre el puente y contamos con el beneficio del río. Como el edificio es de piedra, no hay tanto peligro de que estalle un incendio, algo que, como sabéis, siempre he temido. Nos encontramos en un buen barrio de la ciudad. En el Colegio Wenzel, en la Ciudad Vieja, donde vivíamos antes, todo era distinto: allí las calles son fatales, están mal empedradas y siempre están cubiertas de todo tipo de porquerías; las casas son fatales, con techo de paja o de zarzos y el hedor es tal que expulsaría a los turcos. De todas maneras, nuestro casero de aquí es un rufián descortés y tengo grandes diferencias con él, lo que perturba mi digestión. Barbara me aconseja que no le haga caso. Me gustaría saber por qué las personas se portan tan mal las unas con las otras. ¿Qué se consigue con tormentos y disputas? Creo que en el mundo hay algunos que viven de hacer sufrir a los demás. Es tan cierto respecto del casero que persigue a sus inquilinos como del infiel que tortura a sus esclavos hasta matarlos: la diferencia no está en la calidad, sino en el grado de perversidad. Pienso en estas cosas cuando mis deberes en la corte y mis estudios científicos me dejan un poco de tiempo libre para pensar. No es que ahora me dedique mucho al trabajo científico, ya que mi salud flaquea, tengo fiebres frecuentes, una inflamación intestinal y la mayor parte del tiempo mi mente cae postrada en una frialdad lamentable. Pero no me quejo. Dios es bueno.

Aquí, en Praga, nos codeamos con la sociedad distinguida. Johann Polz, consejero imperial y primer secretario, tiene un gran afecto por mí. Su esposa y toda su familia destacan por su elegancia austríaca y sus modales nobles y distinguidos. Sería gracias a su influencia que en el futuro yo hiciera progresos en este sentido aunque, desde luego, aún estoy muy lejos (existen diferencias entre ser un matemático de nota y alcanzar la dignidad social). Pese a la pobreza de mi morada y a mi poca categoría,

soy libre de entrar y salir de casa de los Polz como me plazca... ¡y eso que se considera que pertenecen a la nobleza! También tengo otras relaciones. Las esposas de dos guardias imperiales fueron madrinas de bautismo de Susanna. El tesorero imperial Stefan Schmid, el abogado de la corte Matthäus Wackher y su excelencia Joseph Hettler, embajador de Baden, abogaron por nuestro Friedrich. En las ceremonias por el pequeño Ludwig estuvieron presentes los condes palatinos Philip Ludwig y su hijo Wolfgang Wilhelm von Phalz-Neuburg. ¡Cómo veis, comenzamos a ascender en el gran mundo! De todos modos, no me olvido de los míos. Pienso en vosotros a menudo y me preocupo por vuestro bienestar. Cuidaros y sed buenos. Madre, recuerda las advertencias que te hice la última vez que hablamos. Heinrich, honra a tu madre. Y en vuestras plegarias recordad a

vuestro hijo y hermano  
Johannes

(*Herr Raspe*, sólo para usted: como le pedí, vigile las actividades de *Frau Kepler* y manténgame informado. Le pagaré este servicio).

*Aedes Cramerianis*  
*Praga*  
*Marzo de 1610*

Signor Prof. *Giorgio Antonio Magini: en Bolonia*

Es como si al despertar uno descubriera dos soles en el cielo. Desde luego, sólo se trata de una figura retórica. Dos soles serían un milagro u obra de la magia, mientras que *esto* fue forjado por la mente y el ojo humanos. Me parece que hay momentos en los que, de repente, después de siglos de estancamiento, todo empieza a fluir al unísono como con asombrosa premura, momentos en los que por todas partes afloran torrentes que unen sus aguas y esa gran confluencia corre cual un río caudaloso, arrastrando en su discurrir los restos partidos y patéticos de nuestras concepciones erróneas. Así, no ha pasado un año desde que publiqué mi *Astronomia nova*, la cual cambió definitivamente nuestra idea del funcionamiento celeste: ¡y ahora de Padua llega esta noticia! Sin duda ustedes, en Italia, ya la conocen y reconozco que en poco tiempo hasta las cosas más sorprendentes se tornan vulgares. Pero para nosotros sigue siendo algo nuevo, maravilloso y un poco aterrador.

Me enteré por mi amigo Matthäus Wackher, abogado de la corte y consejero privado de Su Majestad, que lo supo por el recién llegado embajador de Toscana. Wackher acudió a verme de inmediato. Hacía un día límpido y ventoso, que contenía la promesa de la primavera, y siempre lo recordaré como sólo se recuerda un puñado de días de toda una vida. Desde la ventana de mi estudio divisé el coche del consejero traqueteando sobre el puente y al viejo Wackher, con la cabeza asomada por la ventanilla, azuzando al cochero. ¿Agitaciones como la que él sentía aquel día transmiten emanaciones palpables? Al verlo llegar, experimenté perturbaciones nerviosas en mi interior, a pesar de que nada sabía de lo que venía a contarme. Bajé corriendo y acudí a recibir el carruaje que había frenado ante mi puerta. Wackher balbuceaba incluso antes de que yo pudiera entender lo que decía. Galileo de Padua había dirigido al firmamento un *perspicillum* de dos lentes —de hecho, un catalejo holandés común y corriente— y, gracias a sus 30 aumentos, *había descubierto cuatro planetas nuevos*.

Mientras escuchaba la extraña nueva, experimenté una emoción excelsa. Me sentí conmovido en lo más hondo de mi ser. Wackher estaba pletórico de gozo y era presa de febril agitación. En cierto momento ambos reímos a causa de la confusión y al siguiente mi amigo prosiguió su narración y le presté suma atención: la explicación no tenía fin. Estrechamos nuestras manos, bailamos y el perrito de Wackher corrió en círculos a nuestro alrededor, ladrando agudamente hasta que, dominado por nuestra hilaridad y fuera de sí, dio un salto y me agarró la pierna amorosamente, como hacen los perros, se lamió los belfos y sonrió como loco, lo que nos hizo reír aún más. Entramos en casa y, más serenos, nos sentamos a dar cuenta de una jarra de cerveza.

¿Es verídico el informe? En caso afirmativo, ¿de qué tipo son esos cuerpos celestes recién descubiertos? ¿Son compañeros de las estrellas fijas o forman parte de nuestro sistema solar? Aunque católico, *Herr Wackher* comparte la opinión del infortunado Bruno, según la cual las estrellas son soles, infinitas en número, que ocupan el espacio infinito; está convencido de que el descubrimiento de Galileo es prueba de ello y que los cuatro cuerpos nuevos son compañeros de las estrellas fijas: en síntesis, que el paduano ha descubierto otro sistema solar. Empero, como bien sabe, para mí es impensable la idea del universo infinito. También me parece imposible que esos planetas giren alrededor de nuestro sol porque la geometría del mundo planteada en mi *Mysterium* sólo incluye los cinco planetas del sistema solar. Por consiguiente, creo que lo que Galileo ha visto son *lunas que giran alrededor de otros planetas*, del mismo modo que nuestra luna gira en torno a la tierra. Es la única explicación verosímil.

Como se encuentra más próximo al escenario de los hechos, es posible que usted conozca la explicación correcta... ¿quizás ha sido testigo de los nuevos fenómenos! Ah, lo que daría por estar en Italia. De Medici, el enviado toscano que dio la noticia a Wackher, ha regalado un ejemplar del libro de Galileo al emperador. Espero verlo pronto. ¡Y después hablaremos!

¡Escríbame y cuénteme todas las novedades!

Kepler

Praga  
Abril de 1610

George Fugger, legatus imperatorius: en Venecia

Por miedo a que el silencio y la tardanza lo llevaran a pensar que coincido en todo lo que dice en su última carta y en virtud de que su posición es sumamente relevante en estas cuestiones —ya que Galileo está al servicio de la República de Venecia—, consideré prudente interrumpir mis estudios y escribirle de inmediato. Mi querido señor, le aseguro que estoy profundamente conmovido por sus comentarios relativos a las pretensiones de preeminencia entre el paduano y yo. Empero, no libro con él una carrera pedestre que sólo podría interesarme por los aplausos y la difusión partidaria. Sin duda, es verdad lo que usted sostiene: que el paduano reclama urgentemente que sus descubrimientos y pretensiones cuenten con la bendición del matemático imperial. Como usted sostiene, es posible que éste sea el único motivo por el que se ha dirigido a mí. ¿Y por qué no? Hace unos doce años, antes de que me hiciera famoso, cuando acababa de publicar el *Misterium*, yo me dirigí a él. Es verdad que por aquel entonces no se tomó demasiadas molestias en mi nombre. Tal vez estaba demasiado ocupado con su obra o no sintió una gran estima por mi librito. Sí, estoy enterado de su fama de arrogante e ingrato: ¿y qué? Señor, la ciencia no es como la diplomacia, no progresa mediante gestos de asentimiento, guiños y calculados cumplidos. Siempre he tenido por costumbre alabar aquello que, en mi opinión, otros han hecho bien. Jamás desdeño la obra de otros en razón de los celos, nunca minimizo el conocimiento de otros si es mi carencia. Por la misma regla, nunca me olvido de mí mismo si algo he hecho mejor o si he descubierto antes algo. Es verdad que me hice muchas ilusiones con respecto a Galileo cuando apareció mi *Astronomia nova*, pero el hecho de que no recibiera nada no me impide tomar ahora la pluma contra los agrios críticos de todo lo nuevo, que consideran increíble todo lo que les es desconocido y que consideran una terrible percepción aquello que se encuentra más allá de los límites de la filosofía aristotélica. No pretendo *sacar a relucir sus defectos*, como usted dice, simplemente me propongo reconocer lo valioso y poner en duda lo que es cuestionable.

Excelencia, nadie debe confundirse ante la brevedad y simplicidad aparente del libro de Galileo. Como una mera ojeada a sus páginas demuestra, *Sidereus nuntius* es una obra altamente significativa y admirable. Es cierto que no todo lo que contiene es completamente original, como él afirma... ¡hasta el emperador ha dirigido un catalejo a la lima! También otros han conjeturado —sin presentar pruebas— que, en un examen más minucioso, la Vía Láctea podría disolverse en una masa de incontables estrellas reunidas en enjambres. Ni siquiera la existencia de los satélites planetarios (creo que, en realidad, eso son sus *cuatro planetas nuevos*) es tan sorprendente dado que, si la luna gira alrededor de la tierra, ¿por qué los demás planetas no habrían de tener lunas? Empero, existe una gran diferencia entre especular sobre la existencia de

miríadas de estrellas invisibles y anotar sus posiciones en el mapa, entre mirar distraídamente la luna a través de una lente y anunciar que no se compone de la *quinta essentia* de los escolásticos, sino de una materia muy similar a la de la tierra. Copérnico no fue el primero en afirmar que el sol ocupa el centro del mundo, pero sí fue el primero en crear en torno a ese concepto un sistema que matemáticamente se sustenta, poniendo fin de esta forma a la era tolemaica. Como Galileo, ha planteado clara y serenamente (¡con una serena precisión de la cual, reconozco a mi pesar, podría aprender mucho!) una visión del mundo que asestará tal puñetazo en la barriga de los aristotélicos que se quedarán sin aliento durante mucho tiempo.

En la corte no se habla más que de *Sidereus nuntius*, como supongo que ocurre en todas partes. (¡Ojalá *Astronomia nova* hubiese llamado tanto la atención!). El emperador tuvo la gracia de dejarme hojear su ejemplar y por lo demás tuve que esperar hasta la semana pasada, cuando recibí el libro que me envió Galileo, así como la petición de que le exprese mi opinión que, supongo, se propone publicar. El correo regresa a Italia el 19, por lo que sólo tengo cuatro días para concluir mi respuesta. Por lo tanto, ahora debo despedirme con la esperanza de que perdone mis prisas... y de que no tome a mal mi respuesta precedente a su apreciado y conmovedor gesto de apoyo a mi persona. En las cuestiones de la ciencia, no se trata tanto del individuo como de la obra. Galileo no me gusta, pero lo admiro.

A propósito, me gustaría saber si durante su reciente estancia en Roma oyó algo o vio al enano de Tycho y a su compañero, al que llamaban Félix. Si tiene noticias de ellos, me gustaría conocerlas.

Señor, soy su servidor,  
Johannes Kepler

*Aedes Cramerianis*  
*Praga*  
*Marzo de 1611*

*Dr. Johannes Brengger: en Kaufbeuren*

Todo se ensombrece y tememos lo peor. Una gran tragedia ha caído sobre el pequeño mundo de nuestra casa y, dada la malsana confusión de nuestra pena, pensamos que de alguna manera está relacionada con los espantosos acontecimientos del gran mundo. Creo que en ocasiones Dios se cansa y el Demonio aprovecha la oportunidad, se lanza sobre nosotros con toda su furia y su maldad cruel y causa estragos a diestro y siniestro. Mi querido doctor, ¡qué lejanos parecen esos días felices en que nos escribíamos con tanto entusiasmo y deleite sobre la recién nacida ciencia de la óptica! Gracias por su última carta pero temo que, de momento, soy incapaz de ocuparme de las interesantes cuestiones que plantea: es posible que en otra ocasión les dedique mi mente y responda con la energía que requieren. Ahora no tengo valor para trabajar. Casi todo mi tiempo se consume con los deberes de la corte. Las excentricidades del soberano se parecen cada vez más a la pura demencia. Se encierra en palacio, se oculta de sus despreciados congéneres y, mientras tanto, su reino se desmorona. Su hermano Matías ya lo ha despojado de Austria, Hungría y Moravia y se dispone a apoderarse del resto. Durante el verano pasado y el otoño en la ciudad se celebró un congreso de príncipes que aconsejó la reconciliación entre hermanos. Pese a sus antojos y peculiaridades, Rodolfo muestra una férrea testarudez. Con la idea de frenar a Matías y a los príncipes, y tal vez con el propósito de dejar de lado las libertades religiosas que los representantes luteranos de aquí le arrebataron con la Carta Real, intrigó con su pariente Leopoldo, obispo de Passau y hermano del venenoso archiduque Fernando de Estiria, mi antiguo enemigo. Vil y traidor como el resto de la familia, Leopoldo dirigió su ejército contra nosotros, los que estamos aquí, y ha ocupado parte de la ciudad. Las tropas bohemias se concentraron contra él y se habla de terribles excesos por ambos bandos. Corre el rumor de que Matías viene acompañado del ejército austríaco, a petición de los representantes... ¡y del propio Rodolfo! Esta situación sólo puede tener un fin: el emperador perderá el trono. Por eso he empezado a buscar refugio en otra parte. Algunas personas influyentes han insistido en que me traslade a Linz. En lo que a mí respecta, miro con ansias hacia mi Suabia natal. He enviado una petición al duque de Württemberg, mi antiguo mecenas, pero abrigo pocas esperanzas. ¡Qué duro es saber que no te quieren en tu propia tierra! También me han ofrecido la antigua cátedra de Galileo en Padua, dada su partida a Roma. Galileo en persona me ha recomendado. No soy ajeno a la paradoja de semejante situación. Italia... la idea no me regocija. En consecuencia, Linz parece la perspectiva más prometedor. Se trata de una ciudad provinciana y de miras estrechas, pero conozco a alguna gente y también tengo un amigo peculiar. A mi esposa le encantaría dejar Praga, que nunca le gustó, y retornar a la Austria que la vio

nacer. Ha estado muy enferma de fiebres húngaras y de epilepsia. Soportó con entereza estos males y todo habría ido bien si poco después nuestros tres hijos no hubiesen contraído la viruela. La mayor y el benjamín sobrevivieron, pero Friedrich, nuestro querido hijo, sucumbió. Tenía seis años. Fue una muerte muy dura. Era un niño encantador, un jacinto matinal de los primeros días de la primavera, nuestra esperanza, nuestro gozo. Doctor, confieso que a veces no comprendo los designios del Señor. Mientras el pequeño yacía en su lecho de muerte, del otro extremo de la ciudad nos llegaba el fragor de la batalla. ¿De qué modo puedo expresarle adecuadamente todo lo que siento? Esta pena no se parece a nada de lo que existe en el mundo. Debo despedirme.

Kepler

*Frau Regina Ehem: en Pfaffenhofen*

¡Ay, mi querida Regina! Frente a los desastres que nos han agobiado, huelgan las palabras y el silencio es la expresión más veraz de los sentimientos. Sin embargo, al margen de mi situación, debo hacerte el relato de las últimas semanas. Si me muestro torpe o parezco despiadado o frío, comprende que son la pena y la vergüenza las que me impiden expresar adecuadamente todo lo que siento.

¿Quién puede decir cuándo comenzó realmente la enfermedad de tu madre? La suya fue una vida plagada de dificultades y pesares. Es cierto que jamás quiso cosas materiales, por mucho que me culpaba de mi falta de éxito en el gran mundo social, mundo del que siempre quiso formar parte. Sin duda ser doblemente viuda a los veintidós años fue muy duro, lo mismo que la pérdida de nuestros primeros hijos y ahora de nuestro amado Friedrich. Últimamente le había dado por las devociones secretas y andaba de aquí para allá con su devocionario. Su memoria ya no era la de antaño, a veces reía por nada o súbitamente estallaba en llanto como si algo la afligiera. Su envidia se había agudizado y no hacía más que lamentarse de su sino, se comparaba con las esposas de los consejeros y de los funcionarios menores, que parecían moverse en un esplendor muy superior al suyo, pese a ser la consorte del matemático imperial. Claro que todo esto sólo ocurría en su mente. ¿Y yo qué podía hacer?

Su enfermedad del invierno pasado, la fiebre y la epilepsia, le preocuparon mucho, pero se mostró muy valiente y fuerte, con una determinación que dejó atónitos a cuantos la conocían. La muerte del niño en febrero fue un golpe demoledor. Cuando a fines de junio retomé de una visita a Linz, había vuelto a caer enferma. Las tropas austríacas trajeron enfermedades a la ciudad y tu madre contrajo tifus exantemático o *fleckfieber*, como lo llaman aquí. Podría haberse debatido, pero ya no le quedaban fuerzas. Azorada por los horrorosos actos de la soldadesca y por el espectáculo de los sangrientos combates que se libraban en las calles, consumida de desesperación por un futuro mejor y por el anhelo insaciable de su amado hijo perdido, exhaló su último suspiro el tercer día del mes presente. Al final, mientras le ponían una bata limpia, pronunció unas últimas palabras para preguntar: ¿Es la túnica de la salvación? En sus últimas horas te recordó y a menudo habló de ti.

La culpa y los remordimientos me corroen. Nuestro matrimonio se frustró desde el principio porque se realizó contra nuestra voluntad y bajo un cielo calamitoso. Tu madre era de naturaleza pesimista y resentida. Me acusaba de burlarme de ella. Interrumpía mi trabajo para hablar de sus problemas domésticos. Tal vez fui impaciente cuando me hacía infinidad de preguntas, pero jamás la llamé tonta, aunque quizá considerara que la tenía por tal ya que, en algunos sentidos, era una

mujer muy susceptible. En los últimos tiempos y debido a sus repetidas enfermedades, había perdido la memoria y yo la encolerizaba con mis recordatorios y consejos, porque no quería señor alguno y, a menudo, no daba abasto consigo misma. Con frecuencia fui más impotente que ella pero, en mi ignorancia, seguí discutiendo. En síntesis, desarrolló una naturaleza cada vez más irritable y, aunque lo lamento, la provoqué, pues en ocasiones mis estudios me volvieron desconsiderado. ¿Fui cruel con ella? Cuando comprendí que tomaba a pecho mis palabras, habría preferido arrancarme el dedo a mordiscos antes que seguir ofendiéndola. En lo que a mí atañe, tampoco recibí mucho amor. Pero nunca la odié. Y ahora, como comprenderás, ya no tengo con quien hablar.

Mi querida niña, piensa en mí y recuérdame en tus oraciones. Me he trasladado a la posada —¿recuerdas el Grifo Dorado?— porque la casa se me hizo insoportable. Las noches son muy tristes y no puedo conciliar el sueño. ¿Qué haré? Soy viudo, tengo dos hijos pequeños y a mi alrededor se extiende el turbulento desorden de la guerra. Si puedo te haré una visita. Me encantaría que vinieras a verme, pero los riesgos son excesivos. Firmo, como en los viejos tiempos,

Papá

*Post scriptum.* He abierto el testamento de tu madre. No me dejó nada. Saludos a tu marido.

*Johannes Fabricius: en Wittenberg*

Salud, noble hijo de noble padre. Disculpe mi prolongada demora en responder a sus numerosas cartas, tan bien acogidas y fascinantes. Estos últimos meses estuve muy ocupado con asuntos tanto privados como públicos. Sin duda está enterado de los trascendentales acontecimientos que se han producido en Bohemia y que, amén de otras consecuencias, han provocado mi práctico destierro de Praga. Estaré unos pocos días en Kunststadt, en casa de una conocida de mi difunta esposa, una viuda de buen corazón que se ha ofrecido a cuidar de mis hijos huérfanos de madre hasta que halle alojamiento y me establezca en Linz. Pues sí, a Linz me dirijo para ocupar el cargo de matemático regional. Ya ve cuán bajo he caído.

El año transcurrido ha sido el peor de mi vida. Rezo por no ver nunca más otro semejante. Era impensable que a un hombre le acontecieran tantos infortunios en un período tan breve. Perdí a mi amado hijo y, poco después, a mi esposa. Podríamos decir que ya era suficiente pero, a lo que parece, cuando aparecen las desgracias, se presentan cual espantosos ejércitos. Fue la entrada de las tropas de Passau en Praga la que trajo las enfermedades que se llevaron a mi hijito y a mi esposa. Al cabo de poco tiempo se presentaron el archiduque Matías y sus secuaces y mi mecenas y protector fue destronado: ¡el pobre, triste y bueno de Rodolfo! Hice cuanto pude por salvarlo. Ambos bandos en pugna estaban muy influidos por las profecías astrales, algo que siempre ocurre con soldados y estadistas, y fueron ansiosamente solicitados mis servicios como matemático imperial y astrónomo de la corte. Sinceramente, aunque más me habría convenido compartir la suerte de sus enemigos, fui leal a mi señor y llegué al extremo de fingir ante Matías que los astros favorecían a Rodolfo. Pero todo fue en vano. El resultado de la batalla estaba decidido antes de que comenzara. Después de la abdicación, en marzo, me mantuve junto a Rodolfo. A pesar de los pesares, fue bueno conmigo y no quise abandonarlo. El nuevo emperador no me es hostil y el mes pasado llegó al extremo de confirmarme en el cargo de matemático. Sin embargo, Matías no es Rodolfo y estaré mejor en Linz.

Estaré mejor: no dejo de repetírmelo. Al menos en la Alta Austria hay seres que valoran mi persona y mi trabajo. Es más de lo que puedo decir de mis compatriotas. ¿Está enterado de mis intentos de regresar a Alemania? Apelé una vez más, hace poco, a Federico de Württemberg y le supliqué que, si no una cátedra de filosofía, al menos me concediera un humilde cargo político para disponer de alguna paz y de un espacio reducido en el que proseguir serena y tranquilamente mis estudios. La oficina del canciller no hizo oídos sordos e incluso sugirió que me apuntaran entre los aspirantes a ocupar la cátedra de matemáticas en Tubinga, dado que el doctor Maestlin ya cuenta con muchos años. Pero el Consistorio fue de otra opinión. Sus miembros recordaron que en una petición anterior tuve la honestidad de advertir que

no podía suscribir incondicionalmente la Fórmula de la Concordia. También sacaron a relucir la vieja acusación de que soy proclive al calvinismo. A la larga, todo significa que soy definitivamente rechazado por la tierra que me vio nacer. Que se olviden de mí si quieren, pero desde aquí los envío al fondo del infierno.

Tengo cuarenta y un años y lo he perdido todo: mi familia, mi honroso nombre, hasta mi país. Ahora afronto una vida nueva, sin saber qué problemas me aguardan. Pero no desespero. He realizado grandes obras que algún día serán reconocidas en su auténtico valor. Mi trabajo aún no está cumplido. La visión de la armonía del mundo siempre está ante mis ojos y me anima a seguir adelante. Dios no me abandonará. Sobreviviré. Llevo conmigo una copia del grabado del gran Durero de Núremberg que se titula *El caballero, la muerte y el demonio*, imagen de grandeza estoica y entereza que produce en mí un gran solaz: así debemos vivir, afrontando el futuro, indiferentes a los terrores y sin dejamos engañar por vanas esperanzas.

Incluyo una vieja carta que encontré entre mis papeles. Alude a cuestiones de interés científico y quiero que la tenga porque imagino que pasará un tiempo antes de que tenga ánimos para volver a dedicarme a ese tipo de especulaciones.

Su colega,  
Joh: Kepler

*Johannes Fabricius: en Wittenberg*

Ah, mi querido y joven señor, cuánto me alegra saber de sus investigaciones sobre la naturaleza de las misteriosas manchas solares. No sólo me siento lleno de admiración por el rigor y el ingenio de sus investigaciones, sino que también me recuerdan un período más dichoso de mi vida y me apartan de esta época odiosa. ¿Es posible que sólo hayan transcurrido cinco años? ¡Afortunado de mí, que fui el primero en observar esas manchas en este siglo! No lo digo con la pretensión de robar su fuego, si me permite que lo exprese así (ni pretendo sumarme a la agotadora disputa entre Scheiner y Galileo en tomo a la prioridad del descubrimiento), sino para convencerme de que hubo una época en que podía proseguir felizmente y con inocencia mis estudios científicos, antes de que acontecieran los desastres de este año espantoso.

Observé por primera vez el fenómeno de las manchas solares en mayo de 1607. Hacía semanas que contemplaba seriamente Mercurio en el firmamento. Según los cálculos, el planeta debía entrar en conjunción inferior con el sol el 29 de mayo. Como la noche del 27 se desató una gran tormenta y tuve la impresión de que ese aspecto era el motivo de semejante perturbación climática, pensé que la conjunción debía fijarse antes. En consecuencia, la tarde del 28 me decidí a observar el sol. Por aquel entonces me alojaba en el Colegio Wenzel, cuyo rector, Martin Bachazek, era amigo mío. Aficionado donde los haya, Bachazek había construido una torreta de madera en uno de los desvanes del colegio y allí nos retiramos aquel día. Los rayos del sol se colaban por las delgadas grietas de las tablillas y pusimos un trozo de papel bajo uno de los rayos, papel en el que se formó la imagen del sol. Y patapán. En la trémula imagen del sol divisamos una manchita muy negra, aproximadamente como una pulga reseca. Convencidos de que observábamos la culminación de Mercurio, fuimos presa de una gran agitación. Para evitar errores y comprobar que no era una mácula del papel, lo desplazamos de un lado a otro para que la luz se moviera: la manchita negra apareció en todas partes con la luz. Inmediatamente redacté un informe y pedí a mi colega que lo confirmara. Corrí hasta el Hradschin y envié la noticia al emperador por intermedio de un ayuda de cámara, ya que esa conjunción era del máximo interés para Su Majestad. Después acudí al taller de Jost Bürgi, mecánico de la corte. Como había salido, tapamos la ventana con uno de sus ayudantes y, a través de una minúscula apertura, dejamos que la luz iluminara una plancha de hojalata. La manchita volvió a aparecer. Busqué la confirmación de mi informe y pedí al ayudante de Bürgi que lo firmara. Tengo el documento sobre el escritorio y veo la firma: *Heinrich Stolle, oficial relojero, de mi puño y letra*. ¡Con cuánta claridad lo recuerdo!

Claro que, como tan a menudo, me equivoqué. Como usted sabe, no había

presenciado la culminación de Mercurio, sino una *mancha solar*. Me pregunto si ha desarrollado alguna teoría acerca del origen del fenómeno. Aunque desde entonces lo he visto a menudo, aún no he encontrado una explicación satisfactoria. Tal vez se trata de una formación nubosa, como en nuestro cielo, pero maravillosamente negra y densa y, por consiguiente, fácil de percibir. ¿Serán emanaciones de gas candente que se elevan de la superficie al rojo vivo? En lo que a mí respecta, no son del máximo interés por su causa, sino por el hecho de que, en virtud de su forma y de su movimiento evidente, demuestran satisfactoriamente la rotación del sol, rotación que había postulado sin pruebas en mi *Astronomia nova*. Me asombra todo lo que pude hacer en ese libro sin la ayuda del telescopio, instrumento al que usted ha dado tan buen uso en su trabajo.

¿Qué haríamos sin nuestra ciencia? Incluso en estos tiempos de temor supone un gran consuelo para mí. Cada día que pasa, mi señor, Rodolfo, se muestra más extraño: no creo que sobreviva. En ocasiones parece no darse cuenta de que ya no es emperador. No lo desengaño. El mundo es un lugar muy triste. ¿No sería mejor ascender a las cumbres diáfanas y silentes de la especulación celestial?

Le ruego que no tome a pecho mi mal ejemplo y que vuelva a escribirme pronto. Señor, quedo con usted,

siempre suyo,  
Johannes Kepler

*Frau Regina Ehem: en Pfaffenhofen*

Mi querida Regina, solía parecerme que la vida es una materia informe y siempre mudable, digamos que una bola de cristal fundido que hemos arrojado y que, sin disponer siquiera de los instrumentos más burdos, con la sola ayuda de nuestras manos, debemos moldear hasta formar una esfera perfecta a fin de contenerla en nosotros mismos. Pensaba que ésa es nuestra tarea, me refiero a la transformación del caos externo en una armonía y un equilibrio perfectos en nuestro interior. Qué error, qué error: son nuestras vidas las que nos contienen, *nosotros* somos la imperfección en el cristal, la mancha de arenisca que debe ser expulsada de la esfera giratoria. Se dice que el que se ahoga ve pasar toda la vida ante sus ojos un instante antes de sucumbir: ¿por qué sólo habría de ocurrir en la muerte por inmersión? Sospecho que tiene lugar cualquiera que sea el modo de la muerte. En el último instante percibiremos por fin la forma secreta y esencial de todo lo que hemos sido, de todas nuestras acciones y pensamientos. La muerte es el medio perfeccionador. Esta verdad —estoy convencido de que es una verdad— se me ha manifestado con todas sus fuerzas a lo largo de los últimos meses. Es la única respuesta que confiere sentido a esos desastres y dolores, a esas traiciones.

Mi querida niña, no te considero responsable de nuestras actuales diferencias. Entre los que te rodean, y me refiero a alguien en concreto, hay quienes ni siquiera dejan en paz a un hombre desconsolado y enfermo en la hora de su agonía. Tu madre apenas se había enfriado en la tumba cuando llegó la primera misiva autoritaria de tu marido, como un puñetazo en el estómago, y ahora *tú* me escribes en ese tono inusual. No es tu tono de voz, que recuerdo con ternura y afecto, ni el modo en que te dirigirías a mí si pudieras elegir. Estoy convencido de que esas palabras te fueron dictadas. Por consiguiente, ahora no me dirijo a ti sino que, a través de ti, me dirijo a otra persona a la que no me resigno a escribir directamente. Más le vale aguzar el oído. Quiero que esta sórdida cuestión se aclare para satisfacción de todos.

¿Cómo osas insinuar que demoro el pago de ese dinero? ¿Qué me importa el dinero contante y sonante, de qué me sirve a mí, que he perdido lo que me era más precioso que los tesoros de oro del emperador, es decir, mi esposa y mi amado hijo? El que mi esposa Barbara prefiriera no mencionarme en su testamento me supone un dolor profundo, pero estoy decidido a cumplir sus deseos. Aunque de momento no tengo valor para investigar a fondo cuál es la situación, en un sentido general estoy al tanto del estado de la fortuna de *Frau Kepler* o de lo que queda. Cuando murió su padre y se dividieron las propiedades en Mühleck, tenía alrededor de 3000 florines en propiedades y bienes. Por lo tanto, no era tan rico como nos hicieron creer... pero esto es harina de otro costal. A la muerte de Jobst Müller, viajé con *Frau Kepler* a

Graz y dediqué mucho tiempo y esfuerzos a convertir su herencia en dinero contante y sonante. Los impuestos de Estiria eran, lisa y llanamente, medidas punitivas contra los luteranos y sufrimos grandes pérdidas al sacar su dinero de Austria. Por eso ahora no existen esos miles de los que, según piensan algunos, yo pretendo apropiarme. Nuestra vida en Bohemia fue difícil, el emperador nunca fue un pagador puntual y, pese a la extrema parsimonia de *Frau* Kepler, en ocasiones tuvimos que apelar inevitablemente a su capital. Tuvo muchas enfermedades, siempre insistió en usar ropa fina y nunca se dio por satisfecha con alubias y salchichas. ¿Crees que vivimos del aire?

Después de mis nupcias y a pesar de una gran oposición, logré que me nombraran tutor de la hijita de mi esposa, nuestra querida Regina, porque la quería tal como era entonces y porque temía que, entre los familiares de su madre, se viera expuesta a los peligros del catolicismo. Jobst Müller me prometió 70 florines anuales para la manutención de la niña: jamás me pagaron nada de esa asignación ni me permitieron tocar la considerable fortuna de Regina. Por lo tanto, me siento justificado si resto de la herencia una recompensa justa y adecuada. Tengo dos hijos propios de los que cuidar. Mis amigos y mecenas, la Casa de Fugger, se ocuparán de traspasarte la suma restante. Confío en que no los *acusarás* de transacciones poco claras.

Johannes Kepler

*Dr. Johannes Brengger: en Kaufbeuren*

Hoy he recibido, de Markus Welser de Colonia, las primeras pruebas de mi *Dioptrice*. La impresión se ha atrasado y ahora que por fin ha comenzado existen problemas para la financiación del proyecto. Temo que pasará mucho tiempo antes de que la obra esté terminada. La concluí en agosto y de inmediato se la presenté a mi mecenas, el elector de Colonia Ernst, que lamentablemente se ha mostrado menos entusiasta y rápido que el autor y que no parece tener prisas por ofrecer al mundo esta obra importante que le fue dedicada. De todas maneras, me alegra ver estas pocas páginas en letras de molde ya que, dado mi actual estado de perturbación, agradezco la ligera distracción que proporcionan. Qué lejanos parecen aquellos meses estivales en los que mi salud pareció mejorar y en los que trabajé con tanta energía. Una vez más soy víctima de ataques febriles y, en consecuencia, no tengo energías y mi espíritu se resiente. Abundan las preocupaciones y corren rumores de guerra. Al contemplar una vez más la forma de este librito, me sorprende el pensamiento de que quizá, sin darme cuenta, tuve indicios de los problemas que iban a llegar, porque sin duda se trata de una obra extraña, extraordinariamente severa y muda, de tono frío y ejecución precisa. En nada se parece a mí.

Se trata de un libro difícil de comprender y que no sólo requiere una mente inteligente sino, sobre todo, la alerta intelectual y el deseo extraordinario de averiguar las causas de las cosas. En él me he propuesto esclarecer las leyes por las que se rige el telescopio de Galileo. (Podría añadir que para la tarea he recibido muy poca ayuda, como cabía imaginar, de aquel que ha dado su nombre al nuevo instrumento). Creo que se puede decir que con este libro y con la *Astronomia pars optica*, de 1604, he sentado las bases de una nueva ciencia. Mientras que el libro precedente era una inmersión alegre y especulativa en la naturaleza de la luz y el funcionamiento de las lentes, *Dioptrice* es una sobria exposición de reglas al estilo de un manual de geometría. Oh, me encantaría enviarle un ejemplar porque ardo en deseos de conocer su opinión. ¡Malditos sean los tacaños! Consta de 141 reglas, divididas esquemáticamente en definiciones, axiomas, problemas y proposiciones. Comienzo por la ley de refracción y reconozco que su expresión no es mucho menos inexacta que las anteriores, aunque no me ha ido tan mal en virtud de que los ángulos de incidencia que se tratan son muy pequeños. También he hecho una descripción de la reflexión total de los rayos de luz en un cubo y en un trilátero de cristal. Obviamente, he abordado con más profundidad que nunca la cuestión de las lentes. Creo que en el Problema 86, en el que demuestro que con la ayuda de dos lentes convexos los objetos visibles pueden agrandarse y volverse más definidos aunque invertidos, he definido el principio que sirve de fundamento al telescopio astronómico. Asimismo, al tratar las combinaciones adecuadas entre una lente convergente y una divergente en

lugar de una simple lente objetiva, he allanado el terreno para un gran perfeccionamiento del telescopio de Galileo. Creo que al paduano no le gustará.

Mi querido doctor, puede ver hasta qué extremos he llevado nuestra ciencia. Ciertamente, estoy convencido de que he llegado tan lejos como era posible y reconozco con cierto pesar que estoy perdiendo el interés por el tema. El telescopio es un instrumento maravillosamente útil y sin duda prestará grandes servicios a la astronomía. Yo me hartó enseguida de contemplar el firmamento, por muy maravilloso que sea lo que puede verse. Dejemos que otros tracen el mapa de los nuevos fenómenos. Mi vista deja mucho que desear. Sospecho que no soy el Colón del firmamento, sino un modesto y hogareño visionario de butaca. Los fenómenos que ya conozco son lo bastante extraordinarios y fantásticos. Si los nuevos astrónomos descubren hechos novedosos que ayuden a explicar la verdadera causa de las cosas, me parece bien. Pero, en mi opinión, las verdaderas respuestas al misterio cósmico no se encuentran en el cielo, sino en ese otro firmamento infinitamente más pequeño pero no menos misterioso que contiene nuestro cráneo. En síntesis, mi querido amigo, estoy chapado a la antigua, como también soy,

su amigo de toda la vida,  
Kepler

*Aedes Cramerianis*  
*Praga*  
*Octubre de 1610*

*Georg Fugger: en Venecia*

Permítame ofrecerle una vez más mi cálido y más sincero agradecimiento por su leal defensa de mi persona y de mi obra. También quiero agradecerle sus amables palabras con respecto a mi *Dissertatio cum nunciu sidero* y sus esfuerzos por dar a conocer en Italia las opiniones expresas en esa modesta obra. Pero una vez más me veo obligado a protestar por su defensa demasiado entusiasta de mí, en contra de Galileo. No me opongo a él. A pesar de lo que usted sostiene, mi *Dissertatio* no le *arranca la máscara del rostro*. Si lee mi opúsculo con atención verá claramente que, con ciertas reservas, he dado mi beneplácito a sus descubrimientos. ¿Le sorprende? ¿Se siente tal vez desilusionado? Estoy seguro de que se pregunta cómo puedo ser cálido con alguien que ni siquiera se digna escribirme directamente. Como he sostenido en anteriores ocasiones, soy amante de la verdad y la acojo de buena gana y la celebro proceda de donde proceda. Por momentos sospecho que los que se ocupan de esta disputa sobre la veracidad de los hallazgos de Galileo no están tan interesados por la verdad objetiva como por armarse de argumentos para utilizarlos contra un hombre arrogante e inteligente, un hombre que no es lo bastante sutil ni astuto para mostrar falsa humildad a fin de satisfacer a la gente. En su presunta *Refutación*, el joven payaso Martin Horcky, el ayudante de Magini, tuvo el descaro de citarme... no, de citarme falsamente para apoyar sus bastardas diatribas contra Galileo. No tardé en poner fin a mi trato con ese petimetre imberbe.

De todas maneras, reconozco que es difícil querer a Galileo. Por si no lo sabe, en todo el tiempo transcurrido sólo me ha escrito una carta. En lo que se refiere a lo demás, a las noticias de sus nuevos descubrimientos e incluso las que aluden a su reacción ante mi *Dissertatio* (¡que, al fin y al cabo, era una carta abierta que le dirigí!), tengo que basarme en la información de segunda mano del embajador toscano en Praga y de otras personas por el estilo. ¡Cuán sigiloso y desconfiado es el paduano! Si me envía una miaja, la oculta dentro del disfraz más imposible y estrafalario que quepa imaginar. Por ejemplo, el verano pasado me envió el siguiente mensaje por intermedio del embajador: *Smaismirmilmepoetaleumibunenugttaurias*. Al principio me causó gracia: después de todo, a veces a mí también me da por jugar con anagramas y juegos de palabras de esta índole. Cuando me puse a descifrar el código, creí que me volvía loco. Cuanto conseguí fue una especie de verso en latín macarrónico que no tenía sentido. Sólo el mes pasado —cuando Galileo se enteró de que había despertado incluso la curiosidad del embajador— se dignó dar la solución: en ese galimatías anunciaba el descubrimiento de lo que parecen ser dos lunas pequeñas que rodean Saturno. He recibido otro acertijo que parece referirse a *una mancha roja de Júpiter que rota matemáticamente*. Me pregunto si la mancha roja

será verdadera o sólo un pretexto para desviar la atención. ¿Cómo responder a este tipo de tonterías? En mi próxima carta le tiraré de las orejas.

¡A pesar de todo, es un científico extraordinario y atrevido! ¡Ay, ojalá pudiera viajar a Italia y conocer al Titán! No permitiré que se burlen de él en mi presencia. En su misiva comenta que Magini y el temible Horky (se merece el apellido), además de usted, se sintieron encantados con el fragmento de la *Dissertatio* en el que digo que el principio del telescopio fue establecido hace veinte años por Della Porta y también en mi propia obra sobre óptica. ¡Galileo no ha reivindicado la *invención* del instrumento! Además, esas anticipaciones fueron puramente especulativas y no restan importancia a la fama de Galileo. Yo sé cuán largo es el camino que va del concepto teórico a su consecución práctica, de la mención de las antípodas en Tolomeo al descubrimiento del Nuevo Mundo por Colón, y de los instrumentos de dos lentes empleados en este país al instrumento con el que Galileo ha penetrado el cielo.

Permítame manifestar claramente y sin lugar a equívocos que mi *Dissertatio* no es la obra maestra de la ironía, por la que muchos la toman (¡ojalá poseyera tanta sutileza!), sino un apoyo claro y explícito a las afirmaciones de Galileo. Gracias por las naranjas. Lamento comunicarle que el paquete llegó roto y que se pudrieron.

Su servidor, señor,  
Joh: Kepler

Praga  
Septiembre de 1610

*Profesor Gio. A. Magini: en Bolonia*

Noticias extraordinarias, mi querido señor: Ernst, elector de Colonia y mi mecenas, que pasó el verano en el Consejo de príncipes, regresó la semana pasada de una rápida visita a Viena y trajo un telescopio, el mismo con que Galileo obsequió al archiduque de Baviera. De esta forma, el mezquino paduano queda frustrado en sus celos por la generosidad de mis amigos y mecenas. Es posible que, después de todo, en el mundo haya justicia.

He tenido graves dificultades con este Galilei (creo que su padre poseía una mente más sutil: ¿ha leído sus obras?). Con su autoritarismo consuetudinario, envía mensajes a través de sus compatriotas en la corte, exige que lo apoye en sus afirmaciones sobre Júpiter porque al parecer no está satisfecho con mi *Dissertatio* y quiere que me reitere en las afirmaciones cada vez más contundentes de su genialidad... pero, pese a mis infinitas súplicas, no me envía el instrumento que me permita comprobar sus afirmaciones a plena satisfacción. Dice que los gastos y la dificultad de fabricación se lo impiden, pero sé que ha repartido telescopios a todos sin excepción. ¿Qué es lo que le produce tanto miedo como para excluirme? Confieso que llego a pensar que sus enemigos tienen algo de razón cuando lo tildan de fanfarrón y charlatán. Lo conminé a que me enviara los nombres de los testigos dispuestos a declarar que habían visto aquello que él defiende en *Sidereus nuntius*. Replicó que el gran duque de Toscana y cualquiera de los numerosos Medici respondía por él. Y yo me pregunto, ¿de qué sirven? No me cabe la menor duda de que el gran duque de Toscana defendería la santidad del demonio si le conviniera. ¿Dónde están los *científicos* dispuestos a corroborar los descubrimientos? Galileo dice que los considera incapaces de identificar Júpiter, Marte o incluso la luna y que no podemos esperar que reconozcan un nuevo planeta nada más verlo.

Empero, ahora todo se ha resuelto gracias al elector Ernst. Desde el 30 de agosto, fecha en que regresó de Viena, con ayuda del telescopio he podido contemplar con mis propios ojos esos fenómenos nuevos y maravillosos. A diferencia del paduano, quise contar con el apoyo de testigos dignos de confianza e invité a mi casa al joven matemático Ursinus y a otros notables para que, individualmente y mediante registro bajo juramento, proporcionáramos pruebas irrefutables de las afirmaciones de Galileo. Para evitar errores e imposibilitar toda acusación de complicidad, insistí en que cada uno dibujara con tiza en una tablilla lo que había visto a través del telescopio para comparar posteriormente las observaciones. Fue realmente satisfactorio. Compartimos un buen vino y una cesta con alimentos —pasteles de carne de caza y unas excelentes salchichas— y pasamos una velada muy animada, si bien debo reconocer que el vino, sumado a mi mala vista, provocó en mí una visión extraña y peculiarmente coloreada del fenómeno. Sin embargo, a grandes rasgos los

resultados coincidieron y durante los días siguientes pude contratarlos en repetidas ocasiones. ¡Galilei tenía razón!

¡Ah, con cuánta agitación apoyé mi rostro en el magnífico instrumento! ¿Qué ocurriría si los nuevos descubrimientos sólo sirvieran para demostrar que me equivoqué en mis caras pretensiones sobre la verdadera naturaleza de las cosas? El pavor era infundado. Sí, Júpiter tiene lunas; sí, en el firmamento hay muchas más estrellas que las que el ojo percibe con la ayuda de instrumentos; sí, sí, la luna está hecha de materia parecida a la de la tierra: de todos modos, la forma de la realidad sigue siendo tal como siempre me pareció. La tierra ocupa el lugar más distinguido en el universo porque rodea el sol en el espacio intermedio entre los planetas y, a su vez, el sol representa el sitio intermedio de reposo en un espacio esférico rodeado de estrellas fijas. Todo está regulado según las leyes eternas de la geometría, que es única y eterna, imagen de la mente de Dios. He visto todo esto y me siento en paz... pero no tengo nada que agradecerle a Galileo.

Vivimos tiempos extraños y maravillosos porque estas transformaciones se forjan en nuestra perspectiva de la naturaleza de las cosas. Pero debemos ceñirnos al hecho de que sólo se trata de una visión que se expande y se altera, sin ser la cosa misma. Es curiosa la facilidad con que nosotros, pequeñas criaturas, confundimos la apertura de nuestros ojos con la aparición de una nueva creación: semejamos niños que cada mañana, al despertar, imaginan que el mundo se rehace.

Su amigo, señor,  
Johannes Kepler

*Frau Katharina y Heinrich Kepler: en Weilderstadt*

Madre mía: no importa por qué canales, pero he recibido informes malsanos y espeluznantes sobre tu conducta. Aunque ya habíamos hablado de esta cuestión, parece que debo intervenir nuevamente y por la fuerza. ¿No estás enterada de lo que se dice de ti en Weil y sus cercanías? Aunque tu propia seguridad no te preocupe, piensa al menos en tu familia, en mi posición y en la de tus hijos e hija. Sé que Weil es un lugar pequeño y que le darán a la lengua sin tener en cuenta si el escándalo es real o inventado por mentes perversas, razón de más para tener cuidado. En estos días nos enteramos que cada vez llevan más gente a la hoguera en Suabia. No te engañes: nadie está a salvo de la amenaza de las llamas.

Ursula Reinbold, la esposa del vidriero, ha hecho correr la voz de que una vez, después de beber en tu casa, enfermó de horribles flujos y afirma que la envenenaste con un bebedizo mágico. Sé que está desequilibrada, que tiene mala fe y que su enfermedad probablemente se debió a un aborto... pero este tipo de historias comienza con gente como ella y, con el paso del tiempo, adquieren la apariencia de verdad en la mente de la mayoría. Al enterarse de la acusación de la señora Reinbold, otros opinan que también tienen motivos de queja contra ti. En momentos como éste, en que los astros son desfavorables, surge una especie de locura que se apodera de la gente. Además, ¿qué mal le hiciste a la esposa del vidriero? Asegura que la engañaste y aparentemente ahora abriga un odio profundo contra toda nuestra familia. También me han dicho que Christoph estuvo liado con ella... ¿qué hace el joven tonto relacionándose con mujeres como la señora Reinbold?

Hay algo más. El maestro Beutelspacher dice que bebió algo en tu casa y que ese trago provocó su debilidad. (A propósito, ¿en qué consiste *esa* bebida con la que parece que has emborrachado a todo el pueblo?). Bastian Meyer afirma que diste una loción a su esposa y que, después de aplicársela, sufrió una enfermedad persistente y murió. Christoph Frick, el carnicero, asegura que un día, después de cruzarse contigo por la calle, súbitamente sintió dolores en la pierna. El sastre Daniel Schmid te acusa de la muerte de sus dos hijos porque entraste en su casa sin motivo y, en una lengua extraña, susurraste invocaciones sobre la cuna. Schmid también afirma que cuando sus hijos enfermaron enseñaste a su esposa una plegaria que debía pronunciar con luna llena, bajo el cielo, en el campo santo, plegaria que curaría a los niños que, a pesar de todo, murieron. ¡Lo más disparatado que me han dicho es que tú, Heinrich, declaraste que nuestra madre había provocado la muerte de un ternero y que luego quiso preparar el asado con el cadáver! ¿*Qué está pasando?* Ah, sí, madre, algo más: un sepulturero de Eltingen sostiene que durante una visita a la tumba de tu padre, le pediste que desenterrara el cráneo para montarlo en plata y regalármelo convertido en

copa. ¿Es verdad? ¿Te has vuelto loca? Heinrich, ¿qué sabes de estos asuntos? Estoy fuera de mí de inquietud. Me pregunto si no será mejor que me traslade a Suabia e investigue personalmente. La situación es cada vez más difícil. Madre, te suplico que permanezcas en casa, no hables con nadie y, sobre todo, te dejes de curaciones y de preparar pociones. Envío esta carta directamente a *Herr Raspe*, como haré en el futuro, porque me han dicho que antes, pese a mis instrucciones, habéis pedido a Beutelspacher —¡ni más ni menos que a él!— que os leyera mis cartas.

Cuídate de una buena vez y reza por aquel que es

tu amante hijo,  
Johannes

(*Herr Raspe*: le agradezco la información. ¿Qué puedo hacer? ¡Estoy tan seguro como de que hay Dios que la enviarán a la hoguera! Adjuntos los emolumentos de costumbre).

H. Röslin: en *Buchsweiler, Alsacia*

Después de haber leído tu última carta se me ocurren varias ideas, pero he de guardarme la mayoría por miedo de encolerizarte un poco más. Me duele recibir la hostilidad de tu reacción a mi *Antwort auff Röslini discurs*: amigo mío, te aseguro que no pretendía ser un ataque *ad hominem*. Temo que por momentos mi lengua adquiere un filo brusco y grosero, sobre todo si estoy nervioso o simplemente entusiasmado por el tema en cuestión, como es el caso en esta última instancia. En mi opúsculo pretendía definir lo más claramente posible mi actitud hacia la astrología. Ni se me pasó por la cabeza que estaba condenando ni condonando dicha ciencia, de la que eres adalid tan ardiente. ¿Realmente dije en mi última carta que sólo era una nueva *argucia*? ¡No sé qué hay en mí que me lleva a decir semejantes cosas! Por favor, acepta mis disculpas. En ésta intentaré, lo más breve y concisamente posible, reparar la ofensa y expresarte mi más sincera opinión sobre el asunto.

Supongo que te interesará saber que en este mismo momento estoy ocupado en la redacción de otra *Respuesta*, ¡en esta ocasión, a un ataque a los astrólogos! Feselius, médico de cabecera de la persona a la que está dedicado tu *Discurs*, ha presentado un acerbo ataque a la totalidad de la astrología, a la que repudia. ¿No te sorprende saber que en mi última *Antwort* intervengo en defensa de esas andanadas? En contra de lo que parece pensar, te aseguro que no sustento que la totalidad de dicha ciencia sea inútil. Feselius, por ejemplo, afirma que astros y planetas fueron colocados por Dios como señales para determinar el tiempo y, por consiguiente, al escudriñar las estrellas los astrólogos asignan una intención errónea al Señor. También sostiene que la teoría de Copérnico se opone a la razón y a las Sagradas Escrituras. (Supongo que en esta última afirmación coincides con él. Perdóname, amigo, el sarcasmo me resulta irresistible). Lo antedicho es pura tontería. Feselius es un individuo necio y pomposo y me propongo despacharlo de una rápida estocada. Sólo lo menciono para que te des cuenta de que no soy del todo indiferente a tus opiniones.

Me interesa tu afirmación de que, detrás del mundo visible, existe otro mundo de la magia que no nos es dado ver salvo en los pocos casos en que se nos permite presenciar actividades mágicas en plena acción. No estoy de acuerdo. Röslin, ¿no te das cuenta de que, por ejemplo, la magia del así llamado cuadrado mágico no es más que disponer números de cierta manera para que produzcan configuraciones maravillosas... y que eso es todo? Ningún efecto de esa *magia* se traspasa al mundo. El verdadero misterio y milagro no consiste en que los números influyan sobre las cosas (¡que no es así!), sino en que expresan la naturaleza de las cosas; que el mundo inmenso, variopinto y aparentemente regido por el azar, en sus reglas básicas está sujeto a la precisión y el orden rigurosos de las matemáticas.

Para mí lo importante no es que el firmamento estimule el instinto innato, sino el

intelecto humano. La búsqueda del conocimiento encuentra relaciones geométricas en la naturaleza, que Dios, a la hora de crear el mundo, extrajo, por así decirlo, de sus propios recursos. Por consiguiente, investigar la naturaleza consiste en rastrear relaciones geométricas. Como en su infinita bondad Dios no pudo descansar de su trabajo, jugó con las características de las cosas y se copió a sí mismo en el mundo. Ésta es una de mis ideas, al margen de que toda la naturaleza y toda la elegancia celeste estén o no simbolizadas en la geometría. (Supongo que es la base de todas mis convicciones). Y así, instintivamente o a sabiendas, el creado imita al Creador: la tierra al hacer cristales, los planetas al organizar sus hojas y sus flores, el hombre con su actividad creativa. Todos estos actos son como un juego de niños, sin propósito ni designio, manan de un impulso interior, de un gozo simple. Y el espíritu que lo contempla se encuentra y se reconoce en aquello que crea. Sí, Röslin, sí: todo es juego.

*Vale*  
Johannes Kepler

Dr. Michael Maestlin: en Tubinga

He recibido su bella y conmovedora carta, por la cual le estoy muy agradecido, aunque confieso que me ha apenado profundamente. Durante mucho tiempo, y a pesar de que le escribí con frecuencia, no he tenido noticias tuyas. De repente, como si el resentimiento y la irritación lo incitaran, llega esta extraña despedida. ¿Acaso *he alcanzado un escalón tan elevado y una posición tan distinguida* que, si se me antojara, podría *mirarlo por encima del hombro*? Vamos, señor, ¿qué significa esto? Es usted mi primer maestro y mecenas y me gustaría seguir pensando que es mi amigo más antiguo. ¿Cómo podría mirarlo por encima del hombro? ¿Por qué lo haría? Asegura que en ocasiones mis preguntas han sido demasiado sutiles para que su sabiduría y sus dotes las captaran: maestro, estoy convencido de que si hubo cosas que no entendió, la falta fue mía, mi expresión se tomó torpe y confusa o tal vez mis propios pensamientos eran insensatos. ¿De modo que *sólo entiende su modesto oficio*? En este sentido, sólo diré lo siguiente: comprendió la obra de Copérnico en una época en que otros, cuyos nombres posteriormente han sonado mucho en el mundo, ni siquiera habían oído hablar, del habitante de Ermland ni de sus teorías. ¡Vamos, mi querido doctor, basta de tonterías, no las acepto!

De todas maneras, en el tono de su carta hay algo que resulta imposible negar. Estoy convencido de que, a este respecto, la culpa es de mi temperamento. Siempre me ha ocurrido lo mismo: pese a mis esfuerzos, me cuesta trabajo hacer amigos y cuando los encuentro soy incapaz de retenerlos. Cuando conozco a los que creo que podría amar, actúo como un perrillo, meneo la cola, dejo colgar la lengua y muestro los blancos de los ojos. Pero tarde o temprano me enfurezco y gruño. Soy rencoroso y muerdo a los demás con mi sarcasmo. ¡Pardiez, si hasta me gusta roer cosas duras y desechadas, huesos y mendrugos de pan, y siempre he sentido un horror perruno por los baños, las tinturas y las lociones! Así, ¿cómo puedo pretender que la gente me quiera por lo que soy si lo que soy es tan despreciable?

Quise a mi manera a Tycho el Danés, aunque creo que jamás se enteró: por cierto, nunca intenté decírselo pues estaba muy ocupado intentando morder la mano, su mano, la que me daba de comer. Fue un gran hombre cuyo nombre perdurará por los siglos de los siglos. ¿Por qué no quise decirle que reconocía su grandeza? Discutimos desde el principio y entre nosotros nunca hubo paz, ni siquiera el día de su muerte. Es verdad que deseaba que yo basara mi trabajo en su sistema del mundo y no en el de Copérnico, algo que me resultaba imposible. Sin embargo, ¿no podría haber disimulado, mentido un poco por su propio bien, apaciguado sus temores? Desde luego que fue un hombre arrogante, lleno de dobleces y malicia y que me trató mal. Pero ahora comprendo que era su modo de ser, como el mío es el mío. Pero no me llamo a engaño: sé que si ahora resucitara y volviera a estar a mi lado, se repetirían

las viejas disputas. No me expreso bien. Intento explicar qué me pasa, que sólo gruño para proteger lo que considero precioso y que preferiría menear el rabo y ser amigo de todos.

En su opinión, me considero un personaje excelso. Pues se equivoca. Nunca he tenido cargos ni honores grandes. Vivo en el escenario del mundo como un simple particular. Si logro sacar de la corte una parte de mi salario, me alegro de no vivir exclusivamente de mi peculio. En cuanto a lo demás, defiendo la actitud de no servir al emperador, sino a toda la raza humana y a la posteridad. Con la esperanza de que así sea, desdeño con secreto orgullo todos los honores y los cargos y también las cosas que conllevan. Considero como único honor el hecho de que, por decreto divino, me he encontrado cerca de las observaciones de Tycho.

Le suplico que olvide todo desaire infligido por la ignorancia de

su amigo,  
K

*Hans Georg Herwart von Hohenburg: en Múnich*

*Salve.* Me temo que ésta será una breve misiva para desear a usted y su familia la felicidad digna de fecha tan señalada. Como la corte está ajetreada con los preparativos de las festividades, de momento se ha olvidado de mí y dispongo de un poco de tiempo para continuar mis estudios privados sin temor a ser importunado. ¿No es extraño que en el momento más inesperado la facultad especulativa, que acaba de aterrizar de un vuelo largo y fatigoso, emprenda súbita e inmediatamente el vuelo una vez más y se encumbre a alturas aún mayores? Después de terminar la *Astronomia nova* y a la espera de uno o dos años de tan necesario descanso y recuperación, aquí me tiene, retomando con renovado fervor aquellos estudios de la armonía del mundo que interrumpí hace siete años con el propósito de resolver la tareilla de fundar la nueva astronomía.

Como estoy convencido de que desde el principio la mente contiene en su seno las formas básicas y esenciales de la realidad, no es sorprendente que, antes de tener una idea clara sobre el contenido, ya haya concebido la forma del libro que proyecto. Siempre me pasa lo mismo: ¡en el principio está la forma! Por consiguiente, preveo una obra dividida en cinco partes que se corresponden con los cinco intervalos planetarios, al tiempo que la cantidad de capítulos de cada parte se basará en las cantidades significativas de cada uno de los cinco sólidos regulares o platónicos que, según mi *Misterium*, encajan en dichos intervalos. Además, como adorno y para presentar los debidos respetos, propongo que las iniciales de los capítulos contengan en forma de acróstico los nombres de ciertos famosos. Aunque es posible que, en el calor de la composición, haya que abandonar el grandioso diseño. No tendrá importancia.

He adoptado como lema aquella frase de Copérnico en la que se refiere a la maravillosa simetría del mundo y a la armonía existente en las relaciones del movimiento y la magnitud de las órbitas planetarias. Y me pregunto en qué consiste dicha simetría. ¿Cómo es posible que el hombre perciba esas relaciones? Creo que esta última pregunta halla rápida respuesta: acabo de darla hace un momento. El alma contiene en su naturaleza intrínseca las armonías puras en tanto prototipos o paradigmas de las armonías perceptibles por los sentidos. Puesto que esas armonías puras son una cuestión de proporciones, deben existir figuras comparables entre sí: deduzco que son el círculo y esas partes del círculo que se derivan al cortar arcos. En consecuencia, el círculo es algo que sólo ocurre en la mente: el círculo que dibujamos con el compás no es más que la representación inexacta de una idea que la mente llevaba dentro de sí como realmente existente. En este punto, estoy firmemente en desacuerdo con Aristóteles, que afirma que la mente es una *tabula rasa* en la que se

escriben las percepciones sensoriales. Es un error, un error. La mente aprende de sí misma todas las ideas y figuras matemáticas y mediante signos empíricos sólo recuerda lo que ya conoce. Las ideas matemáticas son la esencia del alma. A partir de sí misma, la mente concibe la equidistancia desde un punto y entonces hace, por sí misma, la representación del círculo, sin la menor percepción sensorial. Permítame plantearlo de la siguiente manera: si la mente no hubiese compartido nunca un ojo, para concebir las cosas situadas fuera de sí reclamaría un ojo y prescribiría leyes propias para su formación. El reconocimiento de cantidades, innato en la mente, determina cómo debe ser el ojo y, en consecuencia, el ojo es así porque la mente es así y no a la inversa. La geometría no se recibió a través de los ojos: ya estaba dentro.

Éstas son algunas de mis preocupaciones actuales. En el futuro tendrá mucho que decir sobre el tema. De momento, mi esposa desea que el gran astrónomo vaya al pueblo a comprar una oca.

*Fröhliche Weihnachten!*  
Johannes Kepler

Loretoplatz  
Colina del Hradschin  
Praga  
Domingo de Resurrección de 1605

*David Fabricius: en Friesland*

Como he postergado tanto mi promesa de enviarle una carta, está bien que me siente ahora, en la celebración de la redención, para hablarle de mi triunfo. Mi querido Fabricius, ¡cuán ciego he sido! En todo momento tuve en mis manos la solución del misterio de la órbita de Marte y me habría bastado con abordar las cosas desde el ángulo correcto. Transcurrieron cuatro largos años desde el momento en que reconocí la derrota por aquel error de 8 minutos de arco hasta mi retomo al problema. En mi ínterin, sin duda, adquirí mucha habilidad en geometría e inventé muchos y novedosos métodos matemáticos que resultaron de un valor incalculable para la renovada campaña marciana. El ataque decisivo llevó dos, casi tres años más. Si mis circunstancias hubiesen sido mejores, tal vez lo habría hecho más rápido, pero sufrí una infección de la vesícula biliar y estuve ocupado con la Nova de 1604 y el nacimiento de un hijo. De todas maneras, la verdadera causa del atraso fue mi necedad y mi ceguera. Me duele reconocer que, incluso después de resolver el problema, *no reconocí la solución*. ¡Mi querido doctor, así progresamos, a golpe de errores, como en un sueño, como niños sabios sin desarrollar!

Una vez más intenté atribuirle a Marte una órbita *circular* y fracasé. La conclusión fue, lisa y llanamente, que la órbita del planeta se curva hacia adentro por ambos lados y vuelve a curvarse hacia afuera en los extremos. No vacilo en reconocer que esa figura *oval* me aterrorizó. Era contraria al dogma del movimiento circular, que los astrónomos han defendido desde los inicios de nuestra ciencia. Pero las pruebas que acumulé eran innegables. Sabía que lo que valiera para Marte también se aplicaría al resto de los planetas, incluido el nuestro. La perspectiva era abrumadora. ¿Quién era yo para contemplar la idea de rehacer el mundo? ¡Y qué trabajo! Ciertamente, había despejado las tablas de epiciclos, movimientos retrógrados y todo lo demás y me encontré con una única carretera de estiércol, es decir, ese óvalo... ¡y qué hedor despedía! ¡Me tocaba situarme entre los varales y acarrear personalmente la fétida carga!

Luego de unos trabajos preliminares llegué a la conclusión de que el óvalo tenía forma de huevo. Ciertamente, dicha conclusión exigía algunos malabarismos geométricos, pero no se me ocurrió otro modo de imponer una órbita oval a los planetas. En mi opinión, era maravillosamente plausible. Para hallar la superficie del dudoso huevo, calculé 180 distancias entre Marte y el sol y las sumé. Repetí 40 veces la operación. Y volví a fracasar. A continuación pensé que la verdadera órbita debía rondar la figura del huevo y la circular, cual si se tratara de una elipse perfecta. A esa altura estaba frenético y me aferraba a cualquier idea peregrina.

Entonces sucedió algo extraño y maravilloso. Las dos formas de hoz o de pequeño satélite que existían entre los lados aplastados del óvalo y la órbita circular ideal presentaban en su punto más espeso un ancho que equivalía a 0,00429 del radio del círculo. Ese valor me resultó extrañamente conocido (no sé explicar por qué: ¿fue una premonición entrevista en un sueño olvidado?). Me interesé por el ángulo que formaban la posición de Marte, el sol y el centro de la órbita y comprobé azorado que el secante ascendía a 1,00429. La reaparición del valor 0,00429 me permitió saber en el acto que existe una relación fija entre dicho ángulo y la distancia entre el sol, relación que se sustenta en todos los puntos de la órbita del planeta. Por fin, mediante el empleo de esa proporción fija disponía de un medio de calcular la órbita marciana.

¿Piensa que ahí acabó la historia? Esta comedia tiene un último acto. Al tratar de construir la órbita utilizando la ecuación que acababa de descubrir cometí un error geométrico y volví a fracasar. Desesperado, deseché la fórmula con el propósito de probar una nueva hipótesis, es decir, que la órbita fuera una elipse. Después de construir dicha figura mediante medios geométricos, comprobé que ambos métodos producían el mismo resultado y que, de hecho, mi ecuación era *la expresión matemática de la elipse*. ¡Doctor, figúrese mi asombro, alegría y azoramiento! ¡Había tenido la solución ante mis ojos y no la había reconocido! Por fin pude expresar la cuestión en forma de ley sencilla, elegante y verdadera: *Los planetas se desplazan en elipses con el sol en un foco*.

Dios es grande y yo soy su siervo, como también soy

su humilde amigo,  
Johannes Kepler

V  
*Somnium*

Languidecía la tarde cuando por fin llegó a Ratisbona. La lluvia delgada caía oblicuamente en medio del ocaso de noviembre y cubría con una piel plateada su capa, el pantalón y las lacias crines del rocín. Cruzó el Steinerne Brucke para salvar el taciturno oleaje del Danubio. Difusas figuras sin rostro y decididas se cruzaron con él por las calles. En sus oídos resonaba un zumbido agorero y le temblaban las manos al sostener las riendas escurridizas. Se convenció de que todo era producto de la fatiga y el hambre: no podía darse el lujo de enfermar, ahora no podía. Había ido para abordar al emperador, para reclamar el pago de lo que le debían.

Los faroles estaban encendidos en casa de Hillebrand Billig. De lejos divisó las ventanas amarillas, al ventero y a su esposa. Era una imagen surgida de un sueño: la luz que brillaba en medio de la penumbra amarronada y la lluvia, y las personas que aguardaban su llegada. El viejo caballo tosió y chacoloteó hasta detenerse. Hillebrand Billig lo contempló desde la puerta.

—Vaya, señor, no lo esperábamos hasta mañana.

Siempre igual: demasiado tarde o demasiado pronto. No sabía con certeza cuál era el día de la semana.

—¡Pues aquí estoy! —Golpeó contra el suelo sus pies entumecidos, con los ojos llenos de lágrimas a causa del frío.

Lo pusieron a secar en la cocina, junto al fuego, provisto de una bandeja con jamón y alubias, una jarra de ponche, de medio litro, y un cojín para sus almorranas al rojo vivo. A sus pies un perro anciano echaba una cabezada y jadeaba y gruñía en medio del sueño. Billig, hombre corpulento, de barba negra y vestido con ropa de cuero, revoloteaba a su alrededor. *Frau* Billig estaba paralizada de timidez delante del fogón y sonreía a sus trastos. Kepler ya no recordaba cómo ni cuándo había conocido a esa pareja. Daba la impresión de que estaban allí desde siempre, como los padres. Sonrió vacuamente al fuego. Los Billig eran veinte años más jóvenes. El año próximo cumpliría sesenta.

—Me dirijo a Linz —explicó.

Acababa de recordarlo. Tenía que cobrar los intereses de unos bonos austríacos.

—¿Pasaré unos días en casa? —preguntó Hillebrand Billig. Añadió con pesada tunantería—: Ja, como sabe, la tarifa es *barata*. —Era el único chiste que sabía y no se hartaba de repetirlo—. ¿No es verdad, Arma?

—Sí, claro —logró responder *Frau* Billig—. Doctor Kepler, aquí siempre será bien recibido.

—Gracias —murmuró Kepler—. Pues sí, pasaré unos días aquí. Tengo que ver al emperador, me debe dinero.

Los Billig quedaron impresionados.

—Su majestad regresará muy pronto de Praga —dijo Hillebrand Billig, que se enorgullecía de estar al tanto de esos asuntos—. Por lo que me han dicho, el congreso ha terminado sus sesiones.

—Indudablemente daré con él. Lo que no sé es si estará dispuesto a saldar su deuda conmigo. —Su Majestad estaba ocupada con cuestiones más importantes que el salario adeudado al matemático imperial. De pronto Kepler se incorporó inquieto y derramó el ponche. ¡Las alforjas! Se puso de pie y echó a andar hacia la puerta—. ¿Dónde está mi caballo? ¿Qué se ha hecho de mi caballo? —Billig lo había enviado a las cuadras—. ¡Y las alforjas, las las... mis alforjas!

—El mozo las traerá.

—Ay —gimió Kepler y se movió de un lado a otro. Todos sus papeles estaban en esas carteras, incluida la orden imperial timbrada y sellada del pago de 4000 florines que la corona le debía. La ínfima punta de algo inefable se dejó ver fugazmente con una mueca correcta y se esfumó. Kepler volvió a sentarse espantado—. ¿Cómo?

Hillebrand Billig se inclinó a su lado y dijo con toda claridad:

—He dicho que iré personalmente a buscar sus alforjas, ¿de acuerdo?

—Ah.

—Doctor, ¿se encuentra mal?

—No, no... gracias.

Johannes tiritaba. Evocó un repetido sueño de la infancia en el que sin prisa se desplegaba ante él la serie de torturas y catástrofes más atroces, mientras alguien a quien no podía ver observaba sus reacciones con regocijo y atención casi amistosa. En ese momento la visión —por llamarla de algún modo— se pareció a la de otrora, con el mismo floreo hábil y la misma sensación de encubierto regodeo. Seguramente se trataba de algo más que mero miedo por sus pertenencias. Tembló.

—¿Cómo? —*Frau* Billig le había dicho algo—. Disculpe, señora, pero no la he oído.

—¿Y su familia? —repitió en voz más alta, sonrió nerviosa y se alisó el mandil—. ¿Y *Frau* Kepler y los niños?

—Ah, están muy bien, muy bien, sí. —Un ligero espasmo, casi una punzada de dolor lo recorrió de la cabeza a los pies. Tardó un instante en identificarlo: ¡la culpa! Como si a estas alturas aún no la conociera—. Últimamente hemos celebrado una boda.

Hillebrand Billig regresó con la barba mojada por la lluvia y depositó las alforjas junto al hogar.

—¡Ah, qué bien! —masculló Kepler—. Ha sido muy amable. —Puso los pies sobre las alforjas y dirigió los dedos hacia las llamas: que sus sabañones sufrieran un poco, se lo merecían—. Sí, una boda. Nuestra querida Regina nos ha dejado. —Miró a los Billig que, desconcertados, guardaron silencio—. ¿Pero qué estoy diciendo? Me refiero, por supuesto, a *Susan*. —Tosió y lanzó un escupitajo. Le daba vueltas la cabeza—. El matrimonio se estableció en el cielo, cuando Venus habló al oído de mi joven ayudante, Jakob Bartsch, también astrónomo y doctor en medicina. —Cuando la diosa se dio por vencida al ver que ese Adonis era un ejemplar realmente tímido, el propio Kepler asumió la tarea. También entonces había sufrido punzadas de culpa.

¡Cuántas intimidaciones! Se preguntó si había actuado correctamente. Había mucho de su madre en esa niña. ¡Pobre Bartsch!—. El joven Ludwig, mi hijo mayor, también estudiará medicina. —Hizo una pausa—. Yo tampoco estuve ocioso: el último abril he tenido otro hijo, una niña —añadió y miró al fuego con timidez.

*Frau* Billig sacudió las perolas sobre el fogón: desaprobaba a la joven esposa de Kepler, lo mismo que Regina. Ésta le había escrito: *Sería un matrimonio si mi Herr Padre no tuviera hijos*. ¡Vaya modo curioso de expresarlo! Había visto demasiadas cosas en esa carta, era excesiva. Sueños insensatos y pecaminosos. Regina aludía una vez más a la condenada herencia. Le había contestado que se ocupara de sus asuntos, que se casaría en el momento que quisiera y con quien le diera la gana. Pero... ah, Regina, lo que no pude expresar es que me recordaba a ti.

El nombre Susanna había aparecido tres veces en su vida: dos hijas, una muerta en la infancia y otra casada ahora y, por fin, una esposa. Alguien había intentado decirle algo. Quienquiera que fuese, tenía razón. La había escogido entre once candidatas. ¡Once! Sólo después se dio cuenta de la parodia. Ya no las recordaba a todas. Le habían ofrecido varias candidatas: la viuda Pauritsch de Kunstadt, que intentó aprovecharse de sus hijos sin madre en propio beneficio; las madre y la hija, ansiosas cada una de venderle a la otra; María, la gorda de los rizos; la mujer de Helmhard, con formas de atleta, y otras con títulos, cuyo nombre ya no recordaba, una Gorgona de tomo y lomo: todas con ventajas, casas y padres ricos y, pese a la oposición universal que encontró, eligió a una huérfana pobre de pedir, Susanna Reuttinger de Eferding. Hasta su tutora, la baronesa Von Starhemberg, la consideró una pareja demasiado humilde para Kepler.

Susanna tenía 24 años la primera vez que la vio en casa de los Starhemberg en Linz: era una muchacha alta, ligeramente desgarrada, guapa y de mirada vivaz. Su silencio lo perturbó. Aquel primer día apenas pronunció palabra. Kepler había imaginado que se reiría de él: un hombre menudo, maduro y tiquismiquis, con mala vista y la barba salpicada de gris. Pero lo atendió con una especie de tierna intensidad, le dedicó sus solemnes ojos grises y su boca curvada hacia abajo. No se trataba de que se parecía mucho a Regina, sino de que había algo, un aire de ordenada reserva que lo conmovió. Era hija de un ebanista, como tú, como tú.

—Hemos puesto a la niña el nombre de Anna María —dijo y Anna Billig se dignó sonreír—. Creo que es un nombre muy bonito.

Susanna le había dado siete hijos. Los tres primeros murieron poco después de nacer. En ese momento se preguntó si había contraído matrimonio con otra Barbara Müller, de soltera también Müller. Susanna se dio cuenta de lo que pensaba al contemplarlo con esos ojos tristes y temerosos. Kepler tuvo la sospecha, y la idea lo llenó de asombro, de que ella no estaba dolida por ese pensamiento, sino preocupada por él y por *su* pérdida, su sentimiento de traición. ¡Pedía tan poco! Susanna le había dado la felicidad. Y ahora la había abandonado.

—Sí, un nombre muy bonito —repitió.

Cerró los ojos. Las ráfagas de viento sacudieron la casa y creyó oír el ruido más allá del tamborileo de la lluvia. El fuego le dio calor. Los gases atrapados entonaron una débil melodía en lo más profundo de sus entrañas. Ese alivio instintivo lo llevó a pensar una vez más en la niñez. ¿Por qué? En casa del viejo Sebaldu había habido muy pocos y preciosos fuegos de troncos y vasos de ponche. Acarreaba en su interior la visión de la paz y el orden perdidos, una esfera de armonía que jamás existió pero para la cual la idea de la infancia era una especie de aproximación. Eructó y rió para sus adentros por el espectáculo que estaba dando: un viejo bobo y embrutecido por el alcohol, que dormitaba con las botas puestas y divagaba acerca de los años perdidos. Debería quedarse dormido con la boca burbujeante entreabierta y soltando un hilillo de saliva, así completaría la imagen. Pero el fuego ardiente que rugía en su trasero lo mantenía en vela. El perro aulló mientras soñaba con ratas.

—Bueno, Billig, ¿ha dicho que el congreso de los electores concluyó sus sesiones?

—Así es. Los príncipes ya han partido.

—Ya era hora, han tardado seis meses. ¿Está garantizada la sucesión del joven calavera?

—Eso dicen, señor.

—En ese caso, debo darme prisa para que su padre me abone lo adeudado.

Los Billig celebraron la chanza, pero a desgana. Kepler se dio cuenta de que no se dejaban atrapar por su estilo campechano. Se morían de ganas de saber el verdadero motivo por el cual había huido de su casa y de su familia para emprender esa aventura de locos. A él también le habría gustado saberlo. ¿Acaso buscaba una compensación? La promesa de los 4000 florines seguía en sus alforjas y el lacre estaba intacto. Probablemente en esta ocasión le darían otro trozo de pergamino igualmente inútil que haría compañía al anterior. Había conocido a tres emperadores: al pobre Rodolfo; al usurpador Matías, hermano del anterior, y ahora la rueda del infortunio había trazado un círculo completo y ostentaba la corona su viejo enemigo Fernando de Estiria, azote de los luteranos. Kepler jamás se habría acercado a él de no mediar la deuda impagada. Habían transcurrido diez meses desde la última vez que lo abordó.

\* \* \*

La mañana había sido fría, el cielo parecía una glándula amoratada, en el cielo se respiraba un regusto metálico y todo contenía la respiración bajo el asombro de la nieve caída. Por el río se deslizaban blancos pero manchados cantos rodados de hielo. Había permanecido despierto en la penumbra que precede al alba, temerosamente atento a los témpanos que chocaban con la proa, a los crujidos, los gemidos y las súbitas ráfagas de restallidos como lejanos disparos de mosquetes. Atracaron con las primeras luces. En el muelle no había nadie, salvo un perro mestizo de barriga hinchada que perseguía la resbaladiza guindaleza. El gabarrero miró a Kepler con el

ceño fruncido y su aliento a cebolla superó el hedor que llegaba de la carga de pieles que trasladaba en la bodega. «A Praga», había dicho con un ademán desdeñoso, como si en ese instante hubiese fabricado la ciudad muda que se alzaba a sus espaldas, en medio de la helada bruma. Kepler había regateado el precio de la travesía.

Acababa de llegar de Ulm con los primeros ejemplares impresos de las *Tabulae Rudolphinae*. Durante el viaje había hecho un alto en Ratisbona, donde Susanna estaba alojada en la venta de los Billig. Era Navidad y hacía casi un año que no veía a su esposa y a sus hijos, pero no podía quedarse de brazos cruzados. Los jesuitas de Dillengen le habían mostrado cartas de sus sacerdotes en China, cartas en las que solicitaban noticias sobre los últimos descubrimientos astronómicos. De inmediato decidió componer un breve tratado para uso de los misioneros. Los niños apenas lo recordaban. Hacía un alto en el trabajo cada vez que percibía los ojos de los crios clavados en su espalda y en cuanto se volvía los niños se escabullían, susurraban alarmados y se protegían en la cocina de Anna Billig.

Había querido seguir viaje solo, pero Susanna no se lo permitió. No se amilanó al oírle hablar de tormentas de nieve y del río helado. Su vehemencia sorprendió a Kepler:

—Me da lo mismo que vayas a Praga *caminando*: caminaremos contigo.

—Pero...

—Nada de peros... —insistió. Repitió con más ternura—: Querido Kepler, no quiero oír más peros... —Sonrió.

Kepler supuso que Susanna pensaba que no era bueno que pasase tanto tiempo solo.

—Eres muy amable —musitó—, muy amable.

Johannes siempre creyó a pies juntillas que los demás eran mejores que él: más reflexivos, más honorables, un estado de cosas que no compensaba la apología eterna de su vida. Su amor por Susanna era una especie de angustia inexpresable que le comprimía el corazón, pero *no bastaba*, no bastaba, como todo lo que él era y hacía. Le tomó las manos con los ojos llenos de lágrimas e, incapaz de articular palabra, expresó con un asentimiento su embotada gratitud.

En Praga se alojaron en La Ballena, junto al puente. Los niños tenían tanto frío que ni siquiera lloraban. Los portuarios hicieron rodar desde el muelle, a través de la nieve y la mugre, su querido barril con libros. Afortunadamente los había envuelto con guata y había taponado las duelas con hule. Las *Tablas rudolfinas* eran un bonito volumen tamaño folio. ¡Intermitentemente había dedicado veinte años a esa obra! Sabía que contenía la mayor parte de su persona, aunque no la mejor. Sus vuelos más excelsos estaban en *La armonía del mundo* y en la *Astronomía nova*, incluso en el *Misterium*, su primer libro. Sabía que había dedicado demasiado tiempo a las *Tablas*. Habría bastado un año, dos como máximo, si se hubiese concentrado cuando murió el danés y dispuso de las observaciones. Podría haber sido su salvación. Y ahora que todos estaban demasiado ocupados cortándose mutuamente los cuellos para atender a

obras de ese tipo, podría considerarse afortunado si recuperaba los gastos de edición. Aún quedaban algunos interesados... pero ¿qué les importaba convertir a los chinos o, en este sentido, a los papistas? De todas maneras, marineros, exploradores y aventureros honrarían su nombre. Siempre le había atraído la idea de los audaces nautas desentrañando los gráficos y los diagramas de las *Tabulae*, escudriñando con sus ojos penetrantes las páginas descoloridas. No eran los astrónomos, sino los navegantes, los que daban vida a su obra. Durante unos segundos su mente moraba en las inmensidades, sentía la quemazón del sol y del viento salobre, oía aullar la tempestad en los aparejos: ¡y eso que él nunca había visto el océano!

No estaba preparado para los acontecimientos de Praga, para el nuevo espíritu que campaba por sus respetos en la ciudad. La corte había retomado de su sede vienesa para la coronación del hijo de Fernando como rey de Bohemia. Al principio Kepler se mostró encantado y creyó que volvía la era de Rodolfo. Había tenido miedo de ir a Praga, no sólo por el hielo que cubría el río. La guerra era favorable a los bandos católicos y Kepler recordaba que, treinta años antes, Fernando había perseguido a los herejes protestantes hasta expulsarlos de Estiria. En palacio imperaba el ajeteo y una confusión casi desenfrenada, justo donde esperaba encontrar sosiego y sigilo. ¡Y las vestimentas! Las capas amarillas y los calcetines escarlata, los brocados, las galas y las cintas púrpura: nunca había visto semejantes vestidos, ni siquiera en tiempos de Rodolfo. Era como si se encontrase en medio de un engendro de franceses. Y fue a través de la vestimenta como comprendió rápidamente cuánto se había equivocado. No existía ningún espíritu nuevo, todo era un espectáculo, un frenético homenaje que nada tenía que ver con la grandeza, sino con la fuerza pura. Esos rojos y esos púrpuras sólo eran el sangriento distintivo de la Contrarreforma. Y Fernando no había cambiado un ápice.

Si Rodolfo le había recordado a una madre que chochea —sobre todo al final—, su primo Fernando parecía una esposa insatisfecha. Pálido y barrigón, de piernas frágiles, se mantuvo a distancia del astrónomo con actitud tensa y preocupada, como si aguardara la llegada del catador para que probara un bocado antes de correr el riesgo de acercarse. Era propenso a silencios interminables e inquietantes, truco heredado de sus predecesores, oscuras charcas en cuyas profundidades nadaban las formas indiscernibles del recelo y la acusación. Los ojos miraban como centinelas precavidos que guardaban esa nariz gorda y ridícula, su mirada era empañada y clara y, más que atravesado, Kepler se sintió palpado. Se preguntó vanamente si la hosquedad imperial tenía que ver con un estómago flatulento, ya que Fernando expulsaba suaves y ligeros eructos que atrapaba con las yemas de los dedos como un prestidigitador que palmea baratijas ilusorias.

Logró mostrar un mórbido esbozo de sonrisa cuando Kepler se presentó ante él. Las *Tablas* le gustaron: tenía pretensiones de sabiduría. Llamó a un secretario y, con un ademán, dictó una orden por el pago de 4000 florines en reconocimiento a los esfuerzos del astrónomo y para cubrir los gastos de edición, añadiendo incluso un

memorándum en el sentido de que aún se le adeudaban 7817 florines. Musitando y sonriendo como un lelo, Kepler pasó el peso del cuerpo de un pie a otro. La magnanimidad imperial siempre era una mala señal. Aunque Fernando lo despidió con un ademán no poco amistoso, Kepler no se dio por enterado.

—Su majestad ha sido muy amable y generosa —dijo—. No sólo me refiero a la pródiga concesión. Denota un espíritu noble el hecho de que me mantenga en mi cargo de matemático pese a profesar una fe que en su reino es anatema.

Sobresaltado y algo alarmado, Fernando lo miró furtivamente. El título de matemático imperial, que Kepler tenía desde la época de Rodolfo, ya no era más que una formalidad pero, en medio de la guerra de confesiones, se proponía conservarlo.

—Sí, sí... —dijo el emperador sin comprometerse—. Bien... —calló. El secretario miró a Kepler con bronco regocijo y mordisqueó la punta de la pluma. Kepler se preguntó si había cometido un error táctico. Ése era el tipo de solicitud de que gustaba Rodolfo, indirecta y almibarada con halagos, pero estaba hablando con Fernando. El emperador añadió—: Sí, bueno, su religión es... ah, una incomodidad. Tenemos entendido que está pensando en la conversión. —Kepler suspiró: la misma mentira de siempre. Permaneció en silencio. El regordete labio inferior de Fernando se irguió hasta mordisquear una punta del bigote—. En realidad, no tiene demasiada importancia. Todo hombre tiene derecho a profesar aquello que... aquello que... —Reparó en la mirada impaciente y acosada de Kepler y no tuvo arrestos para concluir la frase. El secretario tosió y ambos se volvieron para mirarlo. Kepler se alegró de ver la rapidez con que de su rostro se borró la mueca presuntuosa—. Pues no, no tiene importancia —insistió el emperador y alzó una mano enjoyada—. Claro que la guerra crea dificultades. El ejército y el pueblo nos miran en busca de guía y ejemplo y debemos ser... cuidadosos. Supongo que lo comprende.

—Sí, su majestad, por supuesto.

Claro que lo comprendía. En la corte de Fernando no había espacio para él. De pronto se sintió muy viejo y cansado. En el otro extremo del salón se abrió una puerta. Entró una figura que caminó hacia ellos con las manos cruzadas a la espalda e inclinada la cabeza para mirar las botas altas, negras y brillantes que recorrían el mármol a cuadros del suelo. Fernando lo observó con algo parecido al desagrado.

—Sigue aquí —dijo como si le hubieran jugado una mala pasada—. Doctor Kepler, le presento al general Von Wallenstein, nuestro comandante en jefe.

El general hizo una reverencia y dijo:

—Señor, me parece que lo conozco.

Kepler lo miró sin entender.

—El general cree que lo conoce —comentó Fernando y la idea le causó gracia.

—Creo que sí, me parece que hemos tenido algún contacto —insistió el general—. Hace mucho tiempo... diría que veinte años, por rutas sinuosas envié a cierto astrónomo de Graz, cuya reputación conocía, la petición de que hiciera mi horóscopo. El resultado fue impresionante: una relación completa y sorprendentemente exacta de

mi carácter y mis actos. Y fue aún más impresionante porque pedí a mis agentes que no revelaran mi nombre.

Las altas ventanas de la izquierda permitían la panorámica desde el Hradschin hasta la ciudad bloqueada por la nieve. En una ocasión Kepler había estado exactamente en el mismo sitio, ante la misma panorámica, junto al emperador Rodolfo, evaluando el proyecto de las *Tabulae Rudolphinae*. ¡Cuán arteramente se organiza todo! Lo recordaba.

—Señor, como sabe, no fue difícil averiguar nombre tan eminente —comentó y sonrió inseguro.

—Ah, en ese caso sabía quién era yo. —Meneó la cabeza desilusionado—. Aun así, hizo su trabajo maravillosamente bien.

El emperador masculló y se alejó taciturno, abandonándolos con la actitud de un chiquillo a quien un peleón le ha arrebatado la pelota. De todos modos, no era un juguete muy apreciado.

—Vamos —propuso el general y tomó a Kepler del hombro—. Me gustaría que habláramos.

Así comenzó lo que se convertiría en una relación fugaz y tormentosa. Kepler se admiró de la elegancia de la situación: había ido a buscar el mecenazgo del emperador y le concedieron el de un general. No desagradeció la organización de los destinos. Necesitaba amparo. Un año atrás había dicho su último y amargo adiós a Linz.

\* \* \*

No es que Linz fuera el peor sitio del mundo. Es verdad que esa ciudad había sido su desesperación durante catorce años y que al partir había pensado que sólo sentiría alivio. Sin embargo, cuando llegó el día, una astilla de duda se clavó en la carne viva de sus expectativas. Al fin y al cabo, en Linz estaban sus mecenas, los Starhemberg y los Tschemembl. También tenía amigos, por ejemplo, el pulidor de lentes Jakob Wincklemann. En aquella vieja casa oscurantista a la vera del río había pasado muchas noches joviales bebiendo y soñando. Y Linz le había dado a Susanna. Le apenaba pensar que él, matemático imperial, quedaría reducido una vez más a enseñar a sumar a los mocosos y a los hijos duros de mollera de los mercaderes, a dar clases en una escuela regional, pero aún en eso había algo, la extraña sensación de que le daban una segunda oportunidad, como si volviera a vivir los días de Graz y la Stiftsschule.

La Alta Austria era un refugio para los exiliados religiosos del oeste. Linz casi era una colonia de Württemberg. Allí estaban el jurista Schwarz y el secretario regional Baltasar Gurald, ambos oriundos de Württemberg. Incluso apareció fugazmente el médico Oberdorfer, un espectro corpulento y perturbado, con su bastón, sus ojos claros y su aliento ponzoñoso; no aparentaba un día más que aquella ocasión en la cual, hacía veinte años, había celebrado el oficio por la muerte de los hijos de Kepler.

Para demostrar que no le guardaba rencor, Kepler ofreció al médico que hiciera de padrino en el bautismo de Fridmar, el segundo hijo superviviente habido con Susanna. Oberdorfer abrazó a su amigo con los ojos llenos de lágrimas y barbotó su agradecimiento. Kepler pensó que estaban dando un espectáculo: el viejo impostor y el papá canoso fundidos en un abrazo y soltando sandeces junto a la cuna del bebé.

Y en Linz también vivía Daniel Hitzler. Era el pastor principal. Más joven que Kepler, había estudiado en las mismas escuelas de Württemberg; por el camino había atado los cabos de la escandalosa reputación que fue dejando su turbulento predecesor. Kepler se sintió halagado porque Hitzler lo consideraba muy peligroso. El pastor era un hombre rígido, que cultivaba la apariencia de gran inquisidor. Sin embargo, había pequeñas señales que lo desmentían: la capa negra era demasiado negra y la barba demasiado puntiagudamente puntiaguda. Aunque Kepler solía tomarle el pelo, le tenía afecto y no le guardaba rencor, lo cual resultaba extraño porque fue Hitzler quien lo hizo excomulgar.

En todo momento Kepler había sabido que se toparía con semejante situación. En cuestiones de fe no cedió un ápice. Como no estuvo plenamente de acuerdo con ningún bando, fuera católico, luterano o calvinista, los tres lo consideraron enemigo. Sin embargo, se consideró en comunión con todos los cristianos, se llamaran como se llamasen, mediante el vínculo cristiano del amor. Observó la guerra con la que Dios premiaba a una Alemania pendenciera y supo que tenía razón. Siguió la Confesión de los Augsburgo y no quiso firmar la Fórmula de la Concordia, que desdeñó por considerarla una negociación política, pura palabrería que nada tenía que ver con la fe.

Efectos y consecuencias lo obsesionaban. ¿Existía algún vínculo entre su lucha interior y la crisis confesional tan extendida? ¿Era posible que, por alguna razón, sus tormentos íntimos provocaran al enorme gigante negro que acechaba Europa? Su fama de cripto-calvinista le había impedido acceder a una cátedra en Tubinga, su luteranismo lo había obligado a desplazarse de Graz a Praga y de ésta a Linz, y muy pronto esas temibles pisadas sacudirían los muros del palacio de Wallenstein en Sagan, su último refugio. Durante el invierno de 1619 asistió desde su atalaya de Linz al frustrado intento del palatino calvinista Federico de arrancar a los Habsburgo la corona de Bohemia. Tembló tan sólo de pensar en sus relaciones, tan débiles, con ese desastre. ¿Había contribuido a desviar la mirada penetrante del gigante permitiendo que Regina se casara en el Palatinado y dedicando *Harmonice mundi* a Jacobo de Inglaterra, suegro del monarca Federico? Parecía un sueño de ésos en los que gradualmente comprendes que *tú* has cometido el crimen. Sabía que se trataba de nociones burdamente solipsistas, pero...

Hitzler no estaba dispuesto a darle la comunión a menos que accediera a ratificar la Fórmula de la Concordia. Kepler se sintió agraviado.

—¿Reclama esta condición a todos los comulgantes?

Hitzler lo miró con sus ojos acuosos, preguntándose quizá si vadeaba profundidades en las que ese hereje nervioso podía ahogarlo.

—Señor, se lo reclamo *a usted*.

—Si fuera porquero o príncipe de sangre, ¿me lo exigiría?

—Usted ha negado la omnipresencia del cuerpo de Cristo y ha reconocido que está de acuerdo con los calvinistas.

—Hay algunas cuestiones, escúcheme bien, algunas cuestiones en las que no *disiento*. Rechazo la bárbara doctrina de la predestinación.

—Lo caracteriza su acto de considerar la comunión como una señal de la fe establecida en la Fórmula de la Concordia, al tiempo que contradice dicha señal y defiende su contraria.

Hitzler se consideraba orador. Kepler sintió un asco profundo.

—¡Tonterías! Señor cura, mi argumento se limita a sostener que los predicadores son demasiado altaneros y no acatan la simplicidad de toda la vida. ¡Lea a los Padres de la Iglesia! El peso de la antigüedad será mi justificación.

—Doctor, no es usted caliente ni frío, sino tibio.

La controversia duró años. Se encontraban en casa de Kepler o en la de Hitzler y discutían hasta la madrugada. Paseaban junto al río, Hitzler muy severo con su capa negra y Kepler agitando los brazos y gritando. A pesar de todo, disfrutaban y, hasta cierto punto, jugaban el uno con el otro. Cuando los representantes de la Iglesia de Linz actuaron para destituir a Kepler de su puesto en la escuela regional —de la que sólo lo salvó la influencia de los barones, que coincidían con su posición—, Hitzler no hizo el menor intento de ayudarlo, a pesar de que era inspector escolar. Entonces acabó el juego. Lo que más enfureció a Kepler fue la hipocresía. Cuando salía de la ciudad y visitaba las aldeas de los alrededores, nadie le negaba la comunión. En los pueblos encontró sacerdotes amables y sencillos, demasiado ocupados en curar a los enfermos o asistir al parto de los temerosos de los vecinos para interesarse por las sutilezas doctrinarias de los Hitzler de este mundo. Kepler apeló al Consistorio de Stuttgart. Lo vetaron. Sólo le quedaba acudir personalmente a Tubinga y recabar el apoyo de Matthias Hafenreffer, rector de la universidad.

Michael Maestlin había envejecido mucho desde la última visita del antiguo discípulo. Iba distraído, como si constantemente llamara su atención algo más acuciante. Mientras Kepler relataba sus últimos contratiempos, el anciano se movía, pidiendo disculpas furtivamente y haciendo esfuerzos por concentrarse. Meneó la cabeza y suspiró.

—¡Cuántas dificultades carga sobre sus espaldas! Recuerde que ya no es un estudiante que discute en las tabernas y que proclama la rebelión. Hace treinta años le oí decir las mismas cosas y nada ha cambiado.

—No, nada ha cambiado —reconoció Kepler—, ni el mundo ni yo. ¿Prefiere que niegue mis convicciones o que mienta y diga que acepto la moda del momento con tal de estar cómodo?

Maestlin apartó la mirada y apretó los labios. Bajo su ventana, en el jardín de la universidad, el sol carmíneo de finales de otoño bruñía las hojas de los árboles.

—Me considera un viejo tonto y un alcahuete, pero he vivido honradamente y con honor, lo mejor que pude —dijo Maestlin—. No soy un gran hombre ni he alcanzado las cumbres por usted holladas... ya puede reír, pero es la verdad. Tal vez su desdicha y la causa de sus problemas reposan en que hizo grandes cosas y destacó. A los teólogos les trae sin cuidado que yo me burle de los dogmas, pero si usted lo hace... bueno, eso es harina de otro costal.

Kepler no tenía respuesta para ese comentario. Un rato más tarde llegó Hafenreffer. Había sido profesor de Kepler en Tubinga y casi amigo. Kepler nunca lo había necesitado tanto como en este momento, motivo por el cual entre ambos se instauró una gran cautela. Si lograba poner de su parte al rector —y con él a la Facultad de Teología—, el Consistorio de Stuttgart tendría que ceder porque Tubinga era el centro de la conciencia luterana. Incluso antes de que el rector hablara, Kepler comprendió que estaba perdido. Matthias Hafenreffer también había envejecido y en él la acumulación de los años había sido un proceso de refinamiento que lo afiló como un cuchillo. Era todo aquello que Hitzler jugaba a ser. Aunque su saludo fue apático, dirigió a Kepler una aguda mirada. Maestlin se puso nervioso por su antiguo discípulo y se paseó de aquí para allá, llamando quejumbrosamente a sus criados. Como no aparecieron, se levantó y preparó para los invitados una jarra de vino y una bandeja con pan. Pidió disculpas por el humilde alimento. Hafenreffer sonrió al mirar la mesa y comentó:

—Profesor, es un banquete realmente adecuado. —Desconcertado, Maestlin lo miró nervioso. El rector se dirigió a Kepler—: Dígame, doctor, ¿qué significa todo lo que me han contado?

—Ese hombre, Hitzler...

—Sí, es muy entusiasta, pero también escrupuloso y un buen pastor.

—¡Se ha negado a darme la comunión!

—A menos que ratifique la Concordia, ¿verdad?

—¡En nombre de Dios, me excluye por la sinceridad con que en un único artículo reconozco que, en lo que se refiere a la omnipresencia del cuerpo de Cristo, los Padres primitivos son más concluyentes que la Concordia! Puedo citar en mi defensa a Orígenes, Fulgencio, Vigilio, Cirilo, Juan de...

—Sí, sí, no me cabe la menor duda, conocemos la amplitud de su erudición. Pero en la doctrina de la comunión se decanta por la concepción calvinista.

—Para mí es evidente que la materia no es capaz de transmutación. El cuerpo y el alma de Cristo están en el Cielo. Señor, Dios no es alquimista.

En el silencio que se desencadenó, surgió la impresión de testigos fantasmagóricos que miraban escandalizados y se cubrían las bocas con las manos. Hafenreffer suspiró.

—De acuerdo. Lo que dice es claro y honesto. Doctor, me pregunto si ha analizado las repercusiones de lo que sustenta. En concreto me refiero a la consecuencia de que, según esta... esta doctrina, convierte el sacramento de la comunión en un mero símbolo.

Kepler meditó.

—Yo no diría *mero*. ¿No es el símbolo algo sacro, siendo a la vez sí mismo y otra cosa más grande? ¿Acaso no podría decirse otro tanto del mismísimo Jesucristo?

Más tarde llegó a la conclusión de que ese comentario lo decidió todo. La cuestión duró un año más pero, al final, Hitzler ganó, Kepler fue excomulgado y Hafenreffer rompió sus relaciones con él. El rector escribió: *Si algún afecto siente por mí, evite ese entusiasmo apasionado*. Era un consejo sensato pero sin pasión Kepler no habría sido Kepler. Lió el petate y partió rumbo a Ulm, donde imprimirían las *Tabulae Rudolphinae*.

\* \* \*

También en otro sitio los Kepler habían atraído la mirada inyectada de sangre del gigante. El invierno de 1616, después de años de murmuraciones y amenazas, las autoridades suabas se decidieron a actuar oficialmente y a juzgar a su madre por brujería. *Frau Kepler* huyó a Linz, con su hijo Christoph. Kepler estaba horrorizado.

—¿Por qué has venido? Lo tomarán como un reconocimiento de culpa.

—Hay cosas peores —comentó Christoph—. Madre, díselo.

La vieja desvió la mirada y se sorbió los mocos.

—¿Puede haber algo peor? —preguntó Kepler, que en realidad no deseaba enterarse—. ¿Qué ocurrió?

—Intentó sobornar al magistrado Einhorn —informó Christoph y se alisó una arruga del jubón.

Kepler buscó a tientas una silla y se sentó. Susanna le apoyó una mano en el hombro. Einhorn. Toda su vida lo habían perseguido personas con ese tipo de apellidos.

—¿Intentó sobornarlo? ¿Por qué? ¿Cómo?

Christoph se encogió de hombros. Era quince años más joven que el astrónomo, bajo, prematuramente barrigón, con la frente corta y los ojos de un extraordinario matiz violeta. Había ido a Linz básicamente con el propósito de ver el mal rato que pasaba su hermano al recibir las nuevas.

—Una fulana, la hija de la Reinbold, asegura que empezó a sufrir dolores después de que nuestra madre le tocó el brazo. Einhorn estaba preparando un informe para el tribunal de justicia cuando madre le ofreció una copa de plata si lo olvidaba. ¿No es así, mamá?

—¡Jesús bendito! —exclamó Kepler débilmente—. ¿Y qué pasó?

—Como era previsible, Einhorn se mostró encantado porque ha hecho muy buenas migas con la facción de Reinbold y denunció inmediatamente el intento de

comprar su silencio, así como otros cargos. La situación es bastante grave.

—Nos alegra ver que la situación no es tan grave como para preocuparte profundamente —comentó Susanna.

Christoph la contempló sorprendido. Ella afrontó su mirada y Kepler notó que los dedos de su mujer se tensaban en su hombro.

—Calma, calma, no discutamos —pidió y palmeó la mano de Susanna.

Katharina Kepler tomó la palabra:

—Pues no, Einhorn no está tan enfadado porque tú, tu hermana Margarete y su sagrado marido, el pastor, habéis jurado que me abandonaréis voluntariamente si se comprueba que estoy equivocada. Es lo que le habéis dicho al magistrado. ¡Qué mala pasada!

Christoph se ruborizó. Kepler lo observó con pesar, mas sin sorpresa. Nunca había llegado a querer a su hermano.

—Debemos pensar en nuestro buen nombre —declaró Christoph y se hizo fuerte—. ¿Qué cabía esperar? Mamá estaba advertida. Durante el año pasado en nuestra parroquia han quemado a una veintena de brujas.

—Que Dios os perdone —murmuró Susanna y les dio la espalda.

Christoph se fue poco después sin dejar de protestar. La vieja se quedó nueve meses. Fue una temporada penosa. Ni la vejez ni el infortunio había mellado su lengua afilada. Kepler la observaba con dolorosa admiración. Su madre no se hacía ilusiones sobre el peligro que afrontaba y él estaba convencido de que, de una manera retorcida, disfrutaba de todo. Nunca antes había recibido tantas atenciones. *Frau* Kepler mostró un vivo interés por los detalles de la defensa que Kepler se ocupó de organizar. No negó las pruebas en su contra, simplemente cuestionó las interpretaciones.

—Sé que esta zorra de Ursula Reinbold y los demás, Einhorn incluido, sólo buscan apoderarse de mis pocos florines en cuanto perdamos el proceso. Como sabes, Reinbold me debe dinero. Propongo que los ignoremos. Ya se hartarán de esperar.

Kepler puso reparos.

—Madre, ya te he dicho que el proceso fue enviado al tribunal ducal de Württemberg. —No supo si reír o llorar con la llamarada de orgullo que iluminó los ojos de su anciana madre—. En lugar de esperar, debemos reclamar una pronta audiencia. Son ellos los que dan largas al asunto porque saben que penden de un hilo y necesitan más pruebas. Ya han causado bastante daño. ¡Si hasta me acusan a mí de interesarme por las artes prohibidas!

—Oh, sí, claro, también tú debes pensar en tu buen nombre.

—¡Por amor de Dios, mamá!

La vieja giró el rostro y se sorbió los mocos.

—¿Sabes cómo empezó todo? Porque defendí a Christoph ante la zorra de la Reinbold.

—Sí, ya me lo has dicho.

La anciana pretendía volver a contárselo.

—Christoph tenía algunos negocios con esa tribu y estalló una disputa. Por eso lo defendí. Y ahora dice que me dejará en la estacada.

—Cálmate, yo no te abandonaré.

Johannes lanzaba cañoneos en todas direcciones: a Einhorn y a su pandilla, a sus conocidos de la Facultad de Derecho de Tubinga, al tribunal de Württemberg. Las respuestas fueron evasivas y lejanamente amenazadoras. Llegó a tener la convicción de que los sumos poderes conspiraban para hacerle daño a través de su madre. Tras ese miedo había otro aún más difícil de afrontar.

—Madre... —Intentó aclararse y se retorció en el asiento—. Madre, hablemos claro, júrame que... que...

La vieja lo miró.

—¿No me has visto pasear de noche por la ciudad a lomos de mi gato?

El tribunal decidió que el juicio se celebrara en septiembre en Leonberg. Christoph, que vivía allí, apeló de inmediato al tribunal ducal y logró que trasladaran el proceso a la aldea de Güglingen. Cuando Kepler y su madre llegaron, se llevaron a la vieja y la encadenaron, en compañía de dos guardias, a una habitación de la torre de entrada. Los carceleros eran hombres alegres que disfrutaban con su trabajo. Eran bien pagados con fondos de la propia detenida. Al ver que los futuros daños y perjuicios mermaban, Ursula Reinbold reclamó que sólo hubiera un guardia, al tiempo que Christoph y su cuñado, el pastor Binder, le reprochaban a Kepler que los gastos se dispararan: Johannes había insistido en que cambiaran todos los días la paja en que dormía su madre y en que por la noche encendieran fuego. Se tomó declaración a los testigos y enviaron las transcripciones a Tubinga, donde los amigos de Kepler de la Facultad de Derecho llegaron a la conclusión de que, con esas pruebas, la anciana debía ser nuevamente interrogada bajo amenaza de tortura.

Un rojizo día de otoño la condujeron a la cámara situada detrás del tribunal. La brisa agitaba perezosamente la hierba, como un aleteo de alas invisibles. Se encontraban presentes el magistrado Einhorn, un hombre menudo pero enjuto y fuerte de la punta de cuya nariz colgaba una gota, así como varios empleados y funcionarios judiciales. El grupo avanzó lentamente porque *Frau Kepler* aún estaba bajo los efectos de las cadenas. Kepler la ayudó y, en vano, intentó encontrar palabras de consuelo. En el trayecto desde Linz había leído *Diálogo sobre la música antigua y moderna*, del padre de Galileo, y ahora recordaba fragmentos de esa obra, cual si fueran melodías grandiosas y solemnes. Pensó en las tristes canciones lanzadas al viento por los mártires que iban a la hoguera.

Entraron en un cobertizo bajo y con techo de paja. Estaba oscuro por contraste con la luz del sol, salvo el rincón donde un brasero, cual algo vivo, palpitaba impaciente y decidido. Súbitamente a Kepler le dolieron las muelas. Aunque el aire era asfixiante, tuvo frío. El cobertizo le recordaba una capilla a raíz del silencio, del arrastramiento de pies, las toses acalladas y la sensación de espera ensimismada.

Percibió un olor acre, mezcla de sudor y de brasa, y algo más amargo y metálico que, supuso, era el hedor del miedo. Los instrumentos se encontraban en una baja mesa de caballetes, agrupados según sus fines: las empulgueras y los cuchillos relucientes, las varas de quemar, las tenazas. Eran los útiles de un artesano. El torturador dio un paso al frente; se trataba de un hombre fino, alto y de barba tupida, que también cumplía las funciones de dentista en la aldea.

—*Grüss Gott* —murmuró, se llevó un dedo a la frente y dirigió una mirada severa e inquisitiva a la vieja.

Einhorn carraspeó y soltó un agrio soplo que apestaba a cerveza. Con dificultades para repetir la fórmula, se dirigió al torturador:

—Señor, le encomiendo que presente a la mujer que aquí comparece los instrumentos de percusión para que, por la gracia de Dios, recapacite y confiese sus delitos. —Tenía el labio superior ancho y manchado, como una especie de aleta prensil, y la gota que colgaba de la punta de su nariz brilló bajo el resplandor del brasero. Los días que duró el proceso, ni una sola vez había mirado cara a cara a Kepler. Titubeó, ese labio buscó palabras inútilmente y al retroceder un paso chocó con un ayudante—. ¡Proceda, hombre, proceda!

En silencio y amorosamente, el torturador exhibió sus instrumentos uno tras otro. La vieja apartó la mirada.

—¡Mírelos! —ordenó Einhorn—. ¡Cómo han comprobado, esta criatura no llora ni siquiera en este momento!

*Frau Kepler* meneó la cabeza.

—En mi vida he llorado tanto que ya no me quedan lágrimas. —De repente gimió y cayó de rodillas en una grotesca parodia de súplica—. ¡Hagan lo que quieran conmigo! Aunque me arranquen una tras otra todas las venas del cuerpo, no tendré nada que reconocer.

La vieja cruzó las manos y gimió un *Paternoster*. Sin saber qué hacer, el torturador miró a su alrededor.

—¿Tengo que traspasarla? —inquirió al tiempo que alzaba un hierro.

—Ya está bien —intervino Kepler como quien pone fin a un juego infantil que se ha desmadrado.

La sentencia establecía que sólo fuera amenazada. Hubo movimientos y murmuraciones generalizadas. Einhorn se escapó por la tangente. Así llegaron a su término varios años de litigio. Lo absurdo de la situación abrumó a Kepler. Al salir apoyó la cabeza en la pared de ladrillos calentados por el sol y se echó a reír. Al cabo de unos momentos se dio cuenta de que estaba llorando. Su madre permaneció a su lado, azorada y algo incómoda, palmeándole el hombro. Las seráficas alas del viento los rodearon.

—Y ahora, ¿adónde irás? —preguntó Kepler y se sonó la nariz.

—A casa. O a Heumaden, a casa de Margarete.

Menos de un año después moriría en su lecho en casa de Margarete, en medio de grandes quejas y llantos.

—Sí, sí, vete a Heumaden. —Se frotó los ojos y miró impotente los árboles, el cielo vespertino, una aguja lejana. Comprendió sorprendido y con una punzada de malestar que se sentía, sí, era la única palabra que lo expresaba, se sentía desilusionado. Al igual que todos los demás, incluida probablemente su madre, había querido que pasara algo; no necesariamente la tortura, sino *algo*, y por eso estaba decepcionado—. ¡Dios mío, madre!

—Calla.

Fue declarada inocente por decreto del duque de Württemberg e inmediatamente la dejaron en libertad. Einhorn, Ursula Reinbold y los demás recibieron la orden de pagar las costas de juicio. Para los Kepler supuso una gran victoria. Pero, extrañamente, también una derrota. A su regreso a Linz, Kepler se enteró de que se había largado su viejo amigo Wincklemann, al pulidor de lentes. Su casa contigua al río estaba tapiada y vacía y estaban rotos los cristales de todas las ventanas. Kepler no logró quitarse de encima la convicción de que en algún sitio, en algún taller invisible del mundo, habían enlazado el sino del judío y el fallo del juicio con la ayuda de instrumentos relucientes y bajo la luz blanquecina de un brasero. Después de todo, algo había ocurrido.

\* \* \*

Transcurrieron semanas, meses y nada se supo del judío. Kepler se sintió impelido a visitar una y otra vez la casita de la calle del río. Era un pinchazo de alfiler sobre la superficie de un mundo conocido, agujero a través del cual, si lograba poner el ojo correctamente, vería atrocidades. Desarrolló un ritual: pasaba deprisa dos o tres veces por delante de la tienda, a la que sólo dirigía una mirada de reojo, se detenía bruscamente, llamaba a la puerta y esperaba hasta que, dándose por vencido, ahuecaba las manos alrededor del rostro y dirigía una larga e inexplicablemente satisfactoria mirada por las grietas de los postigos. La penumbra interior estaba poblada de formas grises e indiscernibles. ¡Y si algún día se movían...! Luego retrocedía, meneaba la cabeza y se alejaba pensando, aparentemente desconcertado.

Se rió de sí mismo: ¿en beneficio de quién montaba esa estupidez? ¿Acaso se figuraba que había una conspiración en su contra y que por doquier había espías que lo vigilaban? Aunque al principio la tomó a broma, la idea acabó por dominarlo. Ni siquiera en sus peores momentos de temor y presentimientos imaginó que tras la trama se ocultara un poder humano. Hasta los fenómenos azarosos crean pautas que, en virtud de la tensión de su mera existencia, generan efectos e influencias. Así razonaba y entonces se inquietaba un poco más. Una cosa habría sido un enemigo palpable, pero eso, esa inmensa e impersonal... Cuando procuró información entre los vecinos del judío, obtuvo la callada por respuesta. El cerrajero de al lado, un

gigante rubio con pata de palo, lo miró furibundo largo rato, apretó los dientes y se alejó diciendo:

—Caballero, aquí sólo nos ocupamos de nuestros asuntos.

Kepler miró al bruto internarse en su tienda y pensó en la esposa rolliza y joven del pulidor de lentes hasta que su mente, incapaz de soportar las posibilidades, tomó otro rumbo.

Un día algo se movió con un estrépito casi audible de ruedas dentadas y palancas y pareció que se trataba de un intento de compensar su pérdida.

Lo reconoció de lejos por su modo de andar: los laboriosos hombros encorvados y el balanceo, como si a cada paso modelara una compleja forma en el aire que se le resistía para luego pisarlo delicadamente. De pronto Kepler recordó un salón atestado de Benatek y al susodicho bajando de la mesa de su amo y diciendo afablemente, como hacía tan a menudo, *Señor, lo requieren*, con la gran cabeza sonriente desde su fuente de sucio encaje y una mano sigilosamente posada en el borde de la mesa cual si fuera la mandíbula de un saurio. Sin embargo, algo había cambiado en él. Su paso era torturado más que viejo y avanzaba con el rostro cansinamente inclinado, agarrado celosamente al estribo de un caballo pío.

—Vaya, señor matemático, ¿es usted? —Palpó el aire con la mano extendida. Sólo le quedaba la clarividencia pues sus cuencas oculares eran asteriscos vacíos: lo habían cegado.

Dieciséis años atrás se habían visto por última vez en el funeral de Tycho en Praga. Jeppe no había envejecido. La ceguera había vaciado su rostro de todo lo que no fuera una especie de atención pueril, por lo que parecía atender constantemente a algo que se encontraba muy lejos, más allá de lo inmediato. Vestía como un mendigo.

—Es un disfraz, por supuesto —comentó y rió disimuladamente.

Iba de camino a Praga. El encuentro no pareció sorprenderlo. Kepler pensó que cabía la posibilidad de que en esa inmutable oscuridad el tiempo operara de otra manera y para Jeppe dieciséis años no fueron nada.

Fueron a una taberna del puerto. Kepler escogió un lugar donde no lo conocían. Dio a entender que también estaba de paso. No supo por qué sintió la necesidad de disimular. El rostro inerte de Jeppe estaba atentamente inclinado hacia el suyo y sonrió al oír la mentira. Kepler se ruborizó como si esas heridas fruncidas lo miraran. En la taberna reinaba la calma. En un rincón dos viejos jugaban una aburrida partida de dominó. El tabernero les sirvió dos jarras de cerveza. Observó al enano con curiosidad y cierto disgusto. La vergüenza de Kepler fue en aumento. Tendría que haberlo invitado a su casa.

—¿Se ha enterado de que Tegnagel ha muerto? —preguntó Jeppe—. Por lo que recuerdo, le jugó una mala pasada.

—Sí, tuvimos nuestras diferencias. No sabía que había muerto. ¿Qué hay de su esposa, la hija del danés?

El enano sonrió y meneó la cabeza, como si saboreara una broma íntima.

—También murió doña Christine. Son tantos los muertos, señor, y usted y yo seguimos aquí.

En la ventana de la taberna apareció súbitamente la vela color rojo óxido de una goleta que hacía el trayecto río arriba. Las fichas de dominó cayeron y uno de los viejos lanzó un juramento.

—¿Y qué sabe del italiano? —preguntó Kepler.

De buen principio pareció que el enano no lo había oído, pero poco después respondió:

—Hace muchos años que no lo veo. Me llevó a Roma a la muerte del maestro Tycho. ¡Qué tiempos aquéllos! —Era una historia llamativa. Kepler imaginó los pinos, las columnas y los leones de piedra, el sol sobre el mármol, y oyó la risa de las putas pintarrajeadas—. En aquella época era un bravucón propenso a los duelos y las refriegas, un gran jugador de dados que pasaba de una partida a otra con la espada al lado y este bufón, su humilde servidor, señor, tras él. —Estiró la mano en busca de la jarra de cerveza y Kepler se la acercó sigilosamente—. Señor, ¿recuerda cuando lo cuidamos en casa del danés? Aquella herida nunca cicatrizó del todo. Juraba que a través de ella percibía los cambios del clima.

—Estábamos convencidos de que moriría —rememoró Kepler.

El enano asintió.

—Señor, usted le tenía estima, veía su valía tanto como yo.

Kepler se sorprendió. ¿Era así?

—Rebosaba vida. Y, a pesar de todo, también era un sinvergüenza.

—¡Ya lo creo! —Hicieron una pausa y repentinamente Jeppe rió—: Le contaré algo para que se divierta. ¿Sabía que el danés permitió que Tengenagel se casara con su hija porque la moza estaba en estado de buena esperanza? El mocoso no tuvo nada que ver con Tengenagel. Félix estuvo en esa gruta antes que él.

—¿Y el junker estaba enterado?

—Por supuesto, pero le importaba un bledo. Sólo le interesaba compartir la fortuna de los Brahe. Señor, usted debería apreciar más que nadie esta broma. Lo que Tengenagel le estafó fue heredado por el bastardo del italiano.

—Sí, es una idea muy divertida —reconoció Kepler y rió incómodo. Entre el cornudo y el majadero no había dónde elegir. Experimentó un desasosiego archiconocido: ese enano sabía demasiado—. ¿Y ahora dónde está el italiano? ¿En la cárcel o prófugo?

Jeppe pidió otra cerveza y dejó que Kepler pagara.

—Por decirlo de alguna manera, en ambas situaciones. Ese hombre nunca fue capaz de quedarse tranquilo. En Roma pudo ser un caballero pues tenía amigos y mecenas e incluso gozaba del favor del Papa, Su Santidad Clemente. Pero bebía en exceso, apostaba demasiado a los dados, se iba de la lengua y se granjeó enemigos. Un día, en una pelea por la puntuación de una partida de raqueta, le abrió el gaznate a un jugador y lo mató. Huimos de la ciudad y pusimos rumbo a Malta, pues el italiano

pensaba que los Caballeros nos concederían asilo. Lo metieron preso. Como puede imaginar, era un huésped pendenciero y una semana después lo dejaron escapar de buena gana. —Con ágil gracia un gato saltó sobre la barra en la que el tabernero apoyaba los codos mientras escuchaba. Jeppe bebió un trago de cerveza y se limpió la boca en la manga—. Deambulamos durante meses por los puertos del Mediterráneo mientras los espías del Vaticano nos pisaban los talones. Entonces nos enteramos de que había un perdón papal y, pese a que le advertí que era una trampa, sólo le interesó volver a Roma. Los de la aduana de Port' Ercole, esos patanes españoles, lo tomaron por contrabandista y lo metieron en chirona. Cuando por fin lo soltaron, ya había zarpado nuestro barco para Roma. Se quedó en la playa mirando cómo se alejaba. Aún recuerdo la vela roja. Lloró de rabia y por sí mismo, definitivamente derrotado. Habían subido a bordo su equipaje y no tenía nada.

Salieron de la taberna. Del río llegaba un viento impío y los copos de nieve se arremolinaban en el aire. Kepler ayudó al enano a subir al caballo.

—Adiós, no creo que volvamos a encontrarnos —dijo Jeppe. El caballo piafó y bufó nervioso, olisqueando la inminente tormenta. Jeppe sonrió y frunció su rostro de invidente—. Señor, murió en la playa de Port' Ercole, maldiciendo a Dios y a los españoles. Se habían reabierto viejas heridas y tenía fiebre. Le sostuve la mano hasta el final. Me dio un ducado para que pagara una misa en su nombre.

Kepler desvió la mirada. La tristeza lo dominó, una tristeza intensa y sobrecogedora.

—Rebosaba vida —añadió.

Jeppe asintió.

—Señor, creo que era algo que le envidiaba.

—Sí, sí, lo envidiaba por esa cualidad —reconoció Kepler ligeramente sorprendido y dio un florín al enano.

—¿Para otra misa? Señor, es usted muy amable.

—¿De qué vivirá en Praga? ¿Encontrará algún trabajo?

—Yo ya tengo trabajo.

—¿De verdad?

—De verdad. —Jeppe volvió a sonreír.

Al verlo alejarse lentamente en medio de la nieve, Kepler se dio cuenta de que no le había preguntado quién lo dejó ciego. Tal vez fuera mejor ignorarlo.

Esa noche tuvo un sueño, una de esas tramas involuntarias, enormes y oscuras que de vez en cuando maquina la mente dormida, una trama complicada, enigmática y plagada de sentidos inexplicables. Aparecían figuras conocidas, tímidas y algo enloquecidas, actores oníricos que no han tenido tiempo de aprender sus papeles. El italiano se presentó ataviado como Caballero Rosacruz. Portaba en el brazo una pequeña estatua dorada que de pronto cobró vida y habló. Tenía el rostro de Regina. Se celebraba una ceremonia compleja y solemne y Kepler dedujo que era el matrimonio alquímico entre la oscuridad y la luz. Despertó en medio del brillo

mortecino del amanecer invernal. La nieve caía copiosamente y su vaga sombra se deslizaba por la pared contigua a su cama. En su corazón reinaba una extraña felicidad, como si por fin se hubiera resuelto un problema que lo acució toda la vida; una felicidad tan firme y sutil que no se disipó ni siquiera al recordar que seis meses antes, en el Palatinado, en su vigésimo séptimo año de vida, Regina había muerto de fiebres cerebrales.

\* \* \*

La perdurable imagen de ese sueño nunca desapareció del todo. Su brillo argentino estuvo misteriosamente presente en todas las páginas de su obra sobre la armonía del mundo que, presa de un súbito frenesí, concluyó en la primavera de 1618. El imperio se había lanzado de cabeza a la guerra, pero apenas se enteró. Durante treinta años había acumulado el material y los instrumentos para esa síntesis definitiva. Cual un pescador desafortunado recogió las líneas de la red, líneas que había arrojado a los cuatro vientos. Estaba extasiado. Por momentos se encontraba ante la mesa o deambulando junto a la muralla de la ciudad, bajo la lluvia, y casi no sabía cómo había llegado. Al responder a un comentario de Susanna, se daba cuenta de que había transcurrido una hora desde que ella le dirigiera la palabra. Por la noche las espirales giratorias de su cerebro caían sobre un saco de sueño y por la mañana forcejeaban por salir, enredadas en los mismos pensamientos, como si no se hubiese producido la menor interrupción. Ya no era joven, su salud dejaba mucho que desear y por momentos imaginaba que era una cosa de harapos y paja que colgaba fláccidamente de una enorme cabeza bulbosa, como esas marionetas que de pequeño había codiciado al verlas colgadas del pelo en la juguetería.

La *Harmonia mundi* supuso para él un nuevo tipo de trabajo. Hasta entonces había viajado a través de lo desconocido y los libros que trajo a su regreso fueron gráficos fragmentarios y enigmáticos que evidentemente no guardaban la menor relación entre sí. En ese momento comprendió que no eran mapas de las Islas de las Indias, sino de distintos tramos de la orilla de un único e inmenso mundo. Y la *Harmonia* era la síntesis. La red que recogía se convirtió en las líneas de la cuadrícula del globo. Le pareció una imagen adecuada porque, ¿no eran la esfera y el círculo el fundamento mismo de las leyes de la armonía del mundo? Años atrás había definido la armonía como aquello que el alma crea al percibir la forma en que determinadas proporciones del mundo se corresponden con prototipos que ya residen en el alma. En todas partes abundan las proporciones, en la música y en los movimientos de los planetas, en las formas humanas y en las vegetales, incluso en la fortuna de los hombres, pero son pura relación y no existen sin alma que las perciba. ¿Cómo es posible dicha percepción? Campesinos, niños, bárbaros y hasta animales sienten la armonía del tono. Por consiguiente, la percepción debe ser instinto del alma, debe basarse en una geometría profunda y esencial, la geometría que se deduce de la simple división del círculo. Exactamente lo que había defendido durante tanto

tiempo. Entonces dio el corto paso hacia la fusión de símbolo y objeto. El círculo es el portador de las armonías puras, las armonías puras son innatas para el alma y, por ende, círculo y alma son lo mismo.

¡Cuánta simplicidad, cuánta belleza! Esas cualidades lo mantuvieron en pie ante el agotamiento y las rabietas periódicas por la dificultad que planteaba el material. Los antiguos habían intentado explicar la armonía mediante el misticismo de los números y se habían hundido en la complejidad y en la magia inútil. El motivo por el que algunas proporciones producen concordia y otras discordia no corresponde a la aritmética, sino a la geometría, concretamente a la división del círculo mediante polígonos regulares. Ahí moraba la belleza. Y la simplicidad residía en que sólo producen resultados armoniosos los polígonos que podemos construir con la única ayuda del compás y la regla, utensilios de la geometría clásica.

Demostraría que el hombre era el auténtico *magnum miraculum*. Sacerdotes y astrólogos sostienen que sólo somos barro, ceniza y humores. Sin embargo, Dios creó el mundo de acuerdo con las mismas leyes de la armonía que el porquero alberga en su corazón. ¿Nos influyen los aspectos planetarios? Sí, pero el Zodíaco no es un arco que existe realmente, sino una imagen del alma proyectada sobre el cielo. Actuamos en lugar de sufrir, somos las influencias en lugar de ser influidos.

Se movía por esas alturas etéreas. Acabó mareándose. Su vista empeoró y cuanto miraba temblaba como si estuviera bajo el agua o envuelto en humo. El sueño se convirtió en una especie de acrobacia imposible en el espacio negro. Al posarse luego de un gran salto de pensamiento, descubría que Susanna lo sacudía preocupada, cual si fuera un sonámbulo al que acababa de salvar del abismo.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —barboteaba y pensaba que se había desencadenado un incendio o una inundación, que los niños estaban muertos o que le había robado los papeles.

Susanna le cogía el rostro con las manos y murmuraba:

—Oh, Kepler, Kepler...

Se metió de lleno en el *Misterium* y en la teoría que a lo largo de los años había sido su dicha y su esperanza constante: la incorporación de los cinco sólidos regulares en los intervalos de los planetas. Aunque su descubrimiento de la ley de la elipse en la *Astronomia nova* había asestado un golpe a esa idea, no fue lo bastante contundente para destruir su fe. De alguna manera, las reglas de la armonía del plano debían explicar las irregularidades de ese modelo del mundo. El problema le encantaba. Como la nueva astronomía que había inventado destruyó las viejas simetrías, debía encontrar otras nuevas y más sutiles.

En principio, intentó asignar a los tiempos de revolución de los planetas las proporciones armónicas que dictaban las medidas musicales. No funcionó. Luego intentó extraer una serie armónica de las magnitudes o los volúmenes de los planetas. Volvió a fracasar. A continuación intentó incorporar a la escala las distancias solares menor y mayor, examinar las proporciones de las velocidades extremas y de los

tiempos variables que cada planeta requería para rotar una unidad de longitud de su órbita. Por fin dio con la solución mediante la bonita estratagema de no situar el puesto de observación en la tierra, sino en el sol y calcular desde allí las variaciones de las velocidades angulares que supuestamente vería el observador situado en el astro rey. Al contrastar los dos extremos de velocidad así observados y al combinarlos de a pares con los demás planetas, dedujo los intervalos de la escala completa, las claves mayor y menor. Entonces pudo escribir que los movimientos celestes no son más que un canto continuo para varias voces, un canto que no percibe el oído sino el intelecto, una música figurada que pone mojones en el inconmensurable fluir del tiempo.

Aún no había terminado, en absoluto. En el *Misterium* se había preguntado cuál es la relación entre el tiempo que un planeta tarda en recorrer su órbita y la distancia desde el sol, y no había encontrado una respuesta satisfactoria. La cuestión volvió a plantearse con más urgencia. Puesto que el sol rige el movimiento planetario, tal como Johannes sostenía, dicho movimiento debe relacionarse con las distancias solares, ya que de lo contrario el universo es una estructura arbitraria y carente de sentido. Aquélla fue la hora más oscura de su larga noche. Elaboró el problema durante meses, esgrimiendo las observaciones ticónicas como si fueran los enormes artilugios de un cabalista. Cuando la solución llegó, como de costumbre arribó por la puerta de servicio de la mente, vacilando con timidez, un ángel anunciador deslumbrado por la inmensidad del camino recorrido. Una mañana de mediados de mayo, mientras Europa se doblaba bajo la espada, Kepler sintió que lo rozaba el extremo de un ala y oyó la suave voz que decía: *Aquí estoy*.

Parecía una nadería, una verdadera fruslería. Se instaló en la página con el mismo aire modesto de las cosas simples: una nota de Euclides a pie de página, un anagrama de Galileo, una tontería surgida de la pesadilla de un escolar. Y, sin embargo, era la tercera de sus leyes eternas y el puente que enlazaba las proporciones armónicas con los sólidos regulares. Decía que los cuadrados de los tiempos de la revolución de los planetas son proporcionales a los cubos de su distancia media al sol. Fue su triunfo. Le demostró que las discrepancias de distancia que persistían después de insertar los polígonos regulares entre las órbitas de los planetas no eran un defecto de sus cálculos, sino consecuencia ineludible del principio de armonía dominante. Comprendió por fin que el mundo es una estructura infinitamente más compleja y sutil de lo que él o cualquier otro habían imaginado. Había buscado una melodía y ahí había sinfonías. ¡Cuánto había errado al buscar un cosmos geoméricamente perfeccionado y cerrado! El mejor reloj no era nada comparado con la realidad, que es lo más armónico que existe. Los sólidos regulares son materiales y la armonía es forma. Los sólidos describen las masas descamadas y la armonía establece la estructura sutil por la cual la totalidad se convierte en lo que es: una obra de arte perfeccionada.

Concluyó el libro dos semanas después de formular esa ley. Se propuso imprimirlo de inmediato porque fue presa del pánico, como si un incendio, una inundación —sus mayores terrores— o cualquier otro duende pudieran abatirlo antes de dar a conocer su testamento. Además la impresión era otro tipo de trabajo y ya no había nada que lo detuviera. La trayectoria que había trazado mucho tiempo atrás tardaría en agotarse y lo llevaría por nuevos libros, ásperos extremos de su carrera. Aunque hubiera podido descansar, el reposo no le habría sido permisible porque en esa temible quietud habría tenido que afrontar el demonio que trepaba por su espalda y cuyo aliento ardiente ya sentía en la nuca.

Durante años la *Armonía del mundo* lo había obsesionado, era como un peso descomunal que lo aplastaba. En ese momento reparó en una extraña sensación de ligereza, casi de levedad, como si hubiese bebido una dosis de vino con droga de Wincklemann. Ése era el demonio. Lo reconoció. Ya lo había tratado, había experimentado la mismísima sensación cuando en *Astronomía nova* descartó alegremente años de trabajo a raíz de un error de pocos minutos de arco y no lo hizo porque todos esos años había estado equivocado —aunque lo estuvo— sino con el propósito de aniquilar el pasado, ese pasado humano e indefectiblemente imperfecto, para reemprender el intento de alcanzar la perfección: esa misma sensación osada y eufórica de titubear al borde del abismo mientras la animada voz le susurraba al oído *Salta*.

\* \* \*

A sus pies se abrieron otros precipicios mucho menos tentadores. El mundo que antaño había parecido tan ancho se estrechaba cada día que pasaba. Aunque el ejército palatino fue aniquilado en la batalla de Weisser Berg y los católicos recuperaron Bohemia, la guerra de las religiones siguió causando estragos. El imperio ardía en llamas y Johannes se encontraba en el último piso. Oía el crepitar del fuego bajo sus pies y el estrépito de la mampostería y de los maderos partidos cada vez que se desmoronaba una escalera. Ante sí sólo tenía la ventana hecha añicos y el súbito y frío aire azulado. Cuando en el otoño de 1619 el elector Federico y su esposa, la princesa Isabel, entraron en Praga y aceptaron la corona que le ofrecían los protestantes bohemios, la *Armonía del mundo* estaba en prensa y Kepler apenas tuvo tiempo de suprimir de los últimos ejemplares la dedicatoria a Jacobo de Inglaterra, padre de la princesa. Sólo faltaba que ese gesto lo convirtiera en sospechoso. Ni siquiera sus ataques a los Hermanos de la Rosa Cruz y su disputa con el rosacruz inglés Robert Fludd le proporcionaron elogios: por lo que le contaron, las facciones imperiales se preguntaban qué tenía que ocultar para hacer alarde de su fidelidad excesivamente entusiasta a Fernando, el emperador católico. Johannes desesperó: la política no era lo suyo. Para entonces ni siquiera sabía quién luchaba contra quién en la guerra. Los barones bohemios no aceptaron la derrota de Weisser Berg y se convirtieron en una perturbación local: se hablaba de participación francesa o incluso

danesa. Kepler estaba desconcertado. ¿Era posible que esos reinos tan lejanos se preocuparan tanto por la religión y el destino de la pequeña Bohemia? Seguramente se trataba de una conjura. Y los responsables eran los rosacruces o el Vaticano.

Poco después, tal como imaginó que ocurriría, la vieja rueda volvió a girar: expulsaron de Linz a los luteranos. En su condición de matemático del emperador, al menos nominalmente, Kepler abrigó la esperanza de que le concedieran inmunidad. Suspendió sus peregrinaciones a la tienda abandonada de Wincklemann y se mantuvo al margen de todo oficio religioso. Pero los conspiradores invisibles no se dieron por vencidos con tanta facilidad. Las autoridades católicas confiscaron su biblioteca. Admiró con gran amargura la precisión a la hora de dar en el blanco: fue un revés difícil de soportar. A continuación, de una forma cómica, el luteranismo vomitó su propio atormentador en la figura del pastor Hitzler. Kepler se sintió arrinconado como una rata vieja y desconcertada.

El desorden público estaba en consonancia con la penumbra de su corazón, en el que se libraba una batalla personal. No sabía cuál era la causa de la contienda ni el premio por el que se combatía. De un lado se encontraba todo lo que para él tenía un valor inapreciable: su trabajo, el amor por su esposa y sus hijos, su tranquilidad de espíritu; del otro se alzaba aquello que no podía nombrar, un poder ebrio y anónimo. Se preguntó si seguía siendo el demonio surgido de las últimas páginas de la *Harmonia mundi*, demonio que había engordado con los infortunios del mundo. En ese momento intuyó que había una relación entre sus furores íntimos y la guerra europea y temió por su cordura. Huyó del campo de batalla hacia el trabajo penoso y embotador de las *Tabulae Rudolphinae*. Logró ocultarse entre las columnas de la obra maestra de Tycho Brahe, columnas que parecían marchar disciplinadamente. El escondite no duró mucho. La maniobra dejó de surtir efecto. Entonces emprendió el primero de sus vagabundeos extraños y frenéticos. Una vez en camino se sintió más sereno y durante un tiempo los dolores y la frustración del trayecto acallaron el fragor de la batalla interior. Al parecer, era lo que el demonio quería.

Le sirvió de excusa el dinero que la corona le debía. La impresión de las *Tablas* sería costosa. Partió hacia Viena y la corte de Fernando. Después de cuatro meses de regateos obtuvo, a regañadientes, el pago parcial de 6000 florines. Sin embargo, el Tesoro —más inteligente y cuidadoso que el emperador— trasladó inmediatamente la responsabilidad del pago a las ciudades de Núremberg, Kempten y Memmingen. Kepler partió una vez más y tuvo la sensación de que a sus espaldas Viena rompía a reír al unísono. A finales del invierno había recaudado en la roñosa trinidad de ciudades la suma de 2000 florines. Le alcanzaba para comprar el papel de las *Tablas*. El esfuerzo lo extenuó y, agotado, emprendió el regreso a casa.

Al llegar a Linz, descubrió que la ciudad se había convertido en un campamento militar. La guarnición bávara enviada por el emperador estaba acantonada en todas partes. En la imprenta de Plank, un pelotón de soldados comía repantigado entre las prensas y su hedor era más penetrante que los conocidos olores de la tinta y del aceite

de las máquinas. Todo el trabajo estaba interrumpido. Lo contemplaron sin curiosidad mientras iba de aquí para allá presa de una cólera irrefrenable e inútil. Si por ellos fuera, podría haber llegado de otro planeta. En su mayoría eran hijos de campesinos sin tierras. Cuando por fin empezaron a imprimir, la soldadesca mostró un interés infantil por el trabajo: casi nadie había visto antes una máquina en funcionamiento. Formaban corrillos mudos en torno a los trabajadores de Plank, miraban boquiabiertos y bufaban como el ganado en fila. El súbito floreo blanco de una tirada siempre provocaba un suspiro colectivo de sorpresa y contento. Más adelante, cuando penetró en sus entendederas el hecho sorprendente de que Kepler era la única causa de ese esfuerzo mancomunado, volcaron en él su respetuosa atención. Se codeaban por llegar a su lado cuando estaba en los bancos de trabajo o en el escritorio del corrector y en sus comentarios sobre fundiciones, colofones y ojos intentaban encontrar alguna pista que los llevara a desvelar el secreto de esa magia. De vez en cuando se armaban de valor y le ofrecían una jarra de cerveza o un andullo, mirándose las botas con sonrisa bobalicona y sudando a raudales. Johannes se acostumbró a su presencia y dejó de hacerles caso, salvo cuando alguien de esa cálida y ruidosa masa de vida que se apiñaba a sus espaldas le dirigía la palabra de una manera débil y perseverante a un tiempo. Entonces montaba en cólera, gritaba en dirección a esos rostros sorprendidos y, agitando los brazos, salía de la imprenta presa del frenesí.

Por primavera el campesino luterano se alzó en armas, harto de que lo acosaran, de pasar hambrunas y, sobre todo, hastiado del arrogante emperador. Ebrios de éxito e incapaces de creer en sus propias fuerzas, recorrieron la Alta Austria. A comienzos de verano llegaron a las murallas de Linz. El asedio duró dos meses. La ciudad no estaba preparada y en pocos días se vio obligada a alimentarse de carne de caballo y sopa de ortigas. La casa de Kepler daba a la muralla y desde el taller veía, más allá del foso, los suburbios donde se libraban los combates más encarnizados. Desde la altura los combatientes se veían muy pequeños, pero cuán vividas eran la sangre y las entrañas derramadas. Trabajaba impregnado del olor a sangre. En su casa se alojaba un destacamento. Reconoció entre sus miembros a algunos soldados que estuvieron acantonados en la imprenta. Había imaginado que sus hijos se aterrorizarían, pero consideraban la situación como un juego glorioso. Una mañana, en medio de una espantosa escaramuza, los niños subieron para decirle que en su lecho había un soldado muerto.

—¿Decís que está muerto? No, no, sólo está herido. Vuestra madre lo acostó para que descansara.

Cordula cabeceó. ¡Era una chiquilla tan seria!

—Está *muerto* —declaró con toda firmeza—. Tiene una mosca en la boca.

Una noche de finales de junio las fuerzas campesinas abrieron una brecha en la muralla e incendiaron varias calles antes de que los rechazaran. Destruyeron el taller de Plank y con éste todas las planchas impresas de las *Tablas*. Kepler llegó a la

conclusión de que era hora de partir. En octubre, acabado hacía mucho el asedio y arrasados los campesinos, embaló cuanto tenía y partió a Ulm, excomulgado y sin dinero, para no volver jamás.

Durante una temporada en Ulm fue casi feliz. Había dejado a Susanna y los niños en Ratisbona y, a solas una vez más después de tantos años, tuvo la impresión de que el tiempo había retrocedido mágicamente y que de nuevo estaba en Graz o en Tubinga, donde la vida no había comenzado de verdad y el futuro era ilimitado. El médico municipal Gregor Horst, al que conocía de su época praguense, le alquiló una casita en el callejón Raben. Encontró impresor, un tal Jonas Sour. Al principio el trabajo fue bien. Kepler seguía soñando con que las *Tablas* le permitirían amasar una fortuna. Pasaba el día entero en el taller de impresión. Los sábados por la noche se emborrachaba serenamente en compañía de Gregor Horst, discutiendo de astronomía y política hasta altas horas de la madrugada.

Pero Johannes no podía estar tranquilo mucho tiempo. El viejo tormento volvía a bullir en su interior. El impresor Sour era tan avinagrado como su apellido y surgieron divergencias. Una vez más, Kepler dirigió sus expectativas a Tubinga y a Michael Maestlin. ¿Cabía la posibilidad de que Gruppenbach, impresor del *Misterium*, acabara la edición de las *Tablas*? Escribió a Maestlin y, como no obtuvo respuesta, partió a pie a Tubinga. Corría febrero, el tiempo era inclemente y dos días más tarde se detuvo en la encrucijada, en medio de un campo de nabos, exhausto y desesperado, pero no tan desequilibrado para no ver con paradójica gracia que toda su vida se sintetizaba en esa imagen de sí mismo: un hombrecillo cansado y calado hasta los huesos que tiembla en un cruce de caminos. Empezó el regreso. El ayuntamiento de Esslingen le obsequió un caballo que pertenecía al hogar municipal para enfermos. El noble bruto lo llevó valientemente hasta Ulm, donde murió bajo su peso. Una vez más reparó en lo apto de esa entrada triunfal, a lomos de un jamelgo reventado, en una ciudad que apenas lo conocía. Hizo las paces con Jonas Sour y por fin, después de veinte años, se completaron las *Tablas*.

Un día lo visitaron en su morada del callejón Raben dos parientes de Tycho Brahe: Holger Rosenkrands, el hijo del estadista, y el noruego Axel Gyldenstjern. Se dirigían a Inglaterra. Kepler evaluó su propia situación. En una ocasión Wotton, embajador del rey Jacobo en Praga, había insistido para que se trasladara a Inglaterra. A Rosenkrands y a Gyldenstjern les encantaría llevarlo. Algo lo retuvo. ¿Cómo podía abandonar sus patrias, por muy fuertes que fueran las sacudidas de la guerra? Sólo podía ir a Praga. Al menos tenía las *Tablas* para ofrecérselas al emperador. Probablemente no bastarían. Su ocasión había pasado. En sus últimos tiempos hasta Rodolfo se había hartado del matemático. Pero a algún sitio tenía que ir, algo tenía que hacer y por eso tomó una gabarra rumbo a la capital donde, sin que ninguno de los dos lo supiera, lo aguardaba Wallenstein.

\* \* \*

Mientras calentaba sus sabañones en la chimenea de la venta de Hillebrand Billig, meditaba sobre la temporada pasada en Sagan. Al menos había sido el refugio donde, durante un tiempo, se había quedado tranquilo, mientras el desasosiego de su corazón se alimentaba vicariamente de las actividades de su nuevo amo. El mundo de Wallenstein era puro ruido y acontecimientos, un incesante ir y venir al son de los cañoneos distantes y el chacoloteo de los cascos a medianoche: como si también él escapara de su demonio inexorable. Kepler jamás había conocido a alguien que encajara tan bien en el espacio que le había asignado. ¿Qué hueco podía existir en él como para que un demonio acechante lo escogiera como morada?

Billig llevaba laboriosamente las cuentas de la taberna sobre la mesa de la cocina, mordisqueaba el lápiz y suspiraba. *Frau* Billig estaba sentada a su lado y zurcía los calcetines de los niños. Parecían una pintura de Durero. Una corriente de aire se coló por la ventana y estremeció la luz de la vela. Hasta ellos llegaba el rumor del viento y de la lluvia, los rugidos asordados de los juerguistas de la noche del sábado en la taberna, el crepitar del fuego, los ronquidos del perro anciano. Por detrás de todos reinaba un silencio profundo, secreto e inviolable; tal vez el silencio de la tierra misma. Amado Jesús, ¿por qué abandoné el hogar y emprendí esta descabellada aventura?

Al principio se había cuidado de Wallenstein. Temía que lo compraran como juguete, ya que era célebre la obsesión del general por la astrología. Kepler ya era demasiado viejo y estaba demasiado cansado para reiniciar ese juego de conjeturas y disimulo. Durante meses se había resistido, preocupado por las ofertas de Wallenstein y deseoso de averiguar qué querría a cambio. Conversación, respondió Wallenstein, afabilidad, su compañía, el beneficio de su erudición. Con mal disimulado entusiasmo, el emperador lo apremió para que aceptara el puesto que le ofrecían y aprovechó la ocasión para traspasar a Wallenstein la considerable deuda de la corona con su matemático. Wallenstein no protestó y tanta amabilidad descorazonó a Kepler. Al astrónomo también se le concedía un estipendio anual de 1000 florines que saldrían de las arcas de Sagan; una casa en Gitschin, donde el general tenía su palacio, y el uso de una imprenta con papel suficiente para todos los libros que le apeteciera publicar, todo ello sin condiciones ni impedimentos. Kepler osó hacerse ilusiones. ¿Era posible que, por fin... era posible...?

No fue posible. A decir verdad, Wallenstein creyó que había comprado un astrólogo sumiso. Con el tiempo, después de muchos disgustos, llegaron a un acuerdo mediante el cual Kepler suministraba los datos a partir de los cuales magos mejor dispuestos elaboraban horóscopos y calendarios. Por lo demás, era libre de hacer lo que le viniera en gima. No vio indicios de que saldaran la deuda imperial ni de la imprenta y el papel que le habían prometido. La situación podría haber sido aún peor. Al menos tenía la casa y esporádicamente le abonaba, a cuenta, parte de su salario. Aunque no era feliz, tampoco estaba desesperado. Recordó una palabra de Hitzler: tibio. Sagan era un lugar salvaje, extrañas y frías sus gentes e ininteligible su dialecto.

Existían pocas diversiones. En una ocasión viajó a Tubinga y pasó un mes gloriosamente ebrio con Maestlin, que se había convertido en un viejo chocho y sordo pero no había perdido la alegría. Un día Susanna fue a verlo con una expresión mezcla de regocijo y sorpresa y le comunicó que estaba preñada.

—¡Por Dios! —exclamó Kepler—. Entonces no soy tan viejo como pensaba ¿eh?

—Mi querido, mi queridísimo Kepler, de viejo no tienes nada.

Susanna lo besó, rieron y guardaron silencio unos instantes, algo torpes, casi incómodos, compartiendo una vieja complicidad. Cuán feliz había sido aquel día, tal vez el mejor de todos los días de ese matrimonio divertido y respetuoso, mal emparejado y espléndido.

Wallenstein dejó de interesarse por él, incluso por su conversación. Las llamadas de palacio se tomaron raras y luego cesaron definitivamente. El mecenas de Kepler se convirtió en una presencia estilizada e intermitente entrevista cada tanto a lo lejos, más allá de una perspectiva de árboles o bajando la larga ladera de una colina una tarde bañada por el sol, al galope en medio de sus ayudantes, una figura rígida que asentía rítmicamente, como una efigie sagrada paseada en fugaz procesión un día de fiesta mayor. Más adelante, como si algo hubiera sacudido la memoria de una deidad mundana, un día un grupo de trabajadores que arrastraban un carro se acercaron a la puerta de la casa de Kepler y descargaron una máquina inmensa: la imprenta.

Podía volver a trabajar. Tenía la posibilidad de ganar dinero con almanaques y calendarios para navegantes. Pero ese invierno enfermó, estaba mal del estómago y padeció por culpa de la arenilla y la gota. Los años le pesaban. Necesitaba un ayudante. En la página de la dedicatoria de un librito que le enviaron de Estrasburgo encontró una carta pública que el autor, Jakob Bartsch, le dirigía y en la que ofrecía sus humildes servicios al astrónomo imperial. Kepler se sintió halagado, contestó e invitó al discípulo a que lo visitara en Sagan. Bartsch fue, al mismo tiempo, bendición y maldición. Era joven y estaba deseoso de aprender, pero agotaba a Kepler con su infatigable entusiasmo. De todas maneras, Kepler le tomó cariño y no habría sentido tantos temores de que pasara a formar parte de su familia si Susanna —su hija y novia de Bartsch— no hubiese tenido tantos elementos de la estirpe Müller.

El joven aceptó de buena gana el pesado trabajo de los almanaques y Kepler pudo reanudar un proyecto muy querido: su sueño de un viaje a la luna. Dedicó la mayor parte del último año en Sagan al *Somnium*. Ningún libro le había proporcionado un placer tan peculiar. Fue como si por fin se desatara un viejo nudo de ansia y amor. La historia del muchacho Duracotus, de su madre —la bruja Fiolxhilda— y de los seres extraños, tristes y achaparrados de la lima, desencadenó en Johannes una sosegada risa interior, risa por sí mismo, por su ciencia y por la afable ridiculez de todo.

—Doctor, ¿pasará la noche aquí?

*Frau* Billig lo observaba con la aguja en el aire.

—Sí, por supuesto. Muchas gracias.

Hillebrand Billig alzó su embotada cabeza de las cuentas y rió con pesar.

—¡Ojalá pudiera ayudarme con estos números, pues soy incapaz de aclararme!

—Claro, encantado.

En realidad, desean saber qué me trae por aquí. Oh, sí, eso es lo que quieren.

Cuando acabó el *Somnium* estalló otra crisis, pero ya sabía que ocurriría. ¿Qué era ese deseo desenfrenado de destruir el trabajo de su intelecto y emprender viajes descabellados al mundo real? En Sagan había tenido la sensación de que no era acosado por un espectro, sino por algo semejante a un recuerdo tan intenso que, por momentos, parecía adquirir presencia física. Daba la sensación de que había extraviado una cosa preciosa y pequeña y lo había olvidado, pero la pérdida lo atormentaba. De pronto recordó a Tycho Brahe descalzo ante la puerta de su habitación, mientras el alba surcada de lluvia rompía sobre el Hradschin, su expresión desolada y desconcertada, el moribundo que buscaba demasiado tarde la vida que se había perdido, la vida que su obra le había arrebatado. Kepler tembló. ¿Era la misma expresión que ahora los Billig veían en su rostro?

Susanna lo había contemplado incrédula. No fue capaz de mirarla a los ojos.

—¿Por qué? ¿Por qué? —inquirió—. ¿Qué ganarás?

—Debo irme. —En Linz tenía que cobrar los bonos. Wallenstein había caído en desgracia y lo despidieron. El emperador estaba con la Dieta en Ratisbona para garantizar la sucesión de su hijo—. Me debe dinero, he de concluir algunas cosas, *debo irme*.

—Amor mío, si te vas, supongo que veré el día del Juicio Final antes de tu regreso —añadió Susanna, intentando bromear. Ninguno sonrió y la mujer apartó su mano de la de Kepler.

Johannes viajó hacia el sur en medio del cruel clima invernal. No reparó para nada en los elementos. Si era necesario, estaba dispuesto a llegar a Praga, a Tubinga... ¡a Weilderstadt! Pero Ratisbona quedaba muy lejos. Sé que nos encontraremos allí, lo reconoceré por la Rosa Cruz que luce en el pecho, estará acompañado de su señora. ¿Estás aquí? Si ahora me asomo a la ventana, ¿te veré en medio de la lluvia y la penumbra... os veré a todos, reina y caballero intrépido, muerte y demonio...?

—Doctor, doctor, debería acostarse y descansar, está enfermo.

¿Cómo?

—Está temblando...

¿Enfermo? ¿Estaba enfermo? Le chisporroteaba la sangre y su corazón era un trueno con sordina. Estuvo a punto de soltar la carcajada: sería digno de él, convencido como había estado toda la vida de que la muerte era inminente, morir en medio de una dichosa ignorancia. Pues no.

—Supongo que me quedé dormido.

Luchó hasta incorporarse en la silla, tosió y extendió las manos temblorosas hacia el fuego. Muéstrales, demuéstrales a todos que jamás moriré. No había acudido allí a

recibir la muerte, sino algo totalmente distinto. ¡Levanta una piedra plana y allí la verás, innumerable y pródiga!

—Billig, he tenido un sueño, ¡qué sueño he tenido! *Es war doch so schön.*

¿Qué decía el judío? Se nos dice todo, pero nada se nos explica. Sí, tenemos que aceptarlo todo a ojos cerrados. Ahí reside el secreto. ¡Qué sencillo! Sonrió. Así, no fue un simple libro lo que arrojó, sino el fundamento del trabajo de toda una vida. Al parecer, no tenía la menor importancia.

—Ah, amigo mío, qué sueños...

La lluvia tamborileó sobre el mundo exterior. Anna Billig se levantó y le sirvió más ponche. Johannes le dio las gracias.

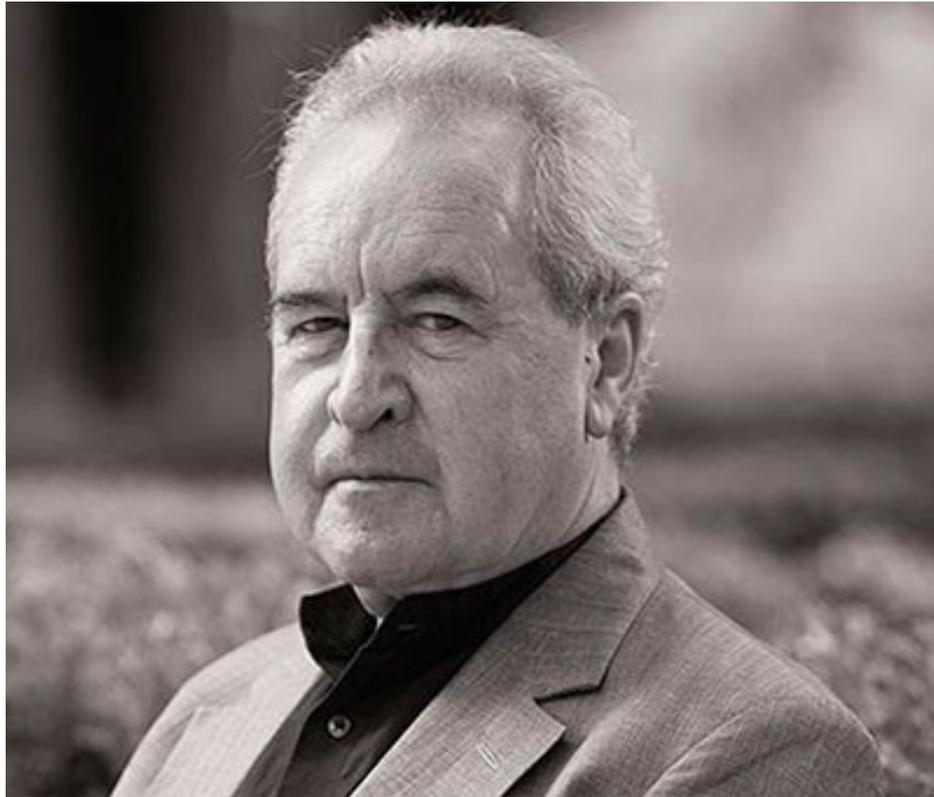
No mueras nunca, no mueras nunca.

## NOTA

Las biografías clásicas son *Kepler*, de Max Caspar (Londres, 1959) y *Tycho Brahe*, de J. L. F. Drayer (Edimburgo, 1890). Quiero mencionar una vez más mi deuda y mi admiración con *Los sonámbulos*, de Arthur Koestler (Londres, 1959). Otra obra que me proporcionó ideas valiosas sobre la vida y el pensamiento a comienzos del siglo diecisiete es *The Rosierucian Enlightenment*, de Frances A. Yates (Londres. 1972).

Por su ayuda y estímulo, deseo dar expresamente las gracias a Don Sherman, a Ruth Dunham y a mi esposa Janet.

Johannes Kepler murió en Ratisbona el 15 de noviembre de 1630.



JOHN BANVILLE. Nacido en Wexford el 8 de diciembre de 1945, es un novelista irlandés. Escribe también novela negra bajo el seudónimo de Benjamin Black.

Desde muy joven –12 años– supo que quería ser escritor. Estudió en una escuela de los Hermanos Cristianos y en el colegio católico de San Pedro de Wexford. En lugar de ingresar en la universidad, prefirió comenzar a trabajar y lo hizo en la compañía aérea Aer Lingus, que le permitía viajar por el mundo. Más tarde se arrepentiría de esta decisión. Cuando regresó a Irlanda después de haber vivido en Estados Unidos en 1968 y 1969, se convirtió en periodista y entró a trabajar en el diario *The Irish Press*, donde llegó a ser subeditor jefe. Luego que este periódico desapareció en 1995, pasó al *The Irish Times*. Es colaborador habitual de *The New York Review of Books*.

Publicó su primer libro en 1970, una recopilación de relatos titulada *Long Lankin*. Fue finalista del Premio Booker con *El libro de las pruebas* (1989), premio que obtuvo en 2005 con la novela *El Mar*, consagrada además, por el Irish Book Awards como mejor novela del año.

En 2006 aparece su primer libro: *El secreto de Christine*, a la que le han seguido otras cinco novelas negras: *El otro nombre de Laura* (2008), *En busca de April* (2010), *Muerte en verano* (2012) y *Venganza* (2013).

En mayo de 2011 recibió el prestigioso Premio Franz Kafka, considerado por muchos como la antesala del premio Nobel.

